

**ELSA GARCÍA**

# ERES LLUVIA AUN SIN SABERLO

Serie Somos Agua **III**



Eres lluvia  
aun sin saberlo

Elsa García

© Elsa García

1ª edición, febrero de 2020

Imagen de cubierta: Lorena Pacheco

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# ÍNDICE

Esta es la historia...

2019

Un latido. Malena

Y entonces escucho su voz. Jorge

Es Jorge. Malena

Es Malena. Jorge

Marcar límites. Malena

Esta es la historia de un «nosotros» ya perdido...

1998

Jorge

Malena

1999. Jorge

2000. Malena

2001. Malena

2002. Jorge

2003. Malena

2004. Jorge

2005. Jorge

2006

Malena

Jorge

Malena

Jorge

2007

Malena

Jorge

2008. Jorge

2019

Malena

Jorge

Malena

Jorge

Esta es la historia de un nosotros ya perdido **que ella...**

2009 Julio

2009 - 2010. De noviembre a abril

2010. Mayo

[2010. Septiembre](#)  
[2011. Enero](#)  
[2011. Abril](#)  
[2011. Agosto](#)  
[2011. Diciembre](#)  
[2012. Febrero](#)  
[2012. Junio](#)  
[2012. Diciembre](#)  
[2013. De marzo a julio](#)  
[2019](#)

[Esta es la historia de un nosotros ya perdido que ella y él...](#)

[2019](#)  
[2015. Junio](#)  
[2015. Julio](#)  
[2015. Septiembre](#)  
[2015 - 2016. De octubre a marzo](#)  
[2016. Abril](#)  
[2016. Junio](#)

[Esta es la historia de un nosotros ya perdido que ella y él \*\*cambiaron sin querer \(o por quererse tanto\)\*\*](#)

[2019](#)  
[Un camino de vuelta. Malena](#)  
[¿Qué significa lo que acaba de pasar? Jorge](#)  
[Solo es un cepillo. Malena](#)  
[Te equivocas. Jorge](#)  
[No es verdad. Malena](#)  
[Estás rara. Jorge](#)  
[Pero ¿y si lo estoy? Malena](#)  
[Cada vez más difícil. Jorge](#)  
[Imagino. Malena](#)  
[Me haces creyente. Jorge](#)  
[Puede esperar. Malena](#)  
[Significa esperanza. Jorge](#)  
[Todo. Malena](#)  
[Siempre. Jorge](#)

[Doce semanas después](#)  
[Amor para toda la vida. Jorge](#)

[Epílogo](#)

[Cuatro años después. Un día cualquiera. Raen](#)

[Nota aclarativa de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

*A todas aquellas personas a las que la vida los superó alguna vez,  
pero que no renunciaron a intentar ser felices.  
El mundo siempre fue de los valientes.  
El mundo siempre os perteneció.*

«Ignoramos nuestra verdadera estatura hasta que nos ponemos de pie».  
Emily Dickinson

«Y una vez que la tormenta termine no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura: cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella».  
Haruki Murakami

Esta es la historia...

2019

# Un latido

## Malena

No puedo evitar emocionarme cuando Hana comienza a leer el primer capítulo de su libro.

Durante los últimos meses la he visto trabajar en esas páginas durante horas. Juntas, en la librería que ella montó y que yo ya siento un poco mía, hemos repasado decenas de veces párrafos e ideas que a ella no la terminaban de convencer y que a mí conseguían ponerme el vello de punta.

Han sido tardes de borrones y desesperación por no encontrar la palabra exacta para definir un sentimiento, cafés nocturnos en busca de la cafeína suficiente para mantenernos despiertas compartiendo ideas locas que añadir o eliminar, risas y llantos recordando una historia que casi siento ya como mía también.

Haber conocido su vida de una forma tan cruda y directa a través de sus letras ha sido increíble. He sentido que me unía a ella de una forma especial, así que presenciar cómo lanza a su bebé al mundo, en este espacio tan nuestro, delante de amigos y desconocidos que la miran extasiados, es increíble.

Hana es mi jefa, sí, pero a lo largo de estos meses compartidos hemos forjado un vínculo mucho más especial. Es casi como una hermana mayor. Ser testigo del lanzamiento de su primer libro, verla sonreír como lo hace ahora, sabiendo todas las lágrimas que ha arrastrado en su vida, es algo mágico.

La presentación está a punto de terminar y Marc sigue sosteniendo mi mano a mi lado. Gabi y Víctor aplauden cada comentario de Hana desde la primera fila como si estuviesen presenciando el mejor concierto de *rock* de sus vidas, aunque tampoco me extraña. El orgullo que desprenden es casi tangible.

Esperamos nerviosos nuestro turno en la fila que se forma para que Hana firme ejemplares, nos reímos cuando nos toca pedirle una dedicatoria currada, nos hacemos fotos sonriendo y otras tantas poniendo caras raras, y la abrazamos tan fuerte como podemos hasta que el pecho nos pide respirar de nuevo con normalidad.

Casi una hora después, salimos de *Leer da sueños* con la alegría tatuada en el alma y las ganas de celebración en plena ebullición.

Víctor no para de alzar en vilo a Hana y darle vueltas mientras grita a todo el que quiera escucharlo que está loco por esa mujer.

Marc se ríe bajito, meneando la cabeza, pero sin soltar la mano de Gabi, que alza las de ambos para besar la palma de mi hermano y dedicarle una mirada tan tierna que me derrito un poco por dentro.

Viéndolos, una punzada de anhelo se abre camino por mi estómago, haciendo que la soledad se me agarre a las tripas. Ocho años son muchos años, a pesar de que seas tú misma quien elijas no exponerte.

Intento apartar al monstruo de los ojos verdes, que asoma la cabeza a veces cuando quedo con las dos parejitas y vuelvo a colocarme la máscara sonriente que he perfeccionado con el tiempo. He llegado a mimetizarla tan bien con mi propia piel que hasta yo dudo en ocasiones de cuándo soy la Malena real y cuándo la fingida.

El entusiasmo de los otros cuatro se torna contagioso a cada paso que damos en dirección a casa de Hana, Víctor y Gabi. Porque sí, ya es de los tres. Sé que los dos primeros están pensando en cómo plantearle a Gabi la posibilidad de mudarse, me lo confesó Hana hace cosa de una semana. De lo que no tienen ni idea es de que no les va a hacer falta. Marc no les va a dar la oportunidad.

Miro a mi hermano de reojo y me doy cuenta de que se seca con disimulo el sudor de la mano que no lleva enlazada con la de su novio. Los nervios no se le van a ir en todo el día, estoy segura.

Pedirle a Gabi que se mude a su piso va a ser uno de los pasos más grandes que va a dar en los últimos cuatro años y una de las alegrías más bonitas que me podrá regalar Marc. Verlo sonreír de nuevo como lo hace cuando Gabi lo besa... es magia.

—¿Por qué nos miras con esa cara de boba?

—Eres todo amor, cuñado.

Las comisuras de los labios de Gabi se mueven hacia arriba de forma automática ante el apelativo con el que me dirijo a él desde hace ya un tiempo. Nunca me lo ha dicho, pero sé que es importante para él que en casa lo veamos así, como alguien de la familia, aquel que se ha ganado por derecho propio su hueco.

El día que conoció a mis padres se le veía tan nervioso que no pude evitar burlarme de él durante semanas. Era adorable ver al chulo y seguro Gabi tartamudeando y tratando de «señor» a mi padre. Me preguntó hasta en tres ocasiones si estábamos seguros de que mis progenitores no tenían un lío a nuestras espaldas. Ya sé que es difícil de entender que se lleven tan bien estando separados, aunque a mí me encanta que sea así.

Lo que tampoco le dije yo a él es que ese día mi madre lloró cuando ellos se fueron, aliviada y feliz de ver a Marc mirando a otra persona como si su sola presencia le proporcionase paz.

—Ya lo sé, cuñada —me replica orgulloso antes de darle un beso rápido a mi hermano.

—Solo estaba pensando en que me gusta veros así de bien.

—Y mejor que nos vas a ver.

—¿Cómo?

Gabi mira con gesto interrogativo a Marc ante su contestación misteriosa, y yo le dedico una mirada asesina, porque si jode la sorpresa que le ha preparado para esta noche por bocazas, es para matarlo.

—*Puaj*, si estás hablando de sexo no quiero imaginaros en la cama. Eres mi hermano, joder, no me hagas tener esa visión.

Mi intento por desviar la atención del comentario anterior parece funcionar, porque Gabi no pierde ripio para picarme un rato. Le encanta hacerme rabiar como si fuese su hermanita pequeña, a pesar de que le saco un par de años.

—No se nos ocurriría pervertir tu candidez con descripciones realistas de Marc metiéndome mano por dentro del pantalón para poder cogerme la po...

—¡Gabi!

Cuando me tapo los oídos y empiezo a caminar más deprisa, ambos se descojonan en mi cara. Voy distraída mirando hacia atrás para asegurarme de que no me siguen, así que no veo la espalda con la que choco de frente. El cuerpo que me taponaba el paso se gira de forma brusca y su codo me golpea en la nariz con una fuerza que casi provoca que me caiga de culo.

Consigo mantenerme en pie por poco y ya me estoy preparando para reñir a Víctor, que caminaba junto a Hana unos pasos por delante de nosotros tres, porque supongo que es con quien he tropezado, cuando escucho la voz de mi amigo a mi lado, sujetándome con cuidado.

—¿Estás bien? Vaya hostia.

Lo miro desconcertada, asimilando aún que él no es el muro humano que casi me lleva por delante. No he retirado las manos de mi cara, como si así fuese a conseguir que mi nariz siguiese pegada a ella y no se desintegrara por la leche que se ha llevado.

—Eh, colega, ten un poco de cuidado, que no cuesta nada mirar cuando sales de los sitios —le recrimina al chico que pretendía seguir su camino sin molestarse en disculparse o comprobar si estaba bien.

—Tío, al menos podías preguntar si me he hecho daño o si nec...

Un latido.

Solo uno.

Un poco más fuerte.

Un poco más loco.

Y un viaje al pasado, a uno ya olvidado, que hace daño, que devuelve ilusión. Que remueve un mundo que se resume en un solo nombre.

—¿Jorge?

# Y entonces escucho su voz

Jorge

Un espejismo.

Eso es lo que debe de ser ella.

Un puto espejismo. Uno precioso, olvidado y que me acojona tanto que solo atino a quedarme allí parado como un pasmarote, viéndola llevarse las manos a la nariz intentando que los ojos dejen de lagrimearle y que su voz no suene como la queja de la niña de siete años que siempre se mantendrá viva en mis recuerdos.

Un rubio demasiado alto, demasiado guapo y demasiado preocupado se acerca a ella deprisa para sujetarla por la cintura y preguntarle si se ha hecho daño. Sin darle permiso, mi ceño se frunce y desvío la mirada al punto donde su mano toca el cuerpo de Malena.

*¡Aléjate!*

No sé si mi subconsciente amenaza a aquel extraño o me advierte a mí, pero decido hacerle caso como puedo y, antes de poder procesar que mi cerebro ha dado la orden, mis pies giran sobre sí mismos con intención de echar a correr.

Y entonces escucho su voz.

—Tío, al menos podías preguntar si me he hecho daño o si nec...

La frase se queda perdida entre recuerdos que creo distinguir desfilando por sus ojos, acompañando a los míos en una vorágine de caos y sonrisas tan lejanas que casi parecen de otros. Puede que sea porque sí que pertenecen a personas diferentes; unas que una vez llevaron nuestros nombres, pero con quienes ya solo compartimos todo lo mejor que vivimos a solas y aquellas heridas que nos dejamos a base de intentar y no saber hacerlo mejor.

Un monopatín más veloz que la luz, una promesa que se quedó en mentira, un beso pedido y algunos robados, un armario donde ahogar risas nerviosas, dos cuerpos temblando juntos mientras sus dueños dejaban caer a su lado prendas de ropa y deseos llenos de dudas, un cumpleaños, un par de Nocheviejas más especiales que el resto, un cigarrillo a medias, demasiados miedos... Dos vidas que a ratos parecieron una sola.

Eso fuimos Malena y yo. Tanto y tan poco. El todo y la nada. Un primer amor y la cicatriz más profunda.

Ninguno es capaz de moverse, de dar ese primer paso que acerque la distancia insalvable que ahora mismo parece existir entre ambos; hasta que los ojos de Malena se vuelven líquidos y baja las manos de su nariz solo para envolverlas detrás de mi cintura en un abrazo que yo no me espero y que consigue ahogarme un poco, aunque ni siquiera es por la fuerza con la que ella intenta sujetarme. Es, simplemente, porque su pelo está mucho más corto de lo que recuerdo, y tiene arrugas que hablan de la mujer que me perdí, e incluso su cuerpo es diferente a la fotografía que mi memoria guardó de él; pero su olor es el mismo, y se cuele por cada poro de mi ser en cuanto ella hunde la cabeza en el hueco de mi cuello y deja escapar un sollozo que casi parece una risa.

Me permito cerrar los ojos, solo un segundo. Me prometo que apenas me regalaré ese momento, que ahora volveré a ser el Jorge hecho y derecho que todos conocen y dejaré en el lugar que le corresponde a ese crío que una vez sintió que aquellos brazos eran hogar.

Solo un segundo. Uno más.

—Eh... ¿Hola?

Inés sale de la cafetería en la que la había dejado pagando y se queda un tanto desconcertada contemplando la escena. Yo doy un paso atrás, como si acabase de pillarme haciendo algo que no debía, y me libero de ese abrazo que ha provocado que respirar fuese algo natural en mí por primera vez desde hace años.

No me paro a pensar mucho en el sentimiento de confusión que se despierta en mi interior por el simple hecho de tener de nuevo a Malena cerca de mi pecho. Es una tontería. Solo se debe a la sorpresa.

—Ey, perdona —extiendo la mano hacia mi acompañante para invitarla a entrar en ese mundo que ella y yo acabamos de crear a nuestro alrededor—, esta es Malena, una vieja amiga. Inés es... es mi... es... una amiga y compañera de trabajo.

Malena asoma la cabeza por detrás de mi espalda y su melena oscura, cortada justo por debajo de las orejas, se mueve con gracia sin que ella pierda la sonrisa que nuestro encuentro ha dibujado en su cara.

—Hola. —Le tiende la mano a Inés en un gesto educado al que ella corresponde con el rictus aún serio, estudiando con demasiado descaro a la mujer que se gira ante nosotros a pequeños saltitos para llamar a alguien que está unos pasos por detrás y en quien yo no había reparado—. ¡Marc, es Jorge!

—Ya lo veo, bombón.

La tensión se vuelve palpable en el mismo instante en el que mi mirada se cruza con la de él y los recuerdos de nuestro último encuentro se quedan flotando entre ambos como un veneno que podría acabar con nosotros si alguno decidiese clavar primero el aguijón.

No sé cuánto sabrán sobre aquellos años los amigos de Marc o su propia hermana, pero mi pasado es algo que no he compartido en detalle con nadie que hoy forme mi presente. Demasiada vergüenza. Demasiadas cosas que todavía duelen si no permanecen bien enterradas.

Estudio a las personas que van con quien antes era mi familia y me perco de que el rubio que antes sostenía a Malena abraza con cariño a una chica menuda de gesto dulce que me estudia con interés y... ¿reconocimiento?

—Te veo mejor que la última vez.

El comentario de Marc me obliga a dirigir mi atención hacia él, y entonces caigo en que lleva de la mano a un chaval que aprieta con fuerza los labios y que esconde un poco el brazo con el cuerpo de mi cuñado cuando mi vista se queda fija en sus dedos entrelazados.

Marc, sin embargo, solo le permite continuar con ese vano intento de escondite para soltarle por completo y pasar su brazo por encima de sus hombros, atrayéndole hasta él y dejando un pequeño beso en su sien.

—Yo a ti también —le concedo. Me gustaría ser capaz de añadir que me alegro por él, pero no estoy seguro de que sea verdad. Pensar en Marc con otra persona que no sea mi hermano se me antoja una especie de engaño, aunque sepa que no es racional, ni lógico, ni de buena persona—. Inés, él es Marc, el... bueno, el marido de Teo. O exmarido. O... —Hostias, qué mal se me están dando las presentaciones.

—Soy el viudo de su hermano Teo —termina él por mí.

La bola de fuego, esa que me atraviesa la garganta cuando tengo que evocarlo, hace su aparición con una fuerza arrolladora.

No es como hace años, puedo manejarla, pero siempre quema.

Inés deja escapar un «oh» apenas audible y un silencio de lo más incómodo se instala en una

conversación igualmente rara.

—Bueno, me está entrando complejo de Casper. Por invisible, que no por fantasma. Yo soy Gabi.

No puedo evitar sonreír al imaginar al templado Marc lidiando con el torbellino que acaba de dar un paso al frente para plantar dos besos bien sonoros en las mejillas de mi... de Inés, que se ha quedado rígida ante una muestra tan repentina de contacto humano. No es muy de gestos efusivos ella.

—Eh... Encantada.

—Y ellos son Víctor y Hana, y tampoco son espectros —continúa el novio de Marc, porque no me cabe ninguna duda de que lo es; aunque si así fuese, él se encarga de despejarla con la mirada que le dedica. Es algo a medio camino entre descubrir algo que te hace auténtica gracia y ver por fin el regalo que llevas años pidiendo debajo del árbol de Navidad.

Y la imagen de Teo y Marc bailando el día de su boda cruza mi mente sin permiso para dolerme en el centro del estómago.

Durante un minuto cruzamos besos y apretones cordiales de manos, hasta que la novedad da paso a una de esas situaciones en las que no sabes si lo mejor es despedirse con promesas de futuros cafés que nunca llegarán o si quienes tienes enfrente callan tantas ganas como tú de que aquello se alargue un poco más.

Devuelvo mi atención a Malena y la veo dudar lo justo como para que el miedo a que me despache sea más fuerte que el deseo de que me cuente qué ha sido de aquella adolescente que conseguía lo que fuera de mí con tan solo morderse el labio con timidez, así que trato de adelantarme y ser yo quien parezca querer marcharse de allí.

—Pues ha sido genial veros y comprobar que todo va bien —Desvío mi atención hacia Marc para hacerle ver que mi alegría es sincera, o al menos todo lo sincera que puede ser sin sentir que estoy fallándole a Teo—. Seguro que nos vemos alguna otra vez por ahí o...

—Cambié de número.

La ilusión ante esas tres simples palabras lo llena todo, porque sé que ella no lo va a dejar correr, que va a ser más valiente que yo.

—Marc sigue teniendo el mismo, aunque si quieres te apunto los dos, por si el suyo lo borraste alguna noche... mala.

Sus ojos se desvían de forma casi imperceptible hacia Inés, pero yo lo veo; y sé lo que está haciendo: cuidar de mí una vez más, por si quien ella cree que podría ser mi novia no es consciente de partes oscuras de mí que ahora sé que Malena conoce. Supongo que al final Marc sí que fue capaz de compartir con su gente muchas más cosas que yo.

Le tiendo mi móvil con una sonrisa en la cara y un agradecimiento silencioso que siento que debería gritar.

—Escríbenos, o... llámame.

Y ese singular al final de la frase, excluyendo a Marc, volviendo a meternos en esa realidad que solo nos pertenece a nosotros dos, es lo que me hace repetir unas palabras que hace años no supe mantener.

—Te lo prometo.

# Es Jorge

## Malena

«¿Te apetece un café?».

Es una frase tonta, lo sé, pero es suya.

Es que no esperaba que de verdad me escribiese. Lo deseaba, sí, aunque no sabía si él aceptaría el ruego que le lancé con la forma de nuevo contacto en su móvil. Él no me dio su teléfono, así que todas las pelotas existentes se habían quedado en su tejado.

Y ahora me las devuelve tres días después de darme, literalmente, de bruces con él.

—No sé si es buena idea.

Marc apoya la barbilla en mi hombro, sin intentar disimular ni un poquito que está fisgando mis mensajes a la vez que yo los leo.

—No te pongas melodramático. Solo es un café.

—No, no lo es. Es volver a verle, a hablar con él, a que estéis juntos. Él tiene novia, Malena. O al menos alguien que lo parece.

—Por Dios Santo, Marc, que no pretendo seducirlo con malas artes para arrastrarlo a una vida de pecado y mentiras. Solo-es-un-café.

Mi hermano suspira y levanta las manos en señal de rendición. Sé que no quiere que discutamos, pero que tiene miedo por mí. La última vez que él vio a Jorge, hace ya tres años, ninguno pasaba por su mejor momento. El verano anterior, ambos habían perdido a Teo, y ninguno supo cómo enfrentarse a aquello; así que, en vez de encarar su dolor, ambos lo enterraron entre noches de peleas, alcohol y drogas. Bueno, al menos Marc lo hizo. No estoy segura de cómo desterró Jorge a sus demonios, porque hace cuatro años que nuestros caminos se separaron. Otra vez.

Solo conozco lo que Marc me contó de aquel encuentro. Me consumió durante meses la visión de un Jorge devastado por el dolor, vendiendo droga en un callejón sucio y escondido de un barrio cualquiera de la Barcelona más olvidada.

Jorge y yo nos hicimos mucho daño, pero también somos nuestros mejores recuerdos.

Supongo que cuando has descubierto lo que es el sufrimiento real, ese que te hace comprender que vivir puede convertirse más en un castigo que en un privilegio, todo aquello que antes te dolió se difumina hasta convertirse en una leve molestia que, casi casi, echas de menos.

—Solo digo que me asusta el efecto que ha tenido en ti hablar con él apenas cinco minutos después de tanto tiempo. Te manda un solo mensaje y ya...

—¿Qué? ¿Por qué te asusta tanto que recuperemos un poco de aquello que tuvimos? Es Jorge, Marc.

Digo esas dos palabras como si fuesen la mejor explicación que pudiese ofrecerle, probablemente porque lo es. Es Jorge, y eso lo justifica todo. Le da sentido a todo.

—Lo sé. Es familia, es infancia, es millones de momentos felices. Sé todo eso. Y por eso tengo dudas, porque vuelve y distingo en ti de nuevo esa forma que tenías de sonreír cuando él estaba cerca. —Mi hermano me envuelve en un abrazo más apretado de lo normal, uno de esos que te hacen responder automáticamente envolviendo la cintura de quien te lo da, para tratar de

devolverle un poco de ese amor que te deja sentir en un gesto tan tonto—. Me doy cuenta de las cosas, bombón. Sé cuándo sonríes de verdad y cuándo pones esa mueca rara con la que crees que engañas a alguien. Y me resulta aterrador que la sonrisa más sincera que te he visto en años venga acompañada de un ex novio que ahora está con otra persona.

—Marc, tranquilízate. No estoy interesada en Jorge de esa manera. En serio.

—Lo sé. Pero eso no quiere decir que no me preocupe lo que salga de esto. Vosotros nunca necesitasteis buscaros para encontraros.

Sé que en eso tiene razón, igual que sé que no voy a dejar pasar la oportunidad de saber qué fue de mi mejor amigo. A lo largo de estos años lo he extrañado más de lo que nunca me he atrevido a reconocer en voz alta.

Me ha hecho falta. Tanta como daño pensar en él.

Meneo la cabeza intentando alejar esos pensamientos, los malos, los que escuecen, y me concentro en el ahora, en las ganas que me burbujan por dentro cuando nos imagino compartiendo recuerdos y explicándonos los años en los que solo fuimos una sombra en la memoria del otro.

Deseo de verdad ser capaz de hablarle de lo que he vivido, de lo que he superado, de aquello que me venció y de cómo me negué a rendirme.

Por ahora, empezaremos por algo más sencillo.

*«Me apetece mucho ese café».*

# Es Malena

Jorge

Me pongo de pie en cuanto Malena entra en la cafetería en la que hemos quedado y se acerca a la mesa en la que estoy, como si pretendiese recibirla formalmente en aquel establecimiento lleno de tonos blancos, macetas enanas y tartas carísimas.

Vaya un gilipollas. Me falta retirarle la silla para que tome asiento y empezar a balbucear algo sobre el tiempo tan bueno que hace en esta época del año.

Pero es que estoy nervioso, joder.

Es una bobada. Solo es Malena.

Es Malena.

Es ella de verdad.

Me parece como un fantasma que perteneciese a otra dimensión, una en la que la felicidad es fácil de alcanzar, los hermanos no mueren y tu mejor amiga está a tu lado más de dos veces en la última década.

Ambos nos miramos a los ojos hasta que ella aprieta los labios, esos que aún se pinta de rojo, tratando de contener una sonrisa. Y una vez más, como siempre, o como antes, toma la iniciativa, demostrándome que las cosas cambian, pero la esencia de las personas perdura.

—Esto es raro de pelotas.

Mi carcajada consigue que ella relaje los hombros y que mis nervios encuentren una vía de escape más digna que acabar vomitados encima de la mesita de Ikea que nos separa.

—Un poco, sí. Aunque contigo no esperaba nada demasiado normal. Nunca fue tu rollo.

Malena arruga la nariz y me saca un poco la lengua, dándome a entender que se ha tomado ese apunte como el halago que pretendía que fuese.

—¿Empezamos por la fácil?

Me detengo un momento antes de contestarle para poder pedir café a la camarera que espera a nuestra vera con el bloc y el boli preparados. Una costumbre absurda y perdida casi me impulsa a ordenar uno solo doble sin azúcar y un vaso de hielo para ella, pero el miedo a que algo tan pequeño y arraigado haya cambiado me detiene a tiempo. Cuando Malena repite esa comanda punto por punto y compruebo que sigo sabiendo cómo toma el café, una oleada de satisfacción me asciende por el pecho, como si ese detalle tan nimio me atase un poquito a ella.

—Adelante —le concedo mientras me llevo la taza a la boca. Cómo me gustaba que ella tomase la iniciativa, que fuese un poco mandona, que nunca se amedrentase esperando a que otros decidiesen por ella.

—¿Por dónde andas? ¿Trabajas?

—Sí, volví a ejercer. Llevo más de dos años currando en un centro de desintoxicación de adicciones.

Veo la sorpresa en su cara. Tampoco es que pudiera esconderla aunque hubiese querido. Jamás he conocido una persona más fácil de leer que ella. Cualquier sentimiento que se forjase en su interior encontraba reflejo en sus gestos. Al menos así fue la Malena que yo conocí. Y que quise.

—Hace tres que viste a Marc, y, por lo que me contó, parecía que cualquiera de los dos

necesitaba más ser paciente de una clínica de ese tipo que trabajar en ella de enfermero.

—Joder... Menos mal que íbamos a empezar por lo fácil, Mal.

Me sale solo, como esa flor que crece entre las fisuras de una acera de cemento, fuerte y obcecada. Ese mote que solo es suyo por mío, que nos pertenece porque nosotros creamos su historia.

Me sale solo, como una bala que hace daño pero que te permite recordar que todavía sangras... que todavía vives.

Me sale solo. Y de pronto me siento más acompañado.

Un nuevo silencio entre los dos que manejamos con un cuidado que no reconozco, porque siempre fuimos de hablar sin pensar, de gritarnos verdades, de no callarnos jamás nada. Supongo que es un signo más de que somos otros, aunque nos muramos de ganas de ser solamente aquellos a quienes tanto echamos de menos.

—Nadie más me llama así, ¿sabes?

—¿Es extraño que eso me guste?

—No lo sé. ¿Es extraño que me guste que te guste?

Nos reímos juntos, y una grieta se abre camino por el disfraz de adulto que me obligué a construirme hace ya tiempo.

—Cuando tu hermano y yo nos cruzamos en aquel callejón de mala muerte, estaba cerca de tocar fondo. Supongo que encontrarme con ese Marc solo consiguió que el golpe fuese más certero. Pensar en Teo viéndonos así... fue más de lo que mi vergüenza y mi conciencia pudieron soportar.

—¿Me lo contarás? Cómo fue aquello.

—Dame tiempo.

Un *flash* de ella alejándose de mi lado pidiéndome algo muy similar me atraviesa la imaginación como un fogonazo cegador.

—Yo no tengo prisa. No me voy a ningún lado.

# Marcar límites

## Malena

Terminamos el café hablando de cosas que duelen menos pero que no terminan de calmar nuestra curiosidad: lo mucho que disfruta él pudiendo atender de nuevo a gente que lo necesita y lo útil que eso le hace sentir; lo feliz que me siento yo entre las paredes de la librería que abrió Hana y que ya considero como un segundo hogar; el divorcio de mis padres, que a él parece afectarle de verdad a pesar de que haga años que no los ve, puede que porque durante una etapa de su vida los viese como un referente a la hora de hablar del amor.

Nos permitimos quitarnos las tiritas poco a poco, sin tirones bruscos, evitando dejar al aire las heridas más feas.

Hablamos sin presiones ni silencios incómodos, como si jamás nos hubiésemos herido, como si los años hubiesen borrado lo malo para dejar solo un poso de recuerdos bonitos. Puede que eso sea exactamente lo que pasa, que la Malena y el Jorge adolescentes se quisieron demasiado como para que la Malena y el Jorge adultos no guarden de ellos nada que no sea dulce.

No soy idiota, sé que no fuimos perfectos, pero es que nunca pretendimos serlo en aquel entonces. Él me hizo feliz, y también fue el responsable de muchas de mis lágrimas. Sin embargo, sentada frente a él en esta cafetería, solo puedo sentir el cariño infinito que perdura cuando alguien que ha sido realmente importante en tu vida vuelve a ella. Es como si un hilo nos hubiese mantenido unidos de alguna manera, permitiendo que nos alejásemos, pero dejando un rastro de migas de pan por si necesitábamos volver a casa. Por si necesitábamos volver a ese nosotros que una vez fue hogar.

Nos despedimos una hora después, con un abrazo sentido y dos besos educados.

Me paso todo el día siguiente mirando el móvil. Incluso lo pongo con volumen y me asusto un par de veces a lo largo de la mañana cuando me llama mi madre y un señor muy amable de Orange, porque ya ni me acordaba de cómo suena la melodía de llamada de mi teléfono. Lo tengo silenciado más o menos desde 2009.

Cuando Hana me pilla revisando la pantalla por décima vez en apenas tres horas, interviene.

—Llámalo de una vez y dile que quieres verlo o te juro que lo hago yo, y te haría pasar vergüenza, lo sabes de sobra.

Le hago caso a medias, porque yo a Hana casi siempre le hago caso, que para algo es jefa y amiga.

*«Conseguí pillarle el gusto a la cerveza».*

Lo veo en línea y me regocijo un poco en el hecho de que apenas tarde tres segundos en empezar a escribir desde que las dos palomitas azules marquen como leído mi mensaje.

*«¿Esto va de datos curiosos sobre nuestra vida? Eh... Vale: creo que el conejo y el pollo saben igual pero nunca lo digo en voz alta porque la gente me mira raro».*

Me cuesta tres pestañeos rápidos procesar su confesión y romper a reír. Es una respuesta tan suya que algo conocido y familiar me calienta por dentro, como una chimenea lo haría con un hogar demasiado vacío.

*«Eso es una gilipollez».*

*«Te lo digo: sa-ben-i-gual».*

*«Que sí, venga, que vale. Me apunto no pedir pollo frito de acompañamiento con las birras».*

*«¿Qué birras?».*

*«A las que te estaba invitando antes de que empezases a soltar cosas raras por la boca».*

*«Las soltaba por los dedos, que estoy escribiendo. ¿Eso significa que ya no hay cerveza para mí?».*

*«Sí que la hay, pero ahora la vas a pagar tú».*

*«Hecho. Dime sitio y te veo allí a las ocho y media».*

Ese hilo de tonterías cruzadas, sin importancia ni relevancia ninguna, transformando en normal la desaparición de la ausencia, colocándonos de nuevo en el día a día del otro, es el pistoletazo de salida.

Después de una tarde de cañas llega otra.

Y una noche de pinchos que acaba convertida en una madrugada de chupitos, riéndonos del poco aguante que tenemos ya y pinchándonos a la mañana siguiente a través de mensajes por la resaca que nos atormenta.

Y un café rápido cerca de *Leer da sueños* aprovechando mi hora del descanso en el que Jorge me habla de nuevo de su trabajo, de algunos compañeros, de pacientes que una vez ingresaron en su clínica y que ahora son amigos, porque pasaron tantas horas juntos que no cogerles cariño no era una opción. Yo le hago prometer que me presentará a alguno. Él me jura que habrá tiempo para conocerlos a todos.

Y una tarde más compartiendo birras con Inés, sacándola a la palestra, recordándonos que está ahí, aunque Jorge me insinúa en un par de ocasiones que solo son amigos que de vez en cuando comparten algo más.

Y un viernes de cine y cena al que termina apuntándose Hana, para regocijo de Jorge, porque la muy traidora empieza a desvelar detalles sobre mi vida actual sin ningún pudor ni remordimiento por ponerse del lado del enemigo en esa batalla. Quizá porque en el fondo ella sabe que hace años que dejé atrás la guerra con Jorge. Puede que ni siquiera llegase a existir. A lo mejor solo batallé conmigo misma, con esa Malena que se enamoró pero que se obligó a alejarse.

Y hasta nos consentimos un par de quedadas anuladas después de algunas dudas, para marcar límites, para dar treguas. Para no permitir que los recuerdos y el pasado compartido nos arrastren de nuevo a la casilla de salida, esa en la que comenzó todo.

Esta es la historia  
**de un «nosotros»  
ya perdido...**

1998

## Jorge

*Tiene sonrisa de ratón.*

Mis padres llevan toda la tarde discutiendo. Ni siquiera sé por qué es esta vez. Bueno, supongo que por dinero, como siempre.

A veces tengo la sensación de que los adultos se creen que los niños somos idiotas. Y sordos. Que no nos enteramos de nada, que no escuchamos los gritos porque haya de por medio una puerta cerrada.

Las cerraduras no evitan que las voces de papá y los llantos de mamá retumben en el silencio de mi habitación cada vez que me meto en la cama y ellos comienzan a pelearse por el precio de nuestros libros, o por el gasto extra que ha supuesto tener que cambiar la lavadora este mes, incluso por lo caro que es vestarnos a Teo y a mí.

Mi hermano dice que no somos pobres, aunque yo creo que me miente. No se lo tengo en cuenta, porque sé que solo lo hace por protegerme. Como siempre.

Teo siempre me protege. Siempre me cuida. Siempre está para mí.

Por eso esta tarde, cuando el llanto de mi madre ha sustituido a las discusiones subidas de tono, él me ha cogido de la mano y me ha sacado de nuestro piso sin decirme nada más.

Vamos al parque que hay detrás de la casa de Marc. Teo no tiene muchos amigos, así que cuando hace unos meses entró en mi cuarto para hablarme de ese chico, me sentí increíblemente feliz por él. Yo solo lo he visto en un par de ocasiones y me aburre un poco estar con los dos juntos, porque hablan de cosas que a mí no me interesan, como cómics, chicas por las que suspira Teo, películas de ciencia ficción, o chicos por los que anda colado Marc.

A mí todo eso me parece un poco asqueroso. He visto cómo se besan las parejas en muchas series, y no le veo la gracia a pegar tu cara a la de otra persona y mover la boca como si comieras gusanos. Cada vez que se lo digo a Teo se ríe de mí y me dice que aún me queda mucho por crecer. A mí me parece que estoy bien como estoy.

No me cuesta distinguir a Marc cuando llegamos a la explanada del centro de aquel espacio rodeado de verde. Es alto y tiene las espaldas más anchas que Teo, sin embargo, mi hermano es mucho más guay que él.

No nos mira. Está demasiado pendiente de una niña que va sentada sobre un monopatín y que en estos momentos baja a toda velocidad por una pequeña rampa que va a dar a un estanque.

—¡Frena! ¡Frena, coño, que te vas a matar!

Los gritos de Marc pierden fuerza, a pesar del taco y todo, porque las risas de loca de esa kamikaze suenan tan fuertes que amortiguan en parte la mala leche que desprende el otro, que ya ha optado por echar a correr como un poseso detrás de ella.

—No va a llegar —dejo caer en voz alta a nadie en concreto, aunque Teo me responde igualmente.

—No. Y hoy se irá a casa jurando que no va a volver a dejar su tabla a su hermana por nada del mundo. Y mañana se la dará sin rechistar en cuanto ella le ponga carita de pena porque no sabe decirle que no a esa renacuaja.

—¿Juegan a menudo a eso?

—Yo no diría que es un juego, y no es que haya sido testigo de muchas de estas —me aclara mientras señala hacia la escena un tanto dantesca que tiene pinta de acabar peor que mal—. Es la primera vez que los veo en acción a los dos juntos, pero Marc me habla tanto de ella que te juro que es como si ya la conociese. Esa cría no sabe estarse quieta.

Definitivamente, nos podríamos llevar bien. No tengo demasiadas amigas chicas, aunque todo es probar.

Teo y yo nos detenemos a unos pocos pasos de esa pequeña laguna, lo bastante cerca para ser espectadores de primera línea del vuelo perfecto que realiza la niña cuando el patinete deja de tocar tierra firme al encontrar una piedra en mitad de su trayectoria.

A mi hermano se le escapa un «hostias» que a mí me hace reír, pero me trago la risa y salgo escopetado detrás de él cuando la larguísima melena oscura de la chica se sumerge por completo en el agua.

Al llegar a la altura de Marc, este ya está hundido en el estanque hasta las rodillas. Su cara de pánico demuestra mucha más preocupación de la que a mí me parece que requiere la situación. A ver, que su hermana ha caído en blandito y encima ha sido la leche de valiente. Ninguno de mis amigos se habría tirado a esa velocidad por una cuesta como esa, menos aún sin dejar de reírse.

Me digo a mí mismo que tengo razón cuando una especie de monstruo del pantano resurge de entre el barrizal que se ha formado a nuestros pies gracias al movimiento de las pisadas desaforadas de Marc.

Lleva el vestido empapado y sucio, el puño levantado en alto en señal de victoria y todo el pelo desordenado tapándole la cara. Cuando Marc se acerca a ella y se lo retira a un lado veo que no puede evitar que los labios se le curven hacia arriba a pesar de la regañina que se ha ganado.

Se le ven los dientes, y me doy cuenta de que tiene los paletos un poquito más grandes de lo normal y algo montados sobre los incisivos laterales. La nariz se le arruga con ese gesto, haciendo que su cara adquiera un gesto gracioso.

Y ese es el primer recuerdo que mantendré de ella.

*Tiene sonrisa de ratón. Y es muy bonita.*

## Malena

—No vuelvo a traerte. Te juro que no vuelvo a traerte.

Es mentira.

Marc siempre me amenaza con lo mismo y en un par de días se le ha pasado el enfado. Aunque esta vez parece más cabreado de lo habitual. Cuando llegue a casa creo que le pediré ayuda a mamá para hacer unas galletas. Las de limón y chocolate blanco, que son sus favoritas. Si sigue enfadado después de eso es que me han cambiado al hermano sin que me dé cuenta.

Cuando me alcanza, me coge por la cintura y me coloca sobre su hombro como si fuese un saco de patatas. Le empapo la camiseta, pero me cuido de no hacer ningún comentario que pueda conseguir que me riña más.

Me deja en el suelo apenas un par de metros más allá de donde estábamos y cuando me giro para recuperar el monopatín y devolvérselo, veo a dos chicos mirándonos con curiosidad.

Marc saluda al más mayor con un abrazo rápido y le revuelve el pelo al otro, que aparenta ser más cercano a mi edad que a la de mi hermano.

—Teo, esta es la terremoto de la que te he hablado.

—Hola, pequeñaja.

Me tiende la mano en un gesto muy adulto, y yo me quedo un poco embobada mirándolo.

—Hola —alcanzo a decir como una tonta en un tono más agudo de lo que es habitual en mí.

Él me sonrío con dulzura y coloca su brazo alrededor de los hombros del niño que lo acompaña.

—Él es Jorge, mi hermano pequeño. Seguro que os lleváis bien. Tiene casi tus mismos años y también le gusta hacer maldades.

Me fijo con más atención en él ante esa descripción. Me doy cuenta de que me mira como si le hiciese gracia, lo que deja ver a las claras cuando la comisura derecha de su boca baila en su cara, haciendo que una sonrisa ladeada se convierta en su forma de presentarse.

Me cae bien. Y tiene los ojos muy bonitos. Son muy similares a los de Teo, tan verdes que casi parece que puedas mirar a través de ellos.

—Yo soy Malena. Tengo siete años. ¿Tú eres más mayor o más pequeño que yo?

—Mayor. Cumplí los ocho hace un par de semanas.

Vaya. Siempre soy la pequeña de todos sitios. Qué asco.

—Ah.

Mi cara de decepción debe de ser un tanto evidente, porque el niño se apresura a soltar una mentira muy obvia que yo decido tragarme porque me apetecería que fuese verdad.

—Pues pareces mucho mayor. Yo pensaba que quizás me sacabas algunos meses. —Mí sonrisa encuentra una respuesta gemela en su cara—. Ese salto ha sido genial, por cierto.

—¿Te gusta montar en monopatín? Marc puede dejárnoslo otro ratito.

—Ni de coña. —Qué rollo puede ser a veces mi hermano, de verdad.

—Da igual. No he montado nunca. Me gusta más jugar al fútbol.

Me invade el miedo por un momento, porque yo no tengo ni idea de practicar ese deporte y acabo de decidir que quiero caerle bien a Jorge. Repito mentalmente muchas veces seguidas que

tengo que recordar pedirle a Marc que me enseñe a chutar un balón, como tratando de grabarlo en mi cabeza para no olvidarlo después.

—Oh, pues no tenemos una pelota aquí, así que no creo que podamos jugar a eso, aunque es una pena, porque el fútbol es guay. —Marc me mira con una ceja levantada que yo ignoro—. Además, igual sería mejor ir a casa a cambiarme la ropa por algo seco, pero a lo mejor a mamá y a papá no les importa que vengáis a ver una peli.

Miro a mi hermano buscando su apoyo o su aprobación, lo que antes llegue. Él asiente despacio e incluye unas palomitas al plan.

Cuando echo a correr por el camino que lleva a nuestro piso y escucho la risa de Jorge de cerca mientras se une a mi carrera, me pongo inexplicablemente contenta.

1999

## Jorge

—Vamos, no seas gallina.

—No soy gallina. Es solo que esta bicicleta no tiene frenos. En serio, Malena. Estoy apretando a tope y... nada.

—No te hacen falta los frenos. Lo chulo de tirarnos por aquí es ir deprisa. Si vas frenando, pierde la gracia.

—Con lo fácil que es echar la tarde jugando a los tazos... —farfulto más para mí que para nadie en concreto.

Miro otra vez la cuesta que tengo delante. Estoy casi seguro de que hoy podría ser mi último día de vida. No sé por qué siempre me dejo liar por la enana esta para hacer cosas así.

Bueno, sí lo sé: es más divertida que cualquier otra persona que conozca. Y sí, la mitad de las ideas horribles que se le ocurren acaban con uno de nosotros sangrando y con Marc o Teo gritándonos. Pero merece la pena.

—Venga, a la de tres. Una... Dos... ¡¡Tres!!

La muy asquerosa me empuja. ¡Me empuja! Me he ofrecido a ser el primero en intentar tirarme por esta especie de pared vertical en forma de calle que Malena ha encontrado y ha decidido conquistar, porque ella nunca tiene una idea buena, pero solo lo he hecho porque no quería que se matase. ¡Y ahora va ella y me empuja!

Trato de concentrarme en la acera, llena de baches y socavones. Cada agujero hace temblar la destartada bicicleta de Marc, que nos hemos llevado sin que él se dé cuenta. Sujeto el manillar con fuerza y apoyo las suelas de mis zapatillas en el suelo, tratando en vano de frenar por fricción.

—¡Frena, Jorge! —¿Por qué tengo la sensación de que ser amigo de esta chica supone escuchar esa frase al menos una vez al día?

El grito de Malena es un eco lejano. He debido de dejarla muy atrás ya, aunque no me extraña, iré al menos a cien kilómetros por hora.

—¡Que este cacharro no tiene frenos!

Giro la cabeza buscando a Malena. No calculo bien los riesgos de hacer ese gesto. O, simplemente, soy idiota. En cuanto abandono la concentración en el asfalto, un agujero más grande que los demás hace que la rueda delantera se hunda con brusquedad y que la bici adquiera un ángulo de casi noventa grados que me impulsa hacia delante, despegándome del sillín, de la gravedad y del mundo terrenal.

Vuelo.

Salgo disparado y solo proceso lo que está ocurriendo cuando mi cuerpo impacta con violencia contra el suelo, haciendo que ruede varios metros por efecto de la inercia.

No registro voces, gritos ni ruidos de ningún otro tipo. Pierdo la consciencia sin saber si de esta me voy a llevar cinco arañazos y una regañina más grande de lo habitual o si me he roto el cuello.

El sonido de un llanto ahogado y un bamboleo rítmico y lento comienzan a colarse en mi mente medio adormilada poco después. O puede que haya pasado una hora. Ni idea.

—¿Qué...? ¿Malena?

—Tranqui, Jorge, vas a estar bien. Yo me ocupo.

Trato de analizar lo que pasa.

Tengo la cabeza hacia abajo y el tronco pegado a los hombros de Malena. Ella me sujeta como puede por una pierna y un brazo, llevándome a cuestas. Avanza despacio, pero los siete centímetros que le saco de altura, aparte de algunos kilos, no hacen que se detenga en ningún momento. A pesar de que va resoplando, no se queja ni una vez.

Me inclino un poco hacia atrás y veo que me he pelado por completo las rodillas. Dejo caer de nuevo el peso de mi cabeza sobre el trasero de Malena y me doy cuenta de que dejo un reguero de sangre a mi paso que parece salir de mi frente.

Una brecha. Cojonudo.

—Yo cuido de ti. Ya casi hemos llegado. No te va a pasar de nada. Yo cuido de ti.

Esa es Malena, mi caballero de brillante y abollada armadura.

Esa es otra de las razones por las que siempre termino haciendo cualquier locura que me pide, porque sé que nunca va a dejarme solo, que siempre va a cubrirme las espaldas, que va a estar para mí.

Y yo para ella.

—Mierda, en serio que no tienes nunca una idea buena. El siguiente plan lo elijo yo, que tú eres el mal.

—No exageres.

—No lo hago. Hasta tu nombre puede abreviarse para avisar a la gente: Mal.

Noto una sacudida en el cuerpo que me indica que se ha reído por el nuevo apodo, y yo me apunto mentalmente volver a usarlo siempre que logre ese efecto.

2000

## Malena

Le doy al *pause* de mi Discman cuando escucho el timbre y Shakira deja a mitad de frase una de las estrofas de su *Inevitable*. Me levanto del sofá y abro la puerta sin apenas mirar quién es.

—Oh. Hola, Teo. Eh... Marc está arriba.

—Gracias, peque.

Me rodea con habilidad y yo me quedo un poco embobada viendo cómo se dirige hacia las escaleras que le llevan al piso de arriba lo más rápido que le permiten las piernas. Me reprendo interiormente por pensar en Teo de esa manera una vez más, pero es que es guapísimo.

—Hola a ti también, Jorge. ¿Cómo estás, amigo? Gracias por venir a verme a casa y perderte un maratón de *Buffy Cazavampiros* con tus colegas por mí. Es un puntazo por tu parte.

Me giro hacia la puerta de nuevo, donde he dejado al lerdito de Jorge esperando para entrar.

—Yo no hablo así —me quejo, aunque me hago a un lado para que entienda que siempre es bienvenido, a pesar de que en los últimos tiempos parece que solo viene a verme para chincharme.

—Cuando te idiotizas con mi hermano, sí. Es dirigirte a él y que la voz se te ponga una octava más aguda, como si hablaras con un cachorrito.

Vale. Jorge sabe que me gusta Teo.

Ya ves tú. Ni que fuese un secreto mejor guardado que la fórmula de la Coca-Cola.

Marc también sabe que me gusta Teo.

De hecho, estoy casi segura de que Teo sabe que me gusta Teo.

¡Por Dios! Si hasta el cartero sabe que me gusta Teo. Se lo dijo mi madre, vete tú a saber por qué.

Que no es que me importe. Sé que es una tontería. Me saca cinco años, es el mejor amigo de mi hermano y, además..., bueno me parece que no soy yo quien le interesaría si hablamos de gente de mi familia.

—¿Estaba muy preocupado por Marc?

Marc y Teo van juntos a clase. Bueno, no comparten aula, pero cursan el mismo año, no como Jorge y yo; aunque nosotros dos sí que estamos en el mismo pasillo y en el mismo patio en las horas de recreo, así que también nos vemos bastante.

La primera vez que Jorge se acercó a hablar conmigo en el colegio, uno de sus amigos me llamó niñata. Se llevó tal guantazo que ningún chaval de la pandilla de Jorge ha vuelto a comentar nada sobre que a él le guste pasar tiempo conmigo.

En eso Jorge es diferente a Teo, no le asusta enfrentarse a la gente que le molesta por tonterías. De hecho, creo que su hermano hoy tiene tanta prisa por ver al mío porque se siente culpable.

A Marc le ha caído una gorda por parte del director por pegarse con otro chico que estaba metiéndose con Teo y con él. Se lo ha llevado a su despacho y todo, aunque a Marc eso le importa un bledo.

Ha llegado a casa y cuando mi padre ha intentado explicarle que las cosas no se arreglan con los puños, él le ha contestado que lo recordará la próxima vez que alguien diga algo malo de Teo y se pasará a las patadas.

Ni siquiera se ha acordado de que también estaban insultándole a él. Odio que esos críos estúpidos hablen de mi hermano porque le gusten los chicos y no las chicas. Marc siempre me dice que los ignore, que solo son personas de mente pequeña a los que les asusta lo que no entienden, pero yo mataría a todo el que se atreviera a insultar a mi hermano. Lo adoro, a pesar de que a veces nos peleemos, a pesar de que a veces queramos matarnos. Es mi hermano. Es mi mundo.

—Le fastidia que se haya comido la bronca por él y que tus padres lo hayan castigado sin salir este *finde*.

A Jorge se le escapa un pequeño suspiro al decirlo en voz alta, y sé que a él le duele tanto como a mí que se metan con su hermano. La familia de mi amigo no tiene mucho dinero, y Teo siempre insiste en que lo que sus padres puedan ahorrar lo gasten en cosas para Jorge antes que en él, lo que provoca que su ropa, libros y demás tengan un aspecto bastante usado.

Jorge me habló hace no mucho de todo esto, con la cara más triste que le había visto nunca y la voz temblorosa. Fue una tarde en la que su padre había pegado un tortazo a Teo porque unos chicos le habían acorralado a la salida de clase, aprovechando que Marc estaba enfermo en casa, y le habían obligado a darles sus zapatillas nuevas. No sé bien cómo, el señor Deiros llegó a la conclusión de que la crueldad de esos niños debía ser culpa de su hijo mayor.

No fue lo último que Jorge me contó sobre cómo estaban las cosas en su casa, pero sí que fue la primera vez que pensé que no quería ir más por allí, porque no estaba segura de poder callarme ante ese asco de hombre. Un padre te tiene que proteger, no infundirte miedo.

—Ya sabes que a Marc no le importa. Además, mis padres siempre se cuidan de dejar claro que él no puede salir de casa, aunque nunca dicen nada de que otros vengan a pasar el rato con él dentro de ella. No son tontos. Ni malos.

—Pues ya les ganan a los míos en dos cosas.

La mirada de Jorge vuelve a llenarse de esa pena que siempre trata de esconder cuando los menciona; de esa vergüenza que parece sentir cuando describe algunos comportamientos de su madre, o esa rabia que aflora a sus rasgos al nombrar a su padre.

Quiero borrar todo lo malo que le bulle en el cuerpo, conseguir que siempre se sienta tan feliz como parece ser cuando está en nuestra casa, protegido, querido. Y me angustia no saber cómo hacerlo.

Pruebo con algo sencillo, una simple seña que muestre un poco del cariño que siento. Me acerco a él y apoyo las manos en sus hombros para ayudarme a ponerme de puntillas sin perder la estabilidad. Le dejo un beso fuerte y largo en la mejilla y lo abrazo solo unos segundos.

Él ni siquiera me devuelve el gesto, solo se queda parado en la entrada de casa, tieso como un palo, más rígido de lo normal. Pero cuando me separo de él y le doy la mano para llegar a la cocina no me la suelta ni una sola vez, ni siquiera para atracar la nevera antes de dirigirnos al sofá a ver la tele lo que queda de tarde, uno al lado del otro.

2001

## Malena

Salgo del cine tan excitada que no puedo dejar de pegar botes. Quiero volver a entrar ya y verla entera otra vez.

—¡Hermione es la caña! En serio, ¿no te parece la mejor de todas?

Mi madre se ríe bajito dos pasos por detrás de nosotros, y Jorge la mira de reojo un poco nervioso. No comenta nada de la peli; de hecho, parece que solo vigile de soslayo cada tres segundos a la adulta que nos acompaña.

Qué rollo de tío. Yo estoy emocionada perdida, pensando en que en unos meses podría llegarme mi carta de Hogwarts y en si seré capaz de hacer levitar la papelera que tenemos enfrente si me concentro lo suficiente; y él, ahí, como una farola más de la calle.

—*Wingardium Leviosa*. —Achico los ojos y fijo la vista en la papelera con todos mis sentidos puestos en ella y... nada—. Mierda.

Me giro a toda pastilla hacia Jorge para ver si me ha pillado probando mis inexistentes poderes, y la saña con la que se muerde el carrillo por dentro, tratando de no partirse de risa, me dice que he tenido público en mi primer intento fallido como maga.

—Cállate —le advierto.

—¡Si no he dicho nada!

Lo intenta. Sé que lo intenta. Pero solo es capaz de retener las carcajadas unos seis pasos más. Lo peor es que oigo a mi madre unírsele con disimulo.

—Sois idiotas. Los dos.

—Vale, cariño, no te enfades. Solo ha sido la primera prueba. Puede que necesites un poco de práctica, o que no hayas pillado bien la entonación. Tú sigue intentándolo.

Esa es mi madre, la mujer que lleva repitiéndome que puedo ser lo que yo me proponga desde que empecé a ser capaz de entender lo que es el futuro, incluso si yo pensase que el mío pasa por un mundo mágico lleno de varitas y cicatrices en forma de rayo.

—Oye, Mal, los chicos me dijeron que estarían por los recreativos de debajo de la plaza por si me quería pasar después del cine. ¿Te apuntas o tienes que volver ya a casa?

Jorge me pregunta a mí, aunque en realidad los dos sabemos que está pidiendo permiso de forma velada a mi madre para que me deje apuntarme a sus planes. Ella mete la mano en su bolso y me tiende algunas monedas de cien pesetas.

—Llama a papá en un par de horas para que vaya a buscarte. No quiero que andes sola por ahí de noche, y así de paso te acerca a casa a ti también, Jorge.

—¡Prometido! —le grito mientras ya echo a correr detrás de mi amigo en dirección a la sala de máquinas en la que terminamos la mitad de las tardes que quedamos.

Apenas hemos doblado un par de esquinas cuando Jorge se detiene de golpe y me agarra del brazo en plena carrera para que me pare a su altura.

—Joder, qué ganas tenía de que nos quedásemos solos.

El corazón me golpea con fuerza en la garganta. Yo aún no lo sé, ni entiendo lo que significa que esa frase me haya puesto nerviosa, ni que la siguiente me decepcione un poco, pero no será la última vez que Jorge consiga que el corazón me baile por todo el cuerpo sin orden ni control.

—Ayer me enrollé con Txell.

—¿Qué?

—Meritxell, la que está un curso por encima del mío, la rubia que tiene las tetas enormes.

—¡Jorge!

—Pero si es verdad, no me entraban en las manos.

—¿Le tocaste las tetas?!

—¡Sí! Fue una pasada, Mal. Estaba nervioso de la hostia. Era la primera vez que me liaba con una chica, joder, pero fue bestial. Creo que vamos a quedar otra vez mañana.

—¿Es que ahora es tu novia o algo así?

—No, no te haces novio de nadie solo por unos besos. No seas boba.

—No me llames boba.

Odio cuando Jorge se pone en plan condescendiente conmigo únicamente porque está un curso por encima de mí y empieza a hacer cosas que a mí todavía me parecen lejanísimas. En mi clase solo hay una chica que ya se haya besado con un compañero. Yo creo que ni siquiera sabría cómo tengo que hacerlo. Es decir, ¿te acercas y pegas los labios a la boca del otro y ya está? ¿Cuánto rato te tienes que quedar así? ¿Cierro los ojos o lo miro mientras espero a que se aparte?

—Perdona, no eres boba. Solo un poco renacuaja. —Me doy la vuelta dispuesta a marcharme a casa— Eh, pero ¿a dónde vas?

—Me piro, ya no tengo ganas de ir a los recreativos.

—Venga, Mal, no te enfades. ¡Vuelve! Que me apetece un montón contarte cómo fue.

—Pues a mí no me apetece oírlo ahora. Ya te explayarás mañana, o pasado, o cuando no estés morreándote con Txell.

Sé que me he enfadado de más porque me haya llamado renacuaja. Él también lo sabe, pero me deja mi espacio.

Mañana se me habrá pasado y todo estará como siempre.

Supongo.

2002

## Jorge

—Necesito que me hagas un favor.

Dejo a medias lo que estaba contándoles a Javi y a Gerard, los dos amigos con los que he quedado en el parque de siempre, cuando escucho la petición de Malena a mi espalda. Al girarme para ver qué le pasa, me la encuentro con el ceño fruncido y los brazos en jarras, como si ya estuviera lista para la pelea.

—¿Por qué sonríes?

¿Sonrío? No me había dado cuenta, pero es que Mal siempre me hace gracia. Aún no la he saludado siquiera y ella ya está lanzando nuevas preguntas. Debería frenarla de vez en cuando y decirle que no en la mayoría de las ocasiones, pero es que me pierde con esa fuerza con la que camina por la vida siendo solo una mocosa que ni ha cumplido los doce. A ver, que le saco seis meses, pero ella odia ser la pequeña cuando viene con mis amigos, porque entre sus amigas es de las mayores por haber nacido en febrero, así que nunca dejo escapar una oportunidad de picarla haciendo referencia a su edad.

—Hola, Jorge. ¿Cómo te ha ido el día? Yo me moría por verte. Por cierto, necesito tu ayuda, oh, todopoderoso Jorge.

—¿Alguna vez vas a dejar de intentar imitarme? Lo haces fatal.

—Yo creo que lo bordo. Y dejaré de hacerlo cuando no sea tan obvio que te repatea.

—Me da igual que trates de copiarme.

—Ay, Mal, Mal, Mal... ¿Cuándo entenderás que no importa lo que dejes escapar por la boca mientras tu cara siga delatándote así? En serio, es alucinante lo bien que se leen tus gestos.

La mirada que me lanza casi consigue que le pida perdón por decirle la verdad. Es superexpresiva, pero a mí eso me encanta. Siempre sé lo que le hace gracia o lo que le molesta, aunque ella no quiera reconocerlo.

—Bueno, ¿vas a echarme una mano? —La veo dudar un momento antes de morderse el labio y suspirar con fuerza—. ¿Por favor?

Vaya. Debe de ser algo gordo. Malena odia pedir ayuda. Puede que incluso más que la coliflor, y eso es mucho decir.

—Si este está ocupado, yo te echo una mano cuando quieras y a donde quieras.

Le suelto una colleja a Javi sin retirar la vista de Malena, que tampoco se molesta en apartar sus ojos de los míos.

—Vamos, anda. —Me pongo de pie y le hago una señal con la cabeza para que me siga lejos de allí—. Nos vemos mañana en clase, chicos.

Le cuento tonterías mientras nos dirigimos hacia su casa sin necesidad de aclarar antes a dónde vamos. Me parece que está nerviosa, así que intento ser gracioso, pero solo le arranco un par de sonrisas ladeadas.

Al llegar, compruebo que Teo está allí también, así que le digo que me avise antes de marcharse para ir juntos a nuestro piso.

Malena prácticamente pasa al lado de Marc y de mi hermano sin mirarlos antes de meterse en su habitación. La sigo en silencio y veo, extrañado, que cierra la puerta una vez que estoy dentro.

No es algo habitual, y me pone en tensión.

Aquí pasa algo grande.

—Venga, escúpelo —la animo.

Camina hasta la cama y se sienta. Se toma un momento antes de mirarme con el gesto más serio que le he visto nunca y me lo suelta, a las bravas y sin anestesia.

—Quiero que me enseñes a besar.

Levanto tanto la ceja derecha que estoy seguro de que me ha tocado el nacimiento del pelo. Y cuando el silencio empieza a ser incómodo... me río. Me descojono, porque no sé qué otra cosa hacer.

Está de coña. Tiene que estarlo.

Solo que ella sigue seria, esperando a que a mí se me pase el ataque de nervios, que es lo que de verdad es esto: un jodido ataque de nervios.

—Deja de reírte, imbécil. —Su cara de cabreo me corta la siguiente carcajada.

—Pero ¿lo dices en serio?

—¡Sí!

—Mal, eso sería... ¡raro! Eres mi mejor amiga.

—También soy una chica.

—Ya, pero sería... ¡raro!

—Eso ya lo has dicho.

Me paso las manos por la frente y me rasco la cabeza aturdido, buscando ganar unos segundos para pensar. Aprovecho que yo no me he llegado a sentar para dar algunas vueltas por la habitación sacudiendo los brazos en un vano intento de liberar energía y encontrar algo de calma.

—Espera. ¿Por qué necesitas aprender a enrollarte con alguien?

—¿Eso qué te importa?

—Oh, sí, claro que me importa.

—¿Y por qué?

—Pues... ¡porque sí! Quieres mi ayuda, ¿no? Yo quiero saber por qué tengo que dártela.

Malena se frota la nariz con el índice y veo asomar el fastidio a sus facciones. Mira a cualquier sitio menos a mí, lo que se me hace raro, porque ella siempre afronta todo sin ninguna vergüenza. Al final, resopla con algo similar al cansancio y me encara con la barbilla más alta de lo habitual, como retándome a reírme de ella o a decirle que lo que me cuenta es una tontería.

—Diana se enrolló anoche con su vecino. Él saltó la verja de su casa y entró por la puerta de atrás, que ella le había dejado abierta.

—Ni sé quién es Diana ni me importa que se lo ponga tan fácil a los ladrones de su barrio. ¿Por qué quieres que te dé tu primer beso?

—¡No serías mi primer beso! Solo contaría como prácticas.

—Oh, Mal, tú sí que sabes cómo hacer que un chico se sienta especial.

La vocecilla que pongo consigue hacerle reír y el ambiente se relaja un poco, lo justo para que yo me anime a sentarme a su lado y ella gire un pelín el cuerpo para poder hablar conmigo mirándome a los ojos, como siempre hacemos.

Le cojo la mano y ella no la aparta, así que pruebo otra vez a intentar entender por qué ella quiere esto de mí.

El porqué yo quiero dárselo ni siquiera me atrevo a planteármelo.

—Oye, puedes venderlo como prefieras, pero eso no cambia lo que sería. Así que dime, por favor: ¿por qué quieres que te dé tu primer beso?

—Diana era la única de mi grupo, sin contarme a mí, que nunca se había liado con un chico, y

ahora me siento una cría cuando estoy con ellas. Hay un compañero de clase que ya me ha invitado a salir un par de veces a tomar una Coca-Cola y dar una vuelta... ya sabes.

Sí... Ya sé. Y no me gusta.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Solo quería estar... preparada. Por si me animo a decirle que sí.

—¿Vas a morrearte con un chico que no te gusta solo por no ser la única de tus amigas que no ha besado a nadie? ¡¿Y si ellas se tiran por un puente tú vas detrás?! Ay, Dios, que ahora hablo como mamá. Me has convertido en mi madre. Mal, ¡¡me has convertido en mi madre!! —Ya vuelvo a estar de pie y de paseo por su cuarto. Esta conversación no me está haciendo bien.

—Tranquilízate, porque te juro que como te oiga Marc y tenga que darle explicaciones, te mato. Además, sabes de sobra que yo no soy la que se lanza del puente detrás de todas. Yo sería la que propondría que saltásemos. —En eso tiene razón—. No es que vaya a pasar nada con ese chico. Pero querría saber qué hacer cuando llegue el momento. Me da pánico quedarme ahí parada como una ameba. Tú ya has besado a muchas chicas y pensé...

—Ya, ya. Ya sé lo que pensaste.

Paro de dar vueltas sobre mí mismo antes de terminar por hacer un agujero en el suelo del dormitorio de Malena y echo el cuello hacia atrás, puede que maldiciendo, o quizás solo buscando fuerzas para seguir hablando.

Mal me mira con tal esperanza que sé antes de que vuelva a hablar lo que acabaré contestándole.

—¿Entonces?

Me masajeo a mí mismo los hombros y le pido que se aparte un poco con un pequeño movimiento de mis cejas.

—Hazme un hueco, anda.

Me coloco lo bastante cerca de ella como para que nuestras piernas se toquen. Es algo que sucede a menudo, aunque ahora me resulta extraño.

No hablo, porque no estoy seguro de qué decir, ni de si me saldría la voz teniendo el corazón en mitad de la garganta.

Simplemente, me inclino hacia ella despacio y enmarco su cara con mis manos. Intento no dejar de mirarla, pero la vista se me desvía una y otra vez hacia sus labios. Cuando veo que los abre un poco, sin darse cuenta ni de que lo hace, creo que es muy posible que mis latidos se estén escuchando desde el piso de abajo.

La noto tensa, sin embargo, creo que también distingo en ella algo parecido a las ganas.

—¿Qué tengo que hacer? —me susurra, tan cerca ya que siento su aliento haciéndome cosquillas en el pequeño surco que baja desde mi nariz.

—Callarte.

Sonríe un poquito, de una forma tan imperceptible que de no haber estado así de atento a su boca, me lo habría perdido. Pero lo veo. Y el que me pierdo soy yo.

Inclino la cabeza hacia la derecha y ella juega conmigo al espejo sin tener que pensarlo, encajando como esperaba que lo hiciésemos. Elimino el espacio entre los dos y aguardo a ver cómo Malena aspira con fuerza y cierra los ojos antes de hacer lo mismo.

Recorro su labio inferior con la lengua y ella abre la boca sin un solo atisbo de duda.

Sabe a gominolas.

Diría que me concentro en marcar el ritmo, pero es mentira. Me dejo llevar. Me olvido de que estamos en su casa, metidos en una habitación sin pestillo, de que ella es mi mejor amiga y de que esto podría hacer que las cosas se pusieran raras entre nosotros. Nada de eso me importa ahora

mismo.

Es suave. Y húmeda. Y dulce.

Nos separamos una eternidad después, con pequeñas réplicas que estallan por nuestras barbillas, por nuestros cuellos, cerca de las mejillas. Despacio, como si nos costase.

Ninguno se atreve a hablar, aunque no bajamos la vista. Esto no es algo que pueda avergonzarnos a ninguno. O eso espero.

—Ha sido... —empieza ella.

—Bueno. Muy bueno.

Suelta una risilla que yo ya conozco, pero que ahora mismo me suena diferente, como si la escuchase por primera vez.

—Sí, bastante. Ha sido un buen primer beso.

—¿No cuenta solo como prácticas, entonces?

—Creo que ha estado lo bastante bien como para que lo guarde en mi cabeza como uno de verdad.

—Sabía que alucinarías conmigo.

—Mejor dejarlo aquí antes de que tu ego me eche de mi propia habitación.

—Sí, mejor dejarlo aquí.

No nos movemos ninguno de los dos.

¿Ella quiere que yo...? Quizá, podría... Es decir, sigue ahí parada, supongo que... ¿esperando algo? Puedo contar hasta diez y si ella sigue mirándome así, la vuelvo a besar. Ha estado bien, podemos hacerlo solo una vez más.

Venga, va.

Uno...

Dos...

Tres...

Cuatro...

Cinco...

Seis...

Siete...

Ocho...

—¿Jorge?

La puerta se abre de golpe y Malena se separa instintivamente de mí. Yo soy incapaz de retirarme.

—¿Todo bien?

Marc y Teo nos observan desde el umbral. La voz del primero ha sonado un tanto seca, aunque no tengo ni idea de si notan algo diferente entre nosotros, porque toda mi atención sigue puesta en ella.

—Claro. ¿Qué pasa?

Me sorprende que la voz de Malena suene tan natural. Yo estoy seguro de que la mía saldría más ronca de lo que me gustaría si probase a responderles ahora mismo.

—Tenemos que irnos ya a casa o se nos va a hacer tardísimo, y paso de comerme una bronca de papá. Vamos, enano.

Me permito un momento más antes de darme por vencido cuando compruebo que Malena no me mira de nuevo.

Me levanto de la cama de Mal y doy dos pasos hacia nuestros hermanos.

Me quedo parado un momento en el quicio de su puerta, esperando a que ella me haga una

señal que no llega para que me quede, o para... para... yo qué sé.

No sé.

No sé lo que quiero.

O lo que espero.

Supongo que dos segundos más.

2003

## Malena

Jorge entra en mi cuarto como una exhalación. Cierra de un portazo y me mira con los ojos tan abiertos que creo que podrían salirse de las órbitas.

Giro la silla de mi escritorio cuarenta y cinco grados para quedar frente a él y extendiendo las manos con las palmas hacia arriba, a la vez que arrugo la nariz y encojo un pelín los hombros en una clara pregunta muda.

—Déjame ciego. No, eso no valdría. Podría verlo en mi cabeza. —Se concentra en un punto fijo, perdido detrás de mí, concentrado, y yo empiezo a pensar que ha perdido algún tornillo—. ¡Ya está! Hazme una lobotomía. Eres lista, ¿crees que podrías aprender a hacer lobotomías?

—Pero ¿qué te has tomado?

—Acabo de verle el culo a tu hermano.

Vale, estoy casi segura de que ahora mis ojos están más abiertos aún que los suyos hace un rato.

—¡¿Qué?!

—¿Estás escuchando a Álex Ubago? —Paro la música que sale de la minicadena que tengo en la esquina de mi mesa, aparto un poco la SuperPop que estaba hojeando y fijo mi atención en él.

—Jorge, céntrate.

—En serio, ese tío es como un Gusiluz triste. No sé qué le veis, con lo que mola el maromo de El Canto del Loco.

—¡Jorge! ¿Me quieres contar qué ha pasado? —El pobre suelta un gemido lastimero y muy teatrero antes de seguir.

—Mis padres han salido por ahí y Marc ha llegado hace un rato a casa. Se había encerrado con Teo en la habitación y, no sé, he entrado como media hora después sin llamar para avisar de que salía. Me los he encontrado tirados de lleno en la cama, ya sin camiseta, y a Marc con los pantalones a medio bajar.

—Ay, Dios...

—Sí. Ay, Dios.

—¿Qué has hecho?

—Gritar y pirarme de allí. Joder, qué vergüenza.

—Estoy segura de que Teo y Marc están pasándolo peor que tú. —Intento contener la risa y esta me sale de manera alterada en forma de pequeños gruñidos que emite mi garganta. Me tapo la cara con las manos y rompo en carcajadas.

—No sé qué decirte. Cuando Teo me pilló cascándomela, fue él quien evitó mirarme a la cara durante dos días.

—¡¿Teo te vio masturbándote?! —Tengo la sensación de que siempre que estoy con Jorge emito preguntas en forma de gritos, pero es que este chico suelta cosas que a mí me dejan loca con una naturalidad pasmosa.

—Sí, hace un par de meses. Y además es que entró en el momento clave, no te creas. Ahí, en plena corrida.

—¡Jorge! —Vuelvo a cubrirme el rostro, aunque esta vez porque no quiero que él vea que esa

imagen ha conseguido ponerme nerviosa. Quizás demasiado.

—¿Te has puesto roja? Venga, Mal. Sabes que los chicos hacemos esas cosas, ¿no?

Claro que lo sé. Es solo que imaginarme a Jorge haciendo... ESO despierta algo en mí que no debería estar ahí al pensar en mi mejor amigo. Me pasa desde que el año pasado me dio mi primer beso, y evito cualquier situación que pueda dejarme en evidencia.

No es que me guste. O sí. Yo qué sé.

Es solo que él hace gracias todo el tiempo sobre nosotros, se acerca, me toca, me tienta, pero siempre como si fuese una broma, como si fuésemos... bueno, amigos, que es justo lo que somos.

Al ver que no pienso seguirle el juego, se acerca a mi cama para sentarse contra el cabecero y abrir la ventana que queda justo al lado. Sé lo que va a hacer antes de que se lleve la mano al bolsillo de la cazadora vaquera.

—No fumes aquí.

—Venga, Mal, solo uno. Por favor.

Alarga la última vocal y saca el labio inferior, en un intento por darme pena, y lo único que consigue es que piense fugazmente en cómo sería mordérselo.

Pongo los ojos en blanco y me giro para inclinarme de nuevo sobre mi escritorio y continuar con la revista que he dejado a medias cuando ha irrumpido en mi habitación. Él entiende mi gesto como la victoria que es y ladea una medio sonrisilla antes de encenderse el cigarro. Se cree que no lo veo sonreír, pero no le quito la vista de encima por el rabillo del ojo.

—No sé qué placer le ves a eso. Te tiene que saber la boca a cenicero.

—¿Piensas mucho en el sabor de mi boca, Mal?

—Uy. Sí. A todas horas. Me quita el sueño.

—Si necesitas nuevas prácticas, solo tienes que pedirlo. Que al final se te va a olvidar cómo se hacía.

Sé que no lo dice con mala intención, y, sin embargo, eso no evita que me duela igual. Desde que él me besó, no he vuelto a estar con ningún chico. Ha habido alguno que se me ha insinuado, solo que no me apetece empezar a quedar ya con nadie. Por mucho que mis amigas me digan que debería liarme con alguno, o aunque sea la única de mi pandilla que no lo hace. Me niego a dejar que nadie me tache por ello de bicho raro, a permitir que otros me digan lo que tengo que hacer, a que me presionen para que dé un paso para el que no creo estar preparada.

No es lo que quiero ahora mismo, y punto.

Y que Jorge suelte tonterías que apoyen esa presión de grupo, de alguna manera, me decepciona un poco.

Desde que cumplió los trece está bastante chulito. Creo que es porque la mitad de las chicas de su clase andan como locas detrás de él. Pues enhorabuena, pero yo no me voy a dejar pasar por encima.

—Si necesito refrescar la memoria tengo candidatos para ello, tranquilo.

—¿Qué candidatos? —Le doy la callada como respuesta—. Mal, ¿qué candidatos?

Esta vez su tono es un tanto brusco, así que me doy la vuelta para ver si está bien, pero, entonces, escuchamos la voz de mi madre desde el piso de abajo.

—¡Jorge, es Teo al teléfono! ¿Lo coges en el cuarto de Malena?

Descuelgo el aparato que descansa encima de mi mesa antes de que a él le dé tiempo a contestar.

—Lo tengo, mamá. Puedes colgar. —Cuando escucho el *click* que indica que una de las líneas ha abandonado la conversación, vuelvo a hablar. —Hola, Teo. Espera, que está aquí a mi lado. Te lo paso.

Le tiendo el auricular a Jorge con una sonrisa maliciosa pintada en la cara mientras él me mira con cierto odio.

—¿Qué pasa, tío? —Hasta saludando a su hermano intenta parecer más mayor de lo que es. Lo que yo te diga, un chulito de campeonato—. Sí, vale, ahora voy para allá, pero dile por favor a Marc que se deje los pantalones puestos. —No puedo evitar reírme demasiado alto—. Sí, se lo he contado... ¡Pues porque es mi mejor amiga y necesitaba compartir este trauma con alguien!... Ella sabe que su hermano tiene culo y que tú se lo tocas, no se va a morir. —Me empieza a doler la tripa de las carcajadas que no consigo controlar—. Vale, vale. Venga, ahora te veo.

Jorge cuelga resoplando y tarda apenas diez segundos en contagiarse de mi ataque de risa. Terminamos secándonos las lágrimas un rato después y, cuando habla de nuevo, veo a mi Jorge, al chico que no necesita hacerse el adulto ni el macarra delante de nadie, ese que se permite no fingir cuando está solo conmigo.

—Estoy seguro de que se van a casar.

Ve el cariño pintado en su mirada, y me entenece que le guste tanto que su hermano esté con el mío.

—¿Eso te gustaría?

—¿Estás de coña? Me encantaría. Marc quiere a Teo como mi hermano se merece que lo quieran. —Se me forma un nudo en la garganta que parece querer pasar a base de las lágrimas que se forman en mis ojos, así que sacudo rápido la cabeza para evitar que la emoción me empañe el momento—. Aunque eso nos convertiría a ti y a mí en familia formal, y no sé si eso se me haría raro.

—No te equivoques, Jorge. Familia ya somos.

—No, Mal, no. La familia no hace prácticas como las que hicimos tú y yo hace unos meses. —Mira que le gusta sacarme el tema para ponerme nerviosa...

—No, Jorge, no. —Lo imito con retintín para fastidiarlo un poco—. La familia es aquella gente que siempre está, que no te falla; o que lo hace, pero vuelve, porque para eso es familia. Y tú la perdonas, porque para eso es familia.

»La familia es aquella a la que tú a veces querrías pegar, pero por la que matarías sin dudar. Son esas personas que te cuidan, te protegen y te quieren. Las que están bien cuando tú sonríes y las que lloran contigo cuando las lágrimas te ganan. Las que son luz, hogar y refugio.

»Así que no te equivoques, Jorge —le repito—. Familia ya somos.

2004

## Jorge

La reunión de colegas y cervezas en el chalet de Javi se ha convertido en una fiesta un tanto descontrolada. Aquí debe de haber, al menos, treinta personas. Y el caso es que hay birras para todos, no sé bien cómo. El hermano mayor de Javi debió de entender que mi amigo iba a invitar a toda la clase. Sea como fuere, se ha asegurado de que ninguno pasemos sed, y solo hemos tenido que jurarle que nadie va a molestarlo a él ni a su novia el tiempo que sus padres estén fuera. Unos cuantos polvos y decenas de menores nos aseguramos suministro ilimitado de bebida... Vaya mierda de pseudoadulto. Si Teo o Marc pillasen a este tío, lo molían a palos. Después de matarme a mí por venir y por, de paso, invitar a Malena, claro.

Apago el cigarrillo que tengo entre los labios mientras vigilo la puerta una vez más esperando a que Mal la cruce y rezando porque me haga caso y convenza a su madre de que la deje en el jardín sin intentar entrar a controlar el ambiente. Le ha asegurado que solo es una noche de pizzas y maratón de pelis de miedo por Halloween, aunque no sé si va a colar.

Cuando veo a Javi sonreír de forma lobuna sin quitarle el ojo a la entrada, me giro buscándola. A Malena aún le faltan cuatro meses para cumplir los catorce —yo hace ya un par que soplé esas velas—, pero este verano ha pasado... algo. Mi mejor amiga se marchó casi todo julio con sus padres de vacaciones, y cuando volvió estaba... mayor.

Joder, que le habían salido más curvas que a mi *Scalextric*. Y dos hoyuelos al final de la espalda que me traen de cabeza. Hasta he soñado con ellos.

Ahora anda moviendo las caderas, moviéndolas de verdad. Y yo me he sorprendido a mí mismo más veces de las que me gustaría reconocer mirando embobado cómo se aleja de mí con ese contoneo que, me doy cuenta, también ha empezado a llamar la atención de mis amigos.

El *Sk8ter Boi* de Avril Lavigne suena en ese momento por toda la casa. Gerard acaba de tirarle encima un vaso lleno hasta los topes a la chica que está a mi lado. Joana, la compañera con la que me lie hace tres días, me toca la pierna con poco disimulo. Alguien se ríe de forma estridente detrás de mí y el sonido de algo rompiéndose estalla contra el suelo.

Yo no soy capaz de registrar nada de eso. Porque solo la veo a ella.

Es raro pensar en Malena así, pero no puedo evitarlo. Está *sexy*. Mucho. Se ha maquillado un poco y se ha calzado una falda muy corta. Lleva su larguísima melena negra recogida en una coleta alta, aunque se ha soltado dos mechones pequeños que le enmarcan la cara. Me río bajito cuando uno de ellos se le queda pegado al brillo de labios rojo que lleva e intenta apartárselo con cara de fastidio, pero dejo de verle la gracia en cuanto me percató de que Javi se ha levantado del sofá para abordar a Mal antes incluso de que ella se haya quitado la cazadora.

Me adelanto a su movimiento como puedo: meto la primera falange del dedo índice y el pulgar debajo de mi lengua y emito un silbido agudo y penetrante para llamar su atención. Lo consigo. A medida que se acerca, me dedica una sonrisa y un volteo que deja sus ojos en blanco. Javi se coloca a su altura a mitad de camino y la acompaña hasta donde estamos con un gesto de cabreo que finjo no ver.

—No soy un perro, lo sabes, ¿no? Puedes llamarme por mi nombre en vez de silbarme como harías para reunir al ganado.

Me habla a la vez que se quita la goma de pelo y enreda sus dedos ente varios mechones para moverlos hacia el lado contrario y conseguir así evitar que el pintalabios se los pegue a la cara, dejando casi toda su melena desordenada y salvaje cayendo en cascada por su hombro derecho. Y yo tardo un segundo de más en reordenar mis pensamientos y poder contestarle.

—No te enfades. Venga, te consigo algo para beber a cambio de que me sonrías.

Intenta no curvar los labios, aunque no lo logra.

—Tráeme una cerveza, anda.

Alzo una ceja como respuesta a su petición. Ella eleva ambas para desafiarme a replicarla. Malena no bebe casi nunca; claro que tampoco es que salga demasiado. Dudo un momento, y Javi aprovecha la ventaja que le doy como el buitres que a veces es cuando de tías se trata.

—Yo te la consigo, preciosa.

Miro a ambos lados del sofá en el que estoy sentado, pero todos los sitios están ocupados, así que Malena termina sentándose en un butacón que alguien ha movido para formar un círculo de muebles y facilitar el que nuestro grupo pueda hablar tranquilo en mitad del jaleo que hay montado por la casa.

Javi apenas tarda dos minutos en volver y acercarse a Mal. Por su expresión, diría que solo le falta frotarse las manos.

—Me has robado el sitio —deja caer, agachándose a su lado para hablarle lo más cerca posible del oído.

—Oh, perdona.

Malena hace amago de levantarse, pero Javi la rodea con gracia y se sienta deprisa en el lugar que Mal ocupaba antes. Le rodea la cintura y tira de ella hasta que cae en su regazo.

—Yo creo que cabemos los dos. —Malena le devuelve una risilla tímida y una caída de ojos que consigue que yo cierre los míos.

—Eh, tío, si no relajas un poco la mandíbula va a empezar a resonar por todo el salón la forma en que te chirrían los dientes —Gerard se ha inclinado hacia atrás para poder susurrarme esto por detrás de la cabeza de la chica que trataba de ligar con él hace un rato—. Si no quieres que se acerque a ella, habla con él. Ninguno tenemos muy claro si Malena está o no vetada, la verdad.

—Yo no decido sobre lo que ella hace o no.

—No seas idiota, ya me entiendes. La chica de un amigo es sagrada.

—Ella solo es mi mejor amiga.

—Tú mismo. Repites tanto eso que no puedes culpar a Javi de querer creérselo.

Sé que tiene razón, y eso escuece. No quiero ser un imbécil que prohíba a sus colegas acercarse a una chica como ella, aunque me encantaría poder hacerlo. Lo único que me retiene es la poca coherencia que me resta cuando ella anda cerca y el hecho de que no me atreva a dar un paso que podría estropearlo todo. Sé vivir sin los besos de Malena, pero no sin su risa. Renunciar a intentar tener lo primero me parece lo más sensato que puedo hacer, porque hasta yo, a mi edad, sé que el amor no dura. Mis padres son un claro ejemplo.

—Esta fiesta es un muermo. ¿No queréis animarla un poco? —Joana da una palmada en el aire para llamar la atención de los que estamos a su alrededor, y no le cuesta conseguirlo.

—¿En qué estás pensando? —Javi deja caer la mano en un movimiento estudiadamente despreocupado por encima de la rodilla de Malena. Ella no se la aparta. Y a mí ya debe de sangrarme la lengua de tanto mordérmela.

—Siete minutos en el paraíso.

—Me apunto. —Tere, la chica que le dedica todas sus atenciones a Gerard, es la primera en unirse. Otras dos chicas de su pandilla se sientan alrededor de nuestro grupo, y tres chicos más

que suelen salir con nosotros se unen al juego. Miro a Malena, y la noto un poco incómoda.

—No tienes que participar si no quieres, Mal.

Debería haber sabido que este movimiento no me saldría bien. Ella odia ser la pequeña de todos sitios, pero odia aún más que alguien haga algún comentario que deje ver que lo es.

—No veo por qué no iba a querer.

—¡Genial! Como lo has propuesto tú, ¿empiezas eligiendo a la pareja que rompe el hielo, Joana?

La pregunta de Javi va acompañada por un pequeño movimiento de cabeza hacia Malena. He jugado demasiado a esto como para no saber interpretar las señales. Mi amigo le está prometiendo que cuando sea su turno le mandará a ella a la habitación de al lado con quien quiera si ahora los elige a Mal y a él.

Sabe Dios que por ahí no paso.

—Déjate de mierdas, Javi. Pilla una botella vacía y hazla girar para ver con quién te piras, si es que quieres ser el primero.

Él solo se encoge de hombros y me lanza una mirada divertida. Ambos sabemos lo que hay.

—Tenía que intentarlo, colega —me suelta con todo su morro.

Tere da dos tragos largos al botellín que tiene en la mano para rematarlo y lo deja en mitad del círculo que hemos formado.

Malena se levanta de las rodillas de Javi para colocarse en el brazo del sillón y dejar que él se acerque al trozo de vidrio que, por un rato, jugará a tejer deseos. Yo respiro un poquito más profundo cuando Mal se aleja de mi amigo, pero solo hasta que él hace girar la cerveza ya vacía y el tiempo se suspende en el aire durante varias vueltas.

—Javi y Tere, os vemos en siete minutos. —Gerard me da una palmada en la espalda sin ningún disimulo mientras grita aquello, y a mí los hombros se me relajan sin permiso.

Durante el rato que nuestro grupo disminuye en dos miembros, nos reímos de lo que se supone que estarán haciendo en el cuarto de baño, que ha sido el sitio elegido para encerrarlos. Todos decimos burradas, bebemos sin sed y hasta hacemos algún gesto obsceno. Malena no participa demasiado, pero se ríe bastante desinhibida. Puede que el acabar de empezar su tercera birra ayude a ello.

—Voy a por otra —anuncia Gerard levantando la suya en el aire— y ya traigo de vuelta a esos dos, que se les ha agotado el tiempo.

Cuando los tres vuelven a ocupar sus asientos, no detecto ningún signo en Javi o en Tere que indique qué han estado haciendo solos ahí dentro. ¿Habrán tenido mi colega las manos quietas? ¿Es que de verdad le gusta Malena?

El siguiente turno corresponde a la persona que está a la izquierda de Javi.

—Dale, preciosa —la espolea él.

Malena se acerca con esa timidez manchada de decisión que tanto la caracteriza y le da impulso al botellín. Cuando deja de moverse y compruebo que el cuello estrecho y verde me señala a mí, trato de disimular una sonrisa. Estoy casi seguro de que no lo consigo.

—Malena y Jorge, os vemos en siete minutos. —Gerard repite la coletilla con la que siempre acompaña el juego, y yo extendiendo la mano hacia Mal. No se la suelto hasta que cierro la puerta del baño detrás de nosotros.

Me siento en el borde de la bañera y ella se apoya en el lavabo. Me mira con la cabeza algo girada, y deja que el silencio reine con ella. Pasea despacio la lengua por el labio inferior y se lo muerde con fuerza. ¿Está nerviosa? Yo solo pretendía que no entrase allí con Javi, no es que vea diferencia a hablar con ella aquí o en mitad de nuestro parque.

—¿Qué se supone que se hace ahora? —me pregunta con tiento.

—¿No has jugado nunca a esto?

—La verdad es que no, pero no quería quedar como una cría delante de tus amigos. —Me río bajito. Joder, qué bien la conozco.

—Pues lo que quieran las personas a las que les toca.

—Ya, pero... ¿qué se hace normalmente?

Le dedico una expresión burlona que ya supone una explicación en sí misma.

—¿Tú qué crees que hacen?

—Ya... Solo quería asegurarme.

Sin más explicaciones por su parte, se impulsa y llega a mi altura en apenas dos pasos cortos. Con un solo toque de sus rodillas, mis piernas se separan para hacerle hueco. Me coloca ambas manos en la línea de mi mandíbula y se agacha lo justo para poder juntar nuestros labios.

Ni siquiera tengo que pensarlo. Abro la boca y saboreo de nuevo a Malena. Cuando su saliva se mezcla con la mía, suspiro contra su piel. Mis palmas encuentran solas el camino hasta su cintura, y las meto por dentro de la camiseta lo justo para sentir lo suave y perfecta que es.

Se me va la cabeza. Se me dispara el pulso. Se me nubla la razón.

Me pongo de pie sin romper el contacto y la aprieto contra mí, como si la necesitase más cerca, como si temiese que al separarnos se me escapase entre los dedos.

Abandono el calor de sus caderas para hundir los dedos en su pelo y perderme en él. Me faltan manos para acariciarla como quiero. Me sobran ganas de quedarnos aquí para siempre.

Después de lo que me parecen apenas unos segundos, el sonido de una puerta que se abre de golpe nos saca a los dos de esa burbuja perfecta de vaho que se ha formado gracias al fuego que desprenden nuestros cuerpos.

Javi nos mira con gesto serio. O puede que enfadado.

Me tranquiliza comprobar que Mal no baja la cabeza. Le mantiene la mirada, sin rastro de vergüenza en ella.

—Se acabó el paraíso. —Ahora solo se dirige a mí. Sus palabras no parecen elegidas al azar, y no podrían ser más acertadas—. Limpíate la boca, la tienes llena de su pintalabios.

Se marcha sin decir nada más y yo me quedo paralizado sin saber qué debería decir ahora. No tengo ni idea de por qué Malena me ha besado, ni qué significa, ni si debería darle importancia o fingir que esto es de lo más normal entre nosotros.

Ella se dedica a eliminar los restos rojos que han manchado parte de su barbilla, y la ausencia de palabras me aplasta por momentos.

—Eso ha sido...

—¿Mejor de lo que recordabas? —pregunta ella... ¿flirteando?

—Ya lo recordaba bastante bueno, pero sí. No ha estado mal.

¿No ha estado mal? ¡¿No ha estado mal?! ¿Qué mierdas me pasa?

Ella me regala una sonrisa, y yo soy incapaz de añadir nada. No estoy acostumbrado a esta Malena, a la que coquetea, a la que le gusta gustarme.

Esta Malena me noquea.

Dejamos pasar un minuto más, pero al ver que no reacciono parece recular.

Me percató del momento exacto en que se decepciona. Siempre lo hago. Su cara nunca supo mentirme, y veo claramente que ella espera algo más, algo que yo no sé dar. Ni a ella ni a nadie.

Sonríe de forma rara, con nerviosismo, y sale del baño, dejándome a mí atrás, con la sensación de que debería de haber sabido llevar aquello mejor y pensando que soy más gilipollas y más niño de lo que me gustaría admitir; y con la desagradable impresión de que he dejado pasar la

oportunidad de dar un paso al frente, uno importante, uno que no se presentará demasiadas veces en mi camino.

2005

## Jorge

Han pasado cinco meses desde aquella fiesta y la sensación de que soy gilipollas no termina de desaparecer nunca.

A veces pillo a Malena mirándome como si esperase algo más de mí, más de lo que le doy, pero el miedo a perderla es paralizante. Me repito a menudo que liar las cosas entre nosotros no es una buena idea; de hecho, lo pienso tanto tanto que casi me lo creo.

Casi.

Solo que cuando me abraza, o me sonrío, o baila, o respira... flaqueo.

Putas hormonas.

Que seguro que es eso, que yo soy un adolescente superhormonado y Malena está buena. Porque lo está. Tiene los labios mullidos, y un pelo que le brilla una pasada cuando le da el sol, y unas cejas negras y tupidas que solo ella podría lucir así de bien. ¿Que es lista? Sí; y graciosa, y dulce, y expresiva, y muy loca, y terriblemente adorable. Y... y... y... Y la odio por hacerme pensar en cosas como que una chica es adorable.

Saco el Nokia 3210 viejo de mi madre y le mando un SMS. El mes pasado, por su cumpleaños, los padres de Mal por fin accedieron a regalarle un móvil. Era la única de sus amigas que aún no lo tenía, y les lloró a los Acosta lo que no está escrito para conseguirlo, porque no había manera de que pasaran por el aro. Pero es que es muy complicado decirle que no a Malena.

«*Stams n ls bncos d piedra, dtrs dl lago. ¿Cnto t keda?*»

—¿A quién escribes?

Celia reclama mi atención mordisqueándome el cuello. Es del curso de Mal, y se llevan bastante bien. La conocí en el último botellón que hicimos aquí mismo hace un par de semanas, y me gustó mucho. Se mostró interesada en mí desde el principio, así que no opuse resistencia. Terminamos la noche liados, y parece que hoy tiene ganas de repetir. Con un poco de suerte, esta vez podré explorar un poco por debajo de su camiseta.

Le pego una voz a Gerard para que me pase la botella de Kas de dos litros que hemos vaciado hasta la mitad para rellenarla de ron y él aprovecha para robarme un piti cuando saco la cajetilla.

—A Malena. Se está retrasando.

—Alfred pasaba a por ella, no te preocupes.

—¿Quién? ¿Qué?

—Alfred, el chico de tu clase que es repetidor, el que juega al baloncesto.

—¿Y por qué la recogía él? ¿Y por qué no me lo ha dicho?

—Pues porque a veces eres peor que Marc.

¿Acaba de insinuar que soy como su hermano? Cojonudo.

Voy a responderle peor de lo que debería, porque ya ha quedado aclarado por completo que soy idiota, cuando una risa me detiene. La suya. Siempre es la suya.

Va de la mano de Alfred, y me doy cuenta de que me busca en cuanto llegan a la altura del resto del grupo que estamos allí reunidos. Levanta el brazo que tiene libre y me enseña el móvil, como dándome a entender que ha leído mi mensaje y que por eso nos han encontrado.

Cuento hasta diez por dentro y respiro.

Es bueno que Malena se fije en otros chicos. Yo no quiero eso con ella. No puedo esperar que ella no salga jamás con nadie. Es mi amiga. Deseo que sea feliz. Conmigo. ¡No! ¡No! Conmigo pero como amigo.

Qué jaleo me traigo yo solo, la hostia.

Rodeo los hombros de Celia y elevo el vaso que sujeto con la otra mano en un brindis silencioso con Mal mientras sonrío y señalo con las cejas hacia su acompañante. Ella eleva los labios y se acerca un poco más a Alfred, que la abraza y le besa la cabeza distraído mientras charla con otro de los chicos de la pandilla.

Es mejor así. Sé que es mejor así.

Pero ojalá no doliera tanto.

2006

## Malena

Es la una de la mañana del primer día del año nuevo, y Jorge debe de estar a punto de pasarme a buscar. Teo prometió acercarlo en coche hasta casa y dejarnos a ambos en el hotel donde se celebra nuestro cotillón antes de irse de fiesta con Marc.

Mis padres solo accedieron a que saliese este año con la condición *sine qua non* de que Jorge cuidaría de mí. Yo asentí como una niña buena y me callé que él era el que necesitaba vigilancia la mayor parte de las veces.

Recibo una llamada perdida y empiezo a dar saltitos de anticipación sin poder evitarlo.

Echo un último vistazo al espejo y me gusta la imagen que me devuelve. El rojo siempre ha sido mi color, y ese vestido corto con vuelo es la prueba irrefutable de ello.

—¡Marc, Jorge y Teo ya están aquí!

Mi hermano aparece bajando las escaleras con gracia y me dedica un silbido que eleva mi ego un par de puntos más.

—Estás preciosa, bombón. Hoy te vas a tener que quitar a los chicos de encima por pares.

Me ayuda a colocarme el abrigo y me hace dar un par de vueltas sobre mí misma mientras salimos a la entrada de nuestra casa, y bailando y riendo con el nuevo año es como nos encuentran los hermanos Deiros cuando salimos por el portal.

Me abrazo a Teo al llegar a su altura y él me besa con cariño.

—Venga, aire, hermanito. Tú corre a por tu primer beso del año que yo me encargo de ella.

—Encárgate sin tocar demasiado, que te tengo vigilado.

Jorge le saca el dedo corazón a Marc como toda respuesta sin quitarme la vista de encima. En cuanto me giro hacia él y muevo mi índice derecho en clara invitación a que se acerque, una sonrisa se extiende por su cara sin disimulo ninguno.

Me abraza tan fuerte que hasta me levanta del suelo. Creo sentirlo aspirar con fuerza en mi cuello, y un escalofrío me recorre la nuca, dejando un reguero de cosquillas a su paso.

Cuando me devuelve a la tierra, al dejar de tocarme, le levanto la barbilla con un nudillo y le estudio los ojos, que me devuelven una mirada levemente enrojecida.

—Has estado bebiendo, eh.

—Puede que un poquito.

—Se ha puesto ciego a vino y a cava aprovechando que mi padre se ha levantado de la mesa una hora antes de las campanadas para irse al bar con sus amigos y mi madre se ha encerrado en la cocina a fregar —se chiva Teo.

—¿Tan mal ha ido? —Marc suena preocupado. Las cosas en casa de su novio están muy tensas desde que fueron conscientes de la homosexualidad de Teo, y el tiempo no parece calmar las cosas.

—No te preocupes. Solo ha sido una cena más. Ahora empieza la verdadera celebración. — Las palabras del mayor de los Deiros no engañan a ninguno de los que estamos aquí, pero decidimos concedernos una noche en la que fingir que todo está bien, porque a veces es lo único que podemos hacer: ignorar lo malo, intentar ser lo bueno.

—Pues anda, que va a cuidar este muy bien de mi hermanita pequeña.

Marc le suelta una pequeña colleja a Jorge antes de encaminarse al asiento del copiloto. Para mis padres, vamos a una fiesta para menores en la que el alcohol está prohibido. La realidad es que varios de los del curso de Jorge y algunas amigas mías conseguimos que hermanos y amigos mayores que nosotros nos comprasen los *tickets* para un cotillón que no mirará la edad de nadie antes de servirte las copas una vez que entregues el pase que te da acceso a su local. Marc y Teo nos pagaron parte de lo que costaban las entradas a Jorge y a mí con la condición de que fuésemos responsables y los llamásemos después a ellos para que nos pasasen a recoger fuese la hora que fuese.

Jorge y yo nos colocamos en la parte de atrás del coche y nos abrochamos los cinturones. Él sonrío de forma un poco bobalicona, y a mí me hace gracia verlo así. El Jorge algo borracho es muy divertido.

No tarda ni cinco minutos en soltarse para colocarse en el asiento del medio y volver a ajustar el cinto de seguridad. Se inclina sobre mí y me susurra un ebrio «estás muy guapa» lo suficientemente bajo como para que nuestros hermanos no lo escuchen.

—Y tú estás muy pedo —utilizo el mismo tono que Jorge, no sé por qué. Puede que porque ese juego nos permite crear uno de esos universos propios que tanto me gusta compartir con él, como si el estar rodeados de gente no fuese un impedimento para nosotros cuando queremos estar solos.

Se ríe bajito, aunque no tanto como cree.

—Puede, pero a ti te gusta que te lo diga.

—Y tú qué sabrás.

—Claro que lo sé. Me lo dices tú, incluso cuando intentas callarte. No lo expresas con palabras, pero me lo dices.

Me quedo mirándolo, dudando, sopesando. No sé qué quiere oír. No tengo ni idea de si espera que alguna vez sea yo quien dé un paso en la dirección correcta. Y lo haría. A mí nunca me ha importado saltar, no le tengo miedo al vacío ni a la caída. No sé si será coraje o inconsciencia, pero tampoco me preocupa.

Lo malo es que no sé cuál es el camino que nos corresponde, así que tiro por uno en el que me siento más cómoda, seguramente porque solo implica algo de flirteo y poco riesgo a salir herida.

Miro hacia el frontal del vehículo, asegurándome de que Marc y Teo siguen hablando entre ellos y escuchando música, dejando que Maroon Five separe nuestras conversaciones con versos de su *She Will Be Loved*.

—Pues si crees que estoy bonita viéndome solo la cara, espera a que me quite el abrigo.

—Sí, estoy seguro de que con menos ropa estás aún mejor. —Sé que he intentado empezar yo, pero su comentario, apenas murmurado, me hace mirarlo de hito en hito sin apenas creerme lo que he escuchado. Hacía muchos meses que el Jorge que se permitía hablarme así pareció retirarse de la partida.

—Vaya.

—¿Qué?

—Nada. Es solo que no esperaba esa contestación.

—Será que he bebido un poco y se me suelta la lengua, y también la valentía que a veces me falta cuando estoy contigo.

El frenazo nos pilla con las miradas enredadas y las respiraciones un poco irregulares. La promesa que leo en su cara se queda en espejismo cuando Teo anuncia que hemos llegado.

En cuanto nos bajamos, Gerard, Javi, Joana y dos amigas mías más nos rodean excitados por la fiesta que ya intuyen memorable, con los nervios saltando casi tanto como ellos.

Dejo que nos guíen hasta el interior del hotel, donde paso las primeras horas del nuevo año sin

preocuparme por todo lo que parece haber quedado pendiente por decir, porque yo ya he tomado una decisión. Hoy sé qué camino quiero seguir.

Gasto buena parte de la noche bailando con los ojos cerrados, dejándome llevar, permitiendo que la música me invada y me impulse. Bailo para mí, perdida en mis sensaciones, con la mente embotada por el poco alcohol que me he permitido y un frío que solo se me pasa cuando siento sus manos rodear mi cintura desde atrás.

El aliento de Jorge me hace cosquillas en la oreja y me río bajito. Su mano rueda por mi vestido hasta posarse encima de mi estómago, que sigue contrayéndose con cada intento de retener una risa que ya es más nerviosa que real.

No sé cuánto tiempo bailamos así, sin mirarnos, para no tener que hacer frente a nada. Para no tener que romper esto. Puede que hayan sido cinco minutos, o quizás ya son las tres de la mañana. El tiempo se ha vuelto borroso y nuestras ganas palpables.

Me doy la vuelta despacio, notando como Jorge hace fuerza en mis caderas para impedírmelo. No voy a ceder. Hoy no es él quien decide.

Dibujo ríos por su pecho en un camino ascendente hasta su cuello, y sonrío ladina al sentir su vello erizarse en la nuca ante el tacto de mi caricia. Me gusta provocar eso en él. Me encanta no ser la única a la que el cuerpo la traiciona ante su cercanía.

—¿Qué haces?

Su voz suena tomada, aunque su mirada está más clara que hace un rato. No sé si ha seguido bebiendo o si le ha dado tiempo a despejarse en todas las horas que llevamos de fiesta, pero no dudo cuando me pongo de puntillas y alcanzo su boca.

No tarda ni dos segundos en responder a mi beso abriendo sus labios y dejando que nuestras lenguas bailen tan lentas como nosotros.

No pensamos en quién nos mira ni en los amigos que mañana pedirán explicaciones. Solo nos disfrutamos, nos sentimos, nos reencontramos.

La llamada de Teo a eso de las cinco nos devuelve a una realidad que a mí ha dejado de asustarme y que a Jorge parece carcomerlo por dentro.

Estamos esperando a nuestros hermanos en la entrada del hotel para que nos acerquen a casa cuando Jorge se decide a hacer la pregunta que sé que lo lleva atormentando desde que hemos recogido nuestros abrigo.

—¿Y ahora qué, Mal?

Lo miro con cara de boba. Soy consciente de ello. Sé que, desde hace un tiempo, cuando siento sus ojos sobre mí, mis mejillas se ponen un poco más rojas y mis labios tienden a curvarse hacia arriba. Y no pienso avergonzarme por ello.

—Jorge, ahora nos dejamos de bobadas y admitimos que nos gustamos, y que eso no es nada malo.

Él reprime un mohín, que a mí termina por hacerme gracia, y arruga un poco la frente.

—¿Qué? Venga, suéltalo —lo animo.

—¿Así que ahora vamos a estar juntos?

Me encojo de hombros como toda respuesta, porque yo tampoco estoy segura de qué significa todo eso que me burbujea en el estómago cuando él me toca, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

—¿Y si sale mal?

Me río. No puedo evitarlo. Me río tan alto que él termina contagiándose un poco, aunque no deja de mirarme esperando una respuesta.

Pero es que haber esperado que Jorge no pensase demasiado las cosas hubiese sido como desear a otra persona. Como si él me exigiese ser capaz de callarme lo que pienso, o lo que

quiero. Y lo quiero a él. Entero, de todas las maneras.

Y él es así. Piensa, repiensa y repasa una vez más. Por él y por mí, para compensar esa impulsividad mía que lo vuelve loco por momentos, para bien y para mal.

—¿Y qué tal si por ahora probamos a ser dos simples amigos que se besan cuando les apetece hacerlo?

La sonrisa que me dedica me dice que sí más alto que sus labios.

Me coge la mano un momento antes de inclinarse y posar esa curva que dibuja su boca contra la réplica que ha creado la mía. Es un beso repartido en decenas, pequeños, difusos, acompañados de risas que hacen chocar dientes, que hablan de confianza.

Nos separamos poco después a la espera de un coche que no tarda en aparecer frente a nosotros.

Y esa madrugada nos despedimos como si fuese un día cualquiera más, aunque a ambos nos parezca que todo ha cambiado.

## Jorge

Diez semanas. Ese es el tiempo que Malena y yo llevamos jugando a que aún somos los mismos.

No lo somos.

Seguimos vacilándonos, seguimos viéndonos casi a diario, seguimos contándonos todo, solo que ahora, además, nos liamos. Cada vez que nos vemos y podemos. Y no lo hacemos con nadie más. No ha hecho falta hablarlo. Simplemente, ambos hemos dejado de mirar a otras personas de esa forma.

Y eso no es normal.

Así no es como se comportan dos simples amigos que se besan cuando les apetece hacerlo.

A veces me jode tener que ser siempre el que mantiene la cabeza fría, el que piensa en las consecuencias de lanzarnos de lleno a estar juntos. Por el amor de Dios, nadie que empiece a salir con quince años sigue junto a los sesenta. O no al menos siendo felices. El tiempo lo jode todo en las parejas: de pronto la rutina cansa a alguien, empiezan los reproches, los gritos, la costumbre... y todo se vuelve gris y frío. Acabas conviviendo con un extraño al que una vez quisiste pero que, después de media vida a tu lado, ha pasado a ser una parte más de la decoración del salón en vez de la persona que conseguía que sonreír fuese un acto reflejo solo con verla.

Lo he visto demasiadas veces, en mi casa, en la de mis abuelos, en los padres de casi todos mis amigos.

Malena aún cree en esa utopía de que el amor dura para siempre, pero solo porque en su familia se quieren. Ellos son la excepción, y ni siquiera puedo apostar por sus padres sin miedo a terminar perdiendo.

Así que llevamos diez semanas en una batalla muda que a ella parece divertirla y que a mí cada vez me asusta más, porque va ganando Mal. Joder que si va ganando. Cada vez que esa morena tarada me pone una mano encima, pierdo la cordura, la razón y hasta la capacidad de pensar.

Sus besos son demasiado buenos, su piel jodidamente suave, y su risa tan adictiva que ya no sé estar sin ella. Y ahí radica el problema: si alguno de los dos termina haciendo daño al otro, no volveré a escuchar ese sonido que consigue hacerme temblar el pecho por dentro. Ella se alejará, y yo habré perdido a mi mejor amiga y a mí... a lo que sea que ahora sea Malena mía.

Y a pesar de todas esas dudas que dan vueltas por mi cabeza hasta crear dolores con nombre y apellido, aquí estoy, tumbado a su lado en la cama de su dormitorio, con una mano por dentro de su camiseta, tanteando la forma de su pecho y tratando de que mi erección no se pegue demasiado a su muslo para que no se sienta incómoda, pero es que los ruiditos que se escapan de su boca no ayudan una mierda.

—Mmmrrrr.

Ese ronroneo otra vez. Joder...

He descubierto eso de Malena. Cuando se excita, ronronea, como una gata de verdad, y ese ruidito que hace sin ser siquiera consciente me pone más cachondo que todo el porno del mundo.

—Mal, para.

Mi desesperación la divierte, tiene que ser eso, porque, si no, no me explico que ante mi tono de súplica ella solo responda rodeando mi cintura con su pierna desnuda.

Estamos solos en su casa. Sus padres han salido a cenar y Marc se ha marchado con Teo por ahí. Se supone que nosotros también íbamos a salir a continuación de fiesta con nuestro grupo, pero en cuanto su hermano ha desaparecido, nos hemos empezado a liar como si el mundo se terminase mañana.

Mi camiseta y sus vaqueros han desaparecido diez minutos después de que oyésemos cerrarse la puerta. No pasamos de ahí, nunca lo hacemos y a mí me parece bien, no pienso dar un paso sin estar seguro de que Malena está lista, pero si sigue gimiendo así voy a tener que pedirle que paremos y vayamos a ver una peli al salón. De hecho, estoy formando la frase en mi cabeza cuando siento la mano de Mal sobre mi entrepierna.

Me quedo petrificado. Si ahora mismo me pusiesen en lo alto de una catedral pasaría por gárgola sin problema. Dejo de besarla y mis dedos se aferran con fuerza a la poca carne que rodea sus costillas. Abro los ojos y me separo de ella lo justo para hundirme en su mirada, turbia y más negra de lo habitual. Sus pupilas se agrandan cuando me ve, y yo sonrío porque siempre me ha encantado que mi imagen cause ese efecto en ella.

Comienza a mover la palma de arriba abajo por la cremallera de mis pantalones, con fuerza, para que la presión me resulte más placentera, y yo siseo entre dientes, dejando escapar el aire que no sabía que estaba reteniendo.

—Mal...

—Tócame, Jorge.

Se gira para colocarse bocarriba y liberar el brazo que tenía debajo de la almohada. Sin apartar la mano con la que me está haciendo ver el cielo, me agarra mi diestra y se la coloca encima de sus braguitas.

Me tiembla todo el cuerpo cuando cuelo despacio las primeras falanges por el elástico y noto una zona de vello suave. Malena detiene el movimiento de su muñeca y cierra los ojos, mordiéndose el labio con fuerza. Es la imagen más bonita del mundo.

Avanzo despacio hasta llegar a su sexo, y blasfemo cuando lo encuentro mojado. Aprieto los párpados hasta que veo puntos blancos, tratando de concentrarme en lo que hago para no terminar frotándome como un desesperado contra el costado de Malena, que es lo que me pide cada átomo de mi ser en estos momentos.

Con su primer jadeo vuelvo a centrar mi mirada en ella, porque quiero beberme cada gesto que baila en su cara. Rodeo con dos dedos una zona que siento más abultada y ella arquea la espalda, así que me centro en ese punto. Acelero el movimiento y Malena contrae los muslos, nerviosa, como si quisiera que siguiese y que me detuviese a la vez.

—¿Te gusta? ¿Quieres que pare? —Me doy cuenta de que sueno ahogado.

—¡No! No, no pares. Es solo que... es raro. Me gusta mucho, pero no sé si... siento calor en el estómago, como cosquillas calientes. —La voz le sale entrecortada, deliciosamente rota. Siento un par de espasmos suyos en mis dedos, y me excito tanto que me incorporo un poco para poder quitarle la ropa interior y abrirle los labios con la otra mano para así conseguir masturbarla más deprisa.

—¡Oh, joder! Sigue, Jorge, por favor, sigue.

Los pezones se le marcan de una forma demencial por debajo de la camiseta, y me imagino chupándolos hasta ser capaz de discernir su sabor entre cualquier otro de la tierra.

No debe de pasar ni un minuto entero cuando su cara se torna en una mueca a medio camino entre el placer y el dolor y su estómago se endurece en una contracción que se prolonga durante

muchos segundos.

No ceso en el movimiento que le estaba haciendo, pero sí ralentizo el ritmo cuando suelta un grito increíblemente *sexy* a la vez que se curva hasta separar su espalda del colchón. Siento un calor viscoso mojarme la mano y no puedo retirar la vista de ese punto, fascinado, codicioso.

En cuanto su torso recobra el contacto con las sábanas, Mal encoge las piernas y aspira cuanto puede, como si se hubiese quedado sin oxígeno durante unos momentos.

—Mierda —resuella—. Eso ha sido...

No la dejo acabar. La beso con tal desesperación que hasta a mí me coge por sorpresa, pero es que no puedo quitarme de la cabeza que quiero hacer que Malena gima así el resto de su vida. El resto de nuestra vida, esa que quiero que compartamos y que me acojona no poder tener.

Ella vuelve a cambiar su posición para colocarse a horcajadas sobre mí. Sigue sin bragas y noto los remanentes de su orgasmo mojándome el vaquero. Elevo las caderas con fuerza contra ella en un impulso, uno animal, porque es lo único que existe en mí ahora, instinto, hambre, necesidad. De Malena, solo de ella.

Cuando enreda sus dedos en mi pelo y tira con más fuerza de la que ninguno esperamos, desconecto mi parte racional. Se me olvida que tengo miedos, que Mal solo acaba de cumplir los quince, que esto solo pondría las cosas más serias... Todo pierde importancia porque estoy lleno de ella, y no hay espacio para nada más.

Hasta que escuchamos un ruido de llaves, una puerta que se abre y unas voces que cobran volumen a medida que se internan en la casa.

—Creo que me la he dejado arriba, pero mira tú por aquí abajo.

—¿Cómo es?

—Marrón, de cuero del de mentira, cuadrada.

—No la veo por aquí.

Los pasos de Marc retumban por las escaleras a medida que sube hacia su habitación, seguido de cerca por Teo, y yo me incorporo y me llevo a Malena conmigo en un abrazo que ella rompe en cuanto salimos de la cama. Recojo con prisas la ropa que hemos dejado tirada por el suelo y la empujo hacia una de las enormes puertas del armario empotrado que ocupa una de las paredes de su habitación.

Cuando la abro, me encuentro con un montón de baldas que no nos van a permitir escondernos ahí. Estoy sopesando las posibilidades de reptar debajo del somier cuando ella descorre el módulo de al lado y me señala lo que buscaba: el hueco donde solo hay una barra de metal y muchos vestidos colgados. Casi la arrastro dentro, consiguiendo un estruendo con el que no contaba gracias a las perchas de metal golpeándose entre sí.

Un segundo después de cerrar por completo el contrachapado corredizo, se oye un picaporte girando.

—¿Hola?

La voz de mi hermano consigue que se me baje por completo la poca excitación que me queda.

—¿Has encontrado mi cartera?

Me equivocaba. Es el timbre de Marc a apenas unos metros de una Malena desnuda de cintura para abajo el que consigue que la polla se me meta para dentro y amenace con no volver a salir.

—No. Me pareció escuchar algo y creí que los enanos podían seguir en casa.

—No, estamos solos. Échame una mano, a ver si la ves por mi cuarto.

Mal agacha la cabeza y la noto temblar. Intento abrazarla, pensando que estará asustadísima ante la idea de que nos pillen así, hasta que me doy cuenta de que lo que hace es intentar contener la risa.

—Si empiezas a descojonarte, te mato. —Y a pesar de la amenaza, no puedo evitar unos bufidos nerviosos teñidos de humor.

—¿Estás de coña? ¿Cómo no me voy a reír? Esto es surrealista.

—E incomodísimo —apunto mientras intento que las perchas dejen de darme en la cabeza.

—Vamos a salir.

—¡No! Han entrado aquí y no nos han visto, si ahora salimos como si nada van a saber que nos estábamos escondiendo y se van a preguntar por qué, y además... —Me callo antes de soltar la gilipollez que estaba pensando.

—Además... ¿qué? —sabía que iba a insistir. Intento no seguir con esa conversación, pero Mal empieza a pellizcarme el costado y no voy a conseguir estar mucho rato sin soltar un grito o un taco, así que me rindo.

—¡Vale, vale! —susurro en algo parecido a un grito ahogado—. Además, olemos a sexo.

Es imposible que Teo y Marc no hayan oído su carcajada. Mierda. ¡Joder! Le tapo la boca lo más rápido que puedo, pero es cuestión de tres segundos que escuchemos su puerta abrirse.

Creo que ni respiramos, aunque siento la sonrisa de Malena contra la palma de la mano que aún mantengo contra esa bocaza preciosa que tiene.

—Teo, que aquí no hay nadie. Estás paranoico.

—Y yo te digo que he escuchado una risa.

—Sí, la del payaso de *It*. Venga, anda, tira que vamos a perdernos hasta el siguiente pase de la peli a cuenta de mi memoria de anciano.

Las mismas pisadas que hace unos minutos se acercaban, ahora se alejan, devolviéndonos un ritmo cardiaco normal y la capacidad de respirar con naturalidad.

Malena sale del armario con las mejillas rojas por la risa. Yo, tapándome la cara con ambas manos y subiéndolas hasta el nacimiento de mi pelo, tratando de eliminar el sudor que me ha empapado la frente.

—Voy al baño a lavarme un poco en lo que se te bajan las pelotas de nuevo de la garganta a su sitio.

Me tiene un poco alucinado que se lo tome con tanto humor. Yo me he cagado vivo. Cuando vuelve a mi lado, ya vestida por completo, no puedo evitar comentarlo con ella.

—¿En serio no te preocupaba que nos pillasen?

—¿Por qué iba a preocuparme algo así?

—Quitando el hecho de que no llevases ropa interior, ¿te da igual que se enteren?

—Sí, el tema de las bragas podría haber sido incómodo. Por lo demás... No me parece un drama que sepan que estamos juntos.

«Que estamos juntos».

No sé qué cara pongo, aunque estoy seguro de que no es la que Malena esperaba. La duda que parece esculpirse en piedra en su rostro ante mi respuesta me lo dice. Estoy casi seguro de que he perdido el color en las mejillas, y que debería decir algo en los próximos tres segundos si no quiero ganar la medalla al capullo más capullo de todos los jardines del barrio. Y aun así, no consigo despegar los labios.

—Jorge... ¿Estamos juntos? Porque ya sé que no lo hemos hablado, pero pensé que era algo obvio. Si para ti no lo es y quieres que dejemos de vernos de esta manera...

—¡No!

La respuesta me sale de las tripas. No puedo evitarlo. Pensar en no volver a besar a Malena me produce un dolor de estómago insoportable.

Ella me mira con cautela, como si estuviese viendo algo en mí por primera vez.

Da un paso en mi dirección y me acaricia la mejilla con el pulgar, despacio, sin dejar de mirarme.

—No me destroces.

Suena tan perdida que solo se me ocurre algo estúpido para calmarla: dejar salir un juramento que no estoy seguro de que vaya a ser siempre verdad.

—Te lo prometo.

Pasamos un rato más perdidos en besos y en susurros regalados; sin embargo, cuando llego a casa y me meto en mi propia cama no puedo dejar de darle vueltas a esa promesa lanzada al aire. Y por primera vez en seis años, desde que mis padres me obligaron a ir a catequesis para hacer la Comunión, rezo.

Lo hago con el corazón encogido, lleno de sus jadeos, de su pelo acariciándome el pecho cuando me mira sentada sobre mí, de sus ojos brillando al decir mi nombre al correrse.

Lo hago con el corazón encogido, pero sabiéndolo suyo.

Rezo para que mi palabra no acabe valiendo tan poco como el papel mojado.

## Malena

Tachamos el último día de abril aprendiéndonos nuestros cuerpos.

A estas alturas, podría dibujar de memoria la forma en la que Jorge frunce el ceño la primera vez que lamo su glande antes de meterlo en mi boca como si estuviese muerta de hambre.

Estoy segura de que él conoce el sonido exacto que se escapa de mi garganta cuando introduce un tercer dedo en mi interior.

Tengo localizado ese punto concreto entre su cuello y su hombro que logra ponerle la piel de gallina.

Cómo se relame ante el sabor que se le queda vagando por la lengua justo después de perderse entre mis piernas.

Nos hemos memorizado en cada rato a solas que hemos encontrado, como si no pudiésemos saciarnos, como si el no llegar nunca hasta el final solo fuese un juego que hemos aceptado, unos preliminares eternos que nos matan y nos dan vida.

Solo que hoy es distinto.

Teo se queda a dormir en mi casa, como tantas noches, y los padres de Jorge han salido a ver un musical y a cenar con otra pareja de amigos.

Hemos puesto una peli en el salón a la que, desde hace rato, no prestamos atención. Nuestras bocas nos parecen mucho más interesantes. Jorge me quita la ropa con calma, dejándome solo las braguitas puestas, justo antes de desnudarse él por completo.

Me lo tomo como una invitación y no tardo en tumbarlo en el sofá para poder lamerlo en condiciones. Lo que pasa es que no quiero eso. Las dos últimas veces que hemos estado juntos he terminado... frustrada. Me gusta todo lo que me hace Jorge, me derrito, literalmente, entre sus manos, pero siento que necesito más. Quiero sentirlo entero, quiero hacer el amor con él.

—Jorge.

Un ronroneo apenas audible es toda la contestación que consigo arrancarle.

—Jorge, vamos a tu habitación.

Apenas me ha dado tiempo a terminar la frase cuando me carga sobre su hombro, doblándome por la cintura, y sale corriendo por el pasillo.

—¡Bájame, loco!

—Eres demasiado lenta. Si te dejo caminar, tardaría demasiado en poder empezar a tocarte de nuevo.

—¡La ropa! Que nos la dejamos en el cuarto de estar.

Me tira sobre su cama haciéndome rebotar y se sube de un salto a mi lado, consiguiendo que mis risas inunden su cuarto.

—Luego la recojo, en cuanto me canse de lamerte.

—Eso no pasa nunca.

—No, es verdad. Deberían hacer mermelada con este sabor —susurra justo antes de apresar mi lengua con la suya.

Sigo riéndome, porque con él todo me parece gracioso, pero lo aparto un poco para ponerme de pie y desaparecer por la puerta.

—¡Eh! ¡Vuelve aquí!

Solo tardo dos minutos en regresar a su lado con el bolso en la mano.

—Necesitaba esto.

—¿Para qué?

Su pregunta se contesta sola cuando saco un par de condones de un bolsillo interior.

Un silencio extraño se extiende entre nosotros. Estoy segura de que, si presto atención, puedo ver rodar una de esas bolas gigantes que salen en las pelis de vaqueros a través de la ventana.

—¿Qué es eso, Mal?

—Chicles gigantes, no te jode. ¿Qué crees que es, Jorge?

Distingo cómo traga con dificultad. Una vez. Dos veces.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Del todo?

—Que sí, leñe.

—Gracias a Dios.

Se abalanza sobre mí.

No es un decir. Sale a mi encuentro con tantas ganas que casi me derriba.

Me sujeta por las piernas hasta que acabo elevada en el aire, enredada en su cintura, aprisionada por mis muslos.

Su polla me toca el ombligo y la noto palpitar con cada gruñido que sale del fondo de mi boca. Me noto mojada, sensible, preparada.

Me tumba de nuevo sobre la colcha y me quita uno de los condones que aún sostengo con fuerza en el puño izquierdo. Me quito las bragas mientras él lo abre con tanto nerviosismo que por un momento estoy convencida de que lo romperá al ponérselo.

No sé por qué, pero que él esté así de alterado me tranquiliza. Me dice que esto no solo es importante para mí.

Termina de ponerse el preservativo y se coloca en mi entrada. Me mira a los ojos antes de seguir, y ese gesto nos proporciona la calma que ninguno sabíamos que necesitábamos.

—Me alegro de que sea contigo, Mal.

—No querría que fuese con nadie más, Jorge.

Me sonrío, y el corazón se me hincha.

Entra despacio, esperando a que yo me acople a él, conteniéndose y preparándose. Cuando al fin está dentro por completo, exhalo lo que me parece todo el aire de mis pulmones y, a pesar de notar un escozor algo incómodo, siento crecer la excitación con cada pequeño movimiento que él hace, como balanceándose.

—¿Todo bie...?

No le dejo terminar la pregunta. Elevo mis caderas y las retiro con rapidez. Repito el movimiento y Jorge entierra la cara en el hueco de mi cuello, aguantando su peso sobre los antebrazos y resoplando con fuerza.

—Joder, Mal. ¡Joder!

—Lo sé. Muévete más rápido.

Es increíble.

La hostia.

Único.

Aquel trozo de universo que compartimos, que convertimos en eterno, se llena de jadeos, gemidos y nombres gritados a la nada. Su sudor se mezcla con el mío, sus besos se tornan tan

desesperados que ni los mordiscos alcanzan para dejar salir el placer que sentimos.

Lo araño. Me chupa. Resuello. Brama.

No me corro como cuando me estimula el clítoris hasta la locura, pero es bestial. Es... Es nuestro.

Terminamos abrazados, él recuperando el aliento, yo con una sonrisa perenne en los labios y apoyada en su pecho, escuchando cómo sus latidos recuperan un ritmo normal.

—Es demasiado bueno. No voy a querer dejar de hacer esto nunca, Mal.

A mí se me queda atascado un «ojalá» en la garganta demasiado teñido de una nostalgia que no parece tener cabida en esa habitación.

Y, aun así, la siento.

\*\*\*

Es acojonante. Fundirme así con él, notar cómo me llena, cómo encajamos.

De repente entiendo la debilidad de la gente ante el sexo, comprendo esa ansia porque la otra persona esté dentro de ti. No creo que esa expresión sea baladí. Es literal. Siento a Jorge dentro cuando nos acostamos, en cada rincón, en todo mi cuerpo, acaparando sentidos, despertando deseos, desbordando sentimientos.

Nos enganchamos a esas sensaciones como dos *yonkis* que no saben cuándo será su último chute. Nos atracamos a sobredosis, lo buscamos a cada momento y lo pensamos cuando no podemos tenerlo.

Dejamos pasar los meses perdidos en besos cada vez más íntimos, en caricias que hablan de futuro, en miradas que gritan que nos necesitamos; aunque aún veo la duda en Jorge, percibo sus reticencias, los muros que deja caer cuando lo masturbo, las preguntas que calla cuando recorro su barbilla con la punta de mi nariz.

Descubrimos que el sexo lento es maravilloso, casi tanto como el dulce o el silencioso; pero que el fuerte, el descontrolado y el gritado es igual de bueno. No nos cansamos del otro, no tenemos horas suficientes que arañar juntos.

Y, sin embargo, cuando insinúo que ya es momento de que nuestras familias se enteren de lo nuestro, Jorge siempre reclusa, ruega por un poco más de tiempo para que esto siga siendo solo nuestro. Nuestros amigos lo saben, claro. Sería imposible ocultárselo teniendo en cuenta que somos capaces de quitarnos las manos de encima lo justo para que no nos tomen por siameses; sin embargo, cuando estamos con nuestros hermanos o con mis padres, parece que mi olor le causase algún tipo de sarpullido a mi mejor amigo.

La tarde de hoy es una prueba de ello.

Jorge celebra su cumpleaños en mi casa, con su familia, esa que él siente más cerca que a sus propios padres. Hemos pasado un rato genial, rodeados de tarta, canciones desentonadas y alguna cerveza que nuestros hermanos nos han colocado en las manos bajo la mirada reprobatoria de mis progenitores. Pero es que hay mucho que festejar.

En mitad de la fiesta, Marc se ha decidido y le ha pedido a Teo que se vayan a vivir juntos. Jorge ha intentado disimularlo, pero se ha emocionado de verdad.

Las cosas en su casa están muy mal desde que Teo dejó claro ante sus padres su orientación sexual. Ellos, católicos retrógrados de manual, decidieron en ese momento que Teo, la persona más buena y generosa del planeta, era el mal personificado. Desde hace dos años, él pasa mucho más tiempo en nuestro hogar que en su piso, lo que deja a Jorge mucho más solo dentro de unas paredes ocupadas por dos personas con las que solo comparte apellido.

Me levanto de la mesa sobre la que mi padre acaba de extender un tablero de Monopoli y dejo escapar una pequeña risa cuando mi madre y Teo empiezan a discutir por la ficha del sombrero. Recojo los restos de la tarta que he preparado para Jorge y me encamino a la cocina para meter los platos en el lavavajillas.

—¿Te echo una mano?

Son dos las que noto cubrirme el culo justo antes de cerrar los ojos y menear la cabeza con humor.

—Cualquiera diría que de verdad no quieres que mis padres se enteren de lo nuestro. Un día de estos van a entrar mientras tienes uno de mis pezones enredado en la lengua y te vas a quedar sin dientes.

—Más teta que podría meterme en la boca. —No controlo la carcajada. Ese es el efecto que Jorge siempre tiene en mí. Es una explosión, y siempre de cosas buenas—. Y no me hables de tus pezones, tengo que salir en un minuto a fingir que adoro comprar y vender hoteles frente a tu hermano y paso de hacerlo con una erección de caballo. Sería incómodo.

Mira por encima de su hombro y coloca un dedo encima de mis labios para que no haga ruido. Cuando escucha las voces del resto de los asistentes a su fiesta en el salón, sustituye su índice por besos apretados que solo consiguen que mi cuerpo exija más demasiado pronto.

—Deja de restregarte contra mi pierna.

—Deja tú de besarme así.

—No puedo. No quiero.

Me separo un poco para tomar aire y buscar calma, porque estoy segura de que tengo las mejillas rojas y los labios hinchados.

Lo miro muy cerca, tanto que distingo la ternura que se abre paso en sus ojos cuando me observa.

—Ha sido bonito.

—¿Umh? —No entiende mi comentario, o puede que ni lo haya escuchado, porque sigue perdido en mi perfil, que recorre con la vista una y otra vez, como memorizándolo.

—Lo de Marc y Teo.

—Ah. Sí, es guay.

—¿Estás contento porque se marche de casa?

—Estoy feliz porque pueda estar con Marc como de verdad quiere. Y porque se aleje del cabrón de mi padre, por eso también. —Jorge nunca ha disimulado ante mí que odia a sus progenitores por cómo tratan a Teo. Su hermano es la persona más importante que existe en su mundo, y ellos lo hacen llorar.

—¿No lo vas a echar de menos?

—Pues claro.

No añade nada más, como si no fuese necesario. Será porque no lo es para él. Todo está entendido. Él quiere a Teo, y por eso se alegra cuando él está bien, aunque eso implique que tenga que extrañarlo.

Que lo vea tan claro, sin ceremonias, sin tratar de darle la importancia que para mí tiene que quiera así a su hermano, hace que me enamore un poquito más de él.

—Algún día, seremos tú y yo, ya lo verás. También tendremos eso, y no tendrás que seguir en esa casa si no quieres. Formaremos nuestro propio hogar y yo cuidaré de ti.

No pienso demasiado antes de dejar salir aquellas palabras.

El semblante desenajado que me devuelve Jorge me indica que quizás debería haberlo hecho.

## Jorge

—Algún día, seremos tú y yo, ya lo verás. También tendremos eso, y no tendrás que seguir en esa casa si no quieres. Formaremos nuestro propio hogar, y yo cuidaré de ti.

Veo la ilusión en su sonrisa, detecto la esperanza en su voz. Y entonces me doy cuenta de algo: no creo que Malena me quiera más a mí que yo a ella, aunque desde siempre ha sabido quererme mejor; sin miedo, sin reservas, sin vergüenza.

Desde que me di cuenta, hace ya unos años, de que Mal era para mí más que mi mejor amiga, cedí a esa necesidad de quererla, me rendí al hecho de que no podía frenarlo, así que la quise. La quiero. Pero lo hago de una manera cobarde; siempre anticipando la pérdida, esperando lo peor, pensando en cuándo pondremos el punto y aparte a esto, aguardando el momento en que volvamos a ser solo aquellos dos amigos que se quisieron tanto que no pudieron evitar convertirse en otra cosa, en algo que sus cuerpos pedían y sus labios siempre anhelaban.

Y esta tarde me siento miserable, porque entiendo que ella nos ve en un futuro, más viejos, más maduros y juntos. Aún juntos, mientras yo nos pongo zancadillas que ella ignora para evitar que terminemos tropezando ambos.

Veo con claridad que Malena merece a alguien que sepa quererla con esa locura que ella contagia a todo el que la rodea, con esa magia que parece desprender por cada poro de su piel. Y sé lo que tengo que hacer. Sé que tengo que dejar de ser egoísta por una vez.

Adivino que puede resultar complicado entender que yo me sepa enamorado de Malena y a la vez adelante siempre una ruptura. No me importa. No estoy intentando justificarme ni lograr que nadie entienda lo que ni yo soy capaz de comprender a ratos. Es, simplemente, que soy un crío — sí, un crío— que no confía en que el amor no duela, en que ese sentimiento no rompa a las personas.

Mis padres una vez se quisieron, y eso no les bastó. Y ahora viven dejando que el monstruo de la amargura lo devore todo a su paso en una casa donde hay más silencios que complicidad.

También sé que los dos amaron a Teo con toda su alma, pero tampoco fue impedimento para que lo rechazasen de pleno en cuanto descubrieron que no era quien ellos esperaban.

Así que solo espero a que llegue ese algo que logre que decepcione a Malena, que le haga entender que no soy lo que necesita, lo que merece o lo que esperaba, porque ese momento siempre llega.

Siempre.

Sin excepción.

Y yo me quedaré solo, tirado, esparcido por el suelo en trozos pequeños, minúsculos, que no se podrán recomponer, ni pegar. O sí, pero ya nunca formarán de nuevo al Jorge que fui, porque habrá pedazos que no encontrarán de nuevo su sitio, y grietas que no terminarán de cerrarse.

Me concentro de nuevo en Malena, en su sonrisa limpia, en su forma infantil de vernos, de creer en nosotros. Y el aire se empieza a hacer tan denso a mi alrededor que siento que me cuesta respirar.

\*\*\*

El aire no parece aligerarse nunca.

Han pasado tres meses y el oxígeno sigue viciado a mi alrededor.

Los días pasan en un vaivén constante entre la euforia y la culpabilidad. Entre el éxtasis que me invade entre los brazos de Malena y el vacío en el que dejo la mente cuando las dudas llaman a la puerta.

Lo gracioso es que mi actitud solo acelera lo que yo creo inevitable: que Mal se aleje. Me nota raro, más de lo normal. Me lo dice a menudo. Yo trato de esquivar sus preguntas, aunque no puedo borrar el dolor en sus ojos cuando la dejo fuera.

No sé cómo hacérselo entender. No soy capaz de decirle que la quiero, pero que creo que es mejor que solo seamos amigos, porque ser pareja nos convierte en algo volátil, caduco, fácil de romper.

Así que la aparto a base de silencios que nunca habían estado entre nosotros. Intento estar bien, ser quien ella quiere, de quien ella se enamoró, pero la callada por respuesta es demasiado cómoda.

Lo malo es que se me olvida que Malena nunca se conformó con lo que los demás quisieran darle. Ella se enfrenta a lo difícil con la barbilla levantada y la mirada desafiante.

—Jorge, ¿podemos hablar?

La veo a través del humo de mi cigarro, borrosa, desenfocada.

Su tono es tan serio que hasta Gerard levanta una ceja y me mira de reojo. Estamos en el chalet de Javi. Sus padres cada vez salen más a menudo, y ya ni nos molestamos en fingir que esto que montamos cada vez que su hermano y él se quedan solos es una pequeña reunión de amigos; no, es un fiestón en toda regla.

El salón debe de estar ocupado por, al menos, cincuenta personas, la mayoría borrachas. Mi grupo de amigos y yo llevamos casi una hora jugando un *kinito* alrededor de la mesa del cuarto de estar. Yo ya llevo un punto considerable, pero apenas he visto a Mal con un par de cervezas en toda la noche.

—No sé yo si estoy muy lúcido, peque. —Achica los ojos, frunce los labios y se cruza de brazos. No está de broma—. Aunque siempre tengo un hueco para ti.

Con el tacto de una palmada en mi espalda, supongo que propinada por Gerard en un intento de infundirme ánimos ante la seriedad de mi chica, me levanto y sigo a Malena hasta una habitación. Ella cierra la puerta y corre el pestillo. Por un momento se me pasa por la cabeza que lo único que quiere es un poco de acción. Desecho la idea con su siguiente pregunta.

—¿Estás viéndote con otra chica?

¡¿Qué?!

—¿Qué?!

—Responde.

—¡No! ¡Claro que no! ¿A qué cojones viene eso?

Espira despacio y deja caer los brazos hasta apoyar los puños en su cadera.

—Estás raro. Ya lo estabas desde hace un tiempo, pero últimamente parece que me evitas. Quedamos poquísimo, apenas hablas conmigo y no me miras cuando estamos juntos. Sé que te pasa algo, solo que no entiendo qué.

—Mal, no es nada.

—No me jodas, Jorge. Me merezco más que evasivas.

El corazón me bombea tan rápido que creo que, si abro la boca, se me saldrá sin que pueda hacer nada para retenerlo dentro.

Ella merece una explicación, claro que la merece. Y me lo está poniendo en bandeja, porque se ha cansado de esperar a que sea yo quien me acerque a ella. Mi Mal, tan valiente, tan poco dispuesta a que los demás decidan lo que ella necesita.

Me frote la cara con rabia y mucho miedo. Y me lanzo.

—No creo que debamos estar juntos. No como pareja.

Su postura no cambia ni un ápice, pero veo como se le humedecen los ojos. Bajo la cabeza. No soy capaz de verla llorar, es probable que le prometiese bajarle la luna si ella llora y con eso pudiese evitarlo.

—¿Por qué?

Me preparo para darle una explicación que no sé si entenderá. Lo hago con la mirada aún fija en el suelo, porque la voz le ha temblado al hacer esa única pregunta y estoy seguro de que ella tampoco quiere que vea ni una sola lágrima en su cara.

Siempre ha sido una chica orgullosa y fuerte.

Siempre ha sido mi chica orgullosa y fuerte.

—Malena, yo te quiero más de lo que las palabras puedan describir.

—Pero me dejas. —Su tono ahora parece acerado, más teñido de enfado que de pena.

—No, nos protejo. Yo te quiero siempre en mi vida. Las parejas se rompen, el amor se acaba, los amigos siempre están.

—Eso es una gilipollez.

—No lo es, es la verdad. ¿Cuántos matrimonios felices conoces que empezasen con quince años? ¿Cuánto crees que puedes tardar en acabar harta de mí? ¿En terminar odiando aquellas tonterías que al principio hicieron que me quisieses?

—Así que te pones la tiritita antes de hacerte la herida. Muy lógico...

—No sé si es lógico, aunque creo que sí es cauto.

El silencio que sigue a mi última frase hace que levante la vista para cerciorarme de que Malena no se ha pirado del cuarto dejándome solo con un palmo de narices. Sigue aquí, frente a mí, mirándome con lo que detecto como lástima. Puede que me merezca que sienta eso por mí ahora mismo.

—No te voy a suplicar, Jorge. Sobre todo, porque no me gusta nada esta versión a medias que eres desde hace semanas del tío por el que me pillé como una imbécil. Si quieres que lo dejemos, perfecto; eso sí, no esperes que vaya detrás de ti como una idiota rogando por otra oportunidad.

La rabia impregna cada una de sus palabras. Puede que le resulte más fácil estar cabreada que triste. Yo no consigo diferenciar cómo me encuentro, solo siento una opresión en la boca del estómago, pesada y viscosa.

—Lo entiendo.

Se da la vuelta para salir de allí y entonces sí reacciono.

—¡Mal! —Me levanto con el pánico llenando mi voz y le agarro la muñeca con fuerza—. ¿Podemos seguir siendo amigos?... Por favor. Solo... Necesito que sigas siendo mi amiga.

Por primera vez, su mirada se torna dulce. Los hombros se le hunden un poco, se muerde el labio inferior y yo me pregunto cómo podré vivir sin volver a ocupar el lugar donde, en este momento, se hunden esos paletos que ya me volvieron un poco loco hace ocho años.

—Eres imbécil —suena tan rotunda que no me atrevo a contradecirla—, pero eres mi imbécil. Que no me quieras como me gustaría no implica que no sepa que me quieres. —Suspiro con tal alivio que hasta consigo arrancarle una sonrisa, aunque es tan triste que hubiese preferido no verla—. Ahora mismo estoy muy enfadada, Jorge, porque no te entiendo, porque no has sido capaz de ser sincero conmigo y porque verte me duele, así que dame un poco de espacio.

—Lo que necesites.

Se gira de nuevo para dejar la habitación y yo vuelvo a interrumpirla. Supongo que son mis ganas de que no se marche, de que me grite que me equivoco, que nosotros somos diferentes, que el amor no tiene por qué acabarse si los que lo sentimos somos ella y yo.

Pero no va a suplicar. Me lo ha dicho y yo la creo.

—No vas a desaparecer, ¿verdad?

Me mira como si no me comprendiera, como si fuese un loco que le rompe el corazón pero que a la vez se asegura de que ella no se llevará para siempre el suyo lejos de aquí.

Niega una sola vez con la cabeza, despacio. La barbilla le tiembla lo justo para que entienda el esfuerzo que está haciendo por no rasgarse delante de mí, así que la suelto y la dejo ir, con el vacío extendiéndose por mi pecho y la ausencia de su tacto quemándome en las manos.

2007

## Malena

El tiempo no se mide en minutos, ni en horas, días, semanas o meses.

No.

Al menos, no el mío.

Mi tiempo ahora se contabiliza en miradas que esquivamos, lágrimas que derramo por dentro, películas que veo sin él, risas que no llevan su nombre y bromas que ya nunca compartiremos.

Y ese tiempo pasa muy despacio.

Después de doce días de no vernos fuera de las aulas, no hablarnos y no escribirnos, él se acerca a mí en el instituto una tarde cualquiera. Es finales de noviembre y empieza a hacer frío. Lleva una bufanda que le regalé hace tres cumpleaños. Nunca se la quita cuando el invierno hace acto de presencia.

Me doy cuenta de que Gerard y Javi nos miran desde una distancia prudencial, pero los ignoro. Me centro en Jorge, que avanza despacio a mi encuentro.

—Ey.

—Ey.

Hasta la forma de saludarnos me suena tan forzada que me entran ganas de llorar.

Da un par de puntapiés a una piedra inexistente antes de atreverse a seguir.

—Teo me ha preguntado que si me apunto esta noche a cena y partida de Trivial en tu casa. Le ha parecido raro que no supiese ya acerca del plan, y yo no he querido decirle que... bueno...

—Que yo no te lo había comentado.

—Sí, eso.

Continúa haciendo chirriar sus playeras contra el cemento del patio, y se le ve tan nervioso que me parece que vuelve a tener nueve años.

Sé que me quiere, sé que desea que estemos juntos, y no entiendo por qué se resiste a ello con esta fuerza. No lo comprendo, así que me frustró.

Pero lo echo de menos. Esa verdad no me la puedo negar. Echo de menos a mi mejor amigo por encima de a mi novio y eso pesa más que todo el resto junto.

—No me había dado tiempo a decírtelo, aunque me encantaría que vinieras.

Putita sonrisa que lo ilumina todo.

\*\*\*

Me juro que no suplicaré, que no me arrastraré por él. Me prometo que mi amor propio y mi orgullo pesarán más que lo que él despierta en mí con una mirada o un roce descuidado.

Me miento. Y mi mentira salta por los aires en la misma noche en la que Jorge y yo saltamos al vacío por primera vez hace ya doce meses.

La fiesta de Año Nuevo se celebra esta vez en un bar que los primos mayores de Gerard han alquilado con la intención de montar un cotillón privado con el que sacarse algún dinero.

Compré las entradas hace un par de semanas a la vez que tres amigas mías, cuando comprobé que las cosas entre Jorge y yo volvían un poco a la normalidad. Más o menos.

Lo cierto es que Jorge me busca. Las noches en las que sale con sus amigos y el alcohol está presente como uno más, recibo mensajes suyos a las tantas de la mañana, textos en los que las letras le bailan y me pregunta si hizo lo correcto, si le extraño, si se equivoca al pensar que nos basta con ser amigos.

Nunca le contesto, porque tampoco sabría qué decirle. Solo lloro en silencio en mi habitación y le maldigo por tener tanto miedo. Y por quererme tanto como para no arriesgarse a perderme, incluso cuando ya lo está haciendo un poco a pesar de que ninguno quiera admitirlo en voz alta.

Los dos fingimos que esas preguntas ebrias lanzadas a la pantalla de un móvil no existen cuando nos vemos a la mañana siguiente. Y así avanzamos, o nos estancamos: en dudas que no acaban y que nos arañan por dentro.

Quedo con mis amigas para llegar hasta el local en el que Jorge y sus colegas parecen llevar ya un rato bebiendo, a pesar de que hace poco más de una hora que hemos cambiado de año. Nos acercamos a saludarlos, aunque las chicas y yo no tardamos demasiado en perdernos entre la multitud de gente que se empuja para conseguir un cubata mal servido.

Nos bebemos el primero en apenas tres tragos largos y aprovechamos que hemos conquistado un pedacito de barra para gritar nuestra segunda ronda a un camarero muy mono que se detiene lo que puede para hablar con nosotras y que nos coloca una nueva tanda de bebidas un rato después, sin necesidad de que le repitamos qué tomamos cada una.

A eso de las cuatro de la mañana la gente ha empezado a dispersarse por el bar para hablar en corros o bailar en la pista, y los chicos que atienden detrás del mostrador respiran por primera vez en lo que va de noche. Yo estoy intentando que no se me note demasiado que no le quito el ojo de encima a Jorge, que apenas se ha acercado a hablar conmigo, cuando el chaval que ha estado sirviéndonos se acerca a mí.

—¡Al fin!

—¿Perdona? —Me lo quedo mirando con cara de idiota, pero es que su grito de alivio me ha noqueado un poco.

—Llevo dos horas deseando tener diez minutos libres para poder acercarme a ti y preguntarte algo más que si quieres otra copa. —Solo soy capaz de pestañear más rápido de lo normal, confundida y algo borracha—. Voy a tomarme mi descanso. ¿Te apetece que te invite a algo mientras lo hago?

—Hay barra libre.

Me abofeteo mentalmente por mi respuesta a la vez que me planteo pedir a mis padres que me hagan algún tipo de test que mida mi CI. Sin embargo, Camarero Mono se ríe con ganas ante mi réplica.

—Sí, no ha sido mi idea más brillante. Es que tenía prisa por acercarme a ti y no se me ha ocurrido nada más original. Lo siento.

Se disculpa a la vez que me tiende un vaso de tubo y un paquete de tabaco. Dejo mi cubata, ya aguado y sin hielos, en la mesa más cercana y cojo uno de los cigarros que me ofrece. No sé por qué lo hago. No he fumado en mi vida, pero mi cerebro parece estar confuso por el ron que le he metido y por la sonrisa de Camarero Mono, así que no rechisto cuando él me ofrece fuego.

En el momento en el que el encendedor toca los primeros hilos de tabaco y el papel comienza a arder, aspiro hondo e intento tragar el humo que se arremolina en mi boca.

Fracaso estrepitosamente.

Toso tanto que empiezo a notar las lágrimas escurriendo por mis mejillas. Creo que me moriría de vergüenza si no fuese porque estoy demasiado concentrada en no hacerlo ahogada.

Camarero Mono me da golpecitos en la espalda mientras intenta no reírse. No lo hace

demasiado bien.

—Me atrevería a decir que no sueles fumar.

—No —consigo contestar con voz de gato asfixiado por una bola de pelo.

—Da caladas más cortas y traga sin aspirar tanto aire.

La música está bastante alta, así que tiene que acercarse mucho a mí para que lo oiga, aunque estoy segura de que la mano en mi cintura es una licencia que se ha tomado porque ha querido y que no tiene nada que ver con los decibelios de las canciones.

Trato de centrarme en sus consejos y pruebo a inhalar de nuevo el humo espeso, que se mezcla con la cortina gris que envuelve el bar gracias a las decenas de personas que imitan mi gesto en ese momento.

El segundo intento me sale mejor y aplaudo como una cría ante semejante hazaña. Es en ese instante cuando me fijo en que Jorge no nos quita ojo a Camarero Mono y a mí. Su cara me habla de la poca gracia que le hace que otro chico coquetee conmigo y la rabia crece en mi interior.

Da un paso en nuestra dirección con el ceño fruncido y los puños apretados, cuando Javi le detiene. Le susurra algo al oído y Jorge se zafa de su amarre. Lo encara, sin embargo, Javi no se achanta. Apenas pasan diez segundos de lucha verbal entre ellos cuando Jorge nos echa un último vistazo y me da la espalda sin variar la cara de cabreo.

No tiene derecho. No puede ponerse así. Es su culpa que no sea él quien se inclina sobre mi cuello en ese momento para comentar alguna banalidad que consiga curvar mis labios.

Que se joda.

—Si paso de preguntarte si estudias o trabajas, ¿me dirás al menos cómo te llamas? En mi cabeza llevo horas pensando en ti como la chica de la boca de piruleta, pero se me queda un poco largo.

Sonríó sin remedio y me doy cuenta de que su mirada se desvía con descaro hacia mi pintalabios rojo cereza. He cogido el gusto a ese tono y ya son pocos los días que salgo de casa sin pintarme la sonrisa.

—Soy Malena. A mí no me importa seguir llamándote Camarero Mono, en mi mente tiene hasta sentido, aunque puedes decirme tu común y soso nombre real.

—Si me lo pones así, creo que prefiero Camarero Mono. —Me encojo de hombros y bebo un sorbo de la copa que me puso en las manos hace un rato mientras dejo que el cigarro se consuma en la otra. —¿Cuántos años tienes, Malena?

—Cumplo dieciséis el mes que viene. ¿Demasiado niña?

—Niña no es la palabra que usaría para referirme a ti.

La forma de repasarme de arriba abajo me provoca unos nervios extraños. Buenos, pero que me transforman en alguien torpe. No se me ocurre qué preguntarle y no quiero quedarme callada como un pasmarote y que piense que soy aburrida.

—¿Qué edad tienes tú?

—Dieciocho recién cumplidos.

—Vaya, así que ya podrías ir a la cárcel por servirme alcohol. —Oh, Dios Mío. Definitivamente, se me ha olvidado cómo se liga. Menos mal que Camarero Mono parece tener un máster en flirteo.

—Si me tienen que encerrar por algo relacionado contigo, se me ocurren un par de delitos más divertidos en los que caer, si a ti te apeteciese, claro.

Estoy a punto de contestarle —muy probablemente alguna estupidez poco *sexy* que luego haría que quisiese golpearme la cabeza contra alguna pared— cuando algo que mi cerebro no logra procesar entra en mi campo de visión.

Echo a un lado a Camarero Mono sin el más mínimo cuidado para comprobar que sí, que es Jorge quien tiene la lengua enterrada hasta la campanilla en la boca de una rubia que no había visto en mi vida.

Y ahí comienza mi mentira.

Dejo colgado a Camarero Mono sin titubeos ni arrepentimientos. La copa y el pitillo se estampan contra el suelo, provocando un estruendo que levanta quejas y malas caras a mi paso, pero ni siquiera las veo.

Recorro la distancia que me separa de Jorge en apenas seis zancadas, pero cuando estoy a punto de lanzarme contra él, o de echarme a llorar contra su espalda, o de derrumbarme y suplicarle que no me haga esto, una pared humana se interpone en mi camino.

—Malena, pasa de él.

Javi me mira casi con súplica en los ojos. Me revuelvo en sus brazos y trato de llegar a mi ex, que parece ajeno a todo, demasiado ocupado intercambiando saliva con otra.

Mis pies dejan de estar en contacto con el suelo. Mi espalda choca contra el pecho de Javi cuando este me alza en volandas desde atrás y me arrastra hacia la puerta. Yo solo puedo gritarle que quiero que me suelte, que se aparte de mi camino, aunque en el fondo agradezco que nos aleje de esa visión que me ha roto en dos.

Salimos a la calle y el frío me golpea con fuerza, dejando mi cuerpo a la misma temperatura que mi corazón.

No me doy cuenta de que estoy llorando con un nerviosismo un tanto exagerado hasta que Javi me abraza con preocupación, meciéndonos a un ritmo constante y musitando palabras destinadas a calmarme mientras me atusa el pelo. Su abrazo balsámico dura apenas un par de minutos.

Un empujón brusco nos hace tambalearnos a los dos, aún enredados. Trastabillamos y recuperamos el equilibrio justo a tiempo para que Javi me suelte y enfrente la siguiente arremetida que le propina Jorge.

—¡Suéltala!

El imbécil todavía se atreve a amenazar a su amigo por venir a ayudarme...

—¿Se puede saber qué narices tienes tú que decir sobre quién me consuela?! No me hagas llorar y Javi no tendrá que venir a calmarme, *so* capullo.

—¿Capullo, yo? Capullo, este —escupe, señalando a su amigo—, que lleva dos meses esperando el momento para echarse encima de ti.

—¿Y quién te da vela para meterte en quién se me echa encima? ¡Nadie! ¡¡Nadie!!

—No hace falta que lo jures. Es solo que pensé que a tu camarerito no le haría gracia que le cambiases tan pronto.

—Ah, ¿pero te ha dado tiempo a verme con él antes de empezar a morrearte como un desesperado con tu chica?

—No es mi chica.

—No, claro. Tú no tienes chica. Huyes de todo lo que huela a serio.

—Chicos, a lo mejor deberíais calmaros un poc...

—¡¡Cállate!! —El pobre Javi levanta las manos en señal de paz ante el grito perfectamente coordinado que le ladramos Jorge y yo y, acto seguido, empieza a andar hacia atrás con la clara intención de volver dentro del bar.

Su salida nos da unos momentos para respirar y calmarnos. Mis latidos se van acompasando a las bocanadas de aire que Jorge aspira despacio, profundas. No nos atrevemos a mirarnos. Yo porque solo veo su boca pegada a la de otra persona. Él... no sé por qué él no es capaz de enfrentarme. Puede que porque tenerme tan cerca y tan lejos a la vez le duela casi tanto como a mí.

La tristeza pinta nuestra realidad de tonos oscuros. Odio que nos peleemos, que nos faltemos al respeto, que los gritos sean la forma de expresar nuestra frustración y nuestra pena.

—Me voy a ir a casa —suelto al fin.

—Déjame acompañarte, por favor.

Asiento con cansancio, porque, de pronto, toda la ira, el rencor y las ganas de discutir han desaparecido, amparadas en la noche y en la angustia que lo ha inundado todo.

—Espérame aquí, voy a coger nuestros abrigos.

Cuando abre la puerta escucho a Urquijo confesar que se ha inventado el nombre de alguien que nunca llegó a saberlo.

Los ojos me pican y la pena me pesa.

Jorge sale ya con su chaqueta puesta. Me ayuda a colocarme la mía y me coge de la mano antes de girar en dirección a mi casa. Tenemos media hora de paseo, pero no parece importarnos. Supongo que él se cogerá un taxi para llegar después hasta la suya, aunque solo lo imagino, no me atrevo a preguntar. Ninguno parece querer empezar a hablar. Solo nos apretamos con fuerza los dedos entrelazados, como si ambos supiésemos que la tregua podría terminar en cuanto el otro dijese algo que nos destrozase un poco más, que nos alejase de lo que siempre habíamos sido.

—¿Por qué me haces esto? —soy yo la que se atreve a dejar salir en alto lo que me quema en el pecho desde hace mucho rato.

—No te hago nada, Malena. Tú y yo no estamos juntos. Además, me parece que a ti tampoco te quedaba mucho para terminar la noche con el camarero ese que no te quitaba las manos de encima.

Cierro los ojos con fuerza y trato de no caer en su juego.

Necesito aclarar las cosas, no ensuciarlo todo más.

—¿Por qué me haces esto? —repito.

La pregunta parece calar mejor esta vez en Jorge, que se toma un minuto para responder algo que me hace ahogar un sollozo.

—Yo... yo no sé estar sin ti, Mal.

—No te entiendo, Jorge. Te juro que no te entiendo.

—Yo a veces tampoco.

—Eres tú quien me dejó.

—Lo sé. Y sigo pensando que es lo mejor para nosotros, solo que aún nos cuesta verlo.

—No me dejas olvidarte.

—Es que no quiero que me olvides.

—Eso es muy egoísta.

—Lo siento. No sé hacerlo mejor.

Las miradas gachas. Las voces perdidas. Las posibilidades desapareciendo. La incomprensión agarrada al fondo de la garganta, impidiendo tragar bien.

No decimos nada más hasta que llegamos a mi casa. No nos soltamos hasta que el nudo aprieta demasiado.

Nos miramos intentando hablar sin decir. Nos acercamos cuando ambos nos sentimos demasiado perdidos.

Un beso, solo uno. Lento, con sabor a despedida y a la sal de nuestras lágrimas. Y una advertencia que no sé a quién va dirigida en realidad antes de cerrar la puerta a todo.

—No podemos seguir así.

## Jorge

Pero seguimos. Seguimos así muchos meses. Demasiados.

Volvemos. Lo dejamos.

Nos liamos. Nos alejamos.

Jugamos a estirar los límites. Ponemos a prueba nuestra amistad tantas veces que la vamos perdiendo sin darnos cuenta, como el alcohólico que piensa que un trago más no lo matará.

Malena llora. Yo me hundo. Y me cabreo con ella por no ver tan claro como yo que todas las discusiones, los desacuerdos y la mierda que nos tiramos encima hubiese llegado con el tiempo si nos hubiésemos empeñado en seguir siendo pareja.

Puede que ahora no esté resultando fácil, aunque es solo porque me cuesta un mundo dejarla ir. Es culpa mía. Debería ser más firme con la decisión que tomé, pero es que esos labios rojos y esa sonrisa de ratón me ciegan por completo.

Sé que en cuanto sea capaz de desengancharme de ella, de su olor, de su tacto, de su sabor, podremos volver a lo que siempre fuimos: dos amigos que pueden con todo.

—¿Por dónde andas, renacuajo? —Mi hermano chasquea los dedos delante de mi cara cuando se da cuenta de que me he perdido en mis pensamientos y que estoy lejos de la cafetería en la que compartimos un par de refrescos y algunas anécdotas que hemos vivido en las dos semanas que hace que no nos vemos.

—Hace ya mucho que cumplí los diecisiete, tío. Deja de llamarme renacuajo.

—Uy, sí. Dos meses es un periodo temporal eterno. Cuando te empeñas en remarcar que has cumplido diecisiete años, sueñas más renacuajo que nunca.

Intento soltarle un puñetazo en el brazo, pero es más rápido que yo y se echa hacia atrás a tiempo de esquivarme.

—Ahora en serio, ¿qué te pasa? Pareces un poco...

—¿Ido? —le ayudo.

—Preocupado.

Suspiro exasperado. No con Teo, sino con la situación. Conmigo. Con todo.

—Malena.

—Ya. Malena.

En el cumpleaños de Mal las cosas se nos fueron un poco de las manos. Bebimos, discutimos, nos enrollamos a lo bestia y volvimos a discutir. Cuando ella llegó a casa se dio de bruces con Marc, que había ido a pasar la noche a casa de sus padres aprovechando que Teo tenía que quedarse a dormir con la anciana a la que cuidaba; había estado ingresada tres días en el hospital por una caída muy aparatosa y sus familiares tenían miedo de que no pudiese apañarse sola.

El rímel corrido y los ojos rojos no permitieron a Malena escaparse del interrogatorio de su hermano. Terminó contándole de forma abreviada lo que ella y yo habíamos compartido desde aquella primera Nochevieja. Marc quiso matarme, Malena no le dejó, Teo sufrió una llamada de media hora por parte de su novio que lo dejó con la boca abierta y un considerable cabreo dirigido contra mí y yo acabé llorando en el hombro de Teo al día siguiente mientras confesaba que no sabía cómo olvidarme de Malena, aunque estuviese convencido de que tenía que hacerlo.

Fueron unas semanas complicadas, la verdad. Todo se volvió un poco raro y, por primera vez en mi vida, sentí que esa familia que había existido siempre para mí en el hogar de los Acosta se diluía. Las cosas no llegaron tan lejos; Malena no lo permitió.

La bronca que le debió de meter a Marc por hacerme el vacío debió de ser épica, y a mi cuñado no le quedó más remedio que aceptar de mala gana que su hermana se hacía mayor y que ella sola manejaba lo que pasaba en su vida.

A pesar de ello, todos seguimos intentando a día de hoy adaptarnos a este hilo enorme que nos une a los cuatro.

—¿Habéis vuelto a acostaros? —El momento al que hace referencia Teo pasó hace cosa de tres semanas, y ya vuelve a haber novedades en nuestra telenovela particular.

—No, pero casi. El martes pasado me pasé por su casa a ver una peli y no pasamos del primer cuarto de hora. Terminamos medio desnudos en el sofá, y si no llega a pararme ella entre insultos hacia sí misma y alguno contra mí... bueno, ya sabes.

—Joder, Jorge.

—Ya lo sé.

Sé que Teo está haciendo esfuerzos por controlar las ganas de pegarme unas cuantas collejas. Estoy a punto de pedirle que no se corte, porque sé que me las merezco, cuando deja de menear la cabeza y me mira con una seriedad poco habitual en él.

—Tienes que hacer algo. Lo digo en serio.

—Ya. Tengo que dejar de pensar con la polla cuando estoy cerca de ella.

—El problema no es que te dejes llevar por la bragueta cuando se trata de Malena, sino que la quieres, aunque te empeñas en que no estéis juntos.

—Teo, ya lo hemos hablado.

—Lo sé. Y no te entiendo, pero no me voy a meter. Tú sabrás lo que haces y de lo que tendrás que arrepentirte en el futuro. Eso sí, si no vas a ceder a la evidencia de que te mueres por Malena, al menos déjala en paz de verdad. Tiene derecho a rehacer su vida.

—¿Cómo que a rehacer su vida?

—A estar con otra persona.

Una hostia me hubiese dolido menos.

—Mal no quiere estar con nadie.

—Eso no te corresponde a ti decirlo. Lo que sí te corresponde es conseguir que ella entienda que no vais a volver a estar juntos, y metiéndote entre sus piernas cada vez que flaquee no lo vas a conseguir.

Me revuelvo incómodo en mi silla, luchando contra las ganas de soltarle cuatro mierdas a Teo. ¿Qué cojones sabrá él sobre lo que tenemos que hacer Malena y yo? ¡Anda y que le den! Sí, eso, le voy a decir que puede meterse sus moralismos y sus consejos por el mismísimo cul...

—¿Jorge? Eh, quita esa cara de amargado. Sabes que tengo razón. Ahora mismo eres el maldito perro del Hortelano.

—¿Y qué se supone que crees que debería hacer, oh, Oráculo todo sabedor?

—No lo sé. Tú sabrás qué puede ella soportar y qué no perdonaría. Pero haz algo.

Claro que lo sé.

Y odio darme cuenta de que Teo tiene razón, porque eso supone hacer daño a Malena.

\*\*\*

Joana besa raro. No recordaba así sus labios. O puede que, simplemente, mi memoria haya

borrado de su registro cualquier sabor que no sea el de Malena.

He ido directo a por Joana en cuanto he entrado en el bar donde había quedado con toda la pandilla. En apenas media hora, ya estábamos tan juntos que quedaban pocas dudas sobre cómo terminaría aquello.

Nos hemos movido a un trozo de barra un poco apartado, pero lo bastante visible como para asegurarme de que Mal nos está viendo.

Le había dicho que se pasase y la he escuchado llegar hace cosa de diez minutos.

No sé si está en nuestra mesa o si ya se habrá largado. No me atrevo a abrir los ojos, así que aquí sigo, perdido entre la saliva y los pequeños gemidos que deja escapar Joana cuando me aferro con fuerza a sus caderas, como si fuesen una tabla de salvación que conseguirá que esta noche no me ahogue en mi propia bilis.

—Eh, parad un poco y respirad, que vais a terminar por ahogaros entre tanta baba.

Gerard nos corta el rollo sin consideración ni arrepentimiento. Somos esa clase de amigos. Joana se limpia la comisura de la boca con el pulgar mientras espera a que mi colega le indique el motivo de la interrupción.

—Nos movemos, que llevamos en el mismo bareto una hora. ¿Os venís u os piráis para casa?

—¿Te apetece que nos perdamos un rato?

La insinuación de Joana podría haber calado en mí más hondo si mi mirada no se hubiese cruzado justo en ese momento con la de mi mejor amiga. Está sentada al lado de Javi, que intenta hacerla reír, aunque ella solo es capaz de llevar hasta su cara una mueca ladeada. Está de frente al espacio que ocupo ahora mismo y sé que nos ha estado observando a Joana y a mí.

Se me revuelven las tripas. Se me atasca la vergüenza entre la garganta y el estómago.

La sonrisa de Malena me parece la más triste del mundo. Una más de las muchas que llevan mi nombre en estos meses. Y puede que ya vayan mil.

—Esta noche no, Joana. Tengo que...

—Ya, entendido. —No le ha sido complicado entenderme cuando ha seguido la dirección de mis ojos—. Si cuando acabéis de gritaros no habéis terminado en la cama, llámame si te apetece verme otro rato.

Le hago un gesto con la cabeza a Malena señalando la calle y ella lo entiende. Siempre sabemos interpretar al otro.

Nos encontramos en la puerta del bar y ella inicia la marcha. No sé a dónde se dirige y tampoco me importa. Solo la sigo.

Apenas caminamos cinco minutos antes de pararnos en un local pequeño y tranquilo, con la música baja y la gente sentada alrededor de mesas diminutas. Un camarero nos toma nota mientras yo enciendo un cigarro y dejo ir parte de mis nervios en ese primer chute de nicotina.

—Lo siento.

Son casi las primeras palabras que intercambiamos desde que nos hemos visto esta noche, y no sé por qué elijo esas dos. Sé que no tengo que disculparme por estar con otras chicas, que no nos debemos explicaciones, que no somos más que amigos. Pero esa es solo la teoría. En la práctica, Malena es mucho más que eso. Es mucho más que todos. Y siento que necesito pedirle perdón por ser cobarde, por no saber hacerlo bien con ella, por escoger el camino fácil, aunque sea el más doloroso, porque no veo otra opción.

—Esto es tan culpa tuya como mía, Jorge. Te vi venir. Te anunciaste casi desde el principio como un tren de mercancías que arrasaría con todo a su paso, descarriado y perdido. Te vi venir y no me aparté. No sé si fue por coraje o por estupidez, pero me quedé esperando a que me arrollaras. Es tan culpa tuya como mía —repite.

Se queda en un silencio que me inquieta.

Casi puedo ver los engranajes de su cabeza funcionando a toda velocidad. La decepción mezclándose con la pena. La ilusión muriendo aplastada por el orgullo. La paciencia desapareciendo empujada por la frustración.

Lo veo todo en ella, porque Malena sigue siendo igual de transparente para mí que aquella niña que volaba encima de un patinete sin miedo ni preocupaciones.

Creo que los dedos le hormiguean tanto como a mí por las ganas de tocarnos, aunque sabemos que no puede ser. Que ya no más. Así que los ocupamos jugando con los refrescos que se calientan ante nosotros, olvidados.

—¿Y ahora?

Cada pregunta se me atasca en la punta de la lengua, como si tuviese un estropajo limándome las cuerdas vocales. Me da pánico que sea la última que pueda hacerle antes de que se levante y decida que no le compensa tenerme en su vida.

—Ahora tenemos que aceptar que no nos hacemos bien. No así. Y que una salida a tiempo también puede ser la entrada a otra cosa.

Prendo el segundo piti de los muchos que creo que fumaré esta noche y ella me lo roba con un gesto natural que deja una caricia sobre mis labios. Se lo lleva a la boca y aspira con calma. Desde la última Nochevieja lo hace de vez en cuando, dar caladas sueltas a pitillos que yo enciendo; y sé que suena tonto, pero me gusta que sea una especie de juego que solo comparto conmigo.

—Entiendes por qué hago esto, ¿verdad?

—No. —Directa, clara, mortal. Mi Malena—. Tampoco creo que importe. Tú lo ves de una manera, yo de otra. Ninguno tiene por qué ceder, ni ninguno ha de estar equivocado. Simplemente, no nos bastó querernos. Eso pasa a veces.

—A mí sí me basta con quererte. De hecho, prefiero el amor para toda la vida, y eso solo lo he visto entre amigos, no entre parejas.

—Pues qué putada que yo me enamore de mi mejor amigo. Eso me deja sin opciones de tener ambas cosas a la vez.

—Mal... se nos pasará. Nadie conoce al amor de su vida con ocho años.

—¿Cuántas veces te has repetido eso para conseguir creértelo?

—No las suficientes.

Una nueva sonrisa triste que lleva mi nombre.

Qué hartito estoy de provocárselas, joder.

—Vámonos a casa, anda. Estoy cansada.

Y sé que se refiere a mucho más que a las horas que llevamos haciendo nuestras las calles de Barcelona.

Estamos a punto de separarnos para coger los metros que nos dejarán a cada cual en la puerta de su hogar cuando reúno el valor suficiente para hacer la última pregunta que me quema por dentro.

—Malena, ¿qué va a pasar con nosotros?

Dos pasos, un abrazo en equilibrio de puntillas, un amarre tan fuerte que siento que los trozos que he ido perdiendo durante la noche vuelven a unirse, y un suspiro que se mezcla con el vaho de ese noviembre que me parece más gélido que nunca.

—Sigues siendo tú. Sigo queriéndote en mi vida, Jorge. Pero dame tiempo.

Y se lo doy. Porque yo a ella se lo daría todo.

2008

## Jorge

Las cosas entre Malena y yo han vuelto a ser parecidas a nuestro antes. Antes de los besos. Antes de las caricias. Antes de las lágrimas. Antes de enamorarnos.

Solo que son diferentes.

Es como una sensación permanente y fluctuante de que la pierdo sin tenerla.

A ratos parece que esa conexión que siempre nos ha unido sigue ahí, fuerte e inexorable. Pero a veces... a veces una palabra evoca un recuerdo que instala entre los dos una nostalgia que no sabemos manejar, y es como si todo pudiese derrumbarse entre silencios incómodos que nunca formaron parte de lo que éramos.

Y en mitad de todo ese caos que vamos aprendiendo a controlar aparece un pelirrojo encantador con sangre escocesa y labia de sobra. Wallace llega a nuestra vida en abril, y con él descubro lo que es odiar de verdad a alguien.

Es un jueves por la tarde. Malena ha accedido a hacerme el favor de acompañarme a hablar con el orientador del instituto porque aún tengo dudas sobre qué carrera elegir cuando tenga que decantarme por una en unos meses. Creo que, en el fondo, Mal se ha venido porque tiene casi más dudas que yo sobre qué camino seguir el año que viene. Es lo malo de tener que decidir qué quieres hacer en tu vida adulta cuando solo eres un crío, que la ves tan lejana que no sabes ni por dónde deberías empezar.

Estamos esperando en una sala llena de orlas y títulos enmarcados cuando un hombre de pelo naranja y gafas de pasta entra acompañado de un chico de mi curso con el que nunca he hablado demasiado. Mientras mi compañero pasa a un despacho adjunto, el otro se sienta enfrente de nosotros y estudia con parsimonia las piernas de Malena, que parece no ser consciente del interés que despierta en él.

Me provoca antipatía al instante, y no porque se fije en Malena, sino por la forma de mirarla. Él debe de rondar los treinta. No debería mirar así a una chica de diecisiete.

—¿Estás pensando qué estudiar el próximo año?

Se dirige directamente a ella, sin saludos ni prolegómenos, ignorándome por completo, haciendo alarde de un leve acento que no ubico en el mapa.

—¿Eh? —Mal levanta la cabeza al sentirse aludida, aunque parece desubicada. Llevábamos mucho rato callados.

—Perdona. Es que pareces joven para ir a empezar ya la universidad. —Se frota los ojos por debajo de las gafas y sonríe con una timidez que no me parece muy real—. Bueno, no. En realidad es que quería hablar contigo y no sabía cómo empezar. Esa tontería me ha parecido tan buena como cualquier otra.

Para mi horror, Malena deja ir una risa aguda y bobalicona.

—Soy joven para empezar la universidad. Aún me queda un año de instituto. Y la pregunta no es tan mala como crees si lo que querías era romper el hielo.

—Soy Wallace.

—Qué nombre tan original.

—Bueno, es que soy escocés, aunque hace ya siete años que vivo en España.

—Eso le da sentido también al color del pelo y a las pecas. —Mal se muerde el labio y a mí me entran ganas de tirarle de la barbilla para que lo suelte—. Yo soy Malena. —Carraspeo sin disimulo, ganándome una mirada desaprobatoria por parte de mi mejor amiga que no podría importarme menos—. Y él es Jorge.

—¿Tu...?

—Un amigo que sí que necesita orientación para elegir qué hacer el próximo curso cuando se decante por una carrera. ¿El chico que venía contigo es tu hermano?

—¿O tu hijo?

¿Que mi observación es exagerada? Sí. ¿Que no sabía cómo hacer referencia a su edad de otra forma? También.

Wallace me mira primero a mí y luego a Malena. Se ríe con disimulo y veo comprensión en su gesto.

—Hubiese sido el padre más precoz de la historia. Solo tengo veintiocho. Pero no es ni lo uno ni lo otro. Solo es mi vecino. Su madre y yo nos llevamos bien y ella no podía acompañarlo hoy por trabajo, así que ahora me debe un favor.

A mí me parece claro el tipo de favor que va a pedir él a cambio, pero Mal le sigue el rollo ignorándome sin piedad.

La charla se alarga entre ellos durante un rato que a mí se me hace eterno. Cuando llega mi turno para reunirme con el orientador, Malena me pide que entre solo, asegurando que ella puede volver en otro momento para resolver algunas preguntas que le rondaban por la cabeza.

Todas mis dudas regresan conmigo a la sala de espera quince minutos después. No he sido capaz de escuchar nada de lo que me ha indicado el consejero estudiantil porque los ecos de las risas de Mal interrumpían mis pensamientos cada pocos minutos.

Odio escuchar ese sonido cuando es otro el que lo provoca.

Salgo de ese habitáculo claustrofóbico como un miura dispuesto a embestir, pero solo me topo con una Malena muy sonriente con la vista fija en su móvil.

En ese momento no lo sé, pero según pasan los siguientes meses me doy cuenta de que, en ese instante, la semilla de todo lo que está por llegar ya se ha plantado.

Wallace y Malena empiezan a escribirse casi a diario desde esa misma tarde.

Mis esperanzas de que sus padres no vean con buenos ojos aquella relación se dan contra un muro en cuanto el encantador de serpientes de pelo rojo y modales exquisitos se presenta a tomar café en casa de Mal por primera vez apenas un mes después. El único aliado que encuentro en mi cruzada contra Wallace es Marc.

A ambos nos huele raro que un tío tan mayor esté loco por formalizar algo con una chica que aún es estudiante de bachillerato. Las alarmas suenan más nítidas cuando Malena comienza a dejar de quedar con sus amigos porque Wallace necesita verla a diario.

Ella lo ve romántico. Nosotros, dependiente.

En apenas cuatro meses, Malena desaparece prácticamente de cualquier plan. Cuando se lo comento, asegura que yo tampoco tengo tiempo para nada que no sea ir a clase, estudiar y quedar con los nuevos compañeros que he conocido en la Facultad de Enfermería.

Verla implica siempre pasar tiempo con Wallace. Se han convertido en un *pack* indivisible, y está claro que a él no le gusta que yo me acerque a su novia.

Por primera vez en mi vida, siento que de verdad puedo perderla. Del todo.

Me siento solo, perdido y rabioso. Sobre todo, solo. Tanto que cometo la estupidez de empezar a salir con una compañera de la carrera solo para pretender que yo también sigo con mi vida igual de bien que lo ha hecho Malena. Me vuelco con esa relación durante tres meses. Y nos alejamos

aún más. Nos convertimos en extraños que llenan los silencios con anécdotas pasadas porque, de pronto, ya no tienen presente compartido.

Ese Año Nuevo no hay brindis, ni besos, ni nada bueno que recordar juntos. Malena lo pasa con Wallace y una pareja de amigos suyos. Yo, con los amigos de siempre, entre tequilas y algunos porros.

Su decimoctavo cumpleaños la pilla en una casa rural a la que Wallace la lleva a practicar senderismo, a pesar de que Malena solo camina si necesita llegar a algún sitio concreto y no hay metros cerca.

No me atrevo a decirle nada sobre Wallace porque, en los pocos momentos que seguimos compartiendo, ella parece genuinamente feliz. Más de lo que lo ha sido en el último año que ha compartido conmigo.

Así que me callo.

Me callo tanto que llego a convencerme de que no tengo nada que decir.

Me callo tanto que hasta puedo oír sus pasos avanzar por un desvío que no veo venir y que a mí me deja atrás.

Me callo tanto que cuando quiero gritar ya se me ha atrofiado la voz. Así que no puedo hacerlo, no puedo chillarle que no se vaya, que no lo elija a él, que no deje Barcelona.

No le pido que no lo haga, por eso siempre me quedará la duda de si podría haber evitado todo lo que vino después, de si yo podría haber conseguido que Malena no se fuese a Sevilla con Wallace ese puto mes de julio.

2019

## Malena

—¿No tienes regalices?

—No me puedo creer que sigas comiendo esa mierda.

—Ya, pero ¿tienes o no?

Jorge desaparece por la puerta de la cocina un minuto y vuelve con una bolsa gigante de tiras de goma rojas. Me la lanza al regazo y yo sonrío como una chiquilla.

—Me pasé por la mañana por el súper a pillarlos. No sabía si te seguían gustando...

—Eres un encanto.

Él se ríe ante mi entusiasmo y yo rasgo el plástico con los dientes. Aplaudo un poco con el primer bocado.

—Mira que eres rara. Para ver pelis se comen palomitas, de toda la vida.

—También pienso ponerme ciega a palomitas.

—No sé dónde metes tanta porquería. Debes de pesar lo mismo que a los quince.

Lo ignoro y devoro un segundo regaliz mientras él se enciende un cigarrillo y busca en Netflix la primera peli de Harry Potter. Hemos quedado temprano para hacer un maratón y yo estoy muerta de ganas por viajar a Hogwarts.

Nos colocamos cada uno en un extremo del sofá y me estiro todo lo larga que soy para recostarme hasta colocar los pies encima de las piernas de Jorge. Él me acaricia los gemelos en un gesto distraído que casi no registro por natural en nosotros.

Desde que comenzamos a quedar de nuevo habitualmente hemos retomado viejos hábitos como si fuesen algo intrínseco entre los dos. La forma de relacionarnos, de tocarnos, de buscarnos... Está ahí sin que tengamos que forzarlo.

Cuando estoy con Jorge vuelvo a ser niña, a sentirme así de libre. E igual de perdida, a veces. Retrocedo a ese rincón especial que todos guardamos en la memoria, en el que las cosas bonitas brillaban más; donde todo se recuerda con el filtro del pasado mejor, las carcajadas desmedidas estaban permitidas porque las miradas y las críticas ajenas te daban igual. Lo único importante era el tiempo que pasabais juntos y lo que podíais conseguir el uno al lado del otro.

Cuando termina la segunda película son más de las diez de la noche. Hemos calculado fatal el tiempo necesario para ver la saga completa en un fin de semana, así que decidimos tomárnoslo con calma, pedir algo de cena y vernos la tercera después de un descanso.

Encargamos comida tailandesa por teléfono y esperamos a que llegue con un par de cervezas en las manos y algo de charla tonta sobre los compañeros de trabajo de Jorge y los clientes más curiosos que han pasado por la librería esta semana.

—Me parece muy chulo que terminases currando en un sitio así —me confiesa él justo cuando llaman al timbre indicando que nuestra cena ha llegado.

Discutimos un poco para ver quién se sale con la suya y consigue pagar, pero termino ganando yo. Él ha puesto la casa, las chuches y las pelis. No había discusión posible.

—La verdad es que adoro trabajar en *Leer da sueños*. Cuando me decidí por una carrera no sabía muy bien lo que hacía, ya lo sabes. Toda aquella presión para decidir qué quería ser y todas las cosas sobre las que yo aún no tenía ni idea... Aunque lo cierto es que me gustó lo que elegí, a

pesar de haberlo escogido por una tontería. Me jodió tener que dejarlo.

El ambiente se vuelve triste. Durante un rato lo único que llena el silencio de la habitación es el sonido de los tenedores chocando contra la porcelana de los platos a medio vaciar.

Supongo que Jorge estuvo al tanto de lo que fue mi vida aquellos años. A fin de cuentas, Teo era su hermano y mi cuñado. Nunca fuimos realmente ajenos a la vida del otro. Nos mantuvimos en las sombras, pero no desaparecimos.

—Nunca supe por qué te decantaste por Filología Hispánica, la verdad.

Agradezco su intento por cambiar el rumbo de mis pensamientos, por mantener a raya los recuerdos que aplastan y fracturan, incluso cuando la respuesta a su pregunta no formulada exige una explicación que me sonroja un poco.

—Es una bobada.

—Venga, cuéntamela.

Suelto los cubiertos y doy un par de tragos largos a mi vaso, como si en su fondo fuese a encontrar una historia alternativa que me librase de compartir con él algo que hasta ahora solo había sido mío.

—Cuando tú y yo lo dejamos dejamos... ya sabes, la última vez, la de verdad, y llevábamos una temporada raros...

—Sí. Sigue. —Le veo morderse el labio con fuerza y cruzar los brazos y me alegra saber que no solo a mí me resulta raro recordar esos días.

—Bueno, pues hacía como un mes que Wallace me había pedido que me fuese con él a Sevilla. Yo ya sabía que me iba a marchar, solo que aún no lo había dicho en casa. Se me hacía duro pensar en dejarlo todo atrás, pero a la vez tenía ganas.

»La semana anterior a tener que rellenar los papeles con mis opciones de carrera para la universidad, estaba sentada en una cafetería con el boli en mi diestra, las solicitudes en la zurda y la mente completamente en blanco. Y entonces alguien me llamó. O eso pensé. En realidad, solo fue una chica que estaba sentada en la barra gritando a su amiga que lo que estaba haciendo estaba «mal». Me sentí tonta, porque nadie más que tú me llamaba así, por lo que era imposible que alguien se hubiese referido a mí con ese mote. Hacía casi un mes que nosotros no quedábamos si no era en grupo.

Siento la mano de Jorge alcanzando la mía, pero no levanto la cabeza del mantel individual que él ha colocado antes de que nos sentásemos a la mesa. Sigo narrando aquel recuerdo con una cadencia tranquila, aunque por dentro su roce me haya alterado un poco.

—En ese momento me di cuenta de que tú y yo habíamos construido a lo largo de los años un lenguaje propio, completo, que se iba a perder; con palabras que nos pertenecían solo a nosotros, con miradas que se volverían ciegas, con risas que ya nadie sabría descifrar. Todos los signos, bromas y toques que solo nosotros podríamos interpretar se mantendrían para siempre en el limbo de los idiomas perdidos que otras parejas rotas olvidaron con el tiempo. Nuestros discursos inventados, nuestras señas secretas... Todo quedaría huérfano.

»Y entonces empecé a pensar en el poder de las palabras, en los significados que alcanzan, en las raíces donde nacieron. Y supe que quería hacer Filología. Sé que fue arriesgado y que puede parecer que me decanté por una carrera por una estupidez, per...

—No lo es. No es una estupidez.

Me atrevo a levantar la vista solo para tropezar con esos ojos verdes que una vez fueron abismo y red de seguridad. Jorge me mira muy serio, viéndome; viéndome de verdad.

La ausencia de conversación no pesa cuando estamos juntos. Quizá porque los dos sabemos que hay mucho que decir, pero ninguno ha terminado de entender lo que parece ir fraguándose

cuando retomamos rutinas aparentemente inofensivas, y no somos capaces de darles nombre a algunas cosas.

—Mal... ¿Tú también lo notas?

Sí, claro que sí. La forma en la que nuestras pieles parecen reconocerse. El anhelo en cada toque. El cariño infinito que lo baña todo. El hilo que tira de nosotros para acercarnos más.

Lo noto, pero me callo. Porque es pronto, porque es confuso, porque no sé ponerle nombre. Y porque ya he perdido demasiado en la vida como para arriesgarme a perder a Jorge otra vez.

Así que piso el freno.

—Recoge los platos, anda, que voy a ir buscando la del Prisionero de Azkaban.

## Jorge

Quedar con Malena es tan natural para mí a estas alturas como respirar.

Quedar con los amigos de Malena, entre los que se encuentran Marc y su nuevo novio, es raro de narices.

No es la primera vez, ni mucho menos, y he de reconocer que Gabi es, con mucho, el que mejor me cae de todos ellos. Pero se me hace extraño. No puedo evitarlo. Supongo que es algo que se me pasará con el tiempo, porque lo que sí tengo claro es que voy a seguir viendo a Mal, y eso implica verlos a ellos.

Cojo el metro para dirigirme a Horta, al piso al que Marc y Gabi se mudaron apenas unas semanas después de que Malena me arrollara, literalmente. En cuanto entro al vagón, mis ojos se van solos a una chica de piel lechosa y piernas infinitas que se balancea con gracia.

Malena lleva puestos unos cascos diminutos y baila al son de la música que sale de ellos. Tiene la espalda apoyada contra una de las puertas, y me entretengo observándola durante un par de paradas aprovechando que ella no me ha visto a mí.

Se yergue al llegar a alguna estación para permitir que las portezuelas se abran, con esa especie de mecanismo automático que posee la gente que ha crecido en una ciudad en la que el metro forma parte de tu día a día. No presta atención a su alrededor, no fija la vista en ningún sitio. Solo baila con disimulo, moviendo las caderas y haciendo que el vuelo de su falda ondee a la vez que su cintura.

Mueve los labios al compás de la canción en la que se sumerge, y estoy seguro de que ahora mismo se ve a sí misma como parte de un videoclip. Era algo que solía hacer desde siempre.

Me coloco enfrente de ella de golpe cuando solo quedan dos paradas para llegar a nuestro destino. Pega un gritito muy cómico y se lleva una mano al pecho. Bajo la vista hasta ese punto y me entretengo unos segundos de más en su escote mientras ella me riñe por el susto a la vez que se libra de los auriculares.

La letra de *Eme*, de Leiva, me distrae un momento, trasportándome a todas aquellas veces que yo la escuché pensando en ella después de la única vez que volvimos a vernos tras su marcha a Sevilla.

Viro la cabeza solo unos centímetros para fijar mi atención en un pequeño tatuaje que adorna el hueco entre su clavícula y su hombro derecho. Una constelación de gotas de lluvia teñidas de negro le salpican esa zona, haciendo que dos, que tan solo están perfiladas y unidas entre sí, destaquen entre el resto. Las ganas de pasar los dedos por ese dibujo, como si pudiese con ello borrar la gota que supongo que representa a Wallace, resultan un tanto abrumadoras.

—¿Te gusta? —me pregunta a modo de saludo cuando se da cuenta de dónde está puesta mi atención.

—Es muy tú. — Ella eleva una ceja inquisidora, esperando mi explicación—. Las gotas negras rodeando alguna llena de luz, en un cielo ennegrecido. Me hace pensar en una tormenta eléctrica, inesperada y arrolladora... Te representa bien.

Me observa despacio. Veo sus ojos recorrer mi cara, como si me estudiara, como si no me comprendiera del todo, a pesar de que para mí el paralelismo es obvio.

Yo siempre la vi así. Malena era bonita y natural, y no pedía perdón por serlo. Abrumadora, una fuerza de la naturaleza. Y años después sigue siéndolo, a pesar de que durante un tiempo se transformó en un león enjaulado que luchaba por mantener sus instintos bajo la piel, como el ave que aprendió a volar pero escondió las alas cuando llegó la primera caída, la más fuerte, la que le robó demasiadas plumas.

Lo sé. Sé que perdió su voz durante meses, que se obligó a agacharse porque tropezó con un hombre que no estuvo a su altura. Durante el segundo año de mi carrera, cuando ella se mudó a Sevilla, no había semana en la que no quedase con Teo para que él me contase qué pasaba en la vida de la que yo seguía sintiendo como mi mejor amiga, aunque ya no hablásemos, aunque ya no nos sintiésemos cerca.

Viví con angustia cada nueva noticia desde la distancia el año anterior a conseguir mi diplomatura en Enfermería. Me marché a Limerick a preparar mi tercer y último curso, y allí creí encontrar una paz que se transformó en tormenta cuando, tras graduarme y firmar un contrato de un año que blindaba mi estancia en un hospital público de Irlanda, me enteré de que el mundo de Malena acababa de derruirse.

No volví a España.

No regresé a ella.

Sabiendo que me necesitó.

A pesar de que la lloré cada día durante más de tres meses.

Y entonces me convencí de que no me merecía estar a su lado, que no me correspondía a mí consolarla, cuidarla, ser hombro sobre el que derrumbarse.

Me quedé en el lugar que había ocupado en su vida los últimos años: el rincón de los recuerdos que te hacen sonreír.

Hasta que el más absoluto de los vacíos me hizo regresar.

—Vamos, anda, que te has quedado embobado mirándome las tetas y nos vamos a saltar nuestra estación. —Mal me trae de vuelta a nuestra realidad chasqueando un par de dedos delante de mi mirada, que se había perdido durante unos segundos entre los «y si» que nunca llegaron a ser.

—¡No te miraba las tetas! Me fijaba en los detalles del *tattoo*.

—Sí, y en los lunares que me han salido nuevos en el escote. Va, tira.

Subimos las escaleras que nos conducen a la calle de dos en dos, como críos nerviosos que necesitan quemar energías porque los altera demasiado estar juntos. Malena suelta pullas tontas cada paso y medio y yo la agarro del cuello y le rasco la cabeza con los nudillos para hacerle rabiar, aunque después dejo el brazo alrededor de sus hombros, en un abrazo que no llega a serlo pero que nos permite estar un poco más cerca mientras llegamos a casa de su hermano.

—Oye, al final, ¿a qué compañeros tuyos les has dicho lo de la cena de mañana?

La semana pasada pensé en organizar algo en mi casa para que la gente de mi curro, que, básicamente, son mi grupo de amigos actual, conozcan al fin a Malena. Están un poco hartos de oír hablar de ella y no poder ponerle cara.

—Pues se han apuntado Lluís, Marcos, María y Juanjo.

—¿Inés no viene?

—No.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—Has arrugado la nariz.

—¿En serio? No sé, no me he dado cuenta.

Malena me lanza una mirada que sé interpretar al momento: «no me lo trago». Pero calla y yo

se lo agradezco, porque me resulta raro explicarle que no me gusta la idea de que Inés y ella estén juntas en la misma habitación, principalmente porque sé que Inés querría besarme como suele hacerlo, y no me siento cómodo imaginando que una mujer me roza los labios delante de Malena.

Llegamos al portal de Marc y Gabi. Es el segundo quien nos responde al telefonillo.

—¿Sí? —pregunta al aire.

—Soy yo —le responde segura Mal.

Cuando llegamos a la puerta, Gabi nos espera apoyado en el marco.

—¿Os dais cuenta de que si alguien fuese al Área 51 y soltase un «soy yo» como si nada, es probable que algún militar terminase por dejarle pasar sin más?

Ni «hola» ni hostias. Gabi dando la bienvenida al estilo Gabi. Me río y pienso, una vez más, que a Teo le hubiese gustado este tío.

Pasamos y cumplimos con el protocolo de apretones de manos, abrazos breves y besos en las mejillas antes de sacar unas cervezas, empezar a hablar de tonterías y sentir que la vida es mejor cuando nos rodeamos de amigos.

Marc se levanta al cabo de media hora a por algo más para beber y me ofrezco a echarle una mano. Y me pasa algo que me deja descolocado.

No estamos haciendo nada especial, no hablamos de ningún tema relevante, no vivimos una epifanía ni mantenemos una conversación que cambiará nuestra percepción del mundo; es solo que me doy cuenta de que me siento muy cómodo cuando estoy con él. Ese punto de extrañeza que lo rodeaba todo al estar cerca de mi cuñado ha desaparecido. Solo somos Marc y Jorge en un día normal. Y me siento feliz de estar aquí con él.

Regreso al salón con esa idea dándome vueltas, haciendo que el corazón bombee en mi pecho un poco más fuerte de lo habitual sin ser consciente de qué es lo que lo provoca. Recupero mi sitio al lado de Mal en el sofá, y creo que mi cara debe mostrar un poco de la confusión que me ronda por dentro, porque ella no tarda ni un minuto en preguntarme.

—¿Está todo bien?

—Sí, es solo que... No sé. Estaba con tu hermano poniendo ganchitos en un bol y él ha soltado una de las burradas típicas de Marc, y... ha sido como... normal. He pensado que sabía que iba a decir algo así antes de que lo hiciese. Y, por un momento, he pensado que estaba donde debía estar.

Ella me sonrío con la ternura suavizando cada rasgo de su cara y una oleada de cariño lo impregna todo.

—Eso es lo bueno de que dejases crecer tus raíces antes de que aprendieses a usar tus alas y emigraras: por muy lejos que hayas llegado a volar, sabes encontrar el camino de vuelta a casa.

Me río con más cinismo del que desearía, pero es que hace demasiado que siento que, en realidad, yo no pertenezco a ningún sitio.

—Mi casa era Teo, Malena. Hace mucho que dejé de tener un lugar al que regresar.

—No es cierto. Marc y yo fuimos tu hogar durante mucho tiempo, solo que lo olvidaste.

Me golpea suavemente el hombro con el suyo y se concentra de nuevo en las conversaciones cruzadas que todos los demás intercambian a nuestro alrededor. Y yo me quedo allí como un pelele, observando su perfil, pensando que jamás he tenido tantísimas ganas de besarla como en este momento.

## Malena

He quedado con Jorge en el parque de siempre.

Se me hace raro llamarlo así. Es casi irreal volver a encontrarnos en estos bancos, como si el tiempo hubiese girado hacia atrás, retando a las leyes de la lógica, solo por nosotros.

Él ya no vive cerca de aquí. Yo ya no vivo cerca de aquí. De aquella rutina que nosotros transformábamos en aventura solo queda perenne mi madre, con quien he estado comiendo hasta hace un rato.

He bajado un poco antes de la hora acordada, porque estoy nerviosa y nunca he sabido estarme quieta cuando algo corre por mi interior. Jorge llega casi puntual. Duda apenas un segundo antes de localizarme y andar a mi encuentro. Podría jurar que camina más deprisa de lo habitual, como si necesitase llegar pronto hasta mí.

—El pelo me ha despistado. Casi me pongo a dar vueltas a ver si estabas por aquí cerca. Pero te queda muy bien. Mucho.

Hace un par de días que no quedamos y he aprovechado para ir a la peluquería. El calor ya empieza a ser asfixiante y la humedad de Barna siempre consigue que, en los meses de verano, me sobre pelo. Así que volví a cortármelo a lo *pixie*, con la parte del flequillo más larga de lo que exige ese *look*. Lo hago desde hace ya años en cuanto el frío del invierno deja de agarrarse a mis huesos.

—Pues para no haberme reconocido a la primera, has venido enfilado a donde estaba.

—Ha sido el vestido. Me... me acuerdo de ese vestido.

Estudio lo que llevo puesto y mi memoria viaja hasta un trozo de tela de un verde muy similar al que luce ahora por encima de mis rodillas, uno que él me quitó a tirones a orillas de una playa ya desierta por la madrugada, en una de esas noches en las que la locura y el deseo ganaban la batalla al pudor y la cordura.

No me pongo roja por el recuerdo; quizá un tanto nostálgica. Todo lo que viví con Jorge fue bonito. Con el paso del tiempo, hasta lo malo me parece algo digno de recordar, porque también cuenta nuestra historia.

—No es el mismo, aunque sí muy parecido. Buena memoria.

—Hay cosas que no se olvidan. —Duda, lo veo dudar delante de mí, pero no se queda callado, a pesar de que la que nunca supo cerrar la boca soy yo—. Cuando se trata de ti, es difícil no acordarse de todo, Mal.

Y ahí está de nuevo, esa línea que llevamos ya un par de meses jugando a cruzar. El hilo que estiramos, sin dejar que se rompa. El cariño impregnándolo todo, confundiendo, haciendo flaquear.

El miedo a confundir cosas, a salir heridos, a volver a perdernos antes siquiera de habernos terminado de encontrar.

Y es que Jorge y yo nos quisimos muchísimo, de todas las maneras en las que se pueden querer dos personas. Pero en los últimos tiempos que pasamos juntos nos quisimos muy mal. Fuimos dos críos que sentían cosas demasiado grandes como para saber manejarlas y que las terminaron rompiendo por no entender que en el amor no se exige, solo se da; con la fe puesta en que el otro

sabrá recogerte, con la esperanza de que esa persona sabrá cuidar aquello que le regalas sin esperar nada a cambio.

Jorge y yo fuimos dos gigantes que se enamoraron cuando aún no sabían que el amor puede doler, así que apostamos con todo, porque nunca pensamos que pudiésemos perder.

Aún recuerdo cómo era abrazarlo en mitad de esas noches que le robábamos al tiempo, cuando se escapaba para amanecer a mi lado. Aprendió a trepar para poder colarse por mi ventana. Aprendí a levantarme antes de que sonase el despertador de mi hermano. Aprendimos a mentir para poder arañarnos besos que él se empeñaba en ocultar. En ese momento no lo supe ver, pero supongo que ya entonces Jorge avanzaba conmigo viendo el final del camino, sintiendo que nosotros no podíamos ser la excepción, ese «para siempre» en el que él no creía, ni siquiera aunque fuese conmigo.

Y, sin embargo, aquí estamos de nuevo. Tan cambiados. Tan iguales. Dejando que eso que siempre parecía flotar cuando estábamos juntos nos rodee de nuevo.

Él lo nota, lo sé, porque es tan fuerte que es imposible que no lo sintamos.

Da un paso en mi dirección y deja nuestros cuerpos a un par de metros.

—¿Qué estamos haciendo, Mal?

Una pregunta. O una petición. No tengo claro qué es, o qué quiero que sea.

—No estoy segura. Hace mucho te pedí tiempo para ser capaz de volver a ubicarte en mi vida. Puede que ya haya pasado el suficiente. Quizá podríamos recuperar aquello.

—¿Eso es lo que estamos haciendo? ¿Volver a conocernos? ¿Volver a ser amigos?

—No lo sé, Jorge. Supongo.

Las dudas. Eternas, agobiantes, cabronas. Solo ellas me hacen recular cuando él se coloca un pasito más cerca.

Y él las sabe ver.

—Mal... —mi nombre en sus labios siempre me sonó diferente. Es otra de las cosas que no han cambiado. Una más.

—Jorge, yo... yo solo sé que te he echado de menos. Te lloré mucho, pero después de él... no sé, todo lo anterior que alguna vez me hizo daño pareció difuminarse, como si solo hubiese sido un raspón. Aprendí a perdonar cosas y a olvidar otras. Así que no sé qué hay aquí —digo recorriendo con el dedo el espacio que nos separa—, ni qué necesito ahora mismo de ti. Yo solo sé que te he echado de menos.

Levanta una mano y me acaricia la mejilla con el dorso, dejando resbalar los nudillos hasta mi mentón. Me mira con ternura, como si pudiese ver en mí a aquella Malena de ocho años que lo protegía de todo, como si esta vez quisiese ser él quien velase por mí.

—¿Un poco más de tiempo? —me ofrece con una sonrisa, relajando el momento.

—Puede que nos haga falta, sí.

—Bien, tiempo y helado serán, pues.

Y sin más, me coge de la mano y tira de mí hasta que accedo a seguirlo a la heladería más cercana.

A veces la vida es una mierda. Y a veces alguien la hace más bonita.

## Jorge

Termino el turno agotado y salgo de la clínica con ganas de llegar a casa para poder tirarme en el sofá a dormir mientras finjo ver algún programa sobre gente que se hace rica desvalijando trasteros viejos abandonados, pero la voz de Inés me indica que mi huida no va a ser tan rápida como esperaba.

—*Ey*, guapo, ¿me invitas a una caña?

—*Puff*. ¿Podemos dejarlo para mañana? Hoy estoy reventado, Inés.

—Ya...

Su humor cambia delante de mis narices en apenas dos segundos.

—¿Qué pasa?

—Pasa que me evitas. No soy idiota, Jorge. Llevas un mes dándome largas. Si quieres dejarlo, dímelo y ya está.

—Espera, espera, espera. Inés, nosotros no podemos dejarlo porque no salimos juntos.

—Lámalo como te dé la gana.

—No. No es que a mí me dé la gana ponerle un nombre u otro, es que hemos hablado del tema más de una vez y siempre hemos dejado claro que lo nuestro era algo sin compromisos ni ataduras. No comprendo el cambio repentino en tu manera de verlo, la verdad.

—Ni yo entiendo que, de repente, te tires semanas enteras sin mirarme siquiera. A lo mejor tus razones y las mías tienen diferente final, pero el mismo nombre.

—No vayas por ahí, Inés. No la metas.

—Vaya, fíjate. Ni siquiera me ha hecho falta nombrarla para que sepas más que de sobra de lo que estoy hablando.

Un carraspeo incómodo interrumpe nuestra discusión. Me doy la vuelta con el ceño fruncido, aunque se me relaja de forma automática en cuanto mis ojos recorren a Malena de arriba abajo, toda flequillo ladeado y labios rojos.

—Perdón. No quería interrumpir. Es solo que os están mirando algunas personas desde aquella ventana —seguimos el lugar que señala su índice y vemos a tres pacientes de la clínica siguiendo la conversación más que entretenidos—, y he pensado que era mejor avisaros por si queráis hablar más en privado.

Inés suelta algo muy parecido a un bufido y me percató de que se muerde el carrillo por dentro, como siempre que se frustra.

—No, tranquila. Gracias por decírnoslo; si no, mañana seríamos el culebrón del curro.

Se sonríen sin ganas, de medio lado.

—Bueno... hasta mañana, Jorge. Y hasta otra, Malena.

Se aleja con pasos rápidos y decididos. No mira atrás, aunque sé que se queda con ganas de hacerlo. La conozco bien, es mi amiga. Nos hemos acostado muchas veces y nunca ha pasado de ahí, sí, pero Inés no es solo un polvo para mí. Le tengo cariño, y me jode que de pronto me haya colocado el papel de malo de la película haciendo que parezca que la dejo colgada sin más.

Me quedo en silencio, barruntando lo que acaba de pasar, dándole vueltas, retorciéndolo, buscándole sentido.

Malena me sujeta del codo y me dejo arrastrar calle abajo. No sé a dónde vamos, pero permito que ella me guíe.

—No lo comprendo —suelto en voz alta a nadie en particular, aunque Mal parece entender que me dirijo a ella.

—Yo sí. No es tan complicado. Ella quiere ser algo más para ti que un rollo sin compromiso.

—No. No es así. A ella la clínica le quita muchas horas. Es médico, trabaja más que vive. De verdad. Le va bien el tipo de relación que teníamos.

—¿Teníais?

—Bueno... Hace un tiempo que no terminamos una noche juntos.

—Ah.

Ninguno habla de lo que eso implica. Los dos callamos lo que esa frase despierta en nosotros.

—Siempre has sido un poco ciego para algunas cosas, Jorge. —Ante mi mutismo, ella intenta explicarse mejor—. Le gustabas. Cuando alguien te gusta de verdad siempre esperas... más.

—Yo no sé dar ese «más», Mal.

—Sí que sabes, es solo que reculabas cuando te das cuenta de que lo estás haciendo.

—Creo en el amor, de verdad que sí. Solo que no creo que dure. Empezar algo que sabes que tiene un final firmado me parece complicarte la vida a lo idiota.

—Excusas, excusas...

Casi canturrea esas dos palabras, medio susurradas, y sé que no lo dice como un ataque, aunque también entiendo que hemos dejado de hablar de Inés hace ya un rato.

—¿Tú sigues buscando tu historia feliz?

—No. Decidí ser la princesa de mi propio cuento. Ya lo dejé todo por amor una vez y más que rana, el príncipe me salió ogro. Estoy bien como estoy, sin complicaciones ni implicaciones.

Giro a la derecha al llegar al siguiente cruce porque me he dado cuenta, hace unas cuantas calles, de que nos dirigimos a mi casa. Saco las llaves del bolsillo de mis vaqueros y suspiro con fuerza antes de hacer mi siguiente confesión.

—Cuando Teo me contó lo que pasó... me sentí culpable, ¿sabes?

—¿Tú?

—Sí. —Le abro la puerta del ascensor y me concentro en los botones del panel de mandos para evitar tener que mirarla a los ojos—. Si no me hubiese acojonado tanto perderte, quizás hubiésemos seguido juntos más tiempo, y Wallace no hubiese entrado en tu vida. Y podría haberte ahorrado todo lo que vino después.

Llegamos a mi piso y entramos en mi casa sumidos en un silencio cómodo. Es solo un paréntesis en mitad de una conversación triste y ambos lo aceptamos de buen grado mientras nos descalzamos y alcanzamos el sofá. El vestido se le sube por los muslos cuando dobla las piernas y la vista se me escurre allí por donde la tela no las cubre.

—No me gusta pensar en las cosas que podrían haber sido diferentes, Jorge. Son demasiadas, y todas hacen menos daño que la realidad. Yo me sentí culpable durante muchísimo tiempo, hasta que comprendí que el que yo me hundiese en el fango no cambiaba nada.

—Lo sé. Pero es una mierda, Malena.

—Sí. Me repetí eso durante meses: todo era una mierda. Hasta que mi psicólogo me dijo una frase que me dio un poquito de esperanza, que se clavó en mi cabeza y se negó a salir. —Levanto las cejas y le doy un par de segundos para que la comparta conmigo—. Es un mal día, no una mala vida.

Asiento despacio, dejando que esas palabras me calen.

—Es una gran frase.

Malena me regala una sonrisa sincera, de esas que hacen que se le achinen los ojos, y se arrastra por los cojines del sofá hasta mi lado. Se acurruca entre mis brazos, melosa, muy niña, y cierra los ojos cuando le rodeo la cintura y la pego más a mí.

—Estaba teniendo un día de mierda. Menos mal que termina bien.

—¿Y acaba bien porque voy a dejar que pongas algún capítulo repetidísimo de *Friends* y elijas qué pedimos para cenar?

Se ríe con ganas y yo sonrío, feliz por provocar ese sonido.

—No, porque lo terminé contigo.

La añoranza, la rabia por el tiempo perdido, por los años separados, por los momentos que no compartimos, me queman por dentro, me pican detrás de los ojos. Sacudo la cabeza, tratando de librarme de estas ganas de llorar, y solo encuentro consuelo cuando abrazo más fuerte ese cuerpo que tan bien conocí hace años.

—¿Por qué te fuiste con él, Mal?

No quiero hacerle daño, no quiero que tenga que revivir aquello, pero necesito comprender, porque siempre he pensado que pasó página demasiado pronto, que se enamoró de otro cuando yo ni siquiera podía fijarme en alguien que no fuese ella.

—Porque tú no me querías y creí que él me haría olvidar. Porque tenía dieciocho años y pensaba que era más importante que me venerasen otros que quererme yo. Porque era una niña que sabía muy poco de todo y se ahogaba cuando te veía y no podía tocarte. Y ese fue el problema, Jorge, que cuando sientes que te asfixias, cualquiera que viene a ofrecerte aire nuevo parece tu mejor opción.

»Y porque, aunque comencé con él por no pensar en ti, consiguió que me enamorase. No soy una imbécil que se pilla por un tío que la trata mal, que le grita, que la hace de menos. Él... fue maravilloso, tanto que llegué a pensar que no me lo merecía. Yo solo era una niña y Wallace un hombre con las ideas claras, un futuro en el que quería incluirme y una sonrisa que me mostraba tan a menudo que terminó por deslumbrarme.

No encendemos la tele, ignoramos a nuestros estómagos, que ya han empezado a quejarse. Ninguno quiere moverse. Ninguno quiere romper esto que estamos construyendo entre confesiones que rasgan gargantas y lamentos que saben a disculpas no pronunciadas.

—Así que, ¿lo quisiste?

—Sí. Claro que sí.

—¿A pesar de lo que hizo?

—Cuando eso... pasó, ya me había dado cuenta de que lo único que Wallace tuvo de especial fue mi forma de verlo.

—¿Y por qué no te marchaste?

—Porque hasta que no tomé distancia real, no lo terminé de creer. No podía. Me... me hizo entender que... yo pensé que aquello no estaba tan mal, que eran fases, que solo tenía que aguantar un poco. No es fácil de entender, ni de explicar. Es que... creí que no podía haberme engañado tanto, porque yo no era tonta, porque algo así les pasaba a otras, pero no a mí. No siendo alguien inteligente y crítica. No habiendo crecido en una casa donde el respeto era parte de lo que es una pareja. No queriéndome como creí que lo hacía.

Sigo sosteniéndola desde atrás, dejando que recueste su espalda contra mi pecho. Creo que así le cuesta menos contarme algunas cosas. No me parece mal, esa postura también evita que vea en mis ojos el daño que me hace pensar en aquella Malena, sola, confusa y asustada.

—¿Quieres contármelo? —me atrevo a aventurar.

La veo coger aire despacio, con la mirada perdida en un punto de un horizonte que adivino muy

lejano y muy oscuro.

—Wallace recibió la oferta de trabajo en mayo y me pidió que me marchase con él. Me juró que no se iría si no era conmigo de la mano, porque yo era mejor que cualquier oportunidad laboral. Y yo me creí esa primera mentira...

Esta es la historia  
de un nosotros  
ya perdido  
**que ella...**

2009

Julio

—Venga, bombón, déjate de misterios que estoy empezando a ponerme nervioso.

Marc toma asiento alrededor de la mesa donde mis padres esperan sentados a que yo hable. Decido que es mejor soltarlo a bocajarro.

—Hace un par de meses a Wallace le ofrecieron un trabajo fantástico en una de las sedes del Banco Santander. Las condiciones son inmejorables y la proyección de futuro del puesto pinta prometedora —repito el discurso que tantas veces me ha dictado mi novio con la esperanza de que a mis padres les suene todo tan idílico como a mí.

—Eso es genial, mi vida. ¿Y por qué nos lo cuentas con cara de querer vomitar el desayuno?  
—Mi madre y sus directas.

—La sede está en Sevilla. Se marcha a finales de este mes y yo me voy con él.

—¡Y una mierda!

—¡Marc!

—Marc, ¿qué, papá? ¿Lo veis bien? ¿Estáis de coña? Tiene dieciocho años y se pira a la otra punta del país siguiendo a un tío que conoce desde hace dos días.

—Perdona, pero Wallace y yo llevamos juntos más de un año. Esto no es un capricho ni una ventolera. Me marchó a Sevilla a estudiar Filología Hispánica.

—¿Desde cuándo quieres hacer tú esa carrera? ¿Es otra de las mierdas que te ha metido él en la cabeza? ¿Como lo de que salir tanto por las noches es de personas poco ambiciosas o eso de que las señoritas no dicen tacos?

—¡No! Lo he elegido yo, ¿vale? No entiendo esa manía que le tienes a Wallace, Marc. En serio.

—No me parece un tío transparente, Malena.

—¡Pero es que lo que a ti te parezca a mí me la trae al paio!

—¡Perfecto, pues haz lo que te salga del coño, como siempre!

—¡Si quieres hago mejor lo que te salga a ti de la polla!

—¡¡Eh, vale ya!! —El golpe que mi padre suelta contra la mesa nos enmudece de golpe—. ¡Se acabó tanto grito y tanta tontería, que a veces me parece que seguís teniendo seis años!

—Pues tú estás gritando —mi réplica pierde fuerza según la pronuncio gracias a la mirada asesina que me lanza mi progenitor.

—Vamos a calmarnos todos un poquito, ¿de acuerdo? —Menos mal que mi madre ejerce como la voz de la razón porque, si no, en esta casa acabamos todos a tortas y luego llorando por habernos arreado—. A ver, Malena, ¿de verdad has mirado bien los pros y los contras de irte fuera con tu novio? ¿No crees que, quizá, eres un poco joven para esto?

—No sería diferente a si hubiese decidido estudiar algo en Madrid porque la oferta académica hubiese sido mejor. —Estaba preparada para esa cuestión y sonrío por lo convincente que he sonado.

—Ya. Sin embargo, no eliges Sevilla por sus universidades, sino porque es donde estará Wallace. Estás condicionando tu futuro por un hombre, mi niña.

—Mamá, lo único diferente a si me marchase fuera a estudiar es que viviré con él en vez de

sola. Será más fácil, no os echaré tanto de menos y aprenderé a manejarme mejor para mi vida adulta. Lo he pensado mucho, de verdad.

Mis padres cruzan una de sus miradas, esas con las que hablan sin que nadie más podamos escuchar lo que dicen. Mi padre es el primero en suspirar, cruzarse de brazos y agachar la cabeza.

—Déjanos que lo hablemos un poco. Nos ha pillado muy de sorpresa.

—Flipo.

Marc apenas murmura para sí esa única palabra antes de darse la vuelta y desaparecer dando un portazo. Sé que no está contento, que nunca ha hecho buenas migas con Wallace, pero también sé que se le pasará cuando me vea feliz en Sevilla. O eso espero, al menos.

Llamo a mi novio y salgo a dar una vuelta con él para dejar que mis padres se hagan a la idea. Me dejo querer, me dejo mimar. Disfruto de la tarde a su lado, como cada vez, y cuando Wallace me pregunta qué tal ha ido todo le respondo que ya es oficial que nos marchamos juntos, porque en casa todos sabemos que ese «déjanos que lo hablemos» solo ha sido un «tenemos que hacernos a la idea» encubierto.

En apenas tres semanas comenzará mi nueva vida.

2009 - 2010

De noviembre a abril

La convivencia con Wallace es incluso mejor de lo que esperaba. Cada día, cuando llega de trabajar, se lanza sobre mí como si fuese un hombre muriendo de sed en mitad del desierto y yo un vaso helado de agua. Su deseo por mí es contagioso. Sentir cómo se empalma con apenas un roce mío me hace sentir poderosa.

Las clases ocupan por completo mis mañanas, y lo cierto es que los profesores ponen más trabajos de los que esperaba, pero mis compañeros son encantadores y enseguida congenio con un par de chicos y una chica con los que formar un pequeño grupo de estudio para quedar tres tardes a la semana.

Lo único que echo un poco de menos es poder salir a conocer mejor la ciudad. Mi novio ha tenido que trabajar los dos primeros sábados tras la mudanza, y los domingos estaba demasiado exhausto como para irse a explorar Sevilla, así que me insistió para que me quedase con él en casa porque no quería que anduviese sola por la calle en un sitio que no conozco.

Es el tercer fin de semana en nuestro nuevo hogar, y estoy aprovechando que me he despertado antes que Wallace para atrincherarme en la cocina e intentar dejar preparados algunos platos para la semana siguiente, porque siempre llego sin ganas de hacer nada elaborado después de seis horas de clase.

—Huele bien.

Levanto la vista de la olla cuando escucho el halago de Wallace y me quedo mirándolo embobada durante un momento mientras se acerca a la vitrocerámica. Su pelo anaranjado salvaje y revuelto, sus nuevas gafas de montura fina metálica que le dan ese aire de empollón maduro, su torso desnudo y fibroso cubierto de una capa finita de ese vello que adoro acariciar... Qué suerte he tenido de encontrarlo...

Coge una cuchara de madera que reposa sobre una servilleta y la mete en el guiso que estoy copiando de un tutorial de YouTube. Lo veo arrugar el morro al llevársela a la boca y me preocupo al momento.

—Vaya... definitivamente huele mejor de lo que sabe. —Al ver mi cara de decepción me da un toquecito en la punta de la nariz con el índice y sonrío de forma tranquilizadora—. No te preocupes, nena, ya irás mejorando con la práctica. Venga, deja esto, que mejor te saco a comer por ahí.

Se me ilumina la mirada ante la promesa de una mañana paseando por Sevilla, así que me doy prisa en recogerlo todo y darme una ducha, ignorando el malestar que he sentido al detectar un deje condescendiente en las palabras de mi novio.

\*\*\*

—Dios, qué frío hace. Pensé que en esta ciudad no sabían lo que eran los abrigos.

Wallace entra en casa maldiciendo y tiritando, pero el gesto se le dulcifica en cuanto me ve levantarme de la mesa del comedor donde estaba haciendo una práctica para una clase de mañana. Le rodeo el cuello y me pongo de puntillas para reclamar mi beso de bienvenida.

—Hombre, amor, son casi las once de la noche y estamos en pleno diciembre. Veintisiete grados tampoco iba a haber.

—Mírala qué graciosa, mi mujercita...

Wallace levanta una ceja y empieza a acercarse a mí con las manos levantadas a media altura. Sé lo que eso significa: cosquillas. Huyo despavorida en dirección a nuestra habitación entre risas un tanto histéricas y gritos que suenan felices.

Me alcanza cuando ya casi rozaba el quicio de la puerta y me levanta en volandas mientras yo trato de quitarle la idea del ataque de cosquillas a base de besos. Sé que voy ganando esa batalla cuando él repasa mi labio inferior con la lengua pidiendo permiso para entrar, aunque para antes de que me dé tiempo a saborear su saliva.

—Pero qué... Esto parece una leonera, cariño.

Me pierdo un momento por el cambio tan brusco de tema. Doy una vuelta a mi alrededor y me doy cuenta de que, efectivamente, la habitación está manga por hombro. Su ropa sucia del día anterior sigue sobre el escritorio que ocupa parte de la pared del fondo, algunos de mis apuntes están esparcidos por encima de la cama que ni siquiera he estirado antes de irme a la facultad, un par de vasos de agua a medio beber están dejando cerco en su mesita de noche y mi pijama descansa sobre la otomana que tenemos a los pies del colchón.

—Sí, lo sé. Entre que tú has estado todo el día fuera y yo no he parado con las clases y los trabajos que tengo pendientes para mañana, ni hemos recogido un poco este desastre.

—Bueno... No lo has recogido tú. Yo vengo de estar currando como un descosido y tú te has pasado toda la tarde en casa. Podías haber ordenado al menos, nena, que seguro que para cenar nos acabaremos haciendo un par de sándwiches y a correr. No es que no hayas podido sacar un rato.

De repente me siento mal por no haber caído en la cuenta de que debería haber puesto un poco de orden en mitad de ese caos de dormitorio. Aunque...

—Bueno, yo también llevo todo el día ocupada. Casi no he parado ni a comer entre las horas en la universidad y las prácticas que tengo que dejar preparadas.

—Ya, ya. Pero... ya sabes. Solo son estudios. No es como si tuvieras que trabajar de verdad. Como si tuvieses que traer dinero a casa, cariño, ¿no?

—Supongo...

—Venga, anda. ¿Adecenas un poco esto mientras me ducho? Si quieres, después, te dejo elegir algún sitio al que llamar para cenar algo rico.

Antes de que me dé tiempo a decirle que está bien, me da un beso rápido en los labios y desaparece camino del baño.

Y yo me quedo allí de pie sin entender del todo qué acaba de pasar.

\*\*\*

Los días que me he escapado a casa de mis padres en Navidad me están sentando de maravilla. Wallace estuvo de lo más cariñoso conmigo antes de marcharme, tanto que casi me dio pena dejarlo solo en Sevilla en Nochebuena, además de los cinco días siguientes que yo tenía libres y él no, pero las ganas de ver a mi familia pudieron más que los pucheros de mi novio.

Cuando lo recojo en el aeropuerto el penúltimo día del año me abraza tan fuerte que hasta me da la risa.

—Parece que hiciese un año que no nos vemos, amor —suelto aún sonriendo.

—Me lo ha parecido. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Volvemos a casa envueltos en esa especie de exaltación festiva que provocan estas fechas, robándonos besos y haciendo más planes de los que seguramente podamos cumplir en el tiempo que nos queda por pasar en Barcelona.

Marc se apunta a la cena con mis padres, y cuando me entero de que Teo lo acompañará, no puedo evitar hacerme ilusiones por si Jorge también decide unirse a nosotros. Hace demasiado que no hablamos. Ni nos vemos ni nos sentimos.

Sé por su hermano que ha estado toda la semana pasada fuera, esquiando con unos amigos en el Port del Comte, pero que volvió esta madrugada para celebrar el fin de año con él. La situación con sus padres ha seguido empeorando desde que me marché y ya apenas se hablan, así que no sé qué tienen pensado hacer ellos dos.

—¿Qué plan tenéis para mañana por la noche? —trato de sonsacarle a mi cuñado sin ningún disimulo cuando le toca sentarse enfrente de mí mientras devoramos la lasaña de mi madre.

—Jorge y yo hemos montado una cena de hermanos, para ponernos al día y esas cosas. Nada muy currado, ya sabes. Solo teníamos ganas de pasar tiempo juntos, así que...

—Suena genial.

—Él ha quedado después de las uvas con la pandilla del colegio para salir de copas. ¿No vas con ellos?

Me doy cuenta de que tanto Marc como Wallace se han descolgado de la conversación con mis padres y andan pendientes de lo que hablamos Teo y yo.

—Puede que los llame mañana por la mañana para que me cuenten el plan. Estaría bien salir a divertirnos un rato, ¿eh, cariño?

—A mí las fiestas de Nochevieja ya me pillan un poco mayor, la verdad.

—Bueno, siempre puedes quedarte descansando y que salga Malena con sus amigos. Hace meses que no los ves, bombón —me anima Marc.

Dirijo la vista a Wallace con un brillo emocionado en los ojos, imaginando ya una noche entre amigos, risas y cubatas, pero detecto rápido la poca gracia que esa opción le hace a mi chico.

—Eh... Sí, claro, podrías. Aunque hace muchos días que no te veo, y yo me había imaginado que, después de tanto tiempo separados, te apetecería que pasásemos la noche entera juntos, no solo el rato que no tuvieses otra cosa que hacer.

Veo de refilón a Marc arrugar su servilleta de papel en un puño que le tiñe de blanco los nudillos, y decido que quiero cortar aquello antes de que una discusión tonta nos arruine la noche.

No pasa nada. Ya habrá otro día para ver a mis amigos. No es tan importante. Wallace solo quiere pasar tiempo conmigo porque me ha echado de menos.

—Sí, tienes razón, cariño. Tengo muchas ganas de que empecemos este año juntos.

\*\*\*

Termino de poner la mesa mientras disfruto de la tranquilidad que no he tenido hasta verme sola en el piso. Menos mal que el día ya casi se ha terminado.

Ha sido uno de esos escasos sábados en los que Wallace no ha tenido que trabajar desde casa para cerrar temas que le han quedado pendientes durante su horario laboral habitual, aunque yo sí que tenía que levantarme a primera hora para terminar un trabajo que debo entregar este lunes.

Mario, el compañero con el que me han emparejado, ha llegado puntual y enseguida nos hemos encerrado en la segunda habitación de la casa para no molestar a mi novio, que seguía durmiendo a pierna suelta.

Pasadas las once de la mañana, Wallace ha irrumpido en el cuarto donde Mario y yo seguíamos enfrascados en decenas de hojas plagadas de bibliografías y anotaciones. Nos ha mirado con mala cara y se ha largado sin presentarse siquiera.

Me ha dado un poco de vergüenza tener que disculparlo ante mi compañero de estudios, pero es que no sabía qué mosca le había picado.

Ha vuelto a hacer acto de presencia en casa a la hora de comer y se ha pasado la tarde ignorándome con descaro. He preferido dejarlo a su aire, porque ya he aprendido que, cuando se pone así, es mejor darle espacio. Si lo agobias, solo consigues que pague su mal humor contigo, y puede llegar a ser muy hiriente.

Hace cosa de una hora se ha colocado el abrigo y ha desaparecido sin más explicación. Supongo que habrá ido a recoger a la estación a una pareja amiga suya que vive en Londres y que ha venido a pasar unos días a España. Esta noche cenan en casa, y a mí el plan empieza a apetecerme lo mismo que hacerme la cera.

Escucho risas en la entrada del salón en el mismo momento en el que siento la puerta abrirse. Wallace avanza hasta mí y me regala un pequeño beso en la sien antes de presentarme a un hombre y una mujer que parecen algo mayores que él. Está agradable y cariñoso, así que me permito relajarme de verdad por primera vez desde que se marchó de casa por la mañana.

Sus amigos son bastante simpáticos, aunque hablan casi exclusivamente de finanzas y mercados, así que me distraigo con facilidad en más de una ocasión a lo largo de la cena.

—Yo no estoy seguro de que afecte de verdad a la economía de Centroamérica. Al final, es el mismo lobo con otra piel.

—La incertidumbre nunca es aceptada de buen grado, Wallace. El país va a acusar el cambio. Tiempo al tiempo.

—¿Tú cómo lo ves, querida?

La pregunta de la mujer que se sienta a mi lado me pilla desprevenida.

—Perdona, me he despistado. ¿De qué hablabais?

Siento sus miradas escépticas justo antes de que Wallace se dirija a mí como si fuese una niña pequeña.

—La elección de Porfirio Lobo para la presidencia de Honduras, cariño. —Dios, ni me suena ese tema. Levanto una ceja y le lanzo a Wallace una mirada suplicante en busca de ayuda—. Bueno, da igual. Tampoco es algo que tenga que preocuparte. Son cosas que difieren un poco de lo que tus amigos y tú soléis comentar, imagino. ¿Por qué no vas a por el postre y lo traes a la mesa? Ah, y prepara unas copas, ¿sí?

Me pongo de pie arrastrando la silla despacio y al pasar a su altura me da unas palmaditas cariñosas en el muslo.

Todos me sonrían de forma fugaz antes de girarse en sus sillas y concentrarse de nuevo en una charla aburrida e intensa en la que yo me prometo no volver a intervenir.

\*\*\*

—Madre mía, Wallace, sigue así, justo así.

Noto el efecto que mis palabras tienen sobre él casi al instante. Lo espolean, lo animan a dejarse llevar un poco más.

—¿Te gusta cuando te follo fuerte?

Acompaña sus palabras por dos embestidas duras y secas que siento en el centro de mi estómago. Me tiene a cuatro patas encima de la cama mientras me sujeta por las caderas, sus

dedos se me clavan en la carne con fuerza, y su descontrol me excita cada vez más.

—Sí. Me gusta, joder, me gusta.

—Sí, ya me doy cuenta. Estás empapada, nena. La leche, estás tan mojada...

Le encanta hablarme mientras follamos y a mí me enciende que sea sucio entre las sábanas.

Hago equilibrios para tratar de sujetar mi peso en el apoyo de una sola mano y poder llevar la otra hasta mi clítoris. Trato de frotarlo cuanto puedo, pero los embates de Wallace no me dejan coger un ritmo constante. Me frustró por no conseguir explotar como el cuerpo me pide que lo haga y me inclino hacia atrás para sentirlo a él más profundo y conseguir así un alivio más inmediato.

—¿Quieres más? ¿Eh, nena?

El restallido de su palma al chocar en mi nalga resuena por la habitación.

—No sabes cómo me pone verte tocarte. Tan viciosa...

Yo solo soy capaz de responderle con gemidos y jadeos. Necesito correrme. El cuerpo entero me cosquillea pidiéndomelo.

De pronto, Wallace sale de mí y yo emito un quejido lastimero que provoca que una risa corta y muy erótica se escape de la boca de mi novio.

Vuelve a penetrarme. Una sola vez, de golpe. Y se retira de nuevo.

—¿Esto es lo que quieres?

Una vez más. Dentro, con fuerza, hasta hacerme gritar. Fuera.

—¡Sí!

Una más.

—Wallace, por favor...

—Eso es. Ruégame.

—Por favor, por favor...

—Por favor, ¿qué?

Dentro. Grito. Fuera.

—¡Fóllame!

—Te voy a follar, pero como yo quiero hacerlo.

Respiro aliviada al sentir que se dobla contra mi espalda, aunque el sentimiento se desvanece rápido cuando se coloca en la entrada equivocada.

Wallace lleva tiempo insistiéndome para que experimentemos con el sexo anal. Lo que ocurre es que, cada vez que lo hemos intentado, el dolor ha sido insoportable.

Mete la cabeza de su polla de un solo empujón y el grito que me rasga la garganta es muy diferente al que acompañaba a mi placer hace unos minutos.

—¡Para!

—Venga, nena. Sabes que en el fondo te apetece probar. Te juro que te va a gustar.

Empuja las caderas unos cuantos centímetros más hacia adelante y yo estoy segura de que acaba de romperse algo en mi interior.

—¡No! Wallace, ¡para!

Me lanzo hacia adelante y rompo nuestro contacto. Me giro hasta quedar tumbada bocarriba en el colchón y él me mira con los ojos entornados y algo muy parecido a la rabia exudando por cada poro de su piel.

—¡Mierda, Malena!

Se abalanza sobre mí. Entierra su cara en mi cuello y su polla en mi sexo. Me encuentra mucho más seca y, aunque intento concentrarme de nuevo en mi placer, no termino de encontrarlo.

Siento el peso y el calor del cuerpo de Wallace contra el mío y me concentro en ese tacto

conocido y reconfortante para tratar de recuperar un poco de aquello que sentía hasta hace un momento. Pero mi orgasmo se ha evaporado, y el deseo se ha transformado en un ruego callado porque el suyo llegue rápido.

Dos gruñidos ahogados y tres estocadas más profundas y pausadas me avisan de que Wallace sí ha conseguido correrse esta noche.

Se echa a un lado poco después, recuperando el aliento. Deja pasar un minuto entero y se recuesta de medio lado para repartir unos cuantos besos dulces por mi nariz, mi boca y mis ojos. Se da la vuelta sobre sí mismo y, cuando ya empiezo a notarlo amodorrado, me suelta:

—Algún día me dejarás enseñarte lo que te pierdes por ser tan cabezota, nena.

Yo tardo mucho más en conciliar el sueño que él.

\*\*\*

—¡Hola, cariño!

Abro los ojos despacio y me doy cuenta de que me he quedado adormilada en el sofá. Miro el reloj, extrañada porque Wallace ya esté en casa, y compruebo que llevo remoloneando toda la tarde.

—Hola. —Me incorporo hasta sentarme y me estiro con pereza, levantando los brazos y ronroneando mientras hago crujir mi cuello con movimientos circulares—. Estaba molida. Qué gusto haber tenido toda la tarde para no hacer nada.

—Sí, debe de estar bien poder permitirte algo así. —No detecto reproche en su voz, así que me relajo y le sonrío de forma abierta—. ¿Hay algo de cena? —me pregunta.

—No. Creo que nos terminamos ayer las pechugas empanadas que quedaban. Podemos pedir al chino, que tengo antojo.

Me pongo de pie y me desperezo una vez más, juntando mis puños por encima de la cabeza, lo que provoca que la ropa de andar por casa que llevo puesta se eleve un poco. Wallace deja su vista fija en mi estómago un momento de más y sonrío ladino.

—Claro, aunque deberías acostumbrarte a cocinar más sano. No hacemos más que pedir mierdas, y juraría que has engordado un poco.

Parpadeo un par de veces de más, confusa, sin saber muy bien qué contestarle.

Tiene razón, lo sé. No me gusta estar entre fogones y abuso de la comida a domicilio, pero me muevo tanto que quemo todo lo que consumo.

—Puedo... puedo hacer un par de ensaladas, si lo prefieres.

—No, déjalo. En el fondo, esos kilos de más te sientan bien. Así tengo más Malena para querer.

Se acerca a mí y me abraza con mimo. Su beso me pilla a contrapié, sin saber reaccionar a tiempo para devolvérselo en condiciones.

—Voy a cambiarme. Ve llamando si quieres.

Y tal y como ha llegado, desaparece, dejándonos a mi confusión y a mí a solas en el salón.

\*\*\*

Bufo por tercera vez en un cuarto de hora.

Llevo una eternidad rellenando formularios que la universidad me solicita para poder acceder a un programa de becas para el próximo curso.

He estado investigando a través de los enlaces que nos han proporcionado en clase y ya lo

tengo bastante controlado, pero cada vez que le doy a «completado» en un recuadro al final de una página, aparece otra que solicita un millón de nuevos datos. Empiezo a estar bastante segura de que desde la facultad lo complican tanto para que la gente renuncie a las becas solo por no tener que pasar por el calvario del papeleo.

—¿Qué te pasa?

El perfil de Wallace se cuele en mi campo de visión cuando apoya su mentón en el reposacabezas del sofá. Me giro para mirarlo y veo sus iris moverse de un lado a otro con rapidez repasando la información que aparece en mi ordenador.

—Que, no sé por qué, no me dejan pasar de este punto. Cuando pulso el botón para continuar, me aparece un aviso en rojo que asegura que hay algún campo que está mal rellenado.

Él sigue escrutando la pantalla en silencio unos segundos más hasta que toma asiento a mi lado.

—No lo estás haciendo bien.

—Sigo los pasos que indican en su web.

—Ya, pero así vas a tardar una eternidad. Trae, anda, que tú no sabes. —Me arranca el ordenador de las manos y se lo coloca sobre el regazo—. No te preocupes por estas cosas, yo puedo hacerlas por ti. No me cuesta nada.

Estoy a punto de decirle que no lo necesito, porque yo soy perfectamente capaz de solucionarlo, pero entonces levanta la vista de la pantalla y me dedica una sonrisa sincera y rebosante de cariño.

Solo me está ayudando. Me está haciendo un favor. Está cuidando de mí. Y tengo que aprender a agradecerse sin ponerme tan susceptible, joder.

Me acerco a él y le sujeto la barbilla con el índice y el pulgar para girarlo hacia mí y dejar un beso tierno en sus labios.

—Gracias —le susurro con mi boca aún pegada a la suya.

—No hay de qué. Para eso estoy aquí, nena. Tu hombre al rescate.

Me acaricia la mejilla con la nariz y posa un nuevo beso en mi boca.

Apoyo la cabeza en su hombro y lo observo rellenar cada campo con rapidez y decisión. En tardes así siento que todo está en paz, que estoy donde debo estar.

Ojalá todas las tardes fuesen así.

2010

Mayo

*Todo va a estar bien. Vamos a estar bien.*

*Wallace es muy bueno en lo que hace, no le costará nada encontrar otra cosa. Antes de que nos demos cuenta tendrá otro trabajo.*

*Tenemos ahorros. Podemos con esto.*

Me encojo involuntariamente cuando el estruendo de un nuevo plato estalla contra el suelo.

Me quedo callada, sentada en el sofá, dejando que él pague su desesperación con la vajilla. Necesita espacio, y puedo dárselo.

Miro el reloj una vez más y me doy cuenta de que hace casi quince minutos que ningún sonido de cristal roto rasga el aire, así que me levanto y me dirijo a la cocina, que se ha convertido en un cementerio de loza arrasado por un huracán.

Abro el armario de la derecha y cojo la escoba y el recogedor, agradeciendo en silencio que Wallace parezca haberse encerrado en nuestra habitación.

Doy pasadas lentas, amplias, rítmicas, que me ayudan a concentrarme en una tarea sencilla, que puedo manejar.

*Todo va a estar bien. Vamos a estar bien.*

*Wallace es muy bueno en lo que hace, no le costará nada encontrar otra cosa. Antes de que nos demos cuenta tendrá otro trabajo.*

*Tenemos ahorros. Podemos con esto.*

2010  
Septiembre

«La cuarta y última fase de adjudicación de plazas finalizó el 12 de septiembre. Sentimos las molestias».

El mensaje llena por tercera vez la pantalla de mi ordenador, que se vuelve borrosa e irreal, como una ventana a un mundo que acaba de convertirse en ajeno.

Miro a mi alrededor, buscando algo que me indique que todo lo que me rodea es un escenario de cartón pluma que puedo destrozar para salir de lo que empieza a parecerse demasiado a un mal sueño.

Pero no. Es real.

El plazo para poder matricularme en mi segundo año en la universidad ha expirado. El trabajo de camarera que he conseguido el mes pasado para poder seguir pagando las facturas es mi futuro más inmediato. El esfuerzo de Wallace por encontrar un nuevo curro va desapareciendo al mismo ritmo que las botellas de vodka en nuestra casa. Y tengo que contarles todo esto a mis padres y a mi hermano, lo que para mí significa aceptar una derrota que no estoy preparada para asumir, aunque sepa que no puedo seguir retrasándolo. Bueno... quizá sí pueda hacerlo unos días más. Solo mientras esté aquí, en mi cuarto de la infancia, sintiéndome de nuevo una niña perdida.

No quiero estropearles la boda a Marc y a Teo. Solo un par de semanas más de mentiras.

—Bombón, ¿estás lista?

Mi hermano abre la puerta de mi antigua habitación al mismo tiempo que yo bajo la tapa de mi portátil. Me pongo de pie y me doy la vuelta para dejar que admire mi vestido. Es precioso, color champagne, largo, con brillos en la cintura y el pecho drapeado y cruzado. Lo eligió mi madre por mí, y acertó de pleno.

—Estás increíble. —Detectar orgullo en la voz y la sonrisa de Marc me devuelve un poco de esa felicidad que parece escapárseme entre los dedos en los últimos meses.

—¿No es un poco excesivo?

—Le preguntó ella al hombre del esmoquin, la pajarita y el pañuelo a juego.

Ambos nos reímos con ganas, sin reparos ni medidas, y las piedras de mi estómago pesan un poco menos.

La boda se celebra en el Ayuntamiento, pero todos nos hemos vestido como si al salir de la Casa Consistorial nos esperase una alfombra roja. Imagino que es porque, para nosotros, esta celebración es más importante que cualquier premio.

Mis padres y Wallace nos esperan en la entrada exterior, listos para montar en el coche. Mis ojos buscan a mi novio en cuanto pongo un pie fuera de casa y una curva muy marcada se dibuja en mi cara al leer un claro «wow» en sus labios al reparar en mí.

Tardamos casi media hora en detenernos frente a la plaza en la que Teo y Jorge ya aguardan nuestra llegada junto a una docena de amigos más que me suenan en mayor o menor medida. No hay más invitados. Tampoco hacen falta.

Unos nervios inesperados empiezan a vibrarme en las tripas cuando mi mejor amigo se da la vuelta y fija su atención en mi cara. No repasa mi vestido. No baja la vista de mis ojos. No deja de sonreír.

Me paro a dos pasos de ellos, con la absurda duda de cómo saludarlo. Hace más de un año que me marché y es la primera vez que nos vemos de nuevo. Los mensajes han disminuido mucho en los últimos tiempos, y las llamadas ya brillan por su ausencia, pero cuando me planto frente a él, tengo la sensación de que podría contarle cualquier cosa en apenas una hora y sentir que todo sigue igual que siempre.

Es extraño, aunque familiar.

Jorge rompe la distancia que he dejado entre los dos y me abraza con una fuerza que consigue levantarme del suelo. Noto su corazón latir deprisa debajo de la camisa gris clarito que consigue destacar aún más el verde de sus ojos, y me pregunto si él podrá sentir mis nervios salir temblando a través de las manos que ahora rodean su cuello.

Lo siento respirar hondo, tomar aire, llenarse de mí. Y unas abrumadoras ganas de llorar se instalan un palmo por debajo de mi pecho, en la boca del estómago.

—Dios, Mal... qué falta me has hecho.

Una risa. O un lamento. No sé qué ha sido lo que le he concedido en respuesta.

Continúo con la ronda de abrazos sin girarme a mirar a Wallace, porque no quiero que su mirada enfurruñada me amargue el día. Sé lo que opina de mi amistad con Jorge, pero hoy no. Hoy no me importa. Hoy va a tener que aguantarse.

La ceremonia es breve y muy bonita, casi tanto como la forma en la que mi hermano y su marido se miran cada poco, como si no estuviésemos allí, como si pudiesen volar si se lo propusiesen.

La fiesta de después se alarga durante horas, con una veintena de personas sumergidas en un escenario propio ajeno al resto del mundo que sigue con sus vidas fuera de ese local abarrotado de comida y alcohol. Allí, en esos treinta metros cuadrados, solo hay hueco para unos brindis manidos y otros muy sentidos, para besos dulces impregnados de cariño, para sonrisas tan desmedidas que parecen proyectarse por todo el cuerpo, y para amores diferentes y siempre reales.

Casi no me separo de Jorge en toda la noche. Nos buscamos a cada rato, compartimos copas y bromas nuestras, recuperamos un poco de todo eso que estamos perdiendo, aunque los dos sospechemos que este espejismo se esfumará en cuanto estemos de nuevo separados por los kilómetros. Decimos, sin hablarlo, que eso no nos importa esta noche, porque solo queremos sentir que seguimos siendo dos críos de diecinueve y veinte años que se quieren, incluso cuando no saben demostrárselo bien en ocasiones.

—Creo que tu novio terminará por cortarme una mano si la sigo bajando —me grita al oído mientras nos movemos en la pista al ritmo de *Danza Kuduro*.

—Es que la estás bajando mucho.

—Sigue en el límite de la espalda.

—Jorge, no seas malo, anda. Que al final Wallace se va a cabrear y no me va a dejar seguir bailando contigo.

—¿Es que él te dice con quién puedes o no bailar?

—No... es... Una manera de hablar, ya sabes. —Pero me separo un poco de él, lo que consigue que me mire de una forma que no me gusta, como si buscase en mis ojos un solo gesto para saltar encima de Wallace—. Oye, solo un año más y otro enfermero en la familia, estarás nervioso, ¿no?

Jorge decidió seguir los pasos de Teo al elegir carrera, finalmente. Nunca lo imaginé estudiando algo así, aunque es verdad que cada vez que habla de las prácticas, de su futuro y de los pacientes, se le ilumina la cara. Justo como ahora.

—Qué va. Estoy ansioso. Tendría que haberme marchado la semana pasada, solo que no quería perderme la boda, y volar desde Irlanda a los cinco días de haber llegado para irme de nuevo tres días después me parecía un poco peñazo. —Mi cara de desconcierto debe darle una pista sobre lo perdida que estoy ahora mismo—. Mal, sabes que me voy, ¿verdad?

—Claro. Esta es la cara de alguien que sabe de sobra que su mejor amigo se va a... ¿Irlanda?

Doy un paso atrás. Me alejo de él, porque sentirlo cerca ahora, cuando sé que en unos días estará más lejos que nunca, me duele. Sé que nos hemos distanciado; sin embargo, saber que él seguía aquí, en Barcelona, en casa, lo hacía todo más fácil de alguna manera. Me daba un lugar al que regresar si llegaba un punto en el que pensase que ya no podía más.

Sé que es egoísta. Y que no estoy comportándome como una buena amiga. Yo fui la que se marchó. Yo soy la que he dejado de llamarlo a menudo conscientemente, para protegerme, para que querer no doliese. Pero es que no podía hacer otra cosa, no si él no me quería a mí como yo lo quería a él.

—¿Tu mejor amigo? ¿En serio? Hace cuatro meses que no intercambiamos ni un jodido mensaje. Creí que sabrías que me voy a hacer mi último año a Limerick porque al menos preguntarías a tu hermano por mí como yo pregunto al mío por ti, a todas putas horas. Ya veo que ni eso.

Hay abismos que se abren sin avisar, que te tragan, que te hacen caer; engulléndote y transportándote a una oscuridad fría y aterradora, dejándote huérfana y ciega, arrebatándote tu red de seguridad, tu puerto seguro... lo único que creías eterno. Y sientes que cada vez estás más lejos de la superficie, de pisar de nuevo tierra firme. Solo caes, sin gritar. Muda. Asustada. Hasta que alguien te tiende la mano, y la coges; sin pensar en quién es el que la ofrece, ni qué querrá a cambio. Solo la aceptas. Porque el terror es real, pero esa mano también, y crees que es lo único que te queda.

—Cariño, se está haciendo tarde y mañana el camino hasta Sevilla es largo. ¿Nos vamos a dormir?

Miro a Jorge una última vez, sin saber que tardaré años en tenerlo de nuevo frente a mí, ni que cuando eso pase él ya será una persona diferente.

Acepto esa mano tendida.

—Claro.

2011

Enero

*No puedo hacer esto.*

—¿Malena? ¿Me estás escuchando?

—Sí, Marc. Perdona, estaba distraída. Me decías algo sobre el cumpleaños de mamá y cómo celebrarlo.

—¿Al final vas a poder venir?

*No lo sé. No sé si puedo soportar otra bronca por querer irme unos días. No sé si me compensa.*

—Claro.

El silencio que sigue a esta única palabra me pone sobre aviso. Mi hermano no lo va a dejar estar.

Tomo aire y me preparo mentalmente para una nueva ronda de preguntas que no conseguirán que él se quede más tranquilo y que solo despertarán una nueva culpa en mí por vivir con la continua sensación de esconderle cosas.

—Bombón, ¿está todo bien?

—Sí, todo genial.

*No puedo hacer esto. No me hagas hacer esto. No me hagas mentirte más. Déjalo estar.*

—Malena..., estás... apagada. ¿Descansas lo suficiente? ¿Te están haciendo trabajar demasiado en el curro?

—De verdad que estoy bien. Duermo ocho horas al día y como sano, papi. —Él ignora mi tono de broma, puede que porque ni siquiera consigo que suene gracioso.

—¿Wallace te trata bien?

*No.*

—Sí. En serio, todo va bien.

Bien. Bien. Bien. Bien.

Cuando una palabra se repite tanto en una conversación, se debería dudar de que sea la correcta. La repetición no convierte las mentiras en verdades, pero yo sigo intentándolo, por si alguna vez consigo engañar a otros. Por si esta vez me consigo engañar a mí.

—Oye... Sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? Yo no voy a juzgarte, enana. Solo... solo quiero... quiero que sepas que aquí todavía está tu casa y tu gente.

Me aparto el móvil de la oreja, tapando el micrófono con la palma de la mano, rezando para que Marc no haya escuchado el sollozo que entierro al final de mi garganta y que empujo con fuerza hacia abajo para acallararlo, hasta el pecho, donde se extiende y me aprieta, donde lo dejo que duela en silencio.

—¿Malena?

Obligo a mi barbilla a parar de temblar. Carraspeo lo justo para asegurarme de que mis palabras no saldrán tan borrosas como se ven ahora mis ojos, y retomo mi papel.

—Lo sé, cariño. Pero de verdad que aquí estoy contenta. Seguro que Wallace encontrará algo pronto y todo mejorará un poquito. En nada me tenéis encerrada de nuevo en una biblioteca, ya verás.

—¿No habéis vuelto a discutir?

Tuve la horrible idea de dejarme llevar por el desánimo el mes pasado y contarle a Marc un par de peleas que, en las últimas semanas, han sido más gordas de lo habitual. En cuanto terminé de narrarlas y mi hermano me comenzó a acribillar a preguntas, supe que hubiese sido mejor callarme.

—Marc, ninguna pareja está siempre en una perpetua luna de miel.

—No, ni constantemente al borde de un precipicio.

—En serio, déjalo. Solo es una mala racha. Le está pasando factura no encontrar trabajo de lo suyo.

—Tiene dos manos, estoy seguro de que puede encontrar algo. Tú tampoco estudiaste para poner copas y no se te caen los anillos por hacerlo.

—Wallace es diferente.

—Wallace es un gilipollas que se cree que es tan bueno que no puede bajar al mundo de los mortales y mojarse el culo para conseguir unos cuantos peces que comer.

—No lo insultes.

—Joder, Malena, es que me pone de mala hostia que encima lo defiendas. Te tiene comido el coco.

—¿Te crees que soy una idiota que se deja manejar?

—No he querido decir eso, no te revuelvas contra mí. Aquí yo no soy el malo.

Lo sé.

Lo que no tengo ya tan claro es quién juega ese rol en la película de mi vida. Me niego a pensar que Wallace sea solo unos cuantos gritos, unas frases despectivas y un puñado de menosprecios. Él no era así, y dejará de serlo en cuanto alguien le dé una oportunidad y lo contrate.

Solo es un bache.

Solo necesitamos un poco más de tiempo.

—Perdona. Sé que solo te preocupas por mí, pero es que parece que quieres pintarlo peor de lo que es. Sé que nunca te ha gustado demasiado Wallace, aunq...

—No es eso. Es que te noto triste. Hablas y sueñas cansada, y yo estoy lejos y no sé si lo que te agota son las ocho horas detrás de una barra o todas las demás en esa casa con él.

Sus palabras son como golpes certeros y afilados, de esos que te obligan a tirar la toalla, a pedir tregua, a rogar por un respiro.

—Oye, te tengo que colgar, pero en serio, deberías preocuparte menos. No hagas montañas de granos de sal.

—De arena.

—Bah. tecnicismos.

Consigo que se ría un poquito, aunque no detecto verdadero humor en esa pequeña victoria.

—Cuídate. Por favor. Y llámame la semana que viene, o lo haré yo.

—Prometido.

—Te quiero.

—No más que yo a ti.

Me quedo con el teléfono pegado a la oreja, esperando a que se corte la comunicación, cuando siento la necesidad de añadir algo más.

—¡Marc! —Grito al altavoz para evitar que desconecte la llamada. Dudo un segundo antes de pronunciar las siguientes palabras, pero quiero asegurarme de que ellos siguen tranquilos, de que no sospechan que su hija pequeña pueda estar pasándolo mal—. No les has dicho nada de esto a los papás, ¿verdad? No quiero que se preocupen sin motivo.

Escucho suspirar a mi hermano y me lo imagino cerrando los ojos, tomando aire, pensando si hace lo correcto guardándose esto para él.

—No, tranquila. Te lo prometí.

—Gracias.

—Sí, ya. En serio, llámame.

Cuelgo y dejo el móvil en la mesa del salón. He llegado a casa hace menos de una hora y apenas he tenido tiempo de comer algo rápido y hablar con Marc. Solo son las cinco, así que me da tiempo a echarme un par de horas antes de pensar en arreglarme para volver a ponerme en marcha.

Hace dos meses conseguí que en la cafetería en la que trabajo entre semana me pongan turno de mañana todos los viernes, así que he podido coger otro curro de camarera en un bar de copas para los fines de semana. Pagan muy bien, aunque los domingos me levanto con la sensación de que podría romperme en dos si intentase hacer algo más que arrastrarme de la cama al sofá y del sofá a la cama.

Decido dejar puesta una lavadora con el programa largo pensando en tenderla cuando me despierte, antes de meterme a la ducha y colocarme el disfraz de chica de diecinueve años *sexy* y despreocupada, y dirigirme a mi siguiente turno en el infierno de la noche y los borrachos.

Voy recogiendo un par de prendas que encuentro tiradas por el salón, recopilo la ropa del cesto y localizo un par de vaqueros de Wallace en nuestro dormitorio. Cuando voy a asegurarme de que no hay nada en los bolsillos que no deba pasar por agua y detergente, rescato unos cuantos papeles arrugados. No quiero discusiones estúpidas por tirarlos sin más, así que me aseguro de que no es nada importante.

—¿Qué cojones...?

Escucho abrirse la puerta al mismo tiempo que mi cara se convierte en una pura mueca de incredulidad.

Wallace entra en el cuarto y empieza a desvestirse tras un insulso «hola» que mi cabeza apenas registra. Se sienta en la cama y se va descalzando con parsimonia. No ha terminado de desabrocharse el primer zapato cuando estallo.

—¿Qué es esto, Wallace?

Mi novio levanta la vista con un hastío nada disimulado. Cuando noto gestos así en él suelo preguntarme qué hacemos aún juntos cuando parece que no nos soportemos, pero dejarlo nunca me termina de parecer una opción. Sé que nos queremos, solo que a veces es difícil entendernos.

Al deducir qué es lo que sujeto con fuerza y rabia delante de su cara, se incorpora de forma brusca y da un paso en mi dirección, consiguiendo que yo retroceda la misma distancia, como en un baile muy interiorizado. Me arranca de la mano los resguardos de las apuestas que perdió la semana pasada y se cierne sobre mí con el enfado tiñéndole la mirada.

—¿Has estado figando en mis cosas?

—¡No! Estaba poniendo una lavadora.

—¡No te atrevas a empezar a controlarme!

—¡Y tú no te atrevas a darle la vuelta a este asunto! ¡Has perdido doscientos euros que no tienes en apuestas de mierda!

—¡Oh, acabáramos! Ese es el problema, ¿no? Que yo no tengo el dinero —escupe, resaltando ese «yo» que en sus labios suena a acusación—. Perdona, su Majestad, por intentar duplicar su dinero. —Vuelve a pronunciar con acritud ese «su» antes de darse la vuelta y salir de la habitación, tratando de dar el tema por zanjado.

No esta vez.

—Wallace, estate quieto un momento para que podamos hablar.

—Tú no quieres hablar, nena. Tú quieres tirarme en cara que me gaste un par de billetes, que me lo pase bien y que no viva amargado como tú, como si te debiese algo por ser la única que traes dinero a casa. Ese curro de mierda no te da derecho a mirarme por encima del hombro. Solo te lo dieron por tener tetas y saber mover el culo detrás de una barra mientras un montón de babosos te comen con los ojos. Aunque tampoco creo que eso a ti te moleste mucho.

—No me creo superior a ti.

—Vaya, eso es lo que destacas de mi discursito. Curioso que ni siquiera te molestes en negar que te gusta tener detrás de ti a todos esos niñatos.

—¿Qué? Wallace, ¿de qué vas? Eres tú el que la ha cagado. No podemos permitirnos gastar ese dinero en apuestas absurdas.

—Paso de esto. Joder, ya ni siquiera puedo venir a relajarme a mi propia casa. —Me evita mientras comienza a hacerse el lazo de los cordones que había desanudado antes de comenzar a gritarnos y se dirige hacia la entrada, de donde rescata su abrigo a la vez que abre la puerta. Desaparece de mi vista apenas diez minutos después de haber cruzado el umbral por primera vez en todo el día, y no sé a qué hora volverá ni en qué condiciones.

Suspiro y decido dejar la ropa para el día siguiente. No tengo fuerzas, ni ganas, ni ánimos.

Me froto los ojos con rabia y me juro que no voy a llorar. Es él quien la ha cagado. No debería ser yo quien termina con este sentimiento de culpabilidad, joder. Lo sé. Mi cabeza lo sabe.

Entonces... ¿por qué sigue ahí?

Me doy una ducha más larga de lo habitual, me visto, me maquillo y me quedo un rato sentada en el sofá, esperando por si Wallace vuelve y podemos hablar con calma antes de que empiece mi turno. Pero él no llega.

La noche se me hace eterna. Las sonrisas me fallan demasiadas veces. Las comandas parecen no terminar nunca.

Son más de las seis de la mañana cuando meto las llaves en la cerradura de mi piso. Estoy agotada y solo puedo pensar en si Wallace habrá vuelto ya o no a nuestra cama.

Cruzo el salón y me encuentro con el tendedero portátil al lado del sofá. No es su sitio habitual, pero está extendido y lleno, y sé que es la manera que mi chico tiene de decirme que lo siente.

Sonríó más tranquila y me descalzo antes de encaminarme a la habitación. A Wallace le molesta el ruido de mis tacones y no quiero despertarlo. Me desvisto lo más silenciosamente que puedo, me desmaquillo y me lavo los dientes antes de acurrucarme bajo el edredón nórdico. En cuanto me hago un ovillo en mi lado del colchón, noto un cuerpo caliente que se pega al mío y me abraza con cuidado.

—Te he echado de menos —me susurra Wallace.

—Yo a ti también.

Lo siento suspirar tranquilo contra mi nuca y la sensación de ahogo con la que llevo lidiando todo el día desaparece un poco.

—No empieces más broncas tontas, cariño. No me gusta que discutamos.

Me besa el pelo antes de empezar a respirar de nuevo con una cadencia continua. Y yo me quedo rumiando de nuevo por qué la sensación de culpabilidad no termina de evaporarse en mi pecho si estoy casi segura de no haber hecho nada malo.

2011  
Abril

*Embarazada*

3+

Llevo cerca de cinco minutos mirando este aparato del demonio.

Está roto. Tiene que estarlo.

Le doy la vuelta al puto test y me levanto del suelo del baño entre aturdida e incrédula.

A ver, sé que es posible. Hace algunos meses, Wallace se empeñó en que el gasto que teníamos en condones era innecesario porque él controlaba perfectamente la marcha atrás. Y yo... yo soy gilipollas.

Mierda.

¡Mierda!

¿Cómo narices me dejé convencer así de fácil? Ni que tuviese doce años, ¡joder! ¡Que la marcha atrás no es un método anticonceptivo!

Recojo el test que he abandonado al lado de la ducha mientras daba vueltas sobre mí misma en un estúpido intento por calmarme y miro una vez más la pequeña ventanita que parece reírse de mí y de mi inconsciencia.

Estoy embarazada de más de tres semanas. Puedo cagarme en todo lo cagable, pero eso no cambia las cosas.

Unos golpes fuertes y continuos en la puerta me sacan de mi ensimismamiento.

—Nena, date vida. Necesito entrar.

Giro el pestillo sin abrir la boca y Wallace pasa por mi lado sin apenas mirarme. Si lo hubiese hecho, no creo que hubiese podido ignorar mi cara de pánico.

Lo escucho levantar la tapa del váter y el inconfundible sonido de una meada chocando contra la porcelana del inodoro llena la estancia.

—Casi me lo hago encima. ¿Qué hacías aquí dentro tanto rato?

La cisterna se vacía y yo sigo sin ser capaz de reaccionar.

Wallace se coloca a mi vera y, solo tras repetir mi nombre dos veces, cae en la cuenta de que sostengo algo entre mis manos.

Me lo quita con gesto preocupado y tarda aún unos segundos eternos en darse cuenta de las implicaciones de la única palabra que puede leer en la pantalla de esa especie de palo plástico.

—¿Qué es esto?

—El título del último disco de Lady Gaga. ¿Tú qué crees que es?

—No me vaciles, Malena, no me vaciles. —Lo veo paralizarse. Imagino que está pasando por todos los estados que yo he atravesado y sigo atravesando en el rato que llevo aquí encerrada, así que decido darle algo de tiempo para que me alcance—. ¿Es en serio?

—Sí. —Decido que las bromas pueden esperar. Los monosílabos son más seguros.

—¡Joder! ¡Hostias! —Sí, la fase de los tacos también es la primera que atravesé yo—. Mira que te dije que empezaras a tomar la píldora —Mentira—. ¡Joder! ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Supongo que lo primero sería hacer un segundo test, por si este está mal.

—Sí, sí. Eso es. Estos chismes pueden equivocarse. Bajo a la farmacia y te subo otro.

—Mejor trae dos.

Wallace aparece de nuevo por casa veinte minutos después con tres pruebas de embarazo diferentes.

Durante la siguiente media hora solo me dedico a beber agua, leer instrucciones de prospectos, hacer pis en vasos de plástico que rescatamos de un cajón olvidado de la cocina y sumergir en ellos los dichos palitos tal y como indican los dibujos de las normas de uso.

Los resultados dejan pocas dudas a las que aferrarse.

—Estás embarazada. —Nos hemos sentado en el borde de nuestra cama. Yo aún sujeto el último test en mis manos y Wallace suena tan perdido que el miedo crece un poco más en mí.

—Estoy embarazada —me limito a corear.

—Tienes veinte años.

—Tengo veinte años.

—Y yo estoy en el paro.

—Y tú estás en el paro.

—¡Deja de repetir lo que digo, Malena!

—Perdón, es que estoy muy nerviosa.

Dejamos la mirada clavada en algún punto indeterminado de la pared que tenemos enfrente. Ninguno se anima a hablar de nuevo. Ninguno quiere hacer la pregunta que verdaderamente importa.

Por una vez, Wallace demuestra tener algo más de iniciativa que yo.

—¿Quieres tenerlo?

La respuesta me da tanto pánico que me tomo un minuto antes de ser capaz de formularla en voz alta.

—Creo que sí.

El suspiro de Wallace suena resignado. Me preparo para la lucha. En los últimos meses siempre parezco estar en posición de defensa. Supongo que son demasiados embates frenados entre gritos como para no vivir ya con el escudo alzado.

—Bien. —Una única palabra que me descoloca por completo.

—¿No te parece mal?

—Me parece complicado, pero es cosa de ambos. Ha sido culpa de los dos. —No me gusta que utilice esa palabra para describir lo que hemos creado, aunque prefiero no empezar una pelea —. Si tú quieres seguir adelante, yo responderé como se espera de un hombre. Puede que a veces no te lo sepa demostrar como me gustaría, pero te quiero, nena. Estamos juntos en esto.

Es una tregua. La primera en mucho tiempo que me parece que podría ser real.

Y la firmo sin pensar.

2011  
Agosto

—Ni de coña, Malena.

—¿Por qué no? ¡Marc es un nombre precioso!

—No te pongas a patalear, hazme el favor. Me duele la cabeza y no estoy de humor para uno de tus numeritos. Te estoy permitiendo que elijas tú el nombre del niño, solo te he pedido que sea algo más escocés. No me parece que esté siendo ilógico.

Me muerdo la lengua porque no quiero darle el gusto de brindarle la oportunidad para tirarme en cara que siempre parezco estar buscando bronca, menos aún cuando cada vez huyo de ellas con más frecuencia.

He descubierto que es más fácil hacer lo que él dice a la primera que estar peleando durante semanas para terminar haciendo lo que él dice a la decimoctava. Resulta agotador cruzar la puerta de casa con las alertas ya prendidas por si el olor a humo un día termina siendo fuego.

Solo que de verdad quería que mi hijo pudiese llamarse como mi hermano.

—¡Pues yo quiero llamarlo Marc!

—¡Te he dicho que no! ¡Joder, que a veces pareces tonta, coño! ¡Busca un puto nombre escocés y punto! ¡No quiero oír nada más sobre el asunto!

Wallace sube el tono de voz cada vez más mientras se acerca y se cierne sobre mí, tanto que yo me encojo un poco sin ser consciente. Intento dar un paso a la derecha para salir del hueco en el que me siento atrapada, pero él se mueve conmigo, como en un baile lento en el que su cuerpo impone los espacios.

—Nena, sé razonable. Tú querías este bebé y vamos a tenerlo. Tú decidiste dejar de trabajar porque estabas cansada a pesar de estar solo de cinco meses, y yo no puse ninguna pega. Tú te empeñaste en que buscara un curro de mierda en un supermercado para no tener que pedir dinero a tus padres y acepté sin rechistar —sin rechistar... a veces me fascina la visión tan distorsionada que tiene este hombre de lo que pasa a su alrededor—, así que deja de tocarme los cojones y busca un nombre escocés, ¿estamos?

Ha dejado de gritar, pero, no sé por qué, su tono me resulta mucho más intimidante ahora que antes.

—Estamos.

Sonríe y su cara se transforma en esa imagen que me encanta admirar los domingos por la mañana, esos en los que se levanta de buen humor, cuando nos despertamos juntos y nos pasamos una hora en la cama hablando de tonterías, dándonos mimos entre canciones que parecen llevar nuestros nombres, y haciéndonos confesiones y promesas en voz tan baja que a veces se pierden entre las arrugas de la almohada.

—Esa es mi chica.

Me besa despacio, con una dulzura que cada vez escasea más, pero que, cuando hace acto de presencia, me derrite por completo.

Desecho la idea de que ese buen humor que muestra ahora solo se deja ver en estos tiempos cuando se sale con la suya. Que mis conclusiones tomen ese rumbo me parece peligroso. Puedo terminar teniendo que admitir ante mí misma cosas que no quiero.

—Me voy. Hoy no salgo hasta las cuatro, así que desayuna bien y espérame para comer, que sabes que odio sentarme solo a la mesa.

—Vale.

Las horas pasan despacio, o quizá es que miro demasiado el reloj. Cuando no tienes nada que hacer, los minutos se estiran hasta la locura.

Pienso en llamar a alguien para salir a tomar un almuerzo tardío con el que calmar los quejidos de mi estómago. Este bebé exige alimento cada poco rato. Y entonces me percató de algo. No tengo a nadie con quien quedar o a quien llamar para ver qué tal va todo.

Las pocas amistades que había hecho en la facultad en mi primer año desaparecieron cuando lo hice yo de los pasillos de la universidad. Las amigas que dejé en Barcelona son a estas alturas un vago recuerdo de otra vida. No he conocido a nadie fuera del ámbito académico desde que llegué.

Y Jorge... me duele demasiado pensar en que no sé nada de él desde la boda de mi hermano.

Solo me queda Marc, pero no quiero tener que enfrentarme a una nueva tanda de preguntas sobre cuántas broncas he tenido en lo que va de mes con mi novio o a una charla de veinte minutos acerca de lo conveniente que sería que volviésemos a Barna ahora que nada nos ata en esta ciudad que ninguno sentimos nuestra.

Da igual. Puedo salir sola. Me gusta pasear a mi aire por el centro de Sevilla.

Me pongo un vestidito corto y vaporoso, porque los veranos sevillanos son difíciles de sobrellevar, sin embargo, la necesidad de despejarme la mente puede más que el sudor que se adhiere a mi piel en cuanto piso la calle.

El aire parece más cargado que lo que es habitual en esta tierra, y la humedad que baila en el ambiente se pega a mi nariz cuando emprendo camino hacia los jardines de Murillo con un libro en el bolso y un abanico en la mano.

Me siento en la hierba, apoyando la espalda en un árbol grueso e inclinado para evitar que la barriga cada vez más abultada que luzco me haga estar incómoda.

Intento concentrarme en la lectura, pero las palabras de Wallace vuelven a mi cabeza, obstinadas y graves. A veces, en momentos como este, cuando estoy sola y sin nada con lo que distraerme, me da por pensar. Procuero tener siempre cosas que hacer, porque el rumbo de esos pensamientos casi nunca me conduce a nada que me guste, o a lo que le vea una solución.

Me pregunto si hice bien mudándome a Sevilla. Si Marc no tendrá razón y debería plantearle a Wallace volver. Si hacerlo supondría una pelea que inconscientemente busco, una que no se pudiese solucionar, esa que diese como resultado una huida hacia atrás que cada vez anhelo más.

No.

No, no. No.

*Déjate de tonterías, Malena. Concéntrate en el libro y para de ponerte melodramática.*

Bajo la vista a la página por la que he dejado abierto *El niño con el pijama de rayas* y trato de encontrar la línea en la que mi atención dejó volar sus alas. La primera gota de lluvia, gruesa y contundente, emborriona de tinta húmeda la historia de Bruno.

La tormenta me pilla desprevenida, como un regalo que se adelanta al día de Reyes. Me cala entera; me ahoga la risa que se escapa despreocupada desde lo más hondo de mí; me da la tregua justa, escondida bajo esta copa verde de hojas y ramas, para esconder la novela y extender los brazos, aún sentada, sin correr, sin esquivarla.

Siempre me ha gustado la lluvia. La música que el tumulto de gotas compone al golpear el suelo. La nostalgia que produce saltar sobre un charco. La sensación de pureza que el pelo y la piel mojada evocan cuando bailas con ella. El olor que deja al marcharse.

Disfruto del agua aquí parada durante minutos enteros, hasta que la tierra bajo mis muslos

empieza tornarse barro y me obligo a levantarse. Elevo la cara al cielo y cierro los ojos con fuerza, dejando que el frescor que invade el parque se cuele hasta mis pulmones.

Y entonces lo siento.

Un golpe.

Una patada.

Una caricia desde dentro.

Un aviso de que está ahí. El primero.

Llevo la mano hasta el punto donde él se ha dejado notar. Y espero. Quieta, muy quieta, con el corazón desbocado y los ojos húmedos. Sin respirar, casi sin parpadear.

Una segunda patada desata las lágrimas, unas buenas, de esas que van acompañadas de risas nerviosas y mucha ilusión. De esas que ya casi había olvidado.

A él también le gusta este instante que estamos compartiendo. Lo sé. Lo siento.

No tengo que elegir nada porque él lo ha hecho por mí.

Me acaricio la barriga y lo hago todo un poco más real.

—Hola, Raen.

2011

Diciembre

Siempre he defendido que el amor a primera vista no existe.

Me reía de quienes describían cómo sentían que el corazón se les quedaba pequeño para amar tanto a una persona que apenas conocían.

Hasta que llegó él y me di cuenta de que esa gente ni siquiera sabe lo que es de verdad amar.

No es que el corazón se encoja, es que se para. Todo tu mundo lo hace.

Miras a esa persona y estás total y absolutamente segura de que será el hombre de tu vida, de que la pasaréis juntos, compartiendo cada momento importante y cada fotografía enmarcada en vuestro salón.

Serías capaz de dar cualquier cosa por él, por hacer que siempre se sienta seguro y querido.

Sus sonrisas serán tu mayor alegría. Sus logros, tu orgullo.

De pronto, eres consciente de que tus días hasta entonces eran bonitos, pero no perfectos por el mero hecho de que no los compartisteis, porque jamás te había sonreído con esa sonrisa que ilumina la más oscura de las habitaciones.

Te pasarías horas acariciándolo. Solo mirándolo. Sin decir nada, porque no hace falta, porque solo quieres sentirlo contra tu piel, compartiendo cada sensación, cada nuevo latido.

Sientes que os une algo que es ajeno a todos los demás. Sois diferentes. Él es único.

Y lo que más te sorprende es que nunca pensaste que encontrarías en tu camino a alguien así, capaz de hacerte suspirar con una sola mirada. Tampoco lo buscaste jamás, pero supongo que el destino puede tener planes que tú no entiendes, y no se los vas a discutir, porque eres más feliz de lo que lo habías sido nunca.

Estás segura de que todas las personas que tienes alrededor acabarán hartas de oírte hablar de él, de enunciar sus virtudes y lo increíble que es la vida ahora que está en tu mundo, aunque no te importa.

Te entra la risa al pensar que una vez le juraste a otra persona que sería el único hombre al que amarías de verdad, hace ya tantos años que casi ni lo recuerdas. Pero es que cuando estás con él, no puedes mantener esa promesa; no ahora que lo has conocido, que sabes que una parte de ti siempre será de otro, de ese pequeño que cuando te coge de la mano consigue que algo dentro de ti tiemble.

Hace meses que dejé de soñar con nada, hasta que él llegó al mundo, a mi mundo, y ahora solo quiero no volver a cerrar los ojos jamás, porque dormir se puede convertir en un castigo cuando tus sueños son mejores estando despierta.

Siempre he defendido que el amor a primera vista no existe. Y, ahora, tumbada en esta cama de hospital, después de descubrir lo que es pasar más de cincuenta horas sin dormir, con los puntos tirando, con los pechos doloridos, y exhausta a unos niveles que desconocía tengo que comerme mis palabras.

Porque el amor a primera vista es real y tiene nombre de lluvia.

2012

Febrero

Me despierto sobresaltada, sin ubicarme y preguntándome por qué estoy sentada contra el cabecero de mi cama. Dirijo la vista hacia donde debería estar Raen antes de darme cuenta de que sigue enganchado a mi pecho. Miro la hora en la pantalla del móvil y me percató con alivio que solo me he quedado traspuesta cinco minutos mientras el enano mamaba.

Están siendo unas noches duras. Demasiados cólicos y pocas horas de descanso y, aun así, la sonrisa se me escapa al bajar la cabeza y ver a mi bebé respirando rítmicamente mientras utiliza mi pezón como chupete.

Lo mezo con cuidado de no molestarlo y lo dejo en su cuna, pegada a mi lado.

Cuando me despierto esa madrugada por segunda vez ya son más de las cuatro de la mañana, pero en esta ocasión no abro los ojos. Lo que está por atravesar la puerta de mi habitación no es nada que pueda mejorar mi noche.

Wallace y yo hemos discutido de nuevo esta tarde cuando Raen ha empezado a llorar quince minutos después de que Wallace se tumbase en el sofá para intentar descansar media hora antes de tener que volver a trabajar. Parece ser que ahora también tengo que desarrollar el superpoder de mandar en las molestias que sufra nuestro hijo.

Me ha gritado. Me he callado. Me ha buscado y se ha cabreado aún más al ver que no me encontraba.

Ignorarlo es más efectivo que enfrentarlo.

Estoy agotada física y emocionalmente. Tengo que elegir entre estar fuerte para cuidar de Raen o para pelear con Wallace. Elijo a mi bebé sin dudarlo ni un momento.

El ruido que hace mi novio chocando contra las paredes del pasillo, maldiciendo a voz en grito a medida que avanza hacia nuestro cuarto, me indica que Wallace se ha pasado parte de la noche dedicado a una de sus aficiones favoritas en los últimos tiempos: el alzamiento de vidrio. El olor a alcohol que acompaña al movimiento de sábanas cuando el colchón cede bajo su peso me lo confirma.

Se acerca a mí sin desvestirse, dejando que la erección que guarda en los vaqueros se pegue a mi trasero. Entierra la nariz en mi pelo y aspira con fuerza, con lascivia. Me muerde el cuello y mete la mano por dentro del pantalón de mi pijama en un movimiento brusco.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Sueno demasiado despierta como para que alguien con todos sus sentidos sobrios pudiese pensar que acabo de desvelarme, pero Wallace no se molesta ni en contestarme. Sube su mano hasta mi pecho derecho y lo aprieta con una fuerza desmedida como para buscar darme placer.

Lo aparto de un manotazo y él sonrío de medio lado.

Las ganas de borrarle esa mueca de la cara de un guantazo me atraviesan entera.

—Nena, me tienes a dos velas desde hace meses. Vamos, ya ha pasado la cuarentena. He sido más que paciente, Malena.

Se deja caer a peso muerto sobre su espalda y me sujeta la muñeca con fuerza, tratando de atraerme contra su pecho. Forcejeo contra su amarre y le empujo con ganas.

—Estate quieto —murmuro.

—Venga, vamos... Te echo de menos, cariño. ¿Es que tú ya no necesitas sentirme dentro de ti?  
Sus palabras, más que excitarme, me repulsan.

—Wallace, Raen está durmiendo.

—Solo es un bebé. No seas estirada. —Vuelve a la carga, más dulce, intentando ganarme con caricias menos rudas.

—Estoy cansada.

—Siempre estás cansada, nena. —Las palabras salen arrastradas de su boca, pesadas, engoladas. Sus manos no dejan de moverse buscando una entrada a la barrera de tela que las separa de mi piel.

—Wallace, para.

—¡Joder, Malena, tengo necesidades, hostias!

El grito de Wallace desencadena el llanto de Raen. El llanto de Raen provoca que yo me levante tan deprisa que ni mi pareja puede evitarlo. Que yo me levante consigo que Wallace grite más aún.

Envuelvo a mi hijo en mis brazos y comienzo a tararear una melodía repetitiva y grave en su oído. Lo acuno al ritmo de mis pasos, que se encaminan solos hacia el salón, poniendo distancia, buscando paz.

—Si no lo tengo en mi propia casa terminaré por buscarlo fuera, nena.

No quiero acostarme con él. No quiero que me toque. No quiero sentirlo.

Pero sus palabras me hacen daño. Como casi todo lo que lleva su nombre en los últimos meses.

2012

Junio

Llego a casa destrozada después de ocho horas poniendo cafés, descargando lavavajillas y reponiendo las estanterías del almacén.

No me quejo, a fin de cuentas, es cierto que tengo que despertarme a las seis de la mañana para abrir la cafetería seis días a la semana, pero mi jefa me da los domingos libres y a las tres de la tarde dejo de tener que pensar en nada que no sea abrazar a mi bebé.

Suelto las llaves en el cuenco que tenemos en la mesita de la entrada y espero escuchar algún sonido que me indique si Raen está despierto.

Nada.

Qué raro.

A estas horas ya debería haberse levantado de la siesta.

Recorro el piso en busca de Wallace. Tampoco él aparece por ningún sitio.

—¿Wallace?

Mi grito solo obtiene la nada por réplica.

Me dirijo de nuevo a la entrada para recuperar mi bolso y comprobar que no tengo llamadas perdidas tuyas cuando el timbre me distrae.

Me pongo de puntillas para alcanzar la mirilla y la visión de dos uniformes negros me seca la garganta.

—Policía Nacional. Abra, por favor. —La mano me tiembla al intentar bajar el picaporte y no es hasta el segundo intento cuando consigo ponerme frente a ellos sin la puerta de por medio—. Buenas tardes. ¿Es usted Malena Acosta? —Asiento una sola vez, con desconfianza, deseando que se marchen—. ¿Podemos pasar?

2012

Diciembre

Hoy Raen habría cumplido un año. Y yo no tengo ni la más remota idea de cómo sería ahora mi bebé.

Recuerdo pensar, la primera vez que lo tuve en brazos, que tenía los ojos de mi madre. Unas semanas después, el color de su iris había cambiado tanto que tuve que claudicar y admitir que ese azul tan intenso solo encontraba a su igual en la mirada de Marc.

A los tres meses de acunarlo entre mis brazos, su pelo cambió del tono de castaño más oscuro a un cobrizo increíblemente parecido al de su padre, y la curva de su nariz comenzó a dibujarse en una silueta similar a la mía.

Puedo escuchar la voz de Teo en mi cabeza jurando que las orejas eran exactas a las de su marido mientras yo me reía de él, porque unas orejas me parecían solo unas orejas.

Y en este momento, sentada en el sofá de una casa que detesto, solo puedo preguntarme una y otra vez si la sonrisa de Raen se parecería más a la de su abuelo o a la de su tío.

Si el sonido de su risa sería todavía el mismo.

Si ya me habría llamado alguna vez mamá mientras me abrazaba.

Han pasado seis meses desde que dije adiós a mi hijo, desde que tuve que escribir a todas las personas que lo quisieron para explicarles que él se había ido. Se lo dije así: «Se ha ido», «nos ha dejado».

Aún tardaré mucho tiempo en poder pronunciar tres palabras que por separado pierden el sentido, pero que juntas suponen un dolor que yo no soy capaz de manejar: Raen ha muerto.

\*\*\*

## Seis meses antes

Llegué al hospital con la sensación de que había salido de allí con Raen entre mis brazos hacía tan solo unos días. Miré las estancias blancas y asépticas de aquella planta y a mi cabeza acudió insistente el recuerdo de la primera noche que nos dejaron solos a los dos en nuestra habitación, ambos llorosos y asustados, sin saber qué hacer a partir de entonces, pero con la enorme convicción de que ya no éramos sin el otro.

En aquella ocasión sujeté la manita de Raen por encima de su nido hasta que los dos nos quedamos dormidos, sintiendo que el corazón me iba a explotar en el pecho.

Aquel día la sensación era similar, aunque muy distinta. Los latidos me retumbaban por todo el cuerpo, las costillas me dolían por tratar de retener los golpes desbocados de un pulso errático, solo que no había atisbo de felicidad, ni de plenitud, ni de paz.

Solo terror. Un terror inmenso y negro que lo llenaba todo hasta ahogarme.

Me guiaron por un laberinto de pasillos que se volvió borroso cuando las lágrimas hicieron acto de presencia. Una enfermera apoyó con delicadeza sus manos sobre mis hombros hasta que obedecí a su orden silenciosa y me senté en una de las sillas que formaban hileras idénticas

alrededor de un cuarto vacío y deprimente. O al menos así lo percibí yo.

No creo que jamás pueda llegar a explicar qué sentí esa tarde.

El llanto que no conseguía detener, ese que hacía solo un rato se tornó histérico cuando un coche patrulla me llevó al encuentro de mi niño tras una visita que nunca pensé recibir, se transformó en algo pausado y callado.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado allí sentada cuando un doctor se acercó a mí en la sala de espera donde yo aguardaba a que alguien me dijera que aquello era una broma, que podía coger a Raen e irme a casa. Que mi vida no se había acabado allí. Supe que aquello no iba a pasar en cuando distinguí el dolor en el rictus de aquel médico.

Diría que caminé hasta la habitación donde mi bebé me esperaba para despedirse de mí, aunque creo que sería más acertado decir que me arrastraron hasta allí. No recuerdo dar la orden a mi cabeza de avanzar, de acudir a donde Raen me necesitaba.

No era capaz de concentrarme en nada más que en seguir respirando, en recordarme que un corazón humano en realidad no puede romperse.

Me senté en un sillón que alguien acercó hasta una urna de cristal donde mi hijo parecía dormir. La imagen habría sido más soportable si una cantidad obscena de tubos no hubiesen estado enganchados a cada parte de su ser.

Alargué la mano hasta él, pero la retiré cuando el temblor que la sacudía me resultó violento.

Escuché en silencio cómo aquel médico me explicaba que Raen no podía seguir respirando por sí mismo. Asfixia. Mi bebé moría asfixiado.

Presencié cómo un enfermero retiraba la cinta adhesiva que fijaba una vía a la boca de mi hijo y me concentré en la pequeña marca de pegamento que quedó sellada alrededor de sus labios. Otra sanitaria le colocó una boquilla conectada a un globo elástico que insuflaba aire a los pulmones de Raen el tiempo justo como para que yo pudiese sujetar en brazos a mi bebé por última vez.

Le canté bajito, en un susurro, una nana en francés.

Me permití llorar mientras el miedo desaparecía a la vez que el corazón de Raen se paraba por completo. Traté de calmarme, porque me pareció que eso era lo que él necesitaba en ese momento: sentir mi sosiego para encontrarse a salvo. Así que lo hice. Entre toda la oscuridad que se cernía sobre mí en ese momento, busqué la paz que Raen necesitaba para irse tranquilo, porque eso es lo que hace una madre.

Los siguientes días tras la salida de ese hospital desaparecieron en mi cabeza. Fue como si mi mente los bloqueara. No fui capaz de hacer nada por voluntad propia, solo me dejaba arrastrar por la corriente, rogando por ahogarme en ella en algún momento del proceso, permitiendo que mi familia, que había volado hasta Sevilla para estar conmigo, se ocupase de todo.

Pedí mis días de vacaciones en el trabajo y me despedí de todos durante el siguiente mes sin saber si volvería.

Dos semanas antes de la fecha en la que había planeado bautizar a mi hijo, lo estaba enterrando.

Me planté frente a un cura que se trabó al pronunciar su nombre mientras leía un panegírico impersonal delante de mucha gente que lloraba una pérdida que yo solo sentía como propia. No les hice el menor caso. Solo podía pensar en que las flores que todas aquellas personas habían encargado eran demasiado grandes para la diminuta tapa del ataúd de Raen.

Dejé a mi hijo bajo tierra y regresé a mi infierno personal.

Mi estado catatónico solo desapareció cuando el odio hizo acto de presencia.

Wallace me devolvió al mundo de los vivos una tarde cualquiera de agosto.

No lo había visto desde que la policía se lo llevó arrestado por matar a nuestro hijo. Porque puede que un juez aún tuviese algo que decir al respecto, pero yo lo condené en el mismo minuto en el que un hombre uniformado me explicó que Raen había sufrido un *shock* producido por un golpe de calor que lo había acabado llevando a la muerte por asfixia y deshidratación. Wallace lo dejó más de tres horas en la parte de atrás de un coche cerrado y olvidado en un aparcamiento de cemento en mitad del verano sevillano. Su padre se olvidó de nuestro hijo. Y yo no volveré a abrazar a mi bebé.

No sé si Wallace permaneció en el calabozo una noche o los seis días que llevábamos sin vernos. No podría haberme importado menos. En esos momentos lo único que quería saber sobre él era si se había muerto ya o tenía que seguir rezando para que aquello ocurriese. Porque sí, deseé su muerte con un fervor enfermizo, con una necesidad de venganza dañina, insana, cruel.

La tarde en la que llamó a mi timbre me pilló desprevenida. Puede sonar tonto, pero ni siquiera había pensado en que era imposible que no tuviese que volver a verlo. Le abrí la puerta a un hombre hundido, ojeroso, despeinado y con aspecto desesperado. Nada de aquello despertó la más mínima compasión en mí.

Traté de cerrar de nuevo lo más rápido que pude, pero consiguió meter un pie por el quicio. Empujé con saña y todo el odio que me ardía en el cuerpo, aunque no me sirvió de nada. Embistió con el hombro sin ningún cuidado y yo retrocedí en cuanto lo sentí aproximarse, como si su cercanía me hiriese físicamente.

—¡Lárgate!

—Malena...

—¡¡Lárgate!!

Recorrí el pequeño salón como si en alguno de sus rincones pudiese esconderme de él, como si el no mirarlo, el no hacerle caso, fuese a conseguir que desapareciese de mi vista y se llevase con él las ganas de vomitar que trepaban por mi garganta con cada paso que daba hacia mí.

Le tiré un cojín, un marco de fotos y todo el dolor que llevaba casi una semana acumulando. Fantasé con arrojarle todos los cuchillos que tenía en el cajón más grande de la cocina. Traté de correr, pasando por su lado, para alcanzar la entrada y huir yo al darme cuenta de que no podría lograr que él se esfumase.

No lo conseguí. Me agarró del brazo al pasar por su lado e intenté zafarme entre gritos desesperados y temblores que me sacudían como a una hoja de otoño.

—Malena, por favor. Necesito que hablemos. Por favor, cariño. —Su tono era el de un niño asustado, perdido. El mío sonó como el de alguien a punto de partirse la mandíbula de tanto apretarla.

—No te atrevas a llamarme así, Wallace. Ni siquiera te atrevas.

—Yo, yo... lo siento tanto, Malena. Lo siento tantísimo. No quería... No pretendía... No sé cómo pudo pasar, no lo pen... —Las lágrimas que bañaban la cara de Wallace caían a plomo sobre el suelo de nuestro salón porque él era incapaz de levantar la cabeza para mirarme, pero eso no me detuvo. Nada lo haría. La rabia y el rencor salieron disparados de mi boca en forma de rugido animal.

—¿¿Que no sabes cómo pudo pasar?! ¿¿De verdad me estás queriendo vender que la muerte de Raen fue un accidente?! ¡¡Te lo dejaste en el asiento trasero del coche a cuarenta grados al sol para irte de putas, Wallace!! ¡¡Has matado a nuestro hijo, maldito cabronazo!!

—No, cariño, no subí a ninguna habitación. Solo paré en ese club a tomar una copa. El resto de los bares aún estaban cerrados y necesitaba tomarme una cerveza antes de empezar otro día en ese súper de mierda en el que siento que he fracasado, que no valgo nad...

—¡Que me da igual! ¡¡Que no me importa, Wallace!!

Gritaba tanto que pensé que me desgarraría la garganta. Sus estúpidas justificaciones solo conseguían enfurecerme más.

Avancé dos pasos hacia él, llena de ira, de desesperación. Mi invasión solo consiguió que él se arrodillase ante mí cubriendo su asqueroso llanto con las manos.

No tenía derecho a llorarlo. No tenía derecho a llorar por Raen.

Cogí aire, buscando calma para poder formar las ideas en mi cabeza, porque quería decir aquello sin que pareciese que eran la pena y la ira las que hablaban por mí.

—Escúchame bien. Me importa muy poco si fuiste a ese puticlub a follarte a todas las mujeres por las que pudieses pagar con un dinero que no tienes. Me eres indiferente tú y me es indiferente dónde metes la polla. Lo único que me importa es que te perdí el respeto como hombre hace mucho, pero cometí el error de no marcharme de tu lado porque aún te lo conservaba como padre, y pensé que tenerte le haría más bien que mal a Raen. Me arrepentiré toda la vida de esa decisión. Solo espero que tú tengas que vivir el resto de la tuya con el peso de haber asesinado a lo único bueno que supiste dar a este mundo.

—Fue un accidente. Fue un accidente —repetía ese mantra como un eco lejano salido de entre sus dedos, que aún acunaban su rostro oculto de mi mirada cargada de asco—. No fue mi culpa, cariño. Podemos arreglarlo. Te necesito. Vamos a estar bien. Necesitas tiempo y volveremos a estar bien, ya lo verás.

Una risa que se asemejaba mucho más a un chillido histérico que a una muestra de alegría inundó la sala. Intenté respirar hondo para frenarla, pero no fui capaz durante más segundos de los que Wallace debió considerar normales para una persona cuerda, porque levantó la vista para mirarme con preocupación.

Retrocedí un poco para alejarme de él y acabé sentada en el sofá, inspirando todo el aire que podía para serenarme antes de hablar.

—Tú y yo no vamos a volver a estar bien jamás. Te odio tanto que el cuerpo me tiembla cuando pienso en ti. Quiero que recojas todo lo que hay en esta casa y te marches, y espero de corazón que la próxima vez que te vea sea ante un juez que esté dando la orden de que te encierren durante una larga temporada.

Con la mención a la cárcel, el disfraz del Wallace lloroso y arrepentido cayó a plomo. Se irguió ante mí con los ojos aún mojados, pero también con ese punto de altivez al que tan acostumbrada me tenía en los últimos tiempos.

—No te atrevas a dejarme, Malena.

Sonó a amenaza. Supongo que porque lo fue.

Wallace actuaba así cuando no se salía con la suya. Se revolvía, se agitaba, luchaba. La diferencia era que esta vez yo sí que estaba dispuesta a plantar batalla.

Cuando se levantó para llegar hasta mí y cogerme de la muñeca para que abandonara mi asiento, me zafé de él con un movimiento brusco y lo empujé de nuevo.

Y entonces...

Gritos. Más empujones, por su parte y por la mía. Reproches. Acusaciones. Sillas que cayeron. Ropa que voló por la ventana. Llantos. Huidas hacia ninguna parte. Gritos. Gritos. Gritos.

Y el timbre una vez más.

Algún vecino debió de llamar a la policía, porque una pareja uniformada se presentó ante nuestra puerta preguntándonos si todo estaba bien. Y no, claro que nada estaba bien.

Ni siquiera delante de ellos fuimos capaces de mantener un tono normal. Trataron de mediar, aunque se les deformó la cara ante mis acusaciones. Puede que por eso no dudasen en esposar a

Wallace y llevárselo detenido de nuevo cuando él se descontroló y me dio otro empujón en su presencia.

No dormí esa noche, y hubiese necesitado de verdad descansar la mente, pero no fui capaz.

Al día siguiente tuve que acudir a los juzgados. La pareja de policías había actuado de oficio e interpuesto una denuncia por violencia de género, así que se celebró una vista en la que se estipuló que yo sería quien me quedase en nuestra vivienda habitual y que Wallace debía buscar otro sitio donde vivir a partir de ese momento.

No tuve ánimo de celebrar lo que el resto concibió como una victoria. No veía motivos de alegría en ningún sitio, menos aún en algo que consideraba pura justicia.

Lo cierto es que no estoy segura de cómo funcionaba la cabeza de Wallace en aquel entonces. No sé si se imaginó que recuperándome las cosas volverían a su cauce sin más, que ambos olvidaríamos que nuestro hijo murió porque él se olvidó de que existía, demasiado preocupado en emborracharse y meterla en caliente como para atender a un bebé de seis meses.

Por más que lo intentase no lograba comprender su razonamiento, su creencia en que estando juntos la culpa desaparecería. Especialmente cuando nosotros ya no éramos una pareja feliz desde mucho antes de que nos faltase Raen.

Su insistencia se volvió preocupante; sus acercamientos, obsesivos. Me escribía a todas horas, hasta que lo bloqueé. Y entonces comenzó a aparecer por casa en cualquier momento del día, escudándose en la necesidad de recoger alguna cosa que se había dejado olvidada en el piso en días anteriores, exigiéndome que lo dejase volver, cambiando de la lástima a la intimidación en cuestión de segundos.

Los avisos a la policía y las denuncias se sucedieron a un ritmo escandaloso en los siguientes veinte días.

En aquella época entendí por primera vez en mi vida lo que era el odio real, ese que te hierve por las venas como un veneno corrosivo que solo exige destrucción.

Conseguí una orden de alejamiento contra Wallace mucho más rápido de lo que esperaba. Su acoso había empezado a ser enfermizo. Me facilitó mucho las cosas que ni siquiera se molestase en evitar las amenazas, veladas y directas, delante de los agentes que acudían a mis llamadas.

Un juez dictaminó que no podía acercarse a menos de trescientos metros de donde yo estuviese o comunicarse conmigo de manera alguna, y esa tarde respiré tranquila. Hasta que me di cuenta de que, con esa decisión, se terminaba lo que yo podía hacer por cerrar todo aquello.

Lo malo de tener una razón poderosa para levantarte de la cama cada día es que, cuando desaparece, se lleva con ella la motivación para avanzar.

No me quedó nada. Tan solo unas inexistentes ganas de seguir adelante con una vida que se me antojaba fría, irreal y atterradoramente vacía.

Fue entonces cuando me permití ser débil y llamé a los míos en busca de un apoyo sin el que pensé que no conseguiría salir de aquello. Lo malo es que no medí las consecuencias de aquella petición de auxilio ni el peso de la culpa que mis progenitores soportaban entonces sobre sus hombros, castigándose por no haberse dado cuenta de algo que yo me esmeré demasiado en ocultarles.

Mis padres invadieron mi casa durante tres eternas semanas en las que no pararon de asegurarme que el que yo estuviese mejor era una mera cuestión de tiempo y actitud. Bastaba con querer estar bien para lograrlo. La mágica visión del mundo de mi madre pasaba porque el universo me traería todo lo que yo necesitaba si dejaba de lamentarme e intentaba mostrarme más alegre.

Cada vez que me mencionaba una sandez de ese calibre, se me atascaba en la garganta la

respuesta que de verdad quería escupirle a la cara: que era imposible que ese sentimiento que me devoraba desapareciese por arte de birlibirloque porque, por muy cristiana que fuese, ni siquiera ella creía en la resurrección, y a mí lo único que podía sacarme de este estado de sopor eterno en el que me había sumergido era sentir a Raen durmiéndose de nuevo contra mi pecho.

La tristeza daba paso a la ansiedad con una facilidad pasmosa, hasta que esta era sustituida por un sentimiento de vacío persistente.

Dejé mi trabajo, dejé de ducharme, dejé de salir a la calle. Me alimentaba por costumbre. Respondía a todo con un encogimiento de hombros. Me sentía perpetuamente cansada. De levantarme. De mantener conversaciones que no me interesaban. De ser educada. De vivir.

Tenía pesadillas a menudo. No eran ese tipo de pesadillas que te despiertan entre gritos en mitad de la noche, no. Me asaltaban con una calma tortuosa, permitiéndome llegar hasta el final de una historia incoherente y poco nítida que mi subconsciente recreaba para mí, pero que me dejaba con lágrimas en los ojos al despertar, el pulso acelerado y una sensación de congoja en el pecho que no conseguía disipar con nada.

Cuanto más insistían mis padres en que tratase de hacer una vida normal, con una rutina que me sacase de aquella desidia autoimpuesta, más me retraía en mí misma. Me volví irritable, buscaba enfrentamientos con ellos que carecían de base.

Supongo que mi madre se rindió en algún momento entre mis gritos irracionales y mi apatía total, porque después de casi un mes de convivencia forzada con ellos, fue Marc quien se presentó frente a mi puerta con cara de lástima y una súplica tiñendo su voz que me partió el alma por no poder ceder a su ruego.

Durante casi cuatro meses mi hermano cogió más aviones que en toda su vida para pasar conmigo cada puente, cada fin de semana que podía, cada una de las pequeñas vacaciones que logró juntar. No me dejó ni a sol ni a sombra. Me llamaba a diario, me mandaba mensajes cada noche, me pedía cada mañana que volviese a casa con él.

A casa.

Yo no tenía casa.

Mi casa era Raen. Y Raen ya no estaba en ningún sitio.

Pero no podía moverme de Sevilla, no me podía marchar. No hasta que alguien dijese ante un tribunal que Wallace tenía que pagar por la muerte de nuestro hijo.

\*\*\*

Hoy Raen hubiese cumplido un año y un acuerdo firmado por su padre y el Fiscal que llevaba el caso de la muerte de mi bebé dice que Wallace solo merece un año de prisión por habérmelo arrebatado.

Una condena inferior a los veinticuatro meses y un día que hubiesen hecho que tuviera que pisar una cárcel.

Wallace mató a nuestro hijo y no habrá castigo. Tampoco consuelo para mí.

La misma tarde en la que me lo comunican, hago las maletas y me rindo a los deseos de mi hermano. Vuelvo a Barcelona, me marcho lejos, huyo de los recuerdos que me atormentan cada minuto de mi vida.

Dejo atrás las calles por las que paseé con él. Olvido en un piso vacío, pero lleno de dolor, los últimos juguetes que me permití conservar. Le pido a Marc que desmonte la única habitación de aquella casa en la que no he conseguido volver a entrar en más de cinco meses.

Regreso a la ciudad de mi infancia, donde Raen nunca llegó a existir. Donde todo el mundo me

pide que deje de llorarlo porque no es sano para mí.

Me convierto en esa mujer que descubre que los llantos y la pena aburren a la gente. Mi vida se torna en una constante repetición.

«Tienes que animarte».

«No puedes seguir así».

«Intenta estar más fuerte».

«Pon de tu parte».

Los «¿cómo no se me habrá ocurrido antes?» llenos de sarcasmo y un poquitito de rencor se me quedan atascados en la punta de la lengua, porque sé que todas esas palabras estúpidas provienen de personas que me quieren, que no saben qué hacer para ayudar, que empiezan a sentirse incómodos por inútiles cuando yo ando cerca.

Así que asimilo que las sonrisas son las mejores mentiras que puedes contar a alguien. Cada día me visto con una máscara que transforma mi rostro, convirtiéndolo en algo más fácil de mirar, colocando curvas alegres en mi boca donde antes solo había muecas de dolor; ofreciendo paz a mi alrededor a aquellos que se bloquean por la impotencia ante mis continuos desplantes cuando tratan de hacerme sentir mejor.

No lo entienden. No pueden hacerlo. Así que dejo de intentar que comprendan que yo nunca volveré a ser la mujer que una vez conocieron, y finjo ser quien ellos querrían que fuese.

Lo hago tantas veces en los siguientes meses que me creo por momentos que la antigua Malena aún vive en mí. Practico tan a menudo las sonrisas que hasta alguna me sale sincera. Y vivo. O sobrevivo.

Y dejo de hablar de las pesadillas.

Y aprendo a llorar en silencio.

Y dejo de incomodar a todo el mundo.

Y aprendo a permitir que la máscara me defina.

Y dejo de ser frágil.

Y aprendo a aparentar que no estoy vacía.

2013

De marzo a julio

Raen, tu tío Marc sigue insistiendo en que no estoy bien.

Lo hace a voces, delante de tu abuela, que gira la cabeza y mira para otro lado.

No la culpo. Mirar hacia otro lado es fácil, demasiado.

Los gritos me recuerdan a tu padre, y tu padre me provoca una rabia visceral. Pero en vez de cabrearme, me da por llorar.

Mierda. En las últimas semanas lloro por cosas estúpidas.

La verdad es que también lloro por cosas importantes. Y porque sí. Sobre todo, últimamente, lloro porque sí.

—Han pasado tres meses desde que volviste. Tendrás que empezar a pensar en hacer algo más que estar tirada en la cama. Deberías sopesar qué quieres para el futuro —me dice a menudo tu tío.

Futuro.

Y Raen, ¿cómo le explico que no soy capaz de encajar esa palabra en lo que veo por delante de mí?

Cariño, ¿cómo le hago entender que ni siquiera tengo ganas de que llegue mañana?

\*\*\*

Raen, ¿duele morir?

Es algo en lo que pienso a menudo desde que me dejaste.

He conseguido que tu tío deje de ponerse tan pesado con el tema de que me anime. Solo he tenido que ponerme el disfraz de mujer despreocupada.

Después de cuatro días sin ducharme ni salir apenas de la cama, me he arreglado, he ido a la peluquería a cortarme el pelo por debajo de las orejas y a tomar un helado con Marc.

Ha sido raro, como si me estuviese interpretando a mí misma, a una yo que aún recuerda cómo sonreír.

Él ha vuelto feliz a casa. Y yo no puedo dejar de pensar en si desaparecer dolerá demasiado.

\*\*\*

Raen, he estado mirando por Internet bombonas de oxígeno. Es algo que llevo un tiempo pensando en comprar.

El aire aquí escasea, ¿sabes? Siempre parece que estoy en el fondo de un pozo oscuro en donde nunca consigo respirar del todo bien. No puedo inspirar profundo. No puedo llenarme nunca los pulmones.

He navegado por Amazon durante casi una hora mirando diferentes modelos aprovechando que tus tíos se han ido al cine y me han dejado tranquila en la seguridad de mi habitación.

A ratos creo que mudarme con ellos fue una idea pésima. Buscaría algún piso pequeño para mudarme, pero me da pereza. Todo me da pereza.

\*\*\*

Raen, hoy me han echado de una tienda. Era uno de esos sitios donde vas a que te miren si tienes algún problema de audición.

Había salido con tu abuelo a tomar un café porque tu tío sigue pendiente de que haga algo más que dormir, aunque sea lo único que me apetece de verdad.

Al volver hacia casa me di de bruces con el establecimiento y entré sin pensarlo mucho, de forma automática.

Les expliqué que en las últimas semanas siento un zumbido sordo que nunca cesa. Es molesto, gris, pegajoso.

Solo quería que me lo quitaran.

Me revisaron con prisas y me dijeron que todo estaba bien.

Me mintieron.

Nada está bien.

Nada.

Así que les grité y tiré algunas cosas de sus preciosos mostradores. Eran muy bonitos, la verdad.

Di un par de patadas al guardia de seguridad que trató de sacarme de allí, y me sentó bien.

Les exigí que volvieran a hacerme algunas pruebas, porque mis oídos no estaban bien. Una señorita muy guapa, y que probablemente no tiene un zumbido constante que le embota toda su realidad, me replicó que lo que no estaba bien era mi cabeza.

No me atreví a contradecirla.

\*\*\*

Raen, me duelen mucho la cabeza y la espalda.

Tu olor siempre me calmaba las cefaleas. Pero no estás. Solo tengo Ibuprofeno y una manta eléctrica. Y esta pena que siempre me acompaña.

\*\*\*

Raen, esta mañana la lluvia me ha pillado en plena calle. Había salido a hacer la compra. Tu tío no hace más que apuntarme cosas que sabe que me encantan con la esperanza de que vuelva a comer algo. No entiende que yo no tengo apetito.

El agua ha llegado de repente. No ha avisado, no ha habido gotas traicioneras que te impactan en la frente anunciando a sus hermanas. Ha sido algo imprevisto y brutal.

Me he llevado la mano a la tripa, al punto en el que tú me tocaste para hacerme saber tu nombre, pero no te he sentido.

Y el vacío se ha hecho más grande.

Dentro de poco crecerá tanto que no habrá sitio para mí.

\*\*\*

Raen, hoy he discutido con tu tío.

Parece que nada le vale nunca. Me pongo mi disfraz de mujer alegre para él, me levanto de la

cama aunque no tenga ganas, disimulo los mareos, los dolores y esta opresión en el pecho que me aplasta sin piedad ni remordimientos... pero a él no le vale.

Me habla de enfermedades de las que no quiero escuchar nada, sin entender que yo no estoy enferma. Simplemente ya no estoy completa. No sin ti.

Le he pedido que me deje en paz y no quiere. Me molesta. Me irrita. Me sobra.

Todo me sobra. Menos tú.

Pero tú no vas a volver, así que ¿qué importa todo lo demás?

\*\*\*

Raen, creo que algo se me ha roto por dentro.

Desde ayer solo soy capaz de pensar en que parezco mi propia carcelera y mi prisionera, todo al mismo tiempo. Quiero gritar hasta que me estalle la cabeza, solo que no sé por qué. Puede que porque crea que así podré salir de este encierro que me impone mi mente, aunque mi cuerpo me pida un poco más de reclusión.

No me entiendo. Lo intento, pero no me alcanzo.

Y el aire sigue faltando.

Y el vacío sigue creciendo.

Y las ganas siguen ausentes.

Y yo ya no sé qué hacer.

\*\*\*

Raen, hay un lobo en mi habitación y no se quiere marchar.

Le he gritado. Le he suplicado. He intentado razonar con él y hasta negociar. Pero él solo me enseña los dientes.

He probado hasta a luchar. Y no se quiere ir.

Y yo ya no sé qué más intentar.

Si tanto te gustaba, ¿por qué no te llevaste a Colmillo Blanco contigo, cariño?

¿Por qué ni siquiera valgo para hacer que se vaya?

¿Por qué lo tengo que tener a mi lado si solo me recuerda que él se quedó y que tú me dejaste?

\*\*\*

Raen, tu tío ha roto la tregua.

Hoy ha dicho la palabra que todos evitábamos pronunciar en voz alta.

—Malena, por favor, necesitas ayuda. Estás deprimida, y nosotros no sabemos cómo hacer que mejores.

A eso no he podido decirle nada, porque es verdad que ellos no saben qué hacer conmigo. Ni yo sé qué hacer conmigo.

Me ha jurado que va a estar a mi lado. Yo me he tragado con las lágrimas que ya no derramo el nudo que se ha instalado en mi garganta ante las ganas de gritarle que no quiero a nadie molestándome. Pero es que sí que lo quiero.

Todos los que me rodean me causan rechazo, aunque me da pánico que me dejen sola; abrir un día los ojos y darme cuenta de que de verdad no me queda nadie.

Creo que si me contradigo una sola vez más, me volveré loca.

Puede que ya lo esté.

De hecho, Marc habla de psiquiatras y drogas que hacen olvidar. Puede que solo por eso merezca la pena probar.

Quiero olvidar.

¿Se podrá borrar este dolor que me quema?

Lo deseo tanto que llegar a pensar que puedo conseguirlo me mata un poco, porque hay cosas que necesito conservar conmigo.

Si hago caso a tu tío, si me dejo llevar a ese mundo de batas blancas... ¿Te olvidaré a ti, Raen?

2019

Vuelvo a un presente donde mi hijo es solo un recuerdo enterrado en álbumes de fotos que yo casi no me permito mirar y en el que Jorge parece no haberse marchado nunca de mi lado, a pesar de que su ausencia pesó durante demasiados años mientras yo dormía al lado del único monstruo que aun hoy sigue aterrorizándome.

Carraspeo con fuerza, buscando una voz que se niega a salir sin temblar de mi garganta. Cuando trato por tercera vez de decir alguna tontería que relaje el ambiente y fallo estrepitosamente, decido que el silencio no puede ser peor que las palabras vacías.

—¿Estuviste mucho tiempo en tratamiento?

Me encojo de hombros de forma automática, como hago siempre que quiero restarle importancia a algo, o como cuando espero que otros no se la den.

—¿Psiquiátrico? Unos meses. Me medicaba bastante. Esa fue la parte sencilla. La anulación de la consciencia en la medida en la que se me permitía médicamente. —Sonríe de lado, pero él no me sigue. Solo me mira y aguarda a que siga—. Después llegó la terapia, las consultas para ajustar las dosis de las pastillas, los consejos, la comprensión de la gente que me rodeaba, la lástima pintada en la cara de quienes no lo entendían, la luz, la vuelta a la oscuridad, la primera noche en la que me apeteció salir a bailar, un día entero en el que no pensé en Raen, más terapia, mucha terapia. Aquello duró algo más, la verdad.

No le doy detalles. Aún no me siento con fuerza, así que no le hablo de aquellos tres meses internada, de los muchos llantos, demasiadas dudas y casi las mismas ganas de rendirme. Ese fue el tiempo que tardé en asomar un poquito la cabeza de esa nada que me absorbió, de esa depresión que casi me consumió.

Transcurrido ese periodo fui capaz de empezar a retomar una vida. Ni normal ni anormal. Solo una vida.

Hice cursos sobre informes de lectura, corrección de textos, escritura creativa... Me sumergí en cualquier cosa que me oliese a libros, a palabras, a aquello que abandoné en su día. Busqué trabajo como editora literaria y correctora de estilo para una empresa que gestionaba varias páginas web y cumplí con unos horarios exigentes que me dejaban pocos ratos libres para pensar.

Iba a ver a mi psicólogo de forma regular y le hablaba de Raen hasta que la boca me sabía a bilis y rabia. También le contaba muchas cosas sobre Wallace; sobre la culpa que siempre parecía invadirme cuando hacía algo que pensaba que a él no le gustaría, aunque yo no viese dónde estaba el pecado; sobre lo pequeña que lograba hacerme sentir solo con palabras; sobre las ganas de dejarlo y de luchar por él, todo a la vez, como en un caos orquestado que desordenaba mis días; sobre la absurda angustia que me producía el pensar que se marchase, cuando a ratos era lo que más deseaba en el mundo.

Me atreví por primera vez a verme como lo que había sido: alguien maltratado, alguien anulado.

Descubrí un grupo de apoyo formado por personas que habían pasado por algo similar a mí, y por primera vez en muchos muchos meses me sentí comprendida al hablar de Raen.

Cometí el error de follar a menudo con uno de los divorciados que acudía a ese mismo grupo y

cuyo hijo había muerto a los cinco años por culpa de un cáncer. Él creyó que aquello era algo que merecía la pena explorar. Yo en él solo veía una vía para sentir algo bueno, algo que me hiciese gritar por un motivo que no fuese el dolor, la frustración o la culpa.

Dejé aquel grupo y dejé a aquel hombre. Pero salí más por ahí con Marc y Teo.

Me divertí y volví a casa sin llorar por haber disfrutado en un mundo sin Raen.

Seguí adelante. Quise ser feliz, y me atreví a intentarlo; poco a poco, sin dejar de luchar.

—¿No has vuelto a saber nada de Wallace? —Jorge me hace aterrizar de nuevo en su salón con su pregunta.

—Cuando la orden de alejamiento quedó anulada, trató de acercarse de nuevo a mí a través de mensajes y llamadas. Lo bloqueé de cualquier dispositivo electrónico o red social por la que pudiera localizarme.

»Cuando llevaba en Barcelona tres meses apareció por aquí, y Marc casi lo mata. Insistió durante algunas semanas, pero creo que cuando comprendió que yo estaba más ida que cuerda en aquellos momentos, decidió que no le valía para nada, que una mujer tan destrozada era demasiado trabajo con el que lidiar.

»Lo último que supe de él, porque él mismo se encargó de hacérmelo saber, no sé si pensando que me haría daño o como un intento estúpido de darme celos, fue que había empezado una relación con otra mujer como al año de que yo me marchase de Sevilla. Recuerdo que ese día me sentí miserable, porque lo único que pude pensar al ver la foto que él me hizo llegar por correo postal junto a una nota en la que aseguraba haberme olvidado —algo que contrastaba bastante con el hecho de que se tomase tantas molestias en que yo fuese consciente de que estaba saliendo con alguien— fue «mejor ella que yo».

—Eso no es miserable, es humano.

Me separo de su pecho, ocupando el otro lado del sofá para enfrentarlo y poder mirarlo a la cara mientras mi historia cobra vida en su cabeza.

Me encojo de hombros, porque no sé qué contestarle, y él sigue ordenando todas las preguntas que se le acumulan en la mente después de que le haya confesado lo que de verdad fue mi vida durante esos años negros.

—¿Tus amigos no saben nada sobre Raen?

No detecto juicio en su voz. Quizá un poco de estupefacción, algo de sorpresa... y mucha preocupación. Eso es lo que me lleva a tratar de ser sincera con él, incluso cuando preferiría poder abandonar ya este tema.

Los psiquiatras y los psicólogos me ayudaron a darme cuenta de que quería avanzar, de que quería sentirme bien de nuevo, aunque no hallaron fórmulas mágicas que consiguiesen que pensar en mi bebé dejase de doler como si me bañase en brasas candentes.

Dicen que el tiempo lo cura todo. A mí ese dicho solo me parece un montón enorme de basura.

—Una vez intenté contárselo a Hana. Estábamos de copas, algo borrachas. Ella no hacía más que señalarme hombres que le parecían interesantes, por si yo quería terminar la noche acompañada. Hana está empeñada en que me eche pareja formal y esas bobadas. Creo que tiene ganas de que salgamos en plan parejitas: Víctor, ella, mi novio invisible y yo. —Jorge suelta una especie de bufido que hace que levante la vista del suelo donde había fijado mi concentración, como si en ese trozo de parquet fuese a encontrar el oxígeno que necesito para dejar de sentir que la habitación se encoge a mi alrededor—. No te rías.

—No es eso, Mal. Es que se me hace raro imaginarte... Da igual. Gilipolleces mías. Sigue, por favor.

Dudo unos segundos, mirando cómo él aprieta la mandíbula primero y la relaja después, justo

antes de lanzarme una pequeña sonrisa y acercarse el metro que mantenía nuestras manos separadas, que de pronto están entrelazadas. Me acaricia el dorso con cuidado y un mimo que me regala escalofríos detrás de la nuca.

—Por favor —repite.

Inhalo todo el aire que puedo, tratando que la sensación de ahogo me dé una tregua. Y se lo concedo. A él. Solo a él. Una vez más.

—Me empezó a preguntar por mi tipo de hombre, para saber qué tenía que buscar en aquella jungla de sexo y alcohol, y yo solo le pedía que lo dejase. Ella insistía, dándole a aquello un aspecto de juego, pero empezó a preguntarme por mis ex, para tener referencias, según ella. Supongo que usé un tono más duro de lo normal, o dije algo que la molestó, porque se calló de golpe, se irguió sobre su taburete y miró al frente durante un rato que a mí me pareció larguísimo, con los labios fruncidos y los brazos cruzados sobre el pecho.

»Estaba a punto de claudicar y decirle que siempre los he preferido morenos y graciosos, y entonces ella me soltó una verdad que me dolió. Me dijo que era verdaderamente difícil conocerme porque no dejó entrar a nadie, que hablo mucho pero cuento muy poco... que a veces dudaba de que yo la considerase una amiga.

Desenredo nuestros dedos y me pongo de pie sin mirarlo. Cojo el vaso con el que me hice al llegar y que descansa ya vacío sobre la mesa del salón. Miro la hora y decido que ya es lo suficientemente tarde como para ir hasta la cocina para llenarlo de hielo, Coca-Cola y un poco de valor en forma de ron.

Jorge no se mueve de su sitio. No me dice nada. Me da mi espacio, mis tiempos.

Él no conoció a la Malena que daba la llamada por respuesta cuando algo la incomodaba; o a la que sonreía mientras todos los demás se vaciaban entre cañas y risas, rezando para que nadie le pidiera que contara algo demasiado personal sobre sí misma; o a la que inventaba historias sobre su vida para tener de qué hablar contra la barra de un bar con los pocos extraños que habían pasado por su cama en esos años.

No. Jorge solo conoció a Mal, que nunca se callaba, que disfrutaba compartiendo con él hasta de qué color tenía pensado pintarse las uñas esa semana, aquella que hablaba sin pudor de sentimientos y miedos.

Y a pesar de todo, él solo espera. A que yo esté lista. A que yo dé el paso. A que confíe en él.

Me apoyo en la encimera, sin llegar a sentarme del todo sobre ella y le doy sorbos largos a mi cubata. Lo apoyo junto al fregadero y tomo aire una vez más, como si en aquella casa, o en aquella compañía, sí que recordase cómo respirar.

—Me dolió de verdad que pensase algo así, porque es la única persona a la que he llegado a considerar una verdadera amiga después de perder a Raen. Empecé a trabajar en su librería en un momento de mi vida en el que necesitaba nuevas ilusiones para no caer de nuevo en un agujero de monotonía y desidia que me llevase a tener pensamientos más negativos. Había dejado mi trabajo y me permití emocionarme por la perspectiva de lo nuevo. Ella fue lo que llegó. Y fue un puto regalo.

»Te juro que esa noche quise hablarle de Raen. Me imaginé haciéndolo. Comencé a formar las palabras en mi cabeza y, ¿sabes de lo que me di cuenta entonces? —Jorge solo me mira, con gesto serio, con los ojos fijos en los míos. Solo espera—. No existe una palabra concreta que defina lo que soy. Cuando muere tu marido te conviertes en viuda. Cuando fallecen tus padres, pasas a ser huérfana. ¿Qué soy yo, Jorge? ¿Cómo le explicaba a Hana qué me había pasado, si ni siquiera podía nombrarlo? ¿Le decía que es que ella no sabía que yo soy madre? Porque, si soy madre, ¿dónde está mi hijo? ¿Le tenía que decir que lo fui? ¿En pasado? ¿Como algo que, simplemente,

desapareció? Verás, fui madre, pero ya no lo soy más. No es cierto.

Dejo escapar un bufido frustrado, carente de humor. Miro al techo. O al cielo, no lo sé. Quizá lo busque a él. O solo ruego por un último resquicio de fuerza para terminar de contar quién fui, quién soy... aunque a veces ni yo lo sepa.

—Eso no es cierto —repito—, porque Raen existió, fue real. Él me acarició por dentro. Yo lo abracé, lo besé y lo acuné. Sentí la felicidad en cada poro de mi piel mientras lo bañaba. Me pareció que el corazón se me quedaba pequeñito cuando lo mecía a esa misma altura. Descubrí que la parte de atrás de su cuello era lo más suave que acariciaré jamás.

No levanto la voz, no grito, no me altero. Ya no.

Pero tiemblo.

Jorge se levanta despacio, sin apartar su mirada de la mía, sin soltarme.

Me seca unas lágrimas que yo no había sentido bañarme la cara. Lo hace con un cuidado que me lleva a pensar que ahora mismo debo dar la impresión de que podría romperme. No me extrañaría. Yo me siento deshecha en trozos por dentro.

Han pasado ocho años desde que Raen murió y yo me sigo rasgando el alma cuando pienso en él.

El tiempo todo lo cura.

Y una mierda.

—Si soy madre, ¿dónde está mi hijo, Jorge? —repito antes de derrumbarme por completo en sus brazos.

Esta es la historia  
de un nosotros  
ya perdido  
que ella  
  
**y él...**

2019

Necesito una máquina del tiempo. Una que me lleve al momento exacto en el que permití que Malena se fuese de mi lado. O en el que la empujé a ello.

Necesito esa puta máquina del tiempo para darme dos guantazos, cogerla de la mano y dejar que me lleve donde quiera ir. Con Wallace, con Raen, a Sevilla o a la jodida Patagonia. Me da igual. Pero con ella. Protegiéndola, cuidándola, como ella siempre hizo conmigo.

Escucho en silencio el infierno que atravesó. La oigo caer en esa nada absoluta que casi la devoró por completo. Y tiemblo cuando la veo anhelar hasta la desesperación a su hijo, ese que ya no volverá.

La entiendo.

Dios... cómo la entiendo.

Quiero hablar con ella, decirle que no tiene que llorar en silencio, ni a escondidas. Que da igual el tiempo que haya pasado, los duelos que le hayan hecho creer que ya debería haber superado.

Duele como el demonio. Sangra como un animal herido. Supura veneno, y si te dejas llevar, te destruye. Eso es la herida que Malena tiene abierta. Una que, de alguna forma, compartimos.

Y entonces lo entiendo: esa conexión, ese algo que siempre aparece cuando me acerco a ella, esa comodidad que flota entre los dos cuando estamos juntos, aun sin hablar, aun sin terminar de estar. Es reconocimiento. Me veo reflejado en ella de alguna manera, porque sé que es como yo, que es una superviviente. Es alguien que murió un poco cuando el corazón de aquel a quien amaba por encima de todo dejó de latir.

—Cuando fui a pedir trabajo a la clínica en la que estoy ahora conocí a un par de compañeros con los que conecté muy rápido. Ellos tenían la costumbre de salir algunos jueves a cenar algo, ver algún partido si lo había o tomar unas cervezas. Para reforzar los lazos, decían.

Malena no se despegaba de mi abrazo. Deja la cabeza enterrada en el abrigo de mi hombro, aunque me doy cuenta de que ha dejado de temblar. Solo por eso me obligo a continuar.

—La tercera vez que salí con ellos, Joan me preguntó si tenía novia. Cuando negué con la cabeza, insistió. «¿Y tu familia? ¿Vive aquí o es de fuera?». Me atreví a compartir con ellos que no tengo relación con mis padres. «¿Y no tienes hermanos o hermanas?». —Me sale un amago de risa que se queda en lamento antes de ser capaz de reanudar mi historia—. Puede sonar tonto, pero era la primera vez que alguien ajeno a mi pasado me preguntaba por algo tan normal, y no me había parado a analizar qué era lo que tenía que contestar a eso.

Malena sale de su escondite y me mira con los ojos encendidos, enormes y llenos de lástima.

Le meto detrás de la oreja un mechón de pelo de su flequillo que se ha pegado a sus lágrimas secas y ella se muerde un carrillo por dentro, con fuerza. Hacía ese mismo gesto cuando era una niña que no sabía qué hacer o decir para lograr que me sintiera mejor. Nunca le dije que tenerla cerca ya conseguía ese efecto.

—¿Qué les respondiste? —casi lo susurra, y yo me inclino un poco hacia ella con la intención de escucharla mejor, pero solo logro sentir que la necesitaría más cerca.

—Que no.

Malena cierra los ojos y una nueva gota, salada y solitaria, rueda por los surcos que la pena ya había dibujado en su cara. Puede que esté pensando en que se siente decepcionada por mi respuesta. O quizá solo está evocando aquellas ocasiones en las que ella utilizó una parecida para librarse de conversaciones indeseadas.

—Esa noche lloré como un crío por lo cobarde que había sido, por negar así a Teo, por haberle fallado.

—No hiciste eso.

—Claro que sí. Lo negué. Lo desterré, como si nunca hubiese estado, como si él no hubiese sido más padre para mí de lo que lo fue el cabrón que me concibió. No quise dar explicaciones y borré a Teo de lo que yo soy.

Conozco a Malena. Hace años que no la veo, podría haber cambiado tanto como para ser solo una extraña que compartió años de juventud conmigo... pero conozco a Malena. Algo en las tripas me lo dice. Algo en el pecho me lo grita. Y sé que ella está de acuerdo en que esa noche no fui valiente, no fui buen hermano, así que tiene la decencia de callar y dejar que me vacíe del todo frente a ella.

—Lo que quiero explicarte con esto es que sé lo que es perder a alguien que era... joder, que era casi todo en tu universo; y sentir que todo el mundo espera que sigas adelante ignorando el dolor. No es que compare tu sufrimiento y el mío. Un hermano no es lo mismo que un hijo, per...

—El dolor es dolor, Jorge. Y a cada uno nos pesa el nuestro. No es una cuestión de ponerlos en una balanza, sino de aligerar como podamos el propio y el de aquellos que nos importan.

Se yergue un poco, y yo me siento estúpidamente decepcionado cuando pienso que pretende darme a entender que necesita algo de espacio entre ambos. Tres segundos después, la comisura del labio se me eleva un poquito cuando me doy cuenta de que solo quiere girarse y alcanzar un nuevo hielo que deja caer en su vaso de sidra, junto a los otros dos que ya habían comenzado a deshacerse.

Se pone de puntillas y alcanza una nueva copa. Deja caer dos rocas más y sirve mucho más ron que naranja. Yo estoy tentado a decirle que hace años que me pasé a la ginebra, pero decido que esta noche puedo ser el chico que ella recuerda. En todos los sentidos.

—¿Quieres contármelo? ¿Qué fue del Jorge que me he perdido?

—Que lo perdiste tú y se perdió él.

Me tiende la copa y la acepto de buena gana.

Sé que es mi turno.

—¿Desde el principio?

—Claro.

2015

Junio

*Tengo ganas de vomitar.  
Dios, no puedo vomitar aquí.  
Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.  
Respira, vamos, respira. Más hondo.  
Seis. Siete. Ocho. Nueve. Diez.  
Coge aire, más.  
¡Más!  
Puedes hacerlo, estás bien.  
No estás metido en una caja.  
No eres tú al que están echando tierra encima. Solo es Teo.  
Solo Teo.  
Cierra los ojos, concéntrate.  
Haz que esos dichos golpes en el pecho se ralenticen.  
—Jorge, nos vamos a casa. Venga.*

Mi padre parece inmune al dolor que inunda el cementerio. Tampoco me extraña. Estoy casi seguro de que ha organizado y presenciado el entierro de su hijo mayor por mantener las apariencias frente a sus conocidos, a pesar de que solo cuatro o cinco personas de su entorno estén aquí ahora mismo.

Para mis padres, la homosexualidad de Teo fue una afrenta directa contra ellos. Así de gilipollas llegan a ser.

Mi atención se centra en Marc, que parece a punto de lanzarse a la fosa donde ahora yace mi hermano. Ojalá lo hiciese. Ojalá fuese él el que estuviese ahí dentro, pudriéndose, sirviendo de comida para los gusanos. Él conducía la moto que se estrelló contra el puto coche. Él no debería estar aquí. Él no tenía derecho a arrebatarle a mi hermano.

—Yo me quedo.

Creo que detecta las ganas de bronca que burbujan por todo mi ser, porque mi progenitor no pone objeción a marcharse de vuelta a casa solo con mi madre.

Me aparto un poco de la multitud, de aquel cúmulo de caras desconocidas que abrazan a mi cuñado entre pésames manidos y lágrimas que se limpian con rapidez, y me siento en los escalones de la entrada a un mausoleo cercano.

Observo el ir y venir de todo el mundo como si estuviese en una obra de teatro, en una película, en una vida que no es la mía, en la que puedo alejarme y ser un mero espectador que se levantará y saldrá de allí cuando el argumento no se arregle como a él le gustaría.

Por el rabillo del ojo detecto movimiento a mi lado, alguien que se sienta junto a mí. Sé que es ella sin necesidad de girarme. Solo Malena estaría tan loca como para venir conmigo cuando mi cara debe de reflejar a la perfección mis ganas de liarle a hostias contra lo que sea ahora mismo.

La vi en la iglesia, durante la misa. Hacía cinco años que había compartido espacio con ella por última vez. Estaba más delgada, cambiada... rara. Supongo que la muerte de un hijo te transforma.

En su momento, me odié por no volver de Irlanda para estar con ella en esos momentos, pero no me vi con fuerzas. No sabía qué éramos ya el uno para el otro. Demasiada distancia y muy pocos momentos juntos. Malena me parecía entonces más un recuerdo que un futuro.

Elevo las piernas hasta apoyarlas en el primer peldaño y me las abrazo con fuerza. Apoyo la barbilla en mis rodillas y permanezco en silencio. No quiero hablar. No quiero respirar. No quiero nada. Ni a nadie. No ahora.

Mal deja caer la cabeza contra mi hombro y no tardo en notar la humedad que su llanto callado deja en mi camisa.

Marc y sus padres siguen al lado de la tumba de Teo, recibiendo apretones de manos y besos educados. Casi todo el mundo se ha marchado ya cuando escucho su voz.

—Parece irreal.

No sé qué contestarle a eso, así que opto por permanecer en silencio.

Dejamos pasar el tiempo y su contacto consigue que la calma regrese a mí. Por primera vez en un lustro siento que entre ella y yo las cosas no cambian, solo se difuminan, y basta un rato compartido sin palabras para que eso que una vez tuvimos reaparezca con fuerza.

Solo que no tengo intención de pasar mucho tiempo a su lado. Estar con ella implicaría estar con Marc, regresar a un mundo en el que todo permanece menos Teo.

Odio esa posibilidad.

Quiero espacio y nuevos lienzos. Que el olvido lo engulla todo.

—¿Vas a volver a Limerick?

—Sí.

Le miento, porque es más sencillo que explicarle que me muero por derrumbarme y que ella me sostenga, pero que odiaré para siempre a su hermano, a la persona más importante que queda en su mundo, la única que fue capaz de traerla a ella de vuelta hace tres años cuando yo le fallé por completo.

—¿Cuándo?

—Pronto.

Entiende lo que estoy haciendo. Sé que lo entiende, así que asiente despacio y se arrebujá más cerca de mí, como si me pidiese dejarnos disfrutar de ese único momento que nos daremos. Yo le paso un brazo por los hombros y la abrazo con fuerza, de lado, permitiéndome un par de lágrimas que creí imposible que aún me quedasen. Realmente pensé que las había gastado todas en los días anteriores.

—Cuando estés listo, seguiré aquí.

—¿Después de todo?

Se aparta de mí lo justo para mirarme a los ojos. Los suyos están llenos de pena, dolor y experiencia. Cómo desearía poder perderme en ellos.

—Siempre.

Y la creo.

2015

Julio

Juro que si tengo que escuchar una vez más cómo mi padre sorbe la sopa con ese asqueroso sonido saliendo de su boca, me levantaré y le tiraré el líquido de su plato por la puta cabeza.

Cada vez me resulta más difícil seguir en esta casa, rodeado de dos personas que actúan como si nada pasase, como si su hijo mayor no hubiese muerto hace apenas tres semanas.

Los seres humanos podemos normalizar la más dura de las situaciones. Cuando una tempestad estalla con fuerza en nuestra vida nos parece que no seremos capaces de levantarnos, de seguir adelante. Pero cuando la calma vuelve tras la tormenta, nos acostumbramos a convivir con casi cualquier circunstancia.

La rutina se impone. Lo imposible se torna familiar.

Yo estoy aprendiendo a vivir sin Teo. Hace menos de un mes pensé que mi vida se terminaba con el fin de la suya, hasta que me di cuenta de que casi nada te destruye por completo, que cada mañana me puedo levantar y desayunar sabiendo que él ya no existe, que puedo salir a la calle sabiendo que encontrármelo no es una posibilidad, que puedo seguir marcando los números de mis amigos siendo consciente de que si llamo a su teléfono ya nadie responderá.

Me acostumbro a mi nueva realidad, porque eso es lo que se espera que haga: que siga viviendo, porque yo no me quedé tendido en una carretera con el cuerpo destrozado y el corazón inmóvil.

Un nuevo sorbido, más ruidoso que los anteriores, me saca de ese mundo interior al que huyo cada vez con más frecuencia.

—Si vuelves a aspirar otra vez la jodida sopa, me levanto y me piro, papá. Es asqueroso oírte comer.

El ruido metálico de la cuchara cayendo contra el plato de mi madre no me produce ningún efecto. Me da igual. Todo me da igual. De hecho, deseo con fuerza que mi padre me responda, que me grite, que me dé un motivo para estallar, porque llevo demasiados días guardando rabia dentro, tanta que me quema en las venas, rogando encontrar una vía de escape.

—Jorge, discúlpate ahora mismo con tu padre. —La exigencia en el tono de mi madre me hace reír. Quizá realmente cree que tiene algún tipo de autoridad sobre mí.

—Déjalo, cariño. Se le tenía que acabar pegando algo del otro. Demasiado tiempo juntos. Solo espero que la mala educación y la falta de respeto hacia sus padres sea lo único que le contagiase.

Me levanto con tanto ímpetu que tiro la silla al suelo. Agarro la mesa hasta que los nudillos se me pintan de blanco, respirando y buscando la paciencia que logre que no agarre del cuello a mi propio padre y lo empotre contra la pared más cercana.

Intento hablar alto, para que entienda mi amenaza, aunque no sé si lo consigo por culpa de lo apretados que tengo los dientes ahora mismo.

—No te atrevas a hablar de mi hermano. Ni siquiera te atrevas.

—¡No te atrevas tú a replicarme así en mi propia casa! Te mantengo, te doy una cama, comida, ropa y un techo. No vuelvas a retarme así o no me temblará la mano cuando te ponga las maletas en la puerta.

—No te molestes. Te ahorro el trabajo.

Salgo del comedor con la voz de mi madre alzándose sobre los gritos de mi padre. Me llama entre súplicas, aunque sé que no hará nada, que los deseos de mi padre y sus órdenes más que veladas serán las que se impongan sobre todo lo demás. Siempre es así; su opinión es la única válida. Y ella lo aceptará, igual que termina haciendo cada vez.

Discutirán, se odiarán en silencio, pero terminarán durmiendo uno al lado del otro esa noche.

No puedo entenderlo. Nunca lo haré.

Llego a mi habitación y me hago con la maleta más grande que encuentro. No tardo ni quince minutos en llenarla de todo lo que me parece que no debería dejar en esta casa. Paso al cuarto de Teo y arraso con fotos, alguna camiseta vieja que dejó olvidada en los cajones, su primer pijama blanco de enfermero —que me regaló cuando me gradué—, la colonia que siempre usaba y que yo le robé la última vez que estuve en su casa... Y ya. No hay nada más que pueda llevarme de él. Toda su vida está en el piso que compartió con Marc, y a mí solo me quedan recuerdos y mucha ira.

Salgo de casa arrastrando una maleta que pesa como si llevase una vida metida en ella.

Tres minutos más y ya estoy sentado en un taxi.

Quince después, Gerard me abre la puerta de su apartamento.

Otros cuarenta más y el tequila consigue que todo parezca menos importante.

2015  
Septiembre

—¡Estoy hasta los cojones!

—¿Qué te pasa, hermano?

Gerard apenas levanta la vista de la televisión cuando entro por el salón cagándome en todo. Juro que cada día que pasa vive más en la parra. A veces envidio esa capacidad de que todo le importe una mierda.

—¿Te acuerdas de la entrevista que tenía hoy? —Me mira con cara de no tener ni idea de lo que le cuento—. Joder, macho. Me llamaron de un centro privado la semana pasada. Te lo conté.

Gerard se encoge de hombros y me hace un gesto para que le siga explicando.

—Otra sustitución de un mes. Estoy harto. Es la tercera baja que empalmaría en poco más de nueve semanas. ¿Nadie contrata a gente por períodos más largos de un mes?

—¿Lo has rechazado?

—No. No puedo permitirme decirles que no. No tengo un puto duro, y eso que tú ni siquiera me cobras alquiler.

—Ya sabes que no hay problema con eso.

No, no lo hay. Gerard tiene más dinero del que yo me había pensado. Supongo que sus padres son gente con pasta, porque a él no es que le vea con un trabajo de esos que exigen llevar traje de ocho a tres; y, sin embargo, no le falta dinero para salir cada fin de semana, pillarse algunos videojuegos cuando quiere, comprarse vaqueros caros o invitarme a cenar cuando pasa de poner unos sándwiches en la tostadora.

—No puedo quedarme en tu casa de acoplado para siempre, colega. Necesito encontrar algo más estable o, al menos, mejor pagado. Tengo que demostrar al hijo de puta de mi padre que puedo arreglármelas sin él.

Gerard frunce la boca hacia un lado y me mira tan fijamente que me hace sentir incómodo por un momento. Se inclina para alcanzar el mando y apagar la tele para, a continuación, volver a centrar su atención en mí.

—¿Es en serio? ¿Quieres algo que te dé más pasta o es un decir porque estás cabreado ahora mismo?

—Llevo cabreado meses, pero sí, es en serio.

—¿Tiene que ser currando en lo tuyo?

Elevo una ceja y un montón de opciones se me empiezan a pasar por la cabeza.

—Bueno... supongo que no es imprescindible.

—¿Y si el curro que te propusiese no te hace sentir del todo... cómodo?

Estoy a punto de decirle que no pienso ir a los baños de la estación de Sants a comerles el rabo a viejos perversos a cambio de dinero cuando Gerard se levanta del sofá y me deja con un palmo de narices en mitad del cuarto de estar, aún de pie y sin saber de qué coño habla mi mejor amigo.

Me enciendo un piti mientras espero una explicación de mi colega, que vuelve al cabo de apenas dos minutos y deja caer algo en la mesita que nos separa.

Diez bolsitas pequeñas, blancas, de papel, enroscadas en la parte de arriba.

—¿Qué es esto, Gerard?

—Coca.

Joder. Hostias. Joder.

—¿Por qué tienes tú esto? ¿Te metes?

—No. Bueno, a veces. Pero lo compro para venderlo. Conozco a un tío que me consigue lo que le pida más barato de lo que cuesta en la calle. Coca, LSD, ruedas, maría... Te sacas mucha pasta, hermano. Tienes que soltar unos billetes a algunos gorilas para que hagan la vista gorda en sus locales y descontar lo que inviertes en comprar el material, aunque te hablo de salir a vender tres noches a la semana y sacarte quinientos o seiscientos euros limpios cada vez, más lo que ganes por pedidos directos de gente que ya te conozca. En serio, te sacas mucha pasta, hermano —repite.

Me lo pienso poco, quizá demasiado poco. Solo veo dinero fácil, una salida, un corte de mangas a mi padre, una solución rápida.

Me lo pienso casi tan poco tiempo como el que tardaré en arrepentirme después, pero las salidas cobardes siempre fueron lo mío.

—Me apunto.

2015 - 2016

De octubre a marzo

—Tranquilízate un poco. Se supone que no tenemos que llamar la atención.

Los nervios me secan la garganta y hacen que las luces oscilantes de la discoteca conviertan este momento en algo surrealista. Es como si toda esta mierda le estuviese pasando a otro. A otro que no soy yo, a otro que sabe qué está haciendo con su vida.

Esto me queda grande.

¡Qué coño! Me queda enorme.

—Le he cascado cien euros al tío de seguridad y otros cien al de la entrada. Eso debería valer para que tengamos la noche en paz con ellos. Lo de hoy va a ser fácil, ya verás. Así vas soltándote.

Gerard casi no ha terminado la frase cuando un par de chicos se acercan a nosotros y saludan a mi amigo con un movimiento de cabeza y una seguridad que me hace pensar que no es la primera vez que se ven.

—Ey, tío. ¿Qué tienes hoy?

—¿Qué estáis buscando?

—Alegrarnos la fiesta.

Gerard se ríe de una forma que no me resulta natural y se lleva la mano al bolsillo. Antes de sacar nada, vuelve a dirigirse a ellos.

—Un poco de talco y un par de anfetis. ¿Os parece?

—¿Cuánto?

—Ochenta.

—Danos cuatro pastillas y déjanoslo en cien.

—Dale.

Uno de ellos se coloca enfrente de su colega y de Gerard a modo de pantalla y ellos hacen el intercambio con un disimulo que me deja un poco alucinado. No sé si yo seré capaz de hacerlo de forma tan sutil.

Se marchan igual que han venido, sin llamar la atención, pero un poco más sonrientes.

—¿Ves? Es fácil, en serio. No tienes de qué preocuparte. Esto te va a encantar.

Casi no ha terminado de hablar cuando una chica se acerca a él de nuevo frotándose las manos con nerviosismo y preguntando bajito si vende MDMA. Me parece que va a ser una noche productiva.

\*\*\*

Tengo la cabeza embotada y un martillo golpeando con fuerza en mitad de la frente.

Intento abrir los ojos, pero la luz me molesta y me obliga a darme la vuelta buscando refugio.

Choco contra un cuerpo caliente que no debería estar ahí. Me incorporo y me obligo a despertar, echando un vistazo a mi alrededor, tratando de centrar la mente para que ubique esa habitación que no reconozco como mía.

Joder... el *Rave*.

Ayer salí a vender con Gerard a una macrofiesta en las afueras, de esas llenas de maleteros abiertos que parecen auténticos bares, gente saltando al ritmo de un *techno* machacón y más droga de la que podría consumir una ciudad pequeña media en un mes.

Recuerdo a Gerard haciendo dos filas para probar la nieve, y a mí mismo negándome a meterme esa mierda por la nariz. Y cubatas, muchísimos cubatas.

¡Mierda! ¡La pasta! ¿Qué hice con el dinero de los *pollos* y las anfetás que vendimos?

Me levanto a toda hostia hasta alcanzar mi chaqueta y el bolsillo interior oculto que le cosí para guardar el dinero que sacábamos en noches como la de ayer de forma más segura. Lo abro con los nervios atenazándome la garganta y me encuentro con un fajo de billetes descomunal. Aún no me acostumbro.

Cuento el dinero con rapidez. Mil doscientos euros, sí, está todo. Dios... Mil doscientos pavos un viernes por la noche. Es alucinante. Y sé que Gerard querrá salir hoy y mañana. Espero que esté más espabilado que yo, porque no sé si nos queda cristal y puede que tengamos que acercarnos a pillar.

Escucho un gemido adormilado detrás de mí. El cuerpo que dormía a mi lado, es verdad.

Pongo cuidado en no hacer ruido mientras me visto para evitar despertar a la chica de turno y poder salir de allí sin promesas vacías de futuros cafés y citas para conocernos que no llegarán.

Casi tengo la mano en el picaporte cuando la espalda desnuda y sin cara que descansaba en la enorme cama que preside la estancia se gira, y yo me quedo sin respiración.

Cejas anchas, boca mullida, piel de porcelana, pelo negro como el azabache. Me acerco un poco, solo lo justo para no permitir que mis ojos terminen de enfocarla y la magia se evapore; porque si me quedo aquí, justo aquí, y desenfoco un pelín la mirada, puedo fingir que es ella. Puedo soñar con algo mejor.

\*\*\*

—Vamos, no seas marica.

Odio esa palabra, y Gerard lo sabe de sobra. Nunca la usaría si no estuviese así de colocado.

Empiezo a preguntarme si mi amigo gasta más dinero en pillar coca para esnifársela que el que invierte en comprar para vender. No seré yo quien juzgue sus métodos para divertirse, pero lleva unas semanas un tanto desatado.

—Te he dicho que paso. Que sí, que los porros me gustan, me relajan, pero cada vez que dejo que me convenzas para darme un pase, pierdo el control de lo que hago. No me mola esa sensación.

—¿Qué dices, tío? Si esto lo único que consigue es que vueles.

—Tú mismo. A mí no me va.

—Vamos, solo una. No me gusta pegarme el viaje solo.

Nos hemos acercado a la casa de un colega de Gerard. Algo pequeño, solo para divertirnos, nada de negocios. Bruno Mars me contagia su buen humor a medida que *Uptown Funk* sube de volumen un par de habitaciones más allá del baño donde estoy encerrado con mi amigo.

Y cedo por hoy. No me apetece tener esta batalla otra vez, así que cojo la bolsita que me tiende Gerard y coloco una pequeña cantidad de nieve en el dorso de mi mano izquierda. Aspiro con fuerza cuando me la llevo hasta la nariz y dejo que la coca queme mientras entra.

Sé lo que toca ahora. Me relajo, dejo que la euforia se extienda, que los colores se intensifiquen y que los sonidos se vuelvan más reales a medida que la gente toma aspecto de caricatura.

Y sí, durante un rato, aquella mierda me hace volar.

\*\*\*

—¿Cuántos te quedan?

Gerard tiene que acercarse mucho a mí y gritarme en el oído para que lo escuche por encima de la música, que suena tan fuerte por toda la discoteca que hasta el suelo retumba a su son.

Miro disimuladamente los *tripis* que todavía descansan en el fondo del bolsillo de mi chaleco, dentro de un plástico bien cerrado.

—Solo cinco.

Apenas son las cuatro de la mañana y ya casi no nos queda material para vender. Joder, ¿es que todo el puñetero local consume? Todavía sigo flipando con la cantidad de gente que compra droga a diario.

—Perfecto. Dámelos, que aquel grupito de allí quería algo para alargar la noche. Les puedo rascar cincuenta pavos por lo que tenemos.

Dirijo la mirada hacia el sitio que señala, pero no veo a ningún grupo, solo a cuatro críos que... que nos miran ansiosos.

—¿Estás de coña? ¿Al cuarteto ese que parece una *boy band* recién salida de la E.S.O.? No me jodas, Gerard, no pueden tener más de quince. No podemos venderles a unos niños.

—Están dentro de la discoteca, ¿no? Yo asumo que tienen dieciocho. No es problema mío que el portero pida billetes de veinte en vez de carnés de identidad.

Cuando ve que me quedo paralizado, alternando mi atención entre los chiquillos que se secan el sudor de las manos contra los pantalones y la gente que nos rodea, como si un poli vestido de paisano fuese a salir de detrás de una columna de un momento a otro, Gerard mete la mano en el bolso donde sabe que llevo las pastillas y las agarra mientras me mira enfadado.

—Espabila, Jorge. Tantos escrúpulos solo te van a hacer pasar hambre en esta vida.

Mierda. Qué hartito empiezo a estar de esto.

\*\*\*

*Felicidades, Mal.*

Me quedo mirando la pantalla del móvil durante un minuto entero antes de atreverme a enviarlo.

La llamada entrante me pilla tan desprevenido que casi se me cae el teléfono al suelo. Su nombre brilla como si fuesen neones indicando el camino de vuelta a casa.

—Hola. —Puedo sentir su sonrisa triste sin verla, pero no me gusta imaginarla melancólica, así que me esfuerzo por visualizarla riendo, riendo de verdad, con esa fuerza incontrolable que era ella, como solía hacerlo cuando su cuerpo era mi fuente de calor.

—Hola.

Silencio. Huecos por llenar. Palabras que no encuentran el camino.

—Me has llamado. —Me golpeo mentalmente por la obviedad que acabo de soltar.

—Sí, pensé que querrías felicitarme con más de dos palabras.

—Sí que quiero.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque tengo miedo.

—¿De qué?

—De todo, Mal. De que no pueda perdonar a Marc, de que vernos sea raro, de que me quieras, de que no lo hagas. De que todo haya cambiado.

—Todo ha cambiado, Jorge.

—No me gustan los cambios.

—Lo sé.

—Te echo de menos.

—También lo sé.

—Me gustaría mucho que fueras real.

Siento de nuevo la sonrisa triste, aunque esta vez soy consciente de que soy yo quien la muestra.

Miro de nuevo la pantalla del móvil y, dejando ir un suspiro, empiezo a borrar el mensaje que nunca me atreveré a enviar.

\*\*\*

Me despierto a las cuatro de la tarde. Es lunes, así que espero que hoy Gerard se quiera quedar en casa, porque empiezo a tener verdadera necesidad de estar tres noches seguidas sin salir hasta ver amanecer. Supongo que si me colocase tanto como mi mejor amigo me resultaría más fácil aguantar el ritmo, pero no quiero. Es tan simple como eso, no quiero drogarme, no es lo mío, no me atrae esa falsa sensación de euforia que una raya me hace experimentar durante media hora.

La maría es diferente. Sí, vale, fumar por las noches me ayuda a dormir, pero... bueno, no es coca. No es tan fuerte. Es más manejable.

Además, solo la uso para estar tranquilo, no para evadirme. La vida no mejora porque te metas ninguna mierda. Sigue apestando, solo que lo olvidas durante un rato. A mí esa falsa calma me agobia más que me consuela. Cuando vuelves a la realidad, esta parece aún más fea de lo que la recordabas.

Y, a pesar de todo, aquí sigo, metido en un mundo en el que los días son escasos y las noches eternas, las tías tienen todas la misma cara porque memorizar rasgos que no volverás a ver es una pérdida de tiempo, las horas se estiran hasta parecer todas iguales, los niños se drogan y los adultos lo permitimos, el dinero manda y las voluntades se compran.

Recibo un mensaje en el móvil: una chica que me pide un poco de *speed*. Me calzo y me preparo. Otro día. Uno más.

La puerta de la habitación de Gerard se abre y veo salir de ella a una rubia bastante mayor y a un chaval desgarbado que parece de la edad de mi amigo. Un Gerard despeinado, con pinta de estar atravesando una resaca descomunal, los acompaña hasta el *hall* llevando encima únicamente unos calzoncillos. Se gira lo justo para mirarme y levantar las manos en señal de rendición a la vez que se dirige de nuevo a la tranquilidad de su cuarto.

—Ni preguntas.

No pensaba hacerlo. Cada vez me importa menos todo.

2016

Abril

Estoy guardando la indecente cantidad de pasta que una rubita me ha pagado por unos cuantos volcanes. Es lo bueno de las pijas que consumen de Pascuas a Ramos, que te sueltan lo que les pidas sin rechistar, aunque les infles el precio más que los grandes almacenes a sus productos antes del *Black Friday*.

Una voz débil pero familiar me interrumpe cuando ya estoy a punto de calarme la capucha un poco más y echar a correr para intentar esquivar el torrente de agua que ya me tiene empapado una vez desamparado de la protección del paraguas que llevaba la rubita.

—Perdona, te estaba buscando. Me han dicho que tú podrías venderme lo que busco.

—Claro, amigo. ¿Qué te apetece hoy?

Me giro con la vista aún fija en los billetes que han empezado a mojarse demasiado. Cuando no hallo respuesta por parte de mi nuevo comprador, levanto la cabeza pensando que voy a encontrarme con un poli de cara. En lugar de eso, mi vida pasada me mira con incredulidad a unos pocos pasos de distancia.

Marc parece un fantasma de sí mismo. Más delgado, más ojeroso, más sucio. Menos él.

—Vaya. —Procuró que la sorpresa no se refleje en mi voz, aunque no estoy seguro de conseguirlo—. Bueno, ¿qué te apetece hoy? —repito como si el tener delante a mi cuñado no me estuviese desgarrando poco a poco por dentro.

—¿Qué haces tú aquí? —La medida que yo trato de impostar es completamente contraria al asombro que no esconde Marc.

—Yo vender. Y parece que tú quieres comprar. Qué bonita casualidad. Así que... ¿maría? ¿coca? ¿Te va lo duro? Quizás prefieras un poco de cristal, o unos *pops*. —La rabia que había parecido adormecerse en mi interior en los últimos meses despierta con fuerza al encontrar un objetivo contra el que descargarla.

—¿Qué coño haces vendiendo esta mierda? —Vaya, parece que no soy al único al que la ira consume desde dentro.

—Qué cojones tienes juzgando tan a la ligera cuando eres tú el que se ha arrastrado hasta este barrio para pillar algo con lo que colocarte. Espera, déjame adivinar: vienes a por un poco de éxtasis, o quizás cannabis. Algo que te relaje y te permita olvidarte un ratito de Teo, ¿eh?

Veó la mueca que se le dibuja al escuchar su nombre, la misma que ocultó yo al decirlo después de tantos meses sin nombrarlo.

—Jorge... No. —Detecto la advertencia en su voz, las ganas de estallar, de conseguir una pelea que duela más que esta lava que parece derretirlo todo a su paso por mitad de mi pecho.

—¡Joder! Hay que ver, cuñadito. Te juro que nunca hubiese pensado encontrarte por aquí. Estás hecho un asco.

—Supongo que podría decir lo mismo. No te pega nada andar vendiendo drogas a niñatos con dinero.

—Ya. Es una mierda. Eso sí, una con la que me saco bastante pasta. Teniendo en cuenta que para papá y mamá estoy desaparecido en combate, de algún sitio tenía que sacar el dinero para pagar las facturas. Pero tú... ¿Es vicio o necesidad? ¿Consigues dormir por las noches si no te

metes algo? Yo no mucho. Si no le doy unas cuantas caladas a algún cigarro aliñado, no pego ojo. Ya sabes, las pesadillas. Lo oigo gritar, aunque sé que no lo hizo. Sé que no tuvo ni tiempo antes de palmarla, pero, en mis pesadillas, él grita. Mucho. Casi siempre pidiéndome ayuda.

—Cállate.

—¿Por qué? Oh, vamos, somos familia. Compartamos momentos emotivos. Cuéntame tus miedos. Lloro conmigo.

Mis propias palabras me matan, me escuecen, abren heridas en las que no dejo de echar sal, pero ver cómo las lágrimas acuden a los ojos de Marc mientras él trata de retenerlas me compensa. Quiero hacerle daño. Quiero que sufra.

—Jorge, en serio, cállate la puta boca. No sabes nada. No te atrevas a hacer como que sí.

Que no sé nada. Valiente hijo de puta.

Sé que Teo ya no está.

Sé que no me atrevo a llamar a Malena aun cuando me muero de ganas de hacerlo cada día.

Sé que tengo que convencerme a diario de que vender la mierda que vendo no hace daño a nadie.

Sé que hace mucho que despertarme por las mañanas ha dejado de tener un objetivo o una ilusión.

Sé que no me gusta mi vida y que le sigo echando la culpa a él porque es más fácil que echármela a mí.

Y sé que estoy harto de sentirme un mierda, de estar enfadado, de odiar a personas a las que quiero tanto.

El subidón inicial por ver a Marc así de hundido va menguando a medida que lo observo con cuidado. Está mal, mal de verdad. Está tan descarriado como me siento yo sin Teo. Estoy enfadado, sí; pero no puedo negarme que Marc echa tanto de menos a mi hermano como yo. Joder, puede que más.

Y eso es lo que de verdad consigue que deje de verlo como a un enemigo durante unos minutos; así que me rindo, y decido bajar las lanzas que siempre tengo en pie de guerra.

—Claro que sé cosas, Marc. Sé que el mundo se ha convertido en un lugar de mierda sin él. Sé que no va a volver, por mucho que lo desee. Sé que, aunque me cueste aceptarlo y a pesar de las ganas que tenga de echarle la culpa a alguien por no poder volver a abrazar a mi hermano, él nos dejó por un accidente que no se podría haber evitado. Sé que si Teo nos viese aquí ahora mismo, se volvería a morir, de la pena y la vergüenza.

Lucho contra el dolor que mis propias palabras provocan en mi pecho. Me trago las ganas de abrazarle, de preguntarle por Mal, de pedirle que me hable de ella, de rogarle que nos sentemos juntos a recordar a mi hermano.

Paso toda la angustia por el filtro de la indiferencia, esa que tan bien se me ha dado siempre fingir, y me acerco hasta él para tenderle una de mis bolsas de maría. Estoy seguro de que esta noche la necesitará para descansar al menos un par de horas. Yo sí que lo haré.

—Él no se salvó de aquel choque, pero tú sí. No te lo voy a pedir por mí, ni por mis padres, ni por Malena, ni por nadie más que por Teo. Vive la vida que él ya no tendrá la oportunidad de disfrutar. Le debes eso. Le debes no hundirte en la mierda.

—¿Y tú no?

—Yo le debo mucho más que eso, solo que aún estoy intentando averiguar cómo devolverle todo lo que hizo por mí. Puede que intentar abrirle los ojos a la persona más importante que hubo en su corazón sea un buen comienzo.

Estoy tentado de estirar el brazo para tocarlo, para ofrecerle algún tipo de consuelo. Sé que

está perdido; lo veo, lo siento, y me mata ver a quien en otro tiempo consideré un hermano más así de destrozado, pero tengo una guerra propia que luchar. No puedo librar también la suya.

—Cuídate, Marc.

Echo a correr sin mirar atrás, porque me da pavor no ser capaz de alejarme de él, de ella, una vez más si veo en sus ojos una súplica por que me quede.

2016

Junio

—Dios, nena, sigue un poco más.

Miro hacia abajo para ver desaparecer mi polla en la profundidad de una boca enmarcada por una maraña de babas y mechones castaños.

Un gemido ajeno me hace abrir los ojos lo justo para distinguir a la chica que ha traído Gerard a casa cabalgando encima de él, que, medio recostado contra el respaldo del sofá, la sujeta con fuerza por las caderas para marcar el ritmo.

Hemos salido a vender y un par de amigas nos han abordado cuando estábamos a punto de retirarnos con los bolsillos llenos de dinero. Nos han pedido algo que las pusiese de buen humor y mi colega las ha invitado a nuestro piso para seguir la fiesta allí.

No tengo ni idea de qué ha tomado cada cual, solo sé que se nos ha ido de las manos, que estoy dejando que una pava que he conocido hace una hora me haga una mamada a dos metros de mi mejor amigo, que se está follando sin reparo a otra chica que va puesta hasta las trancas.

Joder, y todo me parece de puta madre. Esto es la hostia, no sé por qué a veces me da tanto reparo todo. Esnifarte algo que te haga sentir así de bien no puede ser tan malo. No, claro que no. Solo son paranoias mías.

Hace unas horas estaba con un bajón de la hostia porque en nada se cumple un año de la muerte de Teo. Y ahora, aquí estoy, vivo, follando y celebrándolo.

Empujo la cadera con tanta fuerza que a la tía que está arrodillada frente a mí le da una arcada, y a mí me da por reír. Gerard me escucha y empieza a descojonarse conmigo sin saber por qué. La chica que está botando encima de él se contagia de prisa, y yo sujeto con más fuerza la cabeza de mi ligue para que acelere las lamidas.

¿Ha cambiado Gerard la música? Juraría que escucho algo diferente a lo que sonaba hace un momento. Espera, creo que soy yo tarareando.

Tengo que colocarme más a menudo. Esto es genial.

La chica que se está trabajando mi entrepierna se levanta con dificultad y se dirige a la mesa del salón, donde hemos tirado un poco de cada mierda que teníamos por casa. Me planteo seguirla, pero estoy demasiado a gusto apoyado contra esta pared, así que dejo caer la cabeza hacia atrás y sigo cantando bajito mientras las luces de la habitación parecen parpadear en saltos de colores.

Se traga una pastilla que no llego a distinguir y le pasa otra a Gerard colocándosela en la lengua, lo que hace que mi amigo ralentice sus movimientos para poder besar en condiciones la lengua que hasta hace medio minuto recorría con brío mi polla. Pensarlo hace que me vuelva a dar la risa.

La chica que tiene a horcajadas se deja caer hacia atrás sin romper el contacto con él y alcanza un *pollo* con bastante agilidad. Se coloca apenas una micra en una uña y aspira. Cuando veo que repite el movimiento y lleva la nieve hasta la nariz de Gerard, algo en mi interior se ilumina brevemente.

—Tío, controla un poco.

—No seas aguafiestas, colega. Estoy de puta madre.

La tía le tapa una aleta para que le resulte más fácil meterse la coca y luego se frota las encías con los restos que le han quedado en el dedo.

Mi chica gatea hasta mí con la clara intención de retomar la tarea que había dejado a medias cuando el grito de su amiga nos paraliza a todos.

Los movimientos de Gerard me parecen ir a cámara lenta.

Lo observo empujar a su ligue hasta que esta se cae aparatosamente al suelo. Se lleva la mano del cuello al corazón, del corazón al cuello, y me busca. Lo veo buscarme con ojos asustados, pero no logro entender nada.

La cabeza me va lenta, los brazos me pesan. No sé qué necesita.

La primera convulsión me hace pensar en un pez de colores que tuve a los cinco años. Una vez lo saqué del agua solo para ver qué pasaba. Cuando apenas llevaba dos minutos fuera de su acuario, comenzó a moverse de una forma parecida a como lo hace ahora Gerard. Es gracioso, aunque sigo sin encajar las piezas.

Cuando se cae del sofá, al lado de la tía que se estaba follando hasta hace un momento, cuatro palabras histéricas pronunciadas frente a mi cara me hacen reaccionar. La chica que sigue a mi lado me tiende un teléfono con el pánico reflejado en la cara:

—¡Llama a una ambulancia!

Esta es la historia  
de un nosotros  
ya perdido  
que ella  
y él

**cambiaron sin querer (o por quererse tanto)**

2019

# Un camino de vuelta

## Malena

Jorge termina de contarme esa noche de mierda, que culminó diez meses de mierda, con mucho ron de por medio y parando varias veces para que los recuerdos no le aplasten.

—¿Qué le pasó a Gerard? —me atrevo a preguntar.

—Salió de aquella. Sufrió una sobredosis que consiguieron controlar cuando llegamos al hospital. Sé que les facilité a los médicos el contacto de sus padres, a pesar de que no lo recuerdo bien. Tenía tanto miedo, estaba tan acojonado, que en cuanto llegaron les conté a lo que nos dedicábamos su hijo y yo allí mismo, en la sala de espera, aguardando a recibir noticias de cómo estaba mi mejor amigo, rezando para que no hubiese muerto.

Hace ya rato que nos desplazamos de nuevo al salón. Jorge deja su vaso en el suelo, a los pies del sofá, y me coge por la cintura para colocarme de lado contra su pecho, envolviéndome en un abrazo. Respira hondo a través de mi flequillo ladeado y exhala despacio, como si en mi olor encontrase calma.

Ambos miramos al frente, sintiéndonos sin vernos.

—No me guardé nada. Les hablé de aquellos meses entre sollozos desesperados, y, cuando Gerard salió de allí, sus padres lo ingresaron en un centro de desintoxicación concertado. Yo me busqué un piso propio con todo el dinero que había ahorrado en ese tiempo, que, la verdad, no era poco.

»Intenté ir a visitar a Gerard un par de veces. Al principio no me dejaban, y luego él no quería verme. Se enfadó muchísimo por contarles todo a sus padres. Y, aun con eso, lo cierto es que no me arrepiento de haberlo hecho, incluso habiendo perdido a mi mejor amigo por el camino de alguna manera.

—¿Se recuperó? ¿Sigue sin hablarte?

—Se recuperó y volvimos a tener algo de contacto, aunque no es como antes. Los dos lo sabemos y lo aceptamos. A mí me supuso menos esfuerzo dejar aquello, nunca estuve tan enganchado como él, así que lo conseguí por mi cuenta, sin necesidad de ayuda externa; aunque me costó deshabituarme a fumar porros para dormir. Me decía a menudo que aquello no contaba como consumo, pero no era más que una mentira que yo mismo me contaba y que quería creer.

»Cuatro meses después de esa mierda de experiencia, me acerqué al centro donde había estado metido Gerard durante cuatro semanas para solicitar acudir allí como enfermero voluntario. Cuando el director me preguntó por qué quería hacer algo así le expliqué lo que había sido mi vida ese último año, y que quería reparar lo que había hecho de alguna manera; quería poder compensar la salud que había robado a gente que no conocía de nada y a la que había vendido algo que podía destrozarles la vida, solo por ser un inconsciente. Cuando cumplí seis meses alternando aquel voluntariado con un puesto remunerado en una residencia de ancianos, aquel hombre me ofreció un trabajo a tiempo completo en su centro. Y allí sigo casi dos años y medio después.

—¿Eres feliz?

Se queda callado más tiempo del que creo que se necesita para responder con sinceridad a esa

pregunta.

—Supongo. Me encanta mi trabajo y los compañeros son geniales.

—¿Has vuelto a hablar con tus padres?

—No, ni quiero. —Su tono no admite réplica, así que no ahondo en el tema.

Durante un rato nos mantenemos anclados en el otro, en un silencio compartido, cómodo. Yo, perdida en esa forma errática en la que mi corazón parece latir cuando estoy cerca de Jorge; él, creo que sumergido en el tacto de la piel de mi brazo, que no deja de acariciar.

—¿En qué piensas? —Su pregunta me hace sonreír. Jorge y su continua necesidad de saber, de analizar, de entender.

—En que los seres humanos somos raros.

—Vas a tener que extenderte un poco más para que pueda seguirte.

Cierra su abrazo sobre mí cuando mi cuerpo tiembla por la risa que se me escapa. Lo noto sonreír contra mi nuca y la piel se me eriza sin querer.

—Creo que me ha tocado pasar por cosas que me han provocado dolor suficiente para toda una vida y, sin embargo, mientras te escuchaba solo podía pensar en que me encantaría poder coger parte de esa miseria que sentiste cuando murió Teo y hacer mía esa carga para liberarte a ti de ella. Lo haría, Jorge, sin dudar. Lo haría.

La brusquedad con la que se levanta me pilla tan de sorpresa que caigo sobre los cojines del sofá de costado, pero no me da tiempo a preguntarle qué le pasa porque su calor me envuelve por completo cuando se estira encima de mí, dejándome casi muda, sorda y ciega; porque solo puedo susurrar su nombre, solo lo escucho tomar aire con dificultad, solo lo veo mirarme con un cariño que lo baña todo. Allí solo está Jorge.

Existe un nudo invisible que te ata a aquellos a quienes alguna vez quisiste tanto como para no ser capaz de olvidarlos, ni a través del tiempo, la distancia y la ausencia.

Hay algo que tira de ti hasta sus raíces, hasta el tuétano, hasta los mismos huesos. Algo que no desaparece nunca, aunque se duerma durante años, incluso si lo sientes desaparecer, perdiéndose en la memoria.

Siempre encuentra un camino de vuelta, reptando por los recuerdos, trepando por el calor que te despiertan risas compartidas por momentos ya pasados.

Ese nudo. Ese algo. Eso es él.

Jorge. Mi Jorge. El que fue y el que voy descubriendo cada día que paso junto a él.

Ese al que le pedí tiempo para luego tomarme una vida entera.

Ese que fue ruptura y pegamento. Verdugo y sanador.

El que ahora tiembla encima de mí como aquella primera vez.

Me aparta el flequillo de los ojos y me acaricia el labio inferior despacio justo antes de romper los pocos centímetros que nos separan y juntar nuestras bocas. Sabe tal y como lo recordaba.

Nos besamos lento, con un deseo diferente al que he experimentado entre las sábanas de los hombres que he conocido estos años. Hay algo de carnal y de desesperación en la forma en la que sus manos buscan mi piel por debajo de la ropa, pero también mucha necesidad de pegarnos cuanto podamos, de sentirnos cerca.

Me acaricia lento. Me marca la piel a roces, a toques, a miradas que me calientan allí donde se posan. Me coloniza y deja bandera en mi alma.

No hay prisas, pero sí muchos nervios. Casi tantos como besos. Parece que no nos saciamos del otro. Que no queremos que esto acabe.

Se incorpora lo justo para quitarse la camiseta y yo aprovecho para hacer que desaparezca mi

vestido. La mirada que me dedica Jorge hace que se me endurezcan los pezones.

Cuando se levanta para quitarse con prisas las pocas prendas que aún lleva encima, me deshago de la ropa interior casi a tirones.

Nos quedamos así un minuto. Él todavía de pie frente a mí. Yo, tumbada, con una rodilla doblada y la otra estirada, invitándole, tentándole.

Se hace un hueco entre mis piernas y me lame el vientre, ascendiendo poco a poco. Cuando llega a mis pechos, tengo los pezones tan duros que me duelen, hasta que su lengua parece calmarlos a lametazos y mordiscos.

Estiro la mano para llegar a su polla y deslizar los dedos arriba y abajo, con fuerza, sin disimular mis ganas. Comienzo a masturbarlo deprisa y él sisea en respuesta. Baja una mano hasta mi sexo y me separa los labios para encontrarme húmeda y ansiosa. Cierro los ojos cuando cuele dos dedos en mi interior y los empuja fuerte y rítmicamente, casi sin sacarlos siquiera.

Resoplamos, nos permitimos perdernos. Elevamos las caderas buscando al otro, hablando de un anhelo animal solo a través de gemidos. Nos aceleramos, lo precipitamos, sin darnos cuenta de lo muertos de ganas que estábamos por sentirnos así de nuevo.

Pega su frente a la mía y se aparta lo justo para obligarme a dejar de acariciarlo. Retira los dedos que tenía en mi interior y los coloca entre las bocas de ambos para que los limpiemos con la lengua antes de usar esa misma mano para apresar mis muñecas y colocarme los brazos estirados por encima de la cabeza.

Me penetra de golpe, y cuando creo que me voy a ahogar entre respiraciones que rompen en jadeos y orgasmos que prometen aparecer demasiado pronto, Jorge se detiene. Cuento cinco segundos enteros antes de que su lengua choque contra la mía para regalarme un beso dulce que no se rompe cuando un embate seco y profundo me hace gimotear dentro de su boca.

Nos queremos sin prisas. Nos hacemos el amor despacio. Porque con Jorge siempre es amor lo que hacemos. Aunque sea duro, fuerte, sucio. Da igual. Nos queremos de demasiadas maneras como para que esto que compartimos entre saliva, sudor y jadeos sea solo follar.

## ¿Qué significa lo que acaba de pasar?

Jorge

—Eso ha sido...

—Aún mejor de lo que recordaba.

Me río estando todavía dentro de Malena, y tener la confianza para poder hacerlo justo después de que nos corramos juntos como dos jodidos animales es la mejor sensación del mundo.

—No sé si eso me deja en buen lugar, Mal. ¿Es que no daba la talla en tu memoria?

—Sabes que sí, pero has aprendido un par de cosas nuevas.

Las carcajadas rebotan contrayendo mi estómago, lo que provoca que mi polla pegue una sacudida y que Malena ronronee y se mueva en pequeños círculos, apretándola un poco. Con el segundo movimiento de su cintura la risa se me corta de golpe y empiezo a notarme preparado de nuevo.

—Malena... —le advierto, aunque no sé ni de qué, porque ambos sabemos que las ganas que nos tenemos solo acaban de prender la mecha. Los fuegos artificiales están por llegar.

—Jorge...

—Igual deberíamos parar un poco y hablar.

—Hablar está sobrevalorado. —Sigue balanceándose debajo de mí mientras habla, y una sonrisa maliciosa consigue que quiera morderle el labio que eleva de lado—. Pero si necesitas tiempo para reponerte, dímelo con libertad. No pasa nada. Ya no eres un chaval, lo entiend...

La broma se queda suspendida en el aire cuando me hundo tan profundo en ella que estoy seguro de que, desde fuera, sería imposible discernir dónde termino yo y dónde empieza Malena.

—La hostia, Mal.

Me separo de ella para incorporarme y girarla sobre sí misma. Al colocarla de rodillas sobre el sofá, con los brazos agarrados al reposacabezas, distingo mi semen escurriéndose por los muslos.

Cachondo ni siquiera empieza a describir lo que esa imagen me hace sentir.

Coloco una mano en su cintura y con la otra le sujeto un hombro para poder penetrarla y follarla más deprisa, más hondo.

Cuando me doy cuenta de que ella alcanza su sexo con una mano para frotarse el clítoris entre espasmos y empujones, me enciendo tanto que creo que podría hacer que los dos saliésemos ardiendo de aquí.

Quiero que se corra, es algo tan primario en mí ahora mismo que relajo el ritmo de las embestidas para que ella pueda masturbarse mejor, aunque retrase mi propio orgasmo. Necesito oírla gemir, me muerdo por sentirla apretando mi polla cuando encuentre su propio placer.

Me inclino sobre ella y le muerdo el cuello, le lamo la espalda, le chupo la boca cuando se gira para verme. No me lleno de ella, no me canso de su sabor.

Abro los ojos justo para ver cómo ella pone los suyos en blanco mientras mi nombre se le escapa susurrado en un jadeo, y no aguanto más. Me corro, en ella, por ella, con su imagen reverberando en cada hueco de mi jodido organismo.

No me concedo tiempo para reponerme, solo puedo pensar en Malena deshaciéndose en mi

boca. Le doy la vuelta y la cargo en mi cintura. Ella me rodea por inercia con las piernas y busca mi boca con tanta desesperación como la que despierta en mí.

La siento sobre la mesa del salón y la agarro por las corvas para pegar un tirón brusco y acercarla al borde. Me arrodillo ante ella, venerándola como la diosa que es, y acerco la lengua al vértice entre sus piernas

Malena se deja ir, agarrándome del pelo, apoyando los pies en mis hombros para abrirse más a mis lamidas, girando las caderas hacia el punto donde quiere que concentre mis atenciones. Explota con fuerza y sin contenerse, ajena a lo loco que me vuelve verla así.

Cuando recupera el aliento, me mira desde arriba, con la boca a medio abrir y los ojos a medio cerrar. Y yo me convengo de que podría morirme de inanición a cambio de encerrarme con ella una semana entera en una habitación.

—Vale, ahora sí te escucho.

Me río bajito y me yergo para poder mirarla de frente. Aparto un par de mechones de su flequillo que se le han pegado a la frente por el sudor y la beso despacio, dejando que se saboree a través de mí.

—¿Seguro? Porque de verdad que creo que deberíamos comentar un par de cosas.

—Lo cierto es que no. Necesito hacer pis y comer algo; si no, me va a parecer mal casi cualquier cosa que digas.

Y sin más, pega un salto para bajarse de la mesa y se encamina hacia el baño meneando su precioso culo desnudo.

Voy hasta mi habitación y me coloco los primeros pantalones de chándal que pillo antes de encamarme a la cocina y examinar la nevera. Saco unas pechugas de pollo y unos champiñones y me dispongo a cocinar algo rápido. Malena aparece ante mí antes de que me haya dado tiempo a lavar los hongos.

—¿Puedo robarte ropa para andar por casa?

—Te prefiero desnuda.

Me saca la lengua y pasa de mi cara para dirigirse a mi armario con una familiaridad que me resulta casi tan apabullante como agradable. Cinco minutos después, vuelve a mi lado cubierta con una sudadera enorme y unos calzoncillos elásticos. Casi me quemo una mano con el aceite por quedarme mirando sus piernas como un idiota, así que me concentro en mi tarea y en la conversación que parece suspendida en el aire.

—Bueno... —No tengo claro cómo seguir, y ella me mira tan seria que empiezo a dudar sobre cómo abordar esto. —Así que... Nos hemos acostado.

Me doy cuenta de que el labio inferior le tiembla un poco y de que se muerde con fuerza el lado derecho de la boca por dentro. Los ojos le empiezan a lagrimear y me acojono muchísimo pensando que la he cagado de nuevo con ella.

Mierda. Mierda.

Y entonces Malena estalla en un ataque de risa incontrolado que hace que la muy cabrona hasta lllore. Pero no en plan fingido, no. Suelta lagrimones enteros mientras se retuerce sobre sí misma y me apunta con un dedo.

—Ay, joder. Perdona. Es que... Qué malo eres para estas cosas, de verdad. Te juro que iba a pegarte la vacilada padre, ya sabes, en plan «nunca he dejado de estar enamorada de ti y ahora vamos a formalizar lo nuestro y a casarnos en tres meses», pero es que has puesto esa cara de niño perdido y no he podido aguantarme la risa. Dios, tenías que haberte visto.

Empieza a descojonarse otra vez con todas sus ganas. Y, entre tanto, yo sigo laminando el champiñón y dando vueltas al pollo con la poca dignidad que Mal no me ha arrebatado.

—Eres imbécil.

Mi comentario solo consigue que las carcajadas cobren tanta fuerza que Malena acaba necesitando sentarse en el suelo, agarrándose el estómago. Mucho rato después, cuando se calma del todo, se levanta suspirando y secándose la cara.

—Joder, qué buen rato.

En el fondo estoy realmente aliviado por que podamos enfrentarnos a esto así. Arrastramos demasiada historia con nosotros, y las maletas de ambos están más que cargadas de pasados complicados. No quiero que esta situación sea algo más por lo que ella tenga que llorar en unos años.

Vierto el contenido de la sartén en dos platos y le pido a Malena que coja vasos, agua y cubiertos antes de dirigirme a la mesa del comedor. Coloco mi plato en el sitio exacto en el que ella estaba apoyada, corriéndose, hace solo un rato, y la miro con chulería.

Ella no responde a mi provocación. Solo toma asiento a mi izquierda y se coloca de lado, sentada sobre uno de sus pies, de forma que come mientras me observa comer a mí. No pierde la sonrisa en ningún momento, y devora un filete entero casi sin respirar.

—Ahora en serio, Mal. ¿Qué significa lo que acaba de pasar?

—Pues que somos unos débiles y unos salidos. —El que no puede evitar la carcajada ahora soy yo—. A ver, Jorge, que los dos queríamos que esto pasase lo sabía hasta Yoyo.

—¿El perro de tu hermano?

—Sí, que el otro día intentó montarme la pierna. Estoy segura de que es porque voy soltando hormonas o algo, que en cuanto te tengo cerca se me revolucionan.

Joder, cómo la he echado de menos a ella y sus salidas de tiesto.

—Te estás desviando.

—Es que me distraes. A lo que iba: que el que terminásemos follando era cuestión de tiempo. Y, oye, vamos a ser sinceros, se nos ha dado más que bien.

—Completamente de acuerdo.

—Pues a repetir hasta hartarnos. —Dicho lo cual, parte el filete que le queda en el plato en tres y se mete un trozo gigante en la boca.

—Uno: no creo que me vaya a hartar de eso. Dos: come más despacio que no querría tener que recordar ahora cómo hacer la maniobra Heimlich. Y tres: ¿eso es lo que quieres de esto? —Nos señalo a ambos para que comprenda a qué me refiero.

Malena traga la bola de pollo que estaba rumiando en un carrillo y me mira achicando los ojos. Retiro mi plato hacia adelante para darle a entender que tiene toda mi atención.

Se pasa la lengua por la boca y coge aire hasta hincharse el pecho. Sé que lo que va a explicarme es importante para ella sin que tenga que decírmelo.

—Cuando padecí depresión, la culpa y la vergüenza por haber permitido que Wallace hiciese y deshiciese a su antojo lo que pasaba en mi vida lo llenaron todo. Aunque sabía que no debía, no pude evitar pensar más de una vez que Raen no habría muerto si yo me hubiese largado antes de allí. Me costó mucho tratamiento psiquiátrico y mucha terapia aprender a gestionar aquellos sentimientos. Fue duro, más de lo que una persona que no lo haya vivido podría llegar a imaginar.

»Cuando ese arrepentimiento por concebirme como alguien débil desapareció, llegó el enfado. —Baja la cabeza con los ojos cerrados, mordiéndose con saña el labio—. He estado enfadada durante años, Jorge. Años enteros, probando nuevas técnicas, quemando adrenalina, aprendiendo a canalizar la ira. Y, aun así, hay veces que me sacude con fuerza cuando menos me lo espero. Algo me hace recordar la forma en la que me gritaba, o en la que me menospreciaba casi sin hacerlo, o ese sentimiento permanente de inferioridad que despertaba en mí incluso sin palabras... y la rabia

vuelve.

»No quiero eso nunca más en mi vida. No quiero darle a nadie ese poder sobre mí. No quiero parejas, explicaciones, celos, ataduras, ni ninguna mierda por el estilo. Solo te pido poder reírnos juntos, poder follar hasta hartarnos y poder decirnos siempre la verdad sin miedos ni excusas que vuelvan las cosas raras o feas entre nosotros.

Levanta la mirada hasta encontrar la mía, y estoy seguro de que lee amor en ella, porque ahora mismo siento que la quiero tanto que es imposible que ella no lo vea.

Solo espero conseguir no mezclar los tipos de amor que Malena siempre ha despertado en mí.

# Solo es un cepillo

## Malena

—¿Te pasa algo, bombón?

—Nada.

Quizá he contestado demasiado rápido.

Me revuelvo otra vez en la silla, incómoda, y Marc me mira con extrañeza mientras Gabi se parte el culo a su lado. En cuanto mi hermano se levanta a por más agua para la cena, mi cuñado aprovecha la oportunidad que le ha caído del cielo.

—¿Quieres que sea yo el que le explique a tu hermano que lo que te pasa es que te cuesta sentarte por ir bien follada?

Hana suelta una carcajada exagerada, Víctor escupe parte de la bebida que estaba tragando y Jorge sonrío con chulería.

—¡Cállate!

—Ya, yo me callo, pero tú no me llevas la contraria.

No pienso hacerlo. Es cierto.

Anoche, Jorge descubrió el Satisfyer que guardo en el tercer cajón de mi mesita y se empeñó en ver cuántas veces seguidas podía correrme con esa cosa. Al final, no sabía si le suplicaba para que parase o para que siguiese, aunque no puedo negar que hoy estoy... sensible.

Es curioso. Durante años apenas he tenido unos pocos encuentros sexuales con hombres de los que solo me molesté en aprender el nombre; un polvo o dos, y me olvidaba de ellos. No tener sexo hacía que no lo echase demasiado de menos. Pero en el último mes y pico, Jorge y yo solo hemos dejado de quedar tres días, y es como si me hubiese vuelto adicta a los orgasmos que me provoca.

Hacemos un montón de planes fuera de la cama, casi tantos como con Hana, solo es que, además, es rara la noche en la que me voy a dormir sin haberlo sentido dentro de mí.

Ante mi mutismo, Gabi me señala con un dedo acusador y victorioso.

—¡Lo sabía! —Se refiere a que ayer ha sido un día más intenso que otros, porque el que me acuesto con Jorge lo saben todos desde el primer momento, no se me pasó por la cabeza ocultárselo—. Estaba seguro de que ayer hubo mambo del bueno.

—No quiero saberlo... —Marc vuelve a la mesa arrugando la nariz y meneando la cabeza en un gesto muy infantil y muy gracioso.

—Venga ya, cariño. Que tiene casi treinta tacos.

—Sigue siendo mi hermana pequeña y no me interesa su vida sexual. Sé que la tiene, me alegro de que la tenga, pero no necesito conocer los detalles.

—¿Seguro? Porque me ha explicado una cosa que hace Jorge con la lengua que a lo mejor a Gab...

Marc se lleva las manos a los oídos y empieza a cantar, o más bien gritar, una retahíla sin sentido de sílabas que ahogan la frase de Hana. Y con una tontería tan manida y tan divertida, estalla el caos.

Marc se niega a bajar los brazos por si Hana sigue insistiendo en compartir las intimidades que, por supuesto, le he contado sobre el sexo con Jorge.

Hana se pone de pie para colocarse detrás de mi hermano y tirar con ganas de sus muñecas para conseguir que le preste atención y tocarle más aún las narices.

Gabi se descojona solo por lo mal que lo pasa su chico y espolea a Hana para que siga largando las mejores técnicas de mi mejor amigo.

Víctor le pregunta a un Jorge rojísimo qué es eso que se supone que me hace con más interés que si estuviese presenciando un partido de los Chicago Bulls.

Y yo los miro a todos, pensando en lo afortunada que soy por tenerlos en mi vida, recordando que hace un tiempo nunca pensé que este sentimiento de plenitud que me embarga cuando los veo a todos juntos pudiese volver a ser tan real.

\*\*\*

—Mal —los jadeos de Jorge casi imposibilitan que pueda hablarme, y yo me regocijo en lo excitado que puedo conseguir que esté en apenas diez minutos—, si no paras no voy a poder follarte porque me voy a correr a lo bestia.

Dejo de lamerle la polla lo justo para alzar un poco la mirada y preguntarle con lascivia:

—¿Prefieres hacerlo en mi boca o mis tetas?

El gemido desesperado que acompaña al movimiento de su cadera, hundiéndose más en busca de mi lengua, me da una pista de lo que elige esta vez.

Acelero el movimiento y me ayudo de una mano para masturbarlo a la vez que lo chupo, mientras con la otra le masajeo los testículos en movimientos circulares.

Cuando lo noto palpar y crecer contra mi paladar, saco los dientes lo justo para que sienta cómo los arrastro hacia arriba y le araño con cuidado el glande.

Con un grito ahogado me sujeta ambas mejillas y cuele la polla todo lo que le permito dentro de mi boca. Lo observo mientras trago una vez, y otra más. Adoro ese gesto que pone cuando llega al orgasmo, a medio camino entre el placer más absoluto y el dolor más profundo.

En cuanto se vacía, tira con cuidado de mi brazo para que repte por su cuerpo hasta alcanzarme por completo y poder abrazarme con fuerza.

Me besa el pelo, la nariz, el cuello, los pómulos. Me besa entera, hasta alcanzar mis labios y perderse en ellos un rato largo y meloso.

Hago amago de levantarme y él se incorpora extrañado.

—¿A dónde vas?

—A lavarme los dientes.

—¿No quieres...?

—Estoy bien. Me apetecía hacerte disfrutar a ti esta vez. Eso sí, si te despierto cachonda perdida en plena madrugada, espero no escuchar quejas.

—Nunca me quejaría porque me exigieras sexo, Malena. Me da igual la hora.

Entro en el baño riéndome con disimulo. Me siento en la taza para hacer pis y limpiarme la excitación que hacerle una mamada a Jorge me ha provocado a mí. Cojo la pasta de dientes y estoy a punto de echarme un poco en el dedo para frotármelo como pueda por la boca, como hago siempre que me quedo en su casa a dormir, cuando me doy cuenta de que no tengo por qué hacerlo.

Salgo del aseo con el morro fruncido y la mano en alto. Le enseño a Jorge lo que sostengo antes de preguntarle.

—¿Me has comprado un cepillo de dientes?

—Sí, me pareció que era más práctico que vivir preocupado por si me robabas el mío.

—¡No uso tu cepillo!

—Eso lo dices tú y yo tengo que creerte, pero así no me la juego.

—¡Que no uso tu cepillo!

—Ya, ya...

—Jorge. Yo... No sé si...

—Eh, Mal, no te rayes. Solo es un cepillo de dientes, ¿vale? Es por comodidad. Solo eso. No implica nada.

Lo recorro de hito en hito, buscando alguna señal de que me miente, pero solo veo sinceridad y cariño en la forma en la que me observa, como si fuese una niña a la que tiene que calmar.

—De acuerdo.

Vuelvo al baño y miro una vez más el cepillo, como si en vez de un utensilio de higiene personal, Jorge me hubiese dejado una granada en mitad de su lavabo. Echo un ojo hacia la habitación y no escucho nada que me haga pensar que Jorge se ha levantado de la cama, así que dejo el dichoso cepillo en su sitio y me lavo los dientes con el dedo.

No hace falta cambiar las cosas.

# Te equivocas

Jorge

Pasar el rato un domingo cualquiera con Malena, desnuda, abrazada a mí después de haber estado follando durante media tarde, con *Purple Rain* sonando de fondo, se está convirtiendo en uno de mis momentos favoritos de la semana.

Cuando las endorfinas desaparecen, las respiraciones recuperan la pausa y los gritos dejan de ser protagonistas, las pieles aún se buscan cuando es Mal quien está a mi lado.

Me gusta sentirla contra mi costado y que me cuente mil tonterías a las que a veces les encuentro el sentido y a veces no.

Me siento bien cuando se pasea desnuda por mi casa con una confianza que creo que solo disfruta conmigo.

Me agrada que ella tenga tan poca prisa como yo por abandonar mi cama una vez que el sexo no forma parte de la ecuación.

Y sé que todo eso lleva una clara señal de peligro, fosforita, enorme y parpadeante, pero prefiero ignorarla, porque los días con Malena son demasiado buenos como para ponerles límites y normas.

Cuando se relaja sigo viendo tantas cosas en ella de la niña que fue que las sonrisas y los recuerdos me envuelven más a menudo de lo que querría admitir; pero es que, encima, la adulta que descubro en ella me gusta incluso más que la adolescente que conocí.

Es ácida, divertida y fuerte, mucho más de lo que ella cree.

Sé que se atormenta pensando que se rompió ante Wallace, aunque a mí me parece que hay que ser increíblemente valiente para hundirte hasta el punto en el que cayó Malena y ponerte de pie con la cabeza alta y las ganas de disfrutar de la vida latiendo con fuerza en tu pecho.

Es una guerrera, una superviviente. Es Mal.

La miro de nuevo mientras se queda adormilada por las caricias que llevo un rato regalándole. Adoro pasar las yemas de los dedos por su vientre cuando se relaja después de acostarnos. Rodeo su ombligo una vez más y bajo bordeando la cintura hasta alcanzar la curva de sus caderas. Me detengo a la altura de unas estrías pequeñas, marcadas, que se extienden en vertical por el inicio de sus piernas.

—Déjalas en paz. —Me lo pide sin mucha convicción y sin abrir los ojos, mostrando a las claras que solo pretende que evite esa zona de su cuerpo pero que no cesen los mimos.

—¿Por qué? A mí me gustan.

—¿Mis estrías? Claro, ¿a quién no?

—Lo digo en serio. Me hablan de tu historia. Son parte de ti, y me gustan. —Esta vez sí que abre los ojos para mirarme con intensidad, esperando para estar segura de por dónde va la conversación—. Me hablan de Raen.

Estira un brazo hasta alcanzar mi pelo. Lo mesa despacio, sin apartar su mirada de la mía. Se queda mucho en rato en silencio y yo ya empiezo a pensar en qué decir para romper ese momento tan raro. A esta Malena, la que en ocasiones se guarda las cosas, la que a veces sopesa sus palabras antes de dejarlas ir, también me estoy acostumbrando. No existía cuando teníamos

dieciocho años, así que todavía me resulta un poco extraña.

—Nunca me has contado de dónde viene su nombre, por cierto. Es bonito pero extraño.

No se me ocurre nada más, así que tiento a mi suerte, por si ella tiene ánimos de hablarme más de él. Me gusta cuando lo hace, parece feliz cuando lo recuerda.

La veo dudar, navegando entre las ganas de mencionarle y el escozor que le produce en el pecho hacerlo.

—Lo eligió él.

—¿En serio?

—Sí. La primera vez que se dejó sentir lo hizo una tarde en la que había empezado a diluviar sin previo aviso. Fue sentir la lluvia, y saludarme con una patada.

Me quedo dudando un momento, y la sonrisa se me escapa sin permiso.

—¿Por qué te ríes?

—¿Lo llamaste Raen por eso?

—Claro.

—Ay, Malena, qué mala has sido siempre para interpretar algunas cosas.

—¡Eh! —Ignoro su queja, porque me alucina que ella no vea aquello tan claro como lo hago yo. Pienso en su tatuaje, en lo fácil que me resultó asociarlo con ella, porque era natural, porque la definía.

—Te equivocas por completo. Raen eligió aquel día para dar su primera patada porque reconoció a su madre en esa borrasca. Te sintió, porque, Malena, tú eres lluvia aun sin saberlo.

»Eres una tormenta de verano que llega y arrasa, que te pilla por sorpresa, que te hace reír y querer correr, todo a la vez. Siempre me haces desear lanzarme a saltar sobre los charcos y dejarme arrastrar a esos años donde todo era más fácil y mejor. Esos donde estabas tú.

»Eres como un chubasco, frágil y persistente, que te ayuda a limpiar heridas que ni siquiera sabías que estaban aún abiertas, aunque escociesen, porque te habías acostumbrado demasiado a ignorar su dolor.

»Eres lluvia, Mal. Llegas en mitad de los días grises y oscuros para calar hasta los huesos, para lavarlo todo, para permitir a los demás ver todos los colores de un puto arcoíris.

Su silencio se extiende de nuevo durante tanto tiempo que empiezo a sentirme incómodo. Estoy a punto de pedir perdón sin saber por qué tendría que hacerlo cuando Malena coloca una mano sobre mi mejilla y se eleva para alcanzar mi boca.

No hablamos más durante mucho rato, aunque sí dejamos que los gemidos llenen la habitación.

# No es verdad

## Malena

—Hana, ¿terminas tú de cuadrar la caja mientras *plego* la verja?

—Claro. Dame diez minutos que casi he acabado. Si llega Gabi, podéis esperarme en el bar de la esquina.

En cuanto cruzo al otro lado de la chapa metálica a medio bajar que indica que la librería está cerrando, mi cuñado me agarra por detrás, alzándome en el aire y mordeándome en el cuello mientras finge ser un zombi. Cada día está más loco. Y más feliz.

—¿Qué haces, tarado?

—Vengo famélico y tú tienes muy buena pinta. Follar a menudo te sienta bien. —Cómo disfruta el cabrón pinchándome con el tema.

—Pues si quieres, podemos ir tirando y pedimos algo de comer, que Hana me ha dicho que le queda un poquito.

—Da igual, la esperamos aquí y me fumo un piti, que hace bueno de cojones para estar casi en noviembre.

Apenas ha consumido la mitad del cigarro cuando mi jefa sale de *Leer da sueños* con una enorme sonrisa en la cara y gritando a todo el que pase cerca que al fin es sábado por la noche.

En vez de ir al bareto de siempre, un cuchitril pequeño y no demasiado limpio pero con los mejores bocatas de butifarra y tomate de todo el mundo, Gabi propone ir a una plazoleta que nos pillará a unas pocas calles y que está bastante de moda, tanto que, cuando llegamos, nos cuesta encontrar una mesa libre en la enorme terraza calefactada que han montado. Tener amigos fumadores a veces es un rollo, aunque será peor en enero.

Echamos un ojo a una carta muy cuqui y muy pija, donde se anuncian platos muy pequeños con nombres muy largos, y en la que hay un apartado entero dedicado a los tipos de ginebra que sirven. Hoy no va a ser una noche *de tranquis*, ya me está quedando claro.

La primera ronda de cubatas vuela antes de que lleguen las tres tapas que hemos pedido para empapar el alcohol. La segunda, se termina a la vez que las patatas bravas; y a la tercera, Hana ya va perjudicada. Si es que es un peso pluma, la pobre, con un par de copas siempre se la nota ya tocada.

—En serio, Gabi, ¿tú crees que a Víctor le molaría que le dejase probar a entrar por la cara B?

Sí. Esa es otra. A la Hana borrachilla le encanta hablar de sexo. Lo adora. La ginebra funciona en ella como la Viagra en un octogenario cachondo.

—Seguro, pequeña. Es una fantasía absurdamente recurrente en los tíos que, además, refuerza mi teoría de que todos somos bisexuales.

—Eso es de una peli. Una española —apunto yo.

—Eso es mío —Gabi se pone chulo y me doy cuenta de que también va contento, y cuando me da la risa tonta por su ataque de indignación caigo en que quizás yo tampoco voy del todo sobria.

—Lo que tú digas. —Levanto la mano para llamar la atención del camarero y este se planta frente a mí en apenas diez segundos.

—Dime, preciosa.

—¿Nos traes otras tres, porfa?

—A ti te traigo hasta la luna si me la pides, ojazos.

Me quedo tan cortada que no sé qué contestarle. Siempre me ha pasado, cuando algún chico se muestra así de descarado, me aflora la timidez. Me cuesta mucho soltarme y ser yo con los hombres, así que, simplemente, me lo quedo mirando con cara de idiota esperando a que alguien diga o haga algo.

Joder... qué incómodo es esto. Ya debería haberse movido para ir a la barra a por nuestras bebidas, ¿no?

—No te molestes, encanto. Está pillada.

El chico hace un gesto de fastidio muy gracioso y se da media vuelta para seguir atendiendo mesas. Me giro hacia Hana con cara de cabreo y ella me mira como si yo fuese tonta porque no me haya gustado su comentario.

—¡No estoy pillada!

—Claro que sí.

—No es verdad.

—*Po' vale.* —Se encoge de hombros y acerca el vaso de balón a su boca para rematar el líquido que queda dentro.

—No me des la razón como a los tontos y a los locos.

—Es que o eres tonta o estás loca si no ves que Jorge y tú estáis juntos.

—No es verdad.

—Pareces un disco rayado.

—Jorge y yo follamos.

—Y quedáis, y vais al cine, y salís a cenar, y dormís abrazados, y pasáis las tardes de los domingos viendo Netflix... Os falta iros de finde de amigos a París.

—Hana —el tono de Gabi es de advertencia—, déjala. No es cosa nuestra.

—Si yo solo quiero que abra los ojos, que son monísimos juntos y están haciendo el idiota desde hace ya más de tres meses.

—Hana... —Gabi se pone muy serio mientras niega con la cabeza y yo empiezo a agobiarme.

—¿Todos lo veis así?

—Sí.

—¡Hana!

—¡Coño, Gabi, si es que es verdad! Que yo no sé qué problema hay ni por qué hablar de novios parece pecado capital. Que la última relación seria que tuviste fue hace tanto que *La Barbacoa* aún era el bombazo del verano.

Me doy cuenta del vistazo que me dedica Gabi, preocupado por la mención a Wallace. Hace ya un tiempo que Marc me pidió permiso para explicarle a su chico lo que me pasó, y yo no me negué. No sé exactamente cuánto sabe de todo aquello, porque no quise estar presente cuando lo hablaron, pero sé que él sí que es consciente de cómo acabó todo con mi ex.

—Yo estoy bien así, Hana. Me gusta lo que tengo con Jorge, que es mucho sexo y nada de relaciones.

—Y dale. Vaya hostia te vas a dar cuando dejes de negarte que estás igual de loquita por él que hace diez años.

—¿Loquita por él? ¿Has vuelto a los trece años?

El camarero aparece en mitad de nuestro pique y debe de sentir cierta tensión entre Hana y yo; bueno, o en mí contra Hana más bien, porque solo yo estoy a la defensiva. Hana está en su ratito étílico feliz. El caso es que el chaval deja las copas encima de la mesa y desaparece de allí sin

decir ni mu.

Mi mejor amiga coge su cubata y vacía un tercio del contenido de un par de tragos antes de soltarlo, dedicarme una mirada maliciosa y empezar a canturrear bajito.

—*En el patio del colegio... egio, hay un charco y no ha llovido... ido. Son las lágrimas de Malena... ena, porque Jorge no ha venido.*

Gabi intenta mantenerse al margen, pero se atraganta con su *gin-tonic* cuando escucha a Hana. El cabrón se está divirtiendo con nuestra peleíta absurdamente infantil.

—Paso de vosotros.

Vací el cubata sin respirar y me pongo de pie con la clara intención de irme cuando tengo que parar un momento porque me mareo al incorporarme tan rápido. *Uf*, ese último trago no ha sido una buena idea.

—Malena, no te cabrees. Solo es una broma.

Gabi intenta apaciguarme, pero me saco un billete de cincuenta del bolsillo del vaquero y lo dejo encima de la mesa con un golpe sordo que yo creo que me ha quedado muy digno. Si con eso no cubro lo que he tomado, que se jodan y pongan el resto, por lerdos.

—Me piro.

—Malena, venga. —Hana estira la última vocal de mi nombre, como si hablase con una cría.

—Que me dejéis en paz.

—¿A dónde vas? —Gabi tiene que levantar la voz para que le oiga porque ya estoy avanzando, abriéndome camino entre las mesas de la terraza.

—A follar con el tío que no es mi novio y que no me calienta la puta cabeza como vosotros — le respondo en el mismo tono.

—¡Di que sí, tía! ¡Déjalo seco!

Me paro lo justo para darme la vuelta completamente flipada y mirar a la chica que me ha gritado eso en mitad de la plaza, a tres mesas de donde están mis amigos. Da tres aplausos cortos en mi dirección y levanta el puño en una clara señal de apoyo. Como no sé muy bien qué hacer, le devuelvo el gesto y, a continuación, me doy la vuelta para echar a andar en busca de un taxi mientras las carcajadas de Hana y Gabi se extienden por toda la terraza.

# Estás rara

Jorge

El móvil me vibra dentro del bolsillo por segunda vez en menos de dos minutos, así que termino interrumpiendo a Lluís para echar un vistazo a la pantalla. El nombre de Malena deja de aparecer justo en el momento en el que voy a descolgar, pero no transcurren ni treinta segundos cuando insiste una vez más. Me alejo un poco del bullicio, buscando una zona en la que la música me permita escuchar algo más que ruidos sin sentido.

—Mal, ¿pasa algo?

Hoy ella salía con Hana y Gabi, y yo tenía una cena con varios compañeros del curro, jefe incluido. Hace ya rato que nosotros terminamos los postres y nos metimos en un club de esos en los que el *reggaeton* parece sonar en bucle y los cubatas se sirven en vaso de tubo. Llevo una hora rezando por encontrar una excusa creíble para marcharme a mi casa y tirarme en el sofá a ver la tele.

—¿Dónde estás?

—En el *Royal*.

—Voy para allá.

Me cuelga sin más. A ver, que esta discoteca tiene tres plantas, me parece a mí que sufre un ataque grave de optimismo si se piensa que va a llegar aquí y me va a encontrar según ponga un pie dentro.

Le explico a Lluís la llamada de Malena y se ofrece a acompañarme fuera hasta que llegue. Solo es la una de la mañana y la noche está agradable, así que los veinte minutos que tarda Mal en aparecer por aquí se nos pasan en un suspiro. Casi me da rabia tener que volver a entrar al bullicio y los empujones, pero Malena baja del taxi pegando grititos agudos y moviendo los brazos exigiendo fiesta.

Cojonudo, viene pedo y con ganas de bailar. No salgo de aquí hasta las seis.

—¿Dónde has dejado a Zipi y Zape? —le pregunto mientras hacemos cola para que ella pague la entrada.

—Estaban en plan coñazo y he pasado de ellos.

—¿Gabi en plan coñazo un sábado por la noche?

—Bueno, Gabi solo estaba en plan tontolaba. Hana era la que estaba siendo un grano en el culo.

Tiene la lengua de trapo y hace mohines encantadores mientras se queja. Es tan adorable que me quedo un rato mirándola con cara de idiota.

—Espera. —Lluís me pasa la mano por debajo de la barbilla unas cuantas veces—. Que se te estaba cayendo la baba escuchando a tu chica.

Malena le dedica una mirada que podría derretir los polos y yo entiendo cada vez menos qué le pasa hoy.

Entramos y me dejo arrastrar por ella hasta la barra para pedir algo mientras mi amigo vuelve con los demás. Mal se acerca a mi cuerpo y baila pegada a mí, meneando las caderas, hablándome al oído y dejándome escuchar su risa al fin.

Nos quedamos un rato apartados del resto del grupo con el que he llegado, y empiezo a pensar que puede que la noche acabe salvándose, después de todo. Ese presentimiento se vuelve mucho más real cuando Mal mete la mano entre nuestras cinturas y me acaricia con descaro la entrepierna, que reacciona con rapidez a su tacto.

Noto su lengua recorrer la línea de mi mandíbula y un pequeño mordisco en el lóbulo que termina de ponerme a tono. Intuyo más que veo la sonrisa de Malena, que está pegada a mí cuanto puede. La polla me palpita dentro de los pantalones con sus siguientes palabras.

—Me pone cachondísima tenerte ya así de duro.

Echo la cabeza hacia atrás y permito que deslice arriba y abajo la mano por encima de la tela de mis vaqueros. Abro un ojo un pelín para asegurarme de que no tenemos público y le ruego que nos vayamos a casa, aunque ella acabe de llegar.

Mi desesperación solo consigue que se ría más fuerte y que me llene el cuello de besos húmedos que me erizan la piel.

—Mal, en serio. Vámonos de aquí. Quiero hacerte el amor en mi cama hasta que no pueda más.

Se aparta de mí de golpe y me observa con la ceja levantada y cara de vicio. Casi me corro encima.

—Mejor me follas contra la puerta de uno de los baños.

—¿Tan poco puedes esperar?

Me coge de la mano y me arrastra hacia el fondo de la sala en la que estamos, donde sabe que están los aseos.

—Eh, Mal, espera. No sé yo si es buena idea. No sé cómo estarán los servicios de las chicas, pero al de los tíos solo le falta una banda amarilla para ser el escenario de un crimen. Va a ser asqueroso.

Va delante de mí, así que solo le veo la espalda, pero para un momento y parece dudar la dirección que quiere seguir. Sin volverse a consultarme nada, gira a la izquierda y distingo una puerta en la que se lee claramente «salida de emergencia». Malena ignora el cartel y apoya el hombro contra ella para hacer fuerza.

—¡Espera! ¿Qué haces? Puedes hacer saltar alguna alarma.

—Tú ves muchas pelis.

Pega un empujón al metal y una ráfaga de aire frío nos golpea en la cara en el mismo momento en el que una sirena nos martillea sin piedad los oídos.

Nos quedamos paralizados unos segundos hasta que Mal reacciona y me hace reaccionar con ella.

—¡Corre!

Ni siquiera pienso lo ridículo que es esto, solo la obedezco por inercia. Es como cuando éramos niños y ella liaba alguna tan gorda que luego teníamos que huir como fugitivos de cualquier sitio donde hubiésemos estado jugando media tarde.

Dejamos la discoteca atrás y nos metemos por un callejón poco transitado para parar y asegurarnos de que no nos sigue nadie de Seguridad. Cuando estamos convencidos de que estamos a salvo, la adrenalina se va transformando poco a poco en un ataque de risa nerviosa.

—Joder, Malena. ¿Yo por qué dejo que hagas siempre lo que te da la gana, aunque sepa que la vas a liar?

—Ni idea.

Yo sí que tengo una teoría que responde a mi pregunta, pero me da miedo hasta pensarla.

—Vamos a ver si encontramos un taxi para llegar a casa, anda. Ahora escribo a Lluís para avisarlo de que nos hemos ido y pedirle que me recoja la cazadora que dejé en el guardarropa al

entrar.

Malena interrumpe mi paso colocándose frente a mí. Avanza unos metros, haciéndome caminar hacia atrás, y se para en la parte más oscura de la calle, que, ahora que me fijo, está totalmente vacía.

—O —alarga la letra en un tono meloso a la vez que me acaricia el pecho, y empiezo a intuir por dónde va a ir su propuesta—, podemos echar un polvazo ahora y coger luego ese taxi para repetir en tu casa después.

—Pero ¿qué te ha dado con follar en sitios públicos? Estás rara, eh, Malena. Estás rara.

En vez de contestarme, se acuclilla frente a mí y el sonido de la cremallera de mis pantalones al bajarse parece resonar por toda la calle. Es tan rápida al sacarme la polla y metérsela en la boca que la única resistencia que sale de mi boca parece más un gemido que una queja.

—Mal, nos pueden ver.

Soy tan gilipollas cuando se trata de ella y del placer que me da que digo eso mientras enredo la mano en su cortísima melena para marcarle el ritmo que me gustaría que siguiese.

Me chupa con tantas ganas que hasta siento que aguanta un par de arcadas. Dios, no es normal lo que me pone esta mujer, lo juro.

La levanto para poder besarla, porque sentir su lengua contra la mía es lo único que me pide el cuerpo ahora mismo. Le invado la boca con desesperación a la vez que le desabrocho los pantalones y cuelo dos dedos por dentro de sus bragas hasta hacerlos desaparecer en su interior. Ella eleva una pierna y me rodea la cintura para abrirse más y sentir mejor cómo la masturbo. Está empapada y caliente.

—Date la vuelta.

Se apoya de cara a la pared y le bajo los vaqueros hasta las rodillas. Intento penetrarla desde atrás, aunque la diferencia de altura me lo pone casi imposible.

—Espera.

Se coloca lo justo la ropa como para poder dar unos cuantos pasos hasta un portal cercano y se sube al escalón de la entrada, sujetándose a la barra vertical que sirve de asidera. Vuelve a bajarse los vaqueros y coloca el culo en pompa, en un ángulo que casi consigue volverme loco.

Me cuelo en su interior despacio, resbalando por lo mojada que está.

—Joder, así sí.

Marco un ritmo fuerte, rápido, como sé que le gusta, como creo que necesita sentirme ahora. Cuando lleguemos a mi piso me tomaré mi tiempo para lamerle el cuerpo entero.

Mierda. Estoy ahora con ella y ya estoy pensando en seguir estándolo después. Es como si Malena fuese una nueva droga a la que me he enganchado más rápido que a cualquier químico.

Sus jadeos son cada vez más fuertes. Retiene el aire con más frecuencia, hasta que lo deja escapar de golpe con gemidos entrecortados. Está cerca, está muy cerca.

Bombeo con más saña, como si quisiera colarme entero dentro de Mal, hasta hacerla gritar del gusto, hasta que crea que no puede vivir sin mí.

Y cuando estoy seguro de que los dos vamos a estallar en mil pedazos para juntarnos después en brazos del otro, la luz del portal se enciende.

Malena se da cuenta antes que yo. De hecho, a mí es su grito asustado y carente de placer el que me alerta de que algo no va bien. Freno en seco y Mal se incorpora para que salga de ella.

Intenta dar un paso atrás, pero todavía lleva los pantalones por los muslos y se tropieza de una forma súper aparatosa. Se cae al suelo de lado, con los vaqueros y las bragas a medio poner y una postura antinatural que le esconde el brazo izquierdo debajo de las costillas.

Me abrocho la cremallera a toda hostia y me lanzo a ayudarle. Cuando un chaval unos cuantos

años más joven que nosotros sale por la puerta, he conseguido colocarle la ropa a Mal de forma que no se note qué estábamos haciendo, aunque no creo que mi cara de susto tranquilice a nadie.

—¿Estás bien? Vaya leche te has metido, Malena.

—¡No me digas!

Encima se cabrea, tócate los huevos. Que ni que la hubiese empujado yo.

Estoy a punto de responderle una bordería cuando me doy cuenta de que se sujeta el brazo sobre el que ha caído y pone cara de estar pasándolo mal.

—Eh, eh, cariño, ¿te has hecho daño?

Me mira mal y pasa de contestarme.

—Ahora sí que vamos a por un taxi, pero para ir a un hospital. Tienen que mirarte eso.

—Cojonudo. Vaya forma de acabar la noche.

—Tranqui, que luego te doy unos mimos y te dejo que me robes toda la manta.

—Yo venía a por orgasmos, no a por mimos.

Y dale, qué perra con el sexo tiene hoy.

— Estás rara, eh, Malena. Estás rara.

## Pero ¿y si lo estoy?

### Malena

Nos acercamos al mostrador de recepción con prisas, porque el dolor se está volviendo bastante intenso a medida que pasa el tiempo y ya hasta me ha provocado arcadas en un par de ocasiones al tratar de mover la muñeca para comprobar el estado en el que se encuentra.

Después de explicar qué me ha pasado, obviando, claro está, que la maldita caída me ha robado un orgasmo, nos hacen sentarnos en la sala de espera durante casi dos horas. Mi noche mejora por momentos, está claro.

Jorge trata de hacerme reír y a ratos hasta lo consigue. Menos mal que es él quien está a mi lado en una mierda de situación como esta. Con él, hasta este tipo de cosas acaban teniendo un lado divertido.

Una médica con cara dulce y actitud amable nos hace pasar a su consulta cuando casi nos hemos quedado dormidos encima de las sillas más incómodas de la historia de los muebles, y me hace girar la muñeca y la mano hasta que veo puntitos blancos y tengo ganas de pegarle un puñetazo en toda la cara.

—Vale, vamos a necesitar una radiografía. Ahora aviso a mis compis de rayos. Malena, ¿hay posibilidades de que estés embarazada?

—No.

—Lleva un DIU —confirma Jorge.

—Perfecto. Pues dime cuándo tuviste tu última regla y vamos con la radiografía.

Intento recordar el día que empecé a manchar el mes pasado. Me cuesta más de lo que esperaba.

—*Umh...* Fue...

Cierro los ojos un segundo y cuento con los dedos hacia atrás. Trato de hacer memoria, y me frustró cuando no lo consigo. Intento respirar hondo y tranquilizarme, porque es obvio que los nervios me están jugando una mala pasada. Claro que he menstruado.

Mi respuesta tarda demasiado en llegar, lo que provoca que las preguntas de mi médica sean las encargadas de llenar mis silencios.

—Malena, ¿has comprobado últimamente que el DIU sigue bien colocado?

La miro mal, soy consciente, y me callo porque no me da la gana reconocer que han pasado seis meses desde que me acerqué a la clínica para que me lo mirasen por última vez porque es una pérdida de tiempo. No se ha movido en tres años, joder.

—¡El mes pasado manché durante un par de días, en la primera semana de octubre! —digo al fin en tono victorioso, ignorando adrede su anterior pregunta—. Y en septiembre también tuve un sangrado poco abundante durante dos días, aunque algo más copioso. Es normal. El DIU que llevo no es el de cobre, sino el otro, el de hormonas. Llevo años con él y casi no sangro durante los periodos.

Veo a la doctora cruzar una mirada con Jorge, y no sé qué le dirán sus ojos, pero ella se gira en su enorme y cómoda silla para alcanzar un bote de plástico.

—Bueno, solo por si acaso, pasa, por favor, al baño que hay dos puertas más a la derecha de

mi despacho y me traes una muestra de orina. Después, podéis esperar un ratito más en la sala en la que estabais, que no tardaremos nada en llamaros.

Obedezco con gesto de hastío por tener que seguir esperando allí a lo bobo, pensando en si será muy complicado ir a una farmacia para comprar escayola e intentar vendarme yo sola el brazo en casa.

—¿Malena Acosta? —grita desde la puerta de la médica un enfermero con cara de cansado.

Me pongo de pie y Jorge me sigue dentro de la consulta para tomar asiento a mi lado.

—Bien, hemos estado consultando los resultados de la muestra de orina y vamos a pasarte a Radiografía, aunque antes necesito explicaros algo. —Se queda callada durante un montón de tiempo, y yo solo pienso en que quiero que termine de una santa vez para poder irme a mi cama. Ya hasta paso de ir al piso de Jorge—. Estás embarazada, Malena.

La nariz se me arruga al mismo tiempo que tuerzo la boca, como si algo oliese especialmente mal de repente allí dentro.

—¿Qué?

—Estás embarazada.

—Ya la he oído, pero eso es absurdo. Tengo puesto un DIU —lo digo despacio, como si hablase con una niña pequeña, pero es que parece que esta mujer no lo pilla.

—Es posible que se te haya desplazado. Pasa más de lo que imaginas.

La doctora toma mi mutismo como una invitación para continuar con su interrogatorio, que yo contesto medio aturdida, aunque al menos estoy más presente que Jorge, que parece haber abandonado su cuerpo y dejado una cáscara vacía y lívida al lado del silloncito en el que aún sigo sentada. Pobre, debe de haberse creído lo que dice la médica amable. No quiero ofenderla, así que esperaré a que salga para decirle a mi mejor amigo que todo esto es solo un error.

—De acuerdo. Creo que lo mejor será pedir una primera cita con la matrona para ver de cuántas semanas estás y que decidáis qué queréis hacer. ¿Os parece?

—Que no tengo que ver a nadie. Que no estoy embarazada. Mire, de verdad que está siendo encantadora, y seguro que es muy buena en su trabajo, pero ha mezclado papeles, o tubos, o pises. Yo he venido aquí porque me duele mucho el brazo. Si puede hacerme una radiografía, vemos si tengo algo roto y nos marchamos enseguida.

—Malena... —la doctora me mira con cara de lástima y empieza a dejar de caerme tan bien.

—Pues nada. Si no quiere atenderme, nos vamos a otro hospital. Venga, Jorge, que nos piramos.

Me levanto de golpe, tirando del brazo de la estatua de sal que sigue a mi lado con cara de lelo, sin conseguir que dé ni medio paso.

Mi médica se coloca frente a su puerta y me pide con calma y voz tranquilizadora que permanezca donde estoy, hasta se ofrece a repetir las pruebas para que me quede más serena y acceda a ir a ver a la especialista. Trato de sortearla, llevándome conmigo a Jorge, cuando este despierta de golpe de su estado de *shock* y me sujeta por los hombros para que me detenga.

—Mal, para —suena tan rotundo que le obedezco sin plantearme siquiera no hacerlo. Pasea la vista de mi cara a mi vientre, de mi vientre a mi cara. Resopla con fuerza y se pasa las manos por el pelo con nerviosismo, como si aquello lo superase por completo.

Unas ganas inmensas de llorar me golpean con fuerza en el pecho y yo intento alejarlas. No hay motivo para todo esto. No estoy embarazada. Tengo puesto un DIU. No estoy embarazada.

Pero ¿y si lo estoy?

El ramalazo de felicidad al pensar en un bebé entre mis brazos se evapora con brusquedad cuando la imagen de la pequeña tumba de Raen aparece en mi cabeza, nítida, sangrante,

demoledora.

Es Jorge el que da un paso al frente, quitándome la palabra y dando el control a la médica.

—¿Qué hay que hacer ahora? —le pregunta.

—Vamos a pasar a Malena a Rayos. Le haremos la radiografía colocando un delantal de plomo sobre su estómago para que el feto no corra peligro. Ha de firmar algunos consentimientos, pero es solo un procedimiento estándar, ¿de acuerdo? En caso de que haya rotura, escayolaremos el brazo y, después, os derivaremos a la matrona para que la revisen en un par de días y os confirme una primera ecografía para poder comenzar a hacer un seguimiento del embarazo en caso de que decidáis llevarlo a término.

El resto de la noche pasa en mitad de una neblina que le confiere a todo cierto aspecto onírico. Sé que me hablan y que yo respondo con monosílabos que, en ocasiones, ha de completar Jorge por mí. Me dejo arrastrar, como entre aquellos pasillos blancos que terminaron con mi hijo sin poder respirar por sí mismo.

Escucho como una letanía ajena la confirmación de que mi cúbito se ha fracturado, por lo que un hombre de bata impoluta me coloca una férula que deberé llevar un par de semanas. Su vestimenta me recuerda demasiado a la de otros médicos, unos que hurgaron en mi cabeza hace años, y se me escapa la risa al pensar que la asociación puede ser un simple preludeo del futuro que volverá para mí cuando todo esto termine por volverme completamente loca.

Salimos del hospital con un yeso que me llega hasta el codo, una nueva cita para dentro de dos días y un bebé que crece sin permiso en mi interior.

No hablo cuando Jorge para un taxi y se sube en él detrás de mí. Tampoco lo hago cuando da su dirección al conductor, ni cuando me tiende la mano para ayudarme a bajar; o cuando entro en el ascensor y él pronuncia mi nombre bajito, como evaluando si estoy dispuesta a abrir la boca ya. No lo estoy. Así que sigo en silencio cuando entro en su piso, me dirijo a su habitación y hago amago de meterme en la cama sin descalzarme siquiera.

—No. Ya basta, Mal. Tenemos que hablar. No puedes irte a dormir como si no pasase nada, como si pudiésemos ignorar esto.

Algo estalla dentro de mí.

Puede que sea su tono, entre autoritario y enfadado.

O el miedo de fondo que detecto, que imagino enfocado contra mí.

O las negativas, las órdenes, su forma de imponerme cuándo afrontar algo para lo que no estoy lista.

No sé lo que es, pero algo hace que la mecha se prenda, que todo reviente, que la angustia y la rabia me trepen por la garganta hasta salir disparadas en forma de gritos desmedidos.

—¡¡No me digas qué tengo que hacer!! ¡¡No se te ocurra siquiera pensar que puedes decirme cómo actuar!! ¡¡No tienes derecho, no puedes, no pienso dejar que seas tú quien decida nada!!

—Mal, tranquilízate.

—¡¡No!!

Trata de acercarse a mí, con los brazos en alto y el rostro bañado en pena, y yo retrocedo como un perro asustado, rabioso y acorralado. Estoy lista para morder, para defenderme, aunque no sepa de qué.

—Malena, cariño, no quiero decidir nada. No sin ti. Estamos juntos en esto, ¿vale? Pero necesito que asumas lo que está pasando para saber qué quieres... qué esperas de mí... Yo no sé si esto te hace daño o si estás feliz a pesar de que no puedas verlo en este momento. No sé lo que estás pensando ahora mismo, y necesito que me lo expliques, Mal.

Hana y el aborto que sufrió. El pecho de Raen dejando de moverse cuando le retiraron los

tubos que lo mantenían con vida. Los policías que llamaron aquella tarde a mi puerta. Los llantos de todas las conocidas que me han contado a lo largo de los años que algo salió mal en esos nueve meses que tendrían que haber sido algo mágico. Las historias de los padres a los que conocí en el grupo de apoyo que perdieron a sus hijos.

Todo pasa por mi cabeza como fotografías caóticas y desordenadas, impidiéndome respirar, haciendo que tiemble tanto que me veo incapaz de continuar de pie por mucho tiempo.

Giran deprisa, una y otra vez, aullando con fuerza, haciéndome ver todo lo que podría salir mal, todo lo que tendría que volver a superar.

Y entonces, cabrona y brillante, una última imagen; una nueva y más clara que las anteriores. Una cara desconocida, pero pequeña, dulce, suave. Una cara unida a un cuerpecito envuelto en una manta enredada en los brazos de Jorge, que me mira con lágrimas en los ojos y una enorme sonrisa en la boca. Una imagen que me da unas esperanzas que me aterran.

—Mal, por favor, no eres la única que está alucinando, así que vamos a sentarnos y a hablar de esto como adultos, ¿de acuerdo?

Jorge sigue intentando que me calme y me acerque a él, y vuelvo a negar con la cabeza, con terquedad, ignorando el hecho de que no solo yo estoy asustada por todo esto. Él da un paso hacia mí y yo lo empujo.

Lo empujo, como yo no permitiría que él lo hiciera conmigo.

Lo empujo, alejándolo de mí en todos los sentidos.

Lo empujo, y traspaso su límite.

—¡Malena, joder, que te sientes, que empieza a atacarme tu actitud de mierda!

En el fondo sé que buscaba una salida como esa, que la estaba forzando, para tener una excusa que me permitiese salir de allí sin ser solamente una mujer irracional que se muere de miedo, sin ser la mala, la que huye.

—¡No me grites, no vuelvas a gritarme así jamás! ¡¡Ya he aguantado voces para lo que me resta de vida, y no lo voy a volver a permitir!!

La cara de Jorge se vuelve tan blanca que casi puedo ver a través de ella. Me mira con horror, con la tensión pintada en su rictus.

—¿Me estás...? ¿Me has comparado con él? ¿Crees que puedo parecerme en algo a él? ¿Que sería un padre igual que él para nuestro bebé?

Noto la primera lágrima perdida en la comisura de mis labios. Es salada, y se hunde en mi boca apenas un segundo antes de seguir su camino hasta mi cuello, empujada por muchas otras que han empezado a brotar de mis ojos en una liberación silenciosa del malestar que me recorre entera por dentro.

Vuelvo a dar un paso más hacia la puerta del piso, pero, esta vez, Jorge no hace amago de detenerme. Cuando alcanzo las escaleras, las bajo de dos en dos, sin molestarme en esperar al ascensor. Salgo a la calle envuelta en un llanto cada vez más escandaloso. Paro un taxi y apenas consigo susurrar una dirección antes de colocar la cabeza entre las piernas y concentrarme en respirar con normalidad. No contesto a ninguna de las estúpidas preguntas del taxista, solo tiro un par de billetes al asiento del copiloto cuando llegamos a nuestro destino e, hipando y con la cara congestionada, alcanzo el timbre de la única persona que quiero que me abrace ahora mismo.

—Ayúdame, Marc. Por favor, ayúdame.

Mi hermano me acoge en sus brazos temblando por verme tan hundida, pero me lleva al interior de su hogar y cierra detrás de nosotros.

No hay preguntas, no esta noche. Mañana pensaré qué hacer, cuando vuelva la luz, cuando los miedos no sean tan oscuros.



# Cada vez más difícil

Jorge

No entiendo qué ha pasado.

Llevo despierto desde ayer. Ni siquiera he hecho amago de pretender dormir las pocas horas de noche que restaban cuando Malena salió de mi piso. Me pareció ridículo. La cabeza me iba demasiado deprisa como para tratar siquiera de forzarla a descansar.

Dios... Joder. Mierda.

Llevo intentando ordenar mis ideas cerca de tres horas y lo único con sentido que consigo formar en mi mente son tacos.

Les doy vueltas una y otra vez a todas las posibilidades existentes, pero sin Malena a mi lado para decirme lo que piensa, lo que le pasa y cómo quiere afrontar esto, cualquier cosa que pueda considerar es solo humo. Y, a pesar de ello, aquí sigo, pensando en cómo me hace sentir el hecho de que podría ser padre.

Padre.

Solo la palabra ya me parece enorme.

Lo cierto es que un calor desconocido se me instala en el pecho cuando me imagino a un crío pequeño al que poder enseñar a montar en bici, o una enana que maneje el monopatín tan bien como lo hacía su madre.

La madre. Esa es otra.

Cada vez que me acuerdo de lo que insinuó Mal, de lo que pensó que yo podría hacer, me entran ganas de tirar algo contra la pared. Y cinco minutos después pienso en lo asustada que tiene que estar, en lo frágil que parecía cuando le pedí que hablásemos, y lo único que me pide el cuerpo es ir a buscarla y suplicarle que me deje estar a su lado pase lo que pase.

El sonido del timbre me saca del maremágnum de confusión y ansiedad en el que llevo sumergido desde la madrugada. Vuelo hasta mi puerta, pensando que una melena corta y negra me recibirá al otro lado.

—Eh... Hola.

—Tanta efusividad no, por favor, que me abrume.

Gabi pasa por mi lado sin esperar a que lo invite a entrar. Al llegar al salón, gira la cabeza a un lado y a otro, como si buscara algo. Cuando distingue la barra de la cocina a la izquierda, se encamina hacia allí con pasos decididos.

—Dime que tienes café. Ha sido una noche la hostia de larga.

Malena. Malena está en el apartamento de Gabi. Malena está con Marc. No está sola.

Dios, menos mal.

—¿Está bien? —me atrevo a preguntarle.

—Bueno... Ha llegado a casa pasadas las cinco de la mañana. Ha dormido unas cuatro horas y se ha pasados una más llorando y balbuciendo cosas sin sentido. Llamé a Hana en cuanto se despertó y pronunció las dos únicas palabras claras que he conseguido comprender de las que han salido de su boca.

—¿Que han sido...?

Gabi localiza mi vieja cafetera eléctrica y empieza a abrir todos los armarios que hay a su alcance hasta que saca un filtro, un bote con café en polvo y una cuchara sopera. Prepara la mezcla y le da al botón de encendido. El borboteo del líquido negro al caer es todo lo que se escucha en mi piso durante unos segundos.

—«Estoy embarazada». Después de semejante bomba, imaginé que necesitaría a su mejor amiga.

Lo entiendo. Vaya si lo entiendo.

Creo que he pasado por casi todas las fases que puede experimentar un ser humano en apenas seis horas; sin embargo, ha habido un pensamiento que no ha desaparecido en ningún momento: necesito hablar con Malena. Y no, no quería a la Malena con la que me acuesto, a la que adoro besar, esa en la que me encanta hundirme; necesitaba a mi mejor amiga, a la chica que siempre sabe cómo hacer que me sienta mejor, a la que me tiende la mano para que afrontemos cualquier cosa juntos, a la Malena a la que puedo contar cualquier cosa. Cuando ella ha salido por la puerta, solo me han entrado ganas de coger el teléfono y marcar su número para explicarle lo que me había pasado esa noche, aunque ella lo hubiese vivido conmigo.

La he necesitado solo a ella. Así de simple. Así de complicado.

A pesar de ello, me reconozco a mí mismo que agradezco que el novio de mi cuñado esté aquí. Es raro, pero he establecido una especie de amistad con Gabi con la que me siento cómodo.

—Cuando ha empezado a explicarle a Hana toda la historia de Raen, le he dicho a Marc que iba a acercarme a ver cómo estabas tú.

—¿Le ha contado lo de Wallace y Raen?

—Todo lo que vivió con Wallace ya lo sabía. Bueno, en su mayoría. Pero sí, ha compartido con Hana lo que pasó con su hijo.

Un alivio repentino me inunda al darme cuenta de que Malena tiene a gente con quien desahogarse, personas que la sujetan en un momento como este.

Gabi me pide que le pase un par de vasos y yo obedezco. Saco también la leche y el azúcar y él me tiende una cucharilla. No hacemos amago de movernos de allí mientras le damos el primer sorbo a nuestras bebidas.

—¿Y tú qué? ¿Estás más lúcido que ella o tienes el mismo berenjenal rondándote el coco?

—Me va a estallar la puta cabeza, macho.

—Normal.

Nos terminamos el café despacio y en silencio. Alargo la mano para servirme otro y Gabi se apunta a la dosis extra de cafeína.

—Vamos al cuarto de estar, anda. Creo que, si no te sientas en breve, podrías caerte de culo de un momento a otro.

Le hago caso una vez más. Es cómodo dejar que decidan por mí, que me digan qué ir haciendo; más ahora que me siento tan perdido.

Gabi espera a que me ponga cómodo para observarme con aspecto serio y sacar a la palestra algo que yo mismo llevo planteándome desde hace rato.

—¿Qué quieres tú, Jorge?

—Voy a hacer lo que ella decida.

—No te he preguntado eso. No seas políticamente correcto. Sé que la última palabra la tiene Malena, pero no es eso lo que quiero saber.

Tomo aire, una bocanada profunda y cansada. Dejo la mente en blanco, cierro los ojos y me concentro en todas las posibilidades que he tanteado en esta noche eterna, y una respuesta se alza más clara que las demás.

—No es lo que planeaba. Ni siquiera es algo que me hubiese planteado para mi futuro. No tengo parejas estables, así que un bebé no era algo que viese como una opción, aunque... La idea de poder inculcarle a un niño o una niña todo el amor que me transmitió Teo... No sé.

—Te gusta.

—Sí —reconozco—. Me asusta, pero me gusta. Creo que me gusta porque sería nuestro. De Mal y mío.

Volvemos, durante unos minutos, a ese silencio en el que ninguno parece sentirse incómodo, ese en el que los dos flotamos sin molestarnos.

—Jorge, ¿por qué no tienes parejas estables?

—No creo que el amor dure. No el romántico.

Gabi empieza a descojonarse tan fuerte que la sorpresa hace que no sepa reaccionar, así que me quedo a su lado observando cómo se pone rojo por intentar coger un aire que no llega bien a sus pulmones.

—Ay, ¡qué gilipollez tan enorme!

—¡Oye! —Me ofendo un poco, la verdad.

—Venga, tío. Es que es una tontería de las grandes. —El cabrón me mira y sigue riéndose entre dientes a cada rato—. Por favor, hay parejas que llevan juntas media vida, literalmente.

—Rutina, costumbre, falta de creencia en el divorcio... Si te das cuenta, esas personas a las que te refieres suelen ser ancianas, gente que nació en otra época, una en la que separarse no se planteaba como opción.

—Joder, eres mucho más cínico de lo que pensaba. Claro que habrá parejas que sigan juntas por inercia, y muchas otras lo harán porque se quieren, porque habrán aprendido a enamorarse de la persona que tienen al lado a lo largo de las décadas, una y otra vez.

—Es tu punto de vista.

—A ver, ¿tú has dejado de querer a Malena en los años que habéis pasado separados?

—Claro que no. Es mi mejor amiga, la quiero muchísimo.

—Mira que odio repetirme, tío, y tú hoy estás empeñado en que lo haga. No te he preguntado eso. Te estoy pidiendo que me digas, con el corazón en la mano y siendo sincero contigo mismo, si no has pensado en algún momento durante todo este tiempo que lo tuyo con Malena estaba destinado a ser, a volver a pasar, a estallar por inevitable. ¿En serio no has sentido que eres más feliz cuando la abrazas, o cuando te besa, o cuando sientes su piel contra la tuya?

Estoy casi seguro de que la forma en la que me muerdo el labio es respuesta suficiente para Gabi, pero, aun así, lanza una última pregunta al aire, una cuya contestación aparece tan clara en mi cabeza que mentirme se hace cada vez más difícil.

—¿Ha sido la ausencia olvido, Jorge?

# Imagino

## Malena

Después de un número indecente de horas hablando de Raen, Wallace, Jorge y mi embarazo, y de un número igualmente indecente de tabletas *Crunch* devoradas entre Hana y yo mientras Marc nos riñe como si fuese nuestro abuelo, he llegado a tres conclusiones.

Una: estoy cagada de miedo.

Dos: me he pasado un huevo con Jorge.

Tres: no me merezco a mi mejor amigo.

La última la he visto clara cuando he mandado un escueto *wasap* a Jorge pidiéndole vernos en mi piso y me ha jurado que estaría allí media hora después, sin un mísero «perdona» por mi parte. Con todo, eso no importa, pienso disculparme en persona.

Marc se ofrece a llevarme en coche hasta casa. Echo de menos vivir a apenas unas calles de él, aunque lo veo tan feliz compartiendo casa con Gabi que de normal ni lo pienso. Entro en mi apartamento con el tiempo justo, pero me permito darme una agua rápida porque estoy segura de que, después de la nocecita que pasé ayer, no huelo a rosas precisamente. Me lleva unos diez minutos descubrir que con una escayola en la mano no existen las duchas exprés.

Jorge llama a mi puerta justo cuando consigo terminar de colocarme el pijama más ancho que tengo. Sé que es una tontería, que es imposible que se me marque la tripa ya, pero no quiero que nada pueda distraernos de la conversación que vamos a mantener, menos aún miradas como las que le dedicó a mi vientre hace menos de veinticuatro horas.

—Lo siento. —Son las primeras palabras que salen de mi boca, las primeras que quiero que me oiga pronunciar, porque son la mayor verdad que tengo ahora mismo.

Sus hombros bajan tan de golpe como rápido llega su abrazo. Me envuelve por completo, haciéndome chiquitita, dejando que esconda la cara y una lágrima de alivio contra su camiseta. Me aprieta fuerte, con ganas poco contenidas y muchos nervios evaporándose.

—Yo también.

Y con eso basta. No hacen falta grandes explicaciones ni discursos eternos fustigándonos por lo que cada uno cree que hizo mal o lo que no le gustó de lo que pudo decir el otro. La familia se falla y se perdona, porque para eso es familia.

Jorge me coge de la mano y nos dirigimos a mi habitación sin necesidad de comentarlo. Yo me siento contra el cabecero, él lo más cerca posible de la ventana abierta. Saca un paquete de Lucky del bolsillo de su abrigo antes de quitárselo y colocarlo a sus pies.

—Pensé que lo habías dejado. No te he visto fumar desde que nos volvimos a encontrar.

—Hoy fumo. Solo hoy, lo juro.

Se me escapa una pequeña risa nerviosa y estoy a punto de pedirle un par de caladas por costumbre, aunque haga casi doce años que no tengo un pitillo entre los labios, y entonces me doy cuenta de que no debo hacerlo. Y no por mí.

—¿Has comido algo? —me pregunta con tono preocupado. Niego un par de veces y él alcanza su móvil y me lo pasa desbloqueado—. Pide lo que te apetezca menos pescado crudo, anda.

Su intento por bromear destensa un poco más ese aire que se va haciendo más fácil respirar

gracias a esa especie de complicidad que siempre reina entre nosotros, incluso cuando tenemos que afrontar lo que podría ser el resto de nuestras vidas.

Hago un encargo descomunal a un restaurante italiano que me encanta mientras Jorge termina de fumarse su cigarro. Le devuelvo el móvil, dejando que nuestros dedos se acaricien lo justo como para sentir que se echan de menos, y decido enfrentar esto como siempre he procurado vivir: de cara.

—Quiero tenerlo, Jorge. —Puede que sea un reflejo de mis propias ganas, aunque juraría que veo un diminuto amago de sonrisa asomar a sus labios—. No sé si es una locura, si es lo correcto o si podré con ello, pero quiero tenerlo. No soporto la idea de pensar que le apago la vida a otro bebé, que soy yo quien lo sentencia. No...

Se me quiebra la voz, se me resbalan las fuerzas. La pena por Raen se me escapa líquida por los ojos, acompañada de un quejido que intento ahogar sin éxito entre las manos que me cubren la cara.

Oigo la voz de Jorge bañada de comprensión y solo puedo dar gracias al cielo por que sea él quien está a mi lado.

—Ven aquí.

Me hago una bola contra su pecho mientras me mece y me arrulla con una paciencia infinita, mientras me deja sentir todo lo que nos queremos, todo lo que podemos querer a este bebé. Una vez más, su tacto calma mi tormenta.

—Te juro que no quiero exigirte nada, que no tienes que implicarte más de lo que quieras hacerlo, pero yo sí quiero ser madre para esta niña.

—¿Crees que es una niña?

—Me gustaría.

—Pues vas a tener que enseñarme a peinarla, porque soy malísimo haciendo trenzas.

—Yo puedo encargarme de eso si tú me prometes que los deportes que impliquen pelotas y los deberes de matemáticas son cosa tuya.

—Me parece un buen trato.

El telefonillo interrumpe nuestra particular manera de decirnos que estamos juntos en esto; que, venga lo que venga, somos un equipo, como siempre lo hemos sido, aunque a ratos hayamos combatido en la distancia, o incluso contra el otro.

Conecto Spotify en modo aleatorio y me muerdo el labio con gracia cuando la casualidad, el destino o la ironía hacen que sea Manu Carrasco quien rompa el silencio reinante explicando desde los altavoces *Qué bonito es querer*. Ponemos la mesa entre miradas furtivas y sonrisas ladeadas, y cuando nos sentamos frente a nuestros platos de pasta humeantes, decido darle una nueva oportunidad para echarse atrás.

—¿Estás seguro de esto?

Me mira a los ojos, directo, desnudo, sin esconderse ni dudar.

—Estoy seguro de ti.

Comemos sin encender la tele, charlando de cosas que no tienen nada que ver con tallas de pañales, lactancias o carritos. Pasamos la tarde decidiendo durante dos horas qué ver en Netflix para terminar quedándonos dormidos cuando no llevamos ni media hora de peli. Le despierto tapándole la nariz hasta que boquea como un pez. Me hace cosquillas como venganza hasta que grito que me rindo muerta de la risa. Y le recuerdo la hora a la que la matrona nos espera mañana en su consulta.

Anochece sin que ninguno haga amago de despedirse. Cuando el reloj marca las diez de la noche, Jorge es el primero en dejar claras sus intenciones.

—¿Puedo quedarme a dormir? De verdad que necesito recuperar horas de sueño, y no creo que hoy pueda hacerlo si estoy lejos de ti.

Cenamos un par de ensaladas poco elaboradas y nos metemos en la cama sin habernos regalado un beso en todo el día. No hay caricias que nos tienten ni dientes que se claven en la piel tratando de contener jadeos. Esta noche no nos buscamos de esa manera. Y, sin embargo, lo siento más cerca que nunca.

Imagino que tendremos tiempo de definir qué somos nosotros fuera de este bebé.

Imagino.

# Me haces creyente

Jorge

La visita a la matrona es francamente decepcionante. Yo iba preparado para que le hiciesen un montón de pruebas a Malena, nos enseñasen ecografías en las que fingiría ver algo más que una mancha amorfa y nos hablasen de cosas que a mí me hiciesen sentir que el mundo iba a ser mejor ahora que mi prole iba a trotar por él; y salgo de aquí con un puñado de indicaciones sobre lo que debe y no debe comer Mal, una carpeta con las citas de los próximos siete meses y una estimación aproximada de que nuestro bebé tiene ahora mismo nueve semanas de vida.

Pues vaya pufo. Encima cuando se lo digo a Malena, se descojona de mí.

Tengo que volver a la clínica, pero me ofrezco a llevarla en coche hasta la librería con la excusa de que no puede conducir con la escayola, aunque ella suela ir en metro. Lo cierto es que me gusta alargar nuestros ratos juntos.

Aparco en doble fila frente a la puerta de *Leer da sueños* y pongo los *warnings* para despedirme de Malena con calma.

—¿Quieres que me pase por tu casa esta tarde cuando salga de currar? —le ofrezco.

—Hoy no. He quedado con Marc para ir a ver a mis padres y contarles lo del embarazo.

—Ah. —Espero a que me invite a acompañarla, pero la oferta no llega nunca—. Vale. Bueno... y... ¿cuál es el siguiente paso? ¿Quieres que vaya mirando alguna cuna o algún modelo de sillita para el coche? Tengo tiempo libre esta noche.

—Jorge, vamos a esperar a la primera eco, ¿de acuerdo? Si en tres semanas nos confirman que todo va bien, ya tendremos tiempo de preocuparnos por millones de tonterías, te lo aseguro.

—¿Cómo que si todo va bien?

—No te agobies, anda. Es solo que no hay que adelantarse. Si en la semana doce nos aseguran que las cosas están en orden, ya empezamos a emocionarnos de verdad.

Malena se desabrocha el cinturón de seguridad y me dedica una caricia cargada de cariño que logra desvanecer en parte el sentimiento de inseguridad que se ha instalado detrás de mis costillas. No se me había ocurrido pensar que pudiese haber complicaciones, a pesar de que sé que son más habituales de lo que la gente suele pensar.

—Sí, tienes razón. —Se me escapa una risilla tonta—. Se me hace raro que seas tú la que se toma las cosas con calma, la que me tenga que frenar a mí.

Ella me devuelve esa curva pintada de rojo que tan loco me vuelve a ratos y los ojos le brillan con diversión.

—Es que, en esto, tú eres el novato. Las clases, esta vez, corren de mi cuenta.

La referencia a nuestro primer beso, justo en un momento en el que no sabemos si despedirnos con uno nuevo, enrarece el ambiente. Quiero besar a Malena, lo deseo tanto que me duelen los labios de anhelarla. Y, sin embargo, me freno, porque veo una duda en su mirada que no sé interpretar.

Entre nosotros solo ha cambiado algo que debería sumar, pero siento que cada comentario acerca del bebé la aleja a ella un poco de mis brazos.

—Pues... ¿nos vemos mañana? —propone Mal.

—Claro.

Sale del coche y cruza la puerta de la tienda sin mirar atrás, y yo arranco de nuevo sin tener claro cómo mirar hacia adelante.

\*\*\*

Atravieso las puertas del Clínic sin saber qué esperar de esta visita al hospital. Tenemos concertada la primera ecografía, y como esta vez no me señalen alguna pantallita a la que pueda mirar con los ojos achicados, tratando de distinguir algo, me voy a cabrear.

Malena mantiene la vista fija en los carteles que le indican cómo llegar al área de ginecología, donde tenemos cita con el obstetra, como si moverse por allí le resultase natural, o al menos, menos impostado que a mí. Verla tan desenvuelta en todo esto a veces me provoca picores. Joder, que soy un desastre, que no me he comprometido con nada en esta vida porque no sé si seré tan desastre como mis padres dando amor, que tengo más miedo que vergüenza ahora mismo... Y ella, como si nada, como si llevase la maternidad en la sangre.

No quiero ser fuente de preocupaciones, así que me callo y finjo que todo esto no me viene enorme. Tener a Malena a medias tampoco me ayuda a calmar los ánimos. Esa especie de limbo etéreo en el que comenzamos a danzar el día que nos enteramos del embarazo sigue siendo nuestra pista de baile.

Yo me acerco, ella vacila; yo amago, ella se retira; yo la busco, ella me esquiva.

No lo hemos hablado directamente y no me atrevo a sacar el tema, aunque sea un descomunal elefante rosa que siempre está presente entre nosotros cuando estamos juntos, lo que es a menudo, porque lo único que ha cambiado en nuestras rutinas es el sexo. Todo lo demás sigue ahí, incluida la atracción que de pronto Malena se empeña en ignorar. No quiero indagar en el asunto. Me da pánico que me diga que al final llegué diez años tarde, que ahora es ella quien no quiere complicar las cosas, que no le compensa. Que no le compenso.

Al llegar frente a una puerta con un cartelito a un lado y un número encima, Malena se detiene y me señala una fila de sillas colocadas en su frontal. Casi no nos ha dado tiempo a quitarnos los abrigos cuando una enfermera sale a solicitar volantes. Mal le tiende el suyo con una sonrisa que podría hacerle la competencia al sol. A lo mejor por eso la enfermera le da paso enseguida, o puede que sea porque estamos solos allí, aunque estoy seguro de que también hubiese colado a Malena si llegan a estar esperando en aquella sala cien *hooligans* malhumorados. Su boca merece ese privilegio.

Una mujer bajita y algo rellena nos recibe con el gesto más amable que he visto en mis treinta años de vida. Me cae bien al instante. Nos habla de un montón de cosas que ya conozco, porque en estas tres semanas me he leído tantos libros sobre bebés que ya sueño con cólicos maléficos, deformaciones del paladar por chupetes y reacciones horribles a vacunas absolutamente necesarias.

Hace pasar a Malena a una sala adjunta, donde ella se desviste de cintura para abajo. Nines, nuestra obstetra, nos va explicando cada paso que da para que nos sintamos seguros, y yo siento la necesidad de abrazar a esa mujer menuda y encantadora que parece preocuparse por nosotros como lo haría una madre. Como una madre normal y amorosa, quiero decir, no una como la mía.

La tripa todavía completamente plana de Mal se contrae cuando Nines se coloca entre sus piernas e introduce algo que a mí me parece un vibrador que no vibra.

—Está frío, ¿verdad?

—Un poco —reconoce mi chica con un hilillo de voz que, por primera vez en días, me deja

entrever la emoción que le inunda la garganta.

Estoy tan ensimismado mirando la forma en la que brillan los ojos de Malena por el momento que el sonido me pilla por sorpresa. Es rápido, y fuerte. Continuo pero irregular, como un zumbido mecanizado que revolotea por toda la habitación.

Mal se muerde el labio con fuerza y me aprieta la mano que he entrelazado con ella sin darme cuenta.

Giro la cabeza despacio, sobrepasado. Aturdido no se acerca ni de lejos a mi estado actual.

—¿Qué es eso?

Me agacho sin ser consciente de lo que hago, colocándome a la altura de Mal, hasta que nuestras caras están tan cerca que su olor me calma el corazón, que amenaza con salir desbocado por algún recoveco de mi pecho.

—Su latido, tonto.

Hay felicidad en la voz de Malena, una felicidad pura y absoluta que no se esfuerza en disimular. No sé si alguna vez la había visto más bonita que ahora, así, plena, en paz.

—Eso... ¿Eso es el bebé? ¿Es nuestro bebé?

Asiente y me esfuerzo por ver el bulto que Nines nos señala en el monitor. Me río y lloro, todo a la vez, reconociendo sin remordimientos que no veo una mierda. Malena me riñe un poco y me insiste para que preste atención porque, según ella, está clarísimo que esa especie de haba blanca es un ser humano. A mí las lágrimas me tapan la visión hasta que solo soy capaz de distinguir borrones. No podría importarme menos. Nada podría estropearme este momento.

Ese latido es como un golpe de realidad, uno que me enseña lo que es la fe, la fe real, esa que habla de cosas inmensas que no puedes ver, pero que jamás pondrás en duda, como el ciego que huele a sal e imagina un océano. El eco del corazón del ser que Malena lleva dentro me hace creer en un amor eterno, incondicional... en ese amor que siempre negué y cuya existencia su madre lleva meses logrando que atisbe.

—Parece un poquito más grande de lo que creíamos. Estás de seis o siete días más de lo que habíamos calculado, así que ahora ajustaremos algunas citas del segundo trimestre. —Oigo a Nines de fondo, como si fuese una actriz de reparto llamada a completar esa escena perfecta en la que solo existimos Malena y yo.

—¿Está bien? —El miedo pasa veloz por la pregunta que formula Mal, aunque lo detecto, y me doy cuenta de que no soy el único que finge que este bebé no nos supera en ocasiones.

—Hay que esperar unos días para los resultados de las analíticas y las comprobaciones del triple *screening*, pero, a priori, parece estar perfectamente. Podéis estar tranquilos, todo va como debería.

La risa de Malena es tan pura que suena a fantasía. Me llama, como el canto de una sirena ante el que llevo semanas queriendo caer. Así que la beso. Me inclino y recorto el poco espacio que separa nuestros alientos para juntar nuestras bocas. Cuando ella me devuelve el beso entre risas, choques de dientes y frentes que reposan en la otra, me convengo de que, si me lo propusiera, ahora podría volar. Ahora sería capaz de todo.

Salimos de allí en una nube que flota a base de proyectos de futuro y nombres que acabarán bordados en baberos. Montamos en mi coche y pongo rumbo a mi casa por inercia, porque sé que Malena no trabaja hasta esta tarde y yo le cambié el turno a un compañero para poder estar con ella todo el tiempo que pudiese.

Entramos en mi *hall* aún emocionados, como unos chiquillos que han tomado demasiado azúcar. Los temores a no saber ser padre parecen hoy más difuminados, menos reales. Malena va directa a la cocina para comprobar lo que tengo en el frigo e idear algo que ella pueda comer sin

problemas de quesos sin pasteurizar, alimentos crudos y huevos que no estén cocinados. Me gusta verla en su salsa, caminando descalza por allí, solo con unos calcetines como barrera contra el frío suelo, como si ese piso le perteneciese un poco.

Conecto mi ordenador y busco una lista de reproducción de Spotify que contiene una canción que me ha venido a la cabeza, una que suena en mi mente cada vez que Malena anda cerca, que es certeza por llevar su nombre, por contar nuestra historia.

Subo el volumen y la voz de Juancho Conejo recita unos versos con melodía acerca de un hombre que aleja de su lado a quien ama, y, aun así, ella le sigue sonriendo, perdonándolo, obviando el desastre que es.

Alcanzo la cintura de Malena cuando el estribillo cobra fuerza, hablando de lo inevitable que era que esa *Dinamita* estallase; y le canto al oído, agarrándola desde atrás, descansando la barbilla en su hombro y confesándome a través de letras ajenas.

*Créetelo, no hay Dios que me cure de ti.*

*Pídemelo lento. Sácame de aquí.*

Me balanceo despacio, dejando que nuestras caderas se encuentren. Cuando Mal se da la vuelta para mirarme de frente, estoy a punto de perder el hilo de la música, de hundirme en esos iris de chocolate que me miran como tratando de leerme.

*¿Ya quién quiero engañar? Sabes que bebo los vientos por ti.*

*Y no aguanto más así.*

Dejo que la última frase cale en ella, como una declaración de intenciones gritada en plena tregua. Retomo el beso que empezamos en la consulta de Nines y que nunca quise interrumpir, y Malena se deja querer. Hasta que mis dedos se cuelan por dentro de su jersey.

—Espera.

—¿Qué pasa, Mal? ¿Qué no va bien?

—Yo... No quiero confundir las cosas, Jorge.

—Yo creía que las cosas estaban bastante claras hasta esto. —Acaricio su barriga con cuidado, sin haber sacado la mano de dentro de la ropa, permitiendo que mis yemas dibujen círculos alrededor de su ombligo. La siento estremecerse, y esa reacción tan natural y tan visceral me anima a inclinarme de nuevo hacia ella.

Las lenguas se nos enredan sin esfuerzo, en un baile muy nuestro. Pero las barreras de Malena son altas, mucho.

—Jorge... —Suplico al cielo que después de mi nombre solo salga de su boca la orden de desnudarla— Es el bebé. Esto que sientes, es por el bebé.

—Qué chorrada, Mal. Llevamos acostándonos meses.

—Ni tres meses.

—¿Tú has sentido que ese es el tiempo que hace que estamos juntos?

Doy un paso atrás para librarme del embotamiento que Mal siempre provoca en mis sentidos, porque me parece que ella necesita mantener esta conversación en serio, que realmente le parece que el bebé ha cambiado algo que yo no llego a comprender.

—No —confiesa.

—¿Entonces? Malena, nosotros vamos más allá del tiempo que marque un calendario. Yo... no sé. Es como si el contador hubiese empezado donde lo dejamos hace una década, como si hubiese sabido que volveríamos a activarlo y solo estuviese esperándonos.

—Pero hablamos de acostarnos sin compromisos, y este bebé es el compromiso más grande que vamos a adquirir jamás. No quiero que estés conmigo solo por él. No quiero que creas que las cosas tienen que cambiar o ponerse más serias porque ahora seamos tres y no dos.

La miro con horror. Sí, con horror.

Pensar que ella puede llegar a imaginar que yo me quedaría a su lado como algo más que su mejor amigo solo porque vayamos a ser padres juntos, me petrifica.

—¿Acaso me crees capaz de algo así? ¿Tan poco me conoces?

—No es eso, Jorge. Es solo que sé que esto puede ser confuso. Que el amor que va a despertar el bebé en nosotros puede hacer que confundamos cosas.

—Yo no estoy confundido.

—¿Seguro?

—¿Es que no lo entiendes, Mal? ¿Es que no sabes lo que provocas en mí? —Sus ojos, esos ojos que parecen ventanas a su alma, vuelven a hablarme de miedos enterrados demasiado hondos, de inseguridades que no deberían habitar en la mujer más increíble del mundo—. Malena, tú no lo ves, pero hay algo de magia en tu forma de mirar. Y hay algo de milagro en que hayas decidido mirarme de nuevo a mí. Me haces creyente Mal, aunque solo te rece a ti.

La veo sopesar mis palabras, calibrar la verdad que esconden, y me doy cuenta del momento en que decide creerme. Yergue la cabeza, solo unos centímetros, casi de forma imperceptible, pero lo hace, como la mujer orgullosa y segura que me mostró ser con apenas quince años.

Esta vez es ella quien recorta el espacio que hemos impuesto entre los dos mientras hablábamos. Y antes de besarme, se hace de nuevo con el control:

—No vamos a mezclar las cosas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Yo te quiero, pero no nos debemos nada el uno al otro.

—Vale.

—Esto es sexo y mucho cariño.

—OK.

—Deja de darme la razón como a los locos, Jorge.

—Y tú bésame de una puta vez, Malena.

Y lo hace. Hasta que su pintalabios rojo se desdibuja sobre mi boca. Hasta que perdemos la noción del tiempo y, un poco, lo justo, los miedos que nunca terminan de irse.

# Puede esperar

## Malena

Se supone que debería notar más al bebé. ¿O no? Puede que no, a lo mejor son paranoias mías. Ya no me acuerdo de cuándo comencé a sentir a Raen.

Dios mío. No recuerdo cuándo comencé a sentir a Raen. ¿Qué madre no recuerda algo así? Una desastrosa. Se supone que es un momento único en tu existencia. Soy una madre horrible. Fui una madre horrible y voy a volver a serlo para este bebé que no siento y que no sé si debería sentir.

Estoy respirando demasiado deprisa. Genial, voy a hiperventilar.

*Cálmate, Malena. No es bueno para el crío que te pongas nerviosa. Respira hondo.*

*Intenta no darle muchas vueltas. Eso puedes hacerlo, te estás volviendo una experta en no pensar demasiado en cualquier cosa que se escape a tu control, así que haz lo mismo con esto.*

*Relájate, eso es. Respira. Muy bien.*

*Deja la mente en blanco. No te preocupa. No es importante. Puede esperar. Puedes hacerle frente más adelante.*

¡Qué coño! Que esto no es como lo de Jorge. Que no sé si mi bebé está bien o no porque no lo siento; no puedo compararlo a follar con mi mejor amigo ignorando el hecho de que ninguno tiene ni la menor idea de dónde nos estamos metiendo.

Cojo el teléfono y marco el número de Jorge. Sé que esta noche le toca guardia en la clínica, pero necesito desahogarme y que me tranquilicen, y solo quiero que lo haga él.

—Mal, ¿qué pasa? ¿Está todo bien?

No me extraña que se preocupe, cuando está trabajando no lo llamo a no ser que se trate una emergencia. Intento explicarle lo que siento, o lo que no siento, pero solo me sale un sollozo alterado que lo pone más nervioso aún. Durante estas semanas, soy yo quien siempre procura mantener la calma, estar serena, aparentar que sabe lo que hace; sé que es lo que Jorge espera, porque yo ya he vivido un embarazo y él está un tanto flipado con todo lo que rodea a esta nueva experiencia que estamos viviendo, así que oírme perder los nervios lo altera más de lo que creía.

—Mal, ¿dónde estás? Dame una dirección, voy para allá, peque. —Oigo sus pasos cobrando velocidad y la forma en la que la respiración se le entrecorta al hablar, y de pronto me lo imagino saliendo corriendo en mitad de la noche, dejando a sus pacientes solos porque a mí me está dando un ataque de nervios.

—No, no. Jorge, espera. Perdona. Estoy bien.

—Y una mierda estás bien. Estás llorando.

—Es que... —ahora me siento ridícula—, no consigo sentir al bebé. No sé si ya debería notarlo moviéndose dentro de mí, pero no lo hago, y me he angustiado pensando en que le pase algo.

—¿Quieres que vayamos a Urgencias? ¿Tienes algún sangrado? ¿Dolores?

—No. Es solo... Es una bobada.

—No lo es. Te preocupas por nuestro hijo, y eso nunca será una gilipollez.

Su silencio a través de la línea me reconforta de una manera absurda.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte —me pide.

—¿Podríamos ir a que me hagan otra eco? Tendría que ser por la privada, pagando, pero han pasado casi cuatro semanas desde la única que hemos visto, y faltan cuatro más para que me revisen otra vez por la Seguridad Social. Me gustaría comprobar que no le pasa nada a garbancito.

—En serio, Mal, deja de llamarlo así. Cada vez que lo haces, te imagino pariendo un cocido.

Me entra la risa tonta, o nerviosa, o jorgiana. Esa que solo despierta él con cualquier bobada que sale de su boca.

—Mañana llamo a todas las clínicas privadas de la ciudad hasta que consiga que alguna nos dé cita para ayer, ¿vale?

—Gracias.

—Intenta dormir, anda.

Seis segundos. Ese es el tiempo que los dos nos quedamos escuchando la respiración del otro, callados, expectantes, como si nos faltasen unas palabras que formasen la despedida con la que realmente queremos decirnos adiós.

La respiración se me acelera de nuevo sin permiso.

No es importante. Puedo esperar. Puedo hacerle frente más adelante.

Soy la primera en colgar.

# Significa esperanza

Jorge

Mal se quita la camiseta y yo me quedo mirándola como un pajillero salido. Pero es que tiene las hormonas revolucionadísimas, y desde que me impuso la ley «sexo entre amigos que van a tener un bebé y nada más» se ha soltado su diminuta melena negra y me busca a todas horas. He leído que es por la gestación, que les pasa a veces a las embarazadas durante el segundo trimestre. Ojalá se quedase en esa fase para siempre.

Es que, además, está impresionante. Le han crecido las tetas y la barriga ya se le va marcando de verdad, lo que me pone preocupantemente cachondo.

Dejo de observarla como un acosador y procuro evitar que el recuerdo de la forma en la que me ha abordado esta mañana en la ducha antes de venir para acá termine de ponérmela dura.

Mal se tumba en la camilla y frunce los labios cuando el gel transparente alcanza su vientre. El ginecólogo de la clínica privada no es, ni de lejos, tan encantador como Nines, aunque trata a Malena de forma muy profesional.

—Todo parece estar en orden, señorita Acosta.

—Malena, por favor.

—Claro. El latido es fuerte y el tamaño está en el percentil setenta, Malena.

El doctor sigue anotando datos que no comprendo y que aparecen monitorizados al lado de una imagen clarísima en forma de bebé. No es un borrón, ni una mancha sin forma definida. Es un bebé, nítido, formado, que se lleva una mano a la boca.

Distingo su boca.

Joder, tengo la sensación de que, cada vez que entro a una consulta con Mal, parezco gilipollas, pero es que todo es... increíble. Puedo ver a mi hijo o a mi hija. Veo a mi bebé creciendo dentro de su madre.

Sé que Malena ya ha dado todos estos pasos antes y que es diferente para ella, solo que yo no puedo evitar pensar en la magia cada vez que me dicen algo nuevo sobre la vida que he ayudado a crear.

Es surrealista.

—No hay alteraciones en la placenta ni el líquido amniótico, y los órganos parecen estar desarrollándose correctamente, aunque ya sabes que para eso es mejor esperar a la ecografía del mes que viene. En ella se apreciará de forma más clara. Y... —el silencio del médico me hace levantar la cabeza buscando signos de algún problema, pero su sonrisa me alivia de forma inmediata— ¿queréis saber el sexo?

—¿Se ve?

Hay un nerviosismo muy patente en la voz de Mal que no consigo comprender.

Durante estas semanas, hemos hablado al respecto y ambos estamos de acuerdo, así que contesto en nombre de los dos. Solo cuando veo lo blanca que se ha quedado mi chica ante la inminente respuesta, me preocupo de verdad.

—Está colocada de frente a nosotros. Se ve muy claramente que es una niña.

El primer gimoteo de Malena me pilló a contrapié. Se tapa la boca tratando de contenerlo, pero

no consigue retener un llanto que no parece feliz.

—Ey, ey. Peque, ¿qué pasa? Era lo que querías, ¿no?

Solloza con desesperación, tapándose la cara con un antebrazo, todavía tumbada, sin limpiarse el líquido de la eco de la tripa. Hago un gesto al ginecólogo y este parece entenderlo a la perfección.

—Os dejo un minuto a solas.

Sale con mucha discreción, y yo cojo de las manos a Mal para tirar de ella y obligarla a sentarse. Alcanzo algunas toallitas de papel y seco su estómago y sus mejillas con cuidado. Permito que se desahogue un poco más mientras la abrazo en silencio, permitiéndole sacarlo para que le deje de pesar, para que no asfixie.

Cuando las lágrimas se vuelven silenciosas y manejables, me atrevo a preguntar de nuevo.

—¿Qué pasa, cariño?

—Quería que fuese niña.

—Lo sé. ¿Entonces?

—Es solo que me he sentido muy aliviada. Yo... no creí que me importase tanto que fuese una cosa u otra, solo quería que estuviera sano. Me he preocupado de verdad estos días. Y cuando se lo he oído decir al médico, cuando me ha dicho que no iba a ser...

—¿No iba a ser qué?

—Un sustituto de Raen.

Se me parte el corazón. Se me para, se me encoge y se resquebraja. Se fragmenta en trozos pequeños y débiles que sufren por la mujer que tengo delante, por mi mejor amiga, por la madre que está asustada por volver a tener un bebé al que acunar.

—Nadie va a sustituir a Raen. Nunca.

—Eso es algo que esta sabe —se lleva un par de dedos a un lateral de la frente, mirándome a los ojos, mostrándome lo perdida que se siente—, pero aquí... —deja caer la mano hasta el centro de su pecho y la cierra en un puño tenso que golpea el lateral de su corazón—, aquí algo rogaba que no fuese un niño.

No trato de razonar con ella, porque no lo veo necesario. Ella sabe que nunca, jamás, ningún futuro bebé será un reemplazo de su hijo. Sin embargo, en las aprensiones y el alma nadie manda.

Beso su frente con un cariño infinito, y bajo un hilo de réplicas pequeñas hasta sus labios. Envuelvo sus mejillas entre mis palmas, y le acaricio los pómulos con mis pulgares, pensando que quiero ser para ella quien deje marca y no cicatriz.

Recuerdo haber leído una vez, no sé dónde ni tampoco me importa, que la valentía no es la ausencia de miedo. Ser realmente valiente significa mirar a la cara a ese desasosiego que puede llegar a paralizarte, que te quita el sueño, y sonreírle. Con chulería o tiritando. Da igual. Solo importa que lo hagas convencido de que ese miedo no te ganará.

En este momento, con Malena observándome con esos enormes ojos aún cristalinos por las lágrimas pero una fortaleza inquebrantable asomando a sus iris, soy consciente de que mi hija crecerá sabiendo lo que es la valentía, porque la verá cada día en la manera que su madre encara la vida.

En cuanto salimos de la clínica, Malena comunica las nuevas noticias a toda su pandilla —y supongo que, en parte, ahora también la mía— a través del grupo de *wasap* en el que estamos todos.

Gabi y Víctor tardan unos quince segundos en montar una quedada esa misma tarde para celebrar con cervezas y refrescos aptos para embarazadas la futura llegada de nuestra niña.

Sin necesidad de comentarlo, como si ya fuese otra costumbre instalada entre ambos, Malena

se dirige a mi coche y se monta para que la acerque a la librería.

—Jorge.

—¿*Umh*?

No desvío la mirada hacia ella, entretenido en buscar una canción en mi repertorio que me he descargado hace poco y que no puedo parar de escuchar. La voz dulce, casi infantil, de Paula Rojo llena el vehículo en cuanto las primeras notas de *Solo tú* salen por los altavoces del panel frontal.

—¿Hay algún nombre en especial que te guste para ella? —De soslayo, la veo acariciarse la barriga justo en el momento en el que el estribillo consigue que el vello se me ponga de punta como solo la música logra hacerlo.

—Lo cierto es que no. ¿Tú tienes alguno?

—Sí. Estuve buscando un poco después de la revisión de las doce semanas. —Sonríó al pensar en Malena indagando sobre etimologías, raíces y lenguas romances hasta encontrar un sentido a una palabra tan importante como el nombre de nuestra bebé.

—¿Y? Cuéntame qué te ronda por esa cabecita loca.

—Me gusta Nadia. —Duda un segundo antes de continuar—. Es de origen ruso, pero está bastante integrado en nuestra lengua.

—¿Y qué significa? —Me sonrío de esa forma que hace que los ojos se le achinen y un montón de arruguitas diminutas le envuelvan la mirada—. ¿Qué?

—Nada. Solo me gusta que sepas que su nombre tiene que representar algo para mí. —La comisura del labio se me eleva con un deje orgulloso—. Esperanza. Significa esperanza.

# Todo

## Malena

—¿Estás segura de que es el top de siempre?

—Jorge, tira la puta foto, que todavía te doy con el móvil en la cabeza.

El muy idiota se mueve a mi alrededor disparando ráfagas de fotografías a lo loco, como si esto fuese una sesión para Vogue. Desde hace unos dos meses, Jorge se ha empeñado en plasmar en imágenes la evolución del crecimiento de mi barriga.

Cada semana, me coloca contra una pared blanca de su casa, con el mismo sujetador deportivo y los mismos pantalones de yoga, en la misma postura. Creo que se le está yendo de las manos lo de mirar cosas por internet. Por Dios, que quiso que anunciásemos a mis padres que esperábamos una niña dejando salir un montón de globos rosas de una caja de cartón mugrienta.

A sus padres no se lo hemos comentado de ninguna manera. Ni siquiera saben que van a ser abuelos. He intentado hablar con Jorge sobre ese tema en un par de ocasiones, y, en la última, él me miró increíblemente serio y me respondió: «Relaciones tóxicas hay de muchos tipos, Mal, y de todas deberías saber alejarte». Y nunca le he vuelto a insistir, porque de relaciones tóxicas sé un rato, y él tiene toda la razón.

—Baja un poco la eco y sube la barbilla, que la persiana te hace unas sombras raras en la cara.

Me entra la risa, me río fuerte y de verdad, porque está chalado, pero lo adoro. Lo escucho apretar un montón de veces el obturador mientras dejo escapar las carcajadas que él me despierta y lo miro divertida.

—Esas no valen, no estoy posando igual que siempre.

—Me valen a mí. —Me responde él mirando el resultado de su trabajo con una cara de tonto que me despierta cosas que no quiero que estén ahí.

Dejo de observarlo y me centro en la ecografía que nos han dado ayer, la de la semana veinte. Nadia nos saluda desde aquel trozo de papel, sana, grande y perfecta. Sé que no puede saludarnos de verdad, pero tiene la manita estirada a la altura de la cabeza, y a mí me gusta pensar que nos dice «hola».

Jorge se coloca a mi lado y me rodea la cintura desde atrás, dibujando círculos con los nudillos sobre mi vientre abultado y ya redondo.

—Esta vez no has llorado cuando la has visto —le chincho.

—Lo sé. Cada vez me acostumbro más al milagro de los ecógrafos. Sé que he flipado con casi todo durante estos primeros meses, supongo que es lo que tiene ser primerizo. Ahora ya le voy cogiendo el tranquillo.

—Es bonito verte emocionarte con cada detalle. Me siento menos tonta cuando yo me entusiasmo de más por algo.

—Hablamos de nuestra hija, Mal. Ningún entusiasmo es demasiado.

Me contesta más bajito, lamiéndome como con descuido el lóbulo de la oreja, mientras me quita de las manos la ecografía y la deja sobre la silla más cercana, alejándose de mi cuerpo unos segundos.

Cuando vuelve a fijar su atención en mí, olvida mi estómago y centra sus caricias en mis

pechos, que responden de inmediato a sus atenciones. Los desnuda y les dedica más tiempo del habitual, pero es que Jorge ha desarrollado una fijación absoluta por ellos en estas últimas semanas.

Me lame los pezones con devoción y ansia, hasta que los siento tan sensibles que el mínimo roce de sus dientes me hace gemir con ímpetu. Estiro el brazo, buscando alcanzarlo, tocarlo. Lo necesito de un modo tan primario que solo respondo a mis instintos, desconectando el cerebro, la vergüenza y el pudor. Nada de eso tiene cabida cuando estoy con él.

En cuanto rozo su polla, él sisea y me muerde un pecho con más fuerza de la normal. El dolor y el placer se difuminan en la línea de lo confuso y siento mi ropa interior empapándose con cada nuevo toque de su lengua.

Se aleja de mi alcance, como si quisiese concentrarse en mí sin distracciones, y me baja los pantalones y las bragas de un solo golpe. Y así, completamente desnuda, cuando a él no le falta ni una prenda de ropa, me lleva hasta la habitación entre besos desbocados y respiraciones aceleradas.

Cuando llego a la cama trepo por ella hasta colocarme de rodillas sobre el colchón, pero él me coge por un tobillo y estira mis piernas hasta que me tumbo y puede darme la vuelta con más facilidad.

—No, no. Deja que te vea, Malena. Deja que te mire.

Y me mira, no para de hacerlo, no pierde de vista mis ojos, ni siquiera cuando los cierro tratando de absorber lo que me provoca al colar dos dedos dentro de mí para masturbarme deprisa, con deseo mal contenido.

—Jorge, quiero sentirte dentro. Por favor, necesito sentirte a ti.

Se desnuda a zarpazos. Me obedece sin reprimirse.

Se sienta sobre sus talones encima de la colcha y me agarra por debajo de las rodillas para acercarme a él. No le gusta tumbarse encima de mí, como si su peso pudiese incomodar a Nadia, y el cuidado que pone al prepararme, a pesar del fuego que lo consume ahora mismo, hace que caiga un poquito más con él, que las palabras que nunca me atrevo a pronunciar cuando no hay pieles que sudan juntas y gemidos que se entremezclan se escapan traicioneras entre mis labios.

—Así, cariño. Despacio. Quiéreme despacio.

Y lo siento, en cada embiste, en cada caricia, en su modo de buscar mi mirada. Siento que me quiere despacio. Que me quiere siempre. Que me quiere bien.

\*\*\*

Solo son las siete y media de la tarde, aunque fuera la oscuridad ya lo tiñe todo. Febrero sigue siendo frío, y el cuerpo de Jorge mantiene mi calor mejor que la manta que nos envuelve a ambos ahora mismo, tirados en su sofá un sábado más, otro de los tantos que compartimos bajo un solo techo desde que nos reencontramos. Cada vez lo hacemos más a menudo, esto de gastar las horas en una u otra casa, pero juntos. Y cada vez me asusta menos que lo hagamos.

Le cedo terreno sin querer. O por quererlo tanto.

Estoy hojeando el nuevo manuscrito de Hana. Me lo pasó hace solo dos días y me tiene completamente absorbida; su forma de escribir es igual de dulce que ella, ojalá que su nuevo libro reciba la misma acogida que el primero. Se lo merece. Ella se merece todo lo bueno que le esté por llegar.

Mi espalda reposa contra el costado de Jorge, que mira distraído su Instagram a través del móvil y comenta chorradas en las *stories* de Gabi. Su brazo derecho se ha colado por entre los

cojines del respaldo para llegar hasta mi muslo derecho, que acaricia distraído. Y yo me doy cuenta que me resulta natural que estemos así.

Me estiro hasta la mesita que tenemos enfrente para coger las últimas tres onzas de chocolate de la tableta que hemos empezado hace un cuarto de hora. En realidad, yo me he comido tres cuartas partes, así que cuando Jorge se da cuenta de que lo que hago, se ríe bajito.

Me preparo para algún comentario sarcástico acerca de lo mucho que me gusta comer y lo que se nota en mis caderas.

—¿Quieres que vaya a la cocina a por más? Creo que cogimos otra igual pero con Lacasitos.

Niego despacio, sintiéndome un poco tonta.

Jorge no es así.

No todos son como él.

Hay hombres buenos.

Hay hombres que nunca querrán cambiarte.

Ese es uno de mis miedos más reales y más ocultos. Que no sepa estar de nuevo en una relación sin sentir que me pierdo yo por el camino, que siempre esté preparada para lo peor y nunca me acostumbre a que me den lo mejor, que las barreras que he construido en estos años sean ahora demasiado altas para dejarlo entrar, aunque me muera porque lo haga.

Todas las dudas que me rondan por la mente, rápidas y feas, quedan relegadas a un segundo plano cuando noto a Nadia empezar su fiesta particular. Ya hace un par de semanas que me he dado cuenta de que, cuando tomo azúcar, esta cría se despierta con ganas de bailar.

Agarro la mano de Jorge, que había devuelto su atención a la pantalla de su teléfono, y le coloco la palma en el punto donde la he notado hace solo un momento. Aprieto con fuerza y espero.

—¿Qué haces?

No le contesto, solo aguardo un poco más.

Nadia no tarda en hacer que me sienta orgullosa.

—¿Qué ha sido eso?

La pregunta es casi un suspiro que se queda atascado en la garganta de su padre, que contempla el punto exacto donde descansan nuestras manos con los ojos como platos y la respiración contenida, como si el silencio pudiese hacer que sintiese un nuevo movimiento.

La siguiente patada es más fuerte. Los latidos de mi corazón observándolo a él, también.

—Tu hija —le respondo usando un tono de voz similar al suyo.

Me mira de esa manera, esa que sé identificar, porque hace ya muchos años que aprendí a interpretar lo que Jorge quería decirme sin palabras. Me miraba así cuando teníamos dieciséis años. Yo lo miro así cuando no me ve.

—¿Es la primera vez que lo hace?!

Mi mejor amigo pasa del comedimiento a la euforia en apenas tres segundos, y me pego tal susto que Nadia vuelve a brincar dentro de la protección de mi tripa.

—No. La noto desde hace ya unos días, sobre todo por las noches.

—Ah. —Lo veo desinflarse como un globo viejo.

—Eh, ¿qué pasa?

—Nada. Es una bobada. Pensé que había vivido contigo esto por primera vez. Bueno... Me perdí el primer antojo que tuviste, la tarde buscando ropa tuya de bebé en el desván de tu madre, la noche de la semana pasada cuando estuviste vomitando dos horas por los ardores...

—¡Pues vaya cosa para lamentar perderte, Jorge!

—Para mí lo es. Quiero vivir este embarazo contigo. Me jode que sea Hana quien mira los

*bodies* que usará nuestra hija. O que Gabi me cuente que fue Marc quien acabó sujetándote el pelo en el baño porque lo llamaste cuando no pudiste más. Y me jode porque yo lo quiero todo, Mal. Todo.

Y sé que con esa palabra no se refiere solo a las semanas que faltan hasta que sostengamos a Nadia en brazos. Pero aún no sé si estoy preparada para dárselo.

# Siempre

Jorge

—*Dime.* —Joder, qué borde ha sonado Mal, con lo dulce que es respondiendo siempre al teléfono.

—Eh... Hola. ¿Va todo bien?

—*Sí. Venga, dime.*

—Un compañero me ha pedido que le cambie un par de turnos de la semana que viene y ahora tengo la tarde libre de hoy y todo el día de mañana. ¿Quieres que me pase por tu casa y me quedo a dormir?

—*¡Ay, sí! Genial. Ven, por favor.*

Me cuelga sin mediar un triste «adiós» y yo me quedo mirando la pantalla de mi móvil como un idiota. Mira que hasta ahora no había notado demasiado los famosos cambios de humor de los que advierte todo el mundo. Igual es el día en el que los descubro.

Tardo el doble de tiempo en aparcar que en llegar a casa de Malena y, para cuando consigo bajar del coche, mi humor también ha variado un poquito, aunque estoy seguro de que en cuanto Mal me dé un beso de bienvenida dejaré toda mi mala leche en la carretera. O cuando me dé un empujón de bienvenida.

—Qué bien que ya estés aquí.

Tira de mí con tanta fuerza que casi no me da tiempo a cerrar la puerta. Sin intercambiar una sola palabra más conmigo, me arrastra en dirección a su habitación. O eso creía. Cuando llegamos a la altura de su cuarto, pasa de largo y se cuela en el siguiente, el de invitados. Solo que ya no es el cuarto de invitados.

Las paredes, antes de un tono verde menta, ahora son blancas, a excepción de una, que está decorada con papel pintado con dibujos de pequeñas estrellas rosas y lunas grises. Una cuna a medio montar se esparce por todos los rincones de la estancia, y unos tablones enormes de madera también blanca descansan apoyados contra el armario empotrado.

—Estaba intentando montar una estantería, pero ha resultado ser más grande de lo que creía y no puedo sola. Si trato de atornillar algo con la maldita llave *Allen* esta, se me viene encima la mitad de la estructura —refunfuña mostrándome la herramienta que Ikea mete hasta en sus perritos calientes—, así que me he puesto con la camita, aunque ahora que estás aquí prefiero dejar acabado lo otro.

Vuelvo a mirar a mi alrededor sin contestarle. Trato de encajar las piezas en mi cabeza, esas que han saltado por los aires hace apenas tres minutos. El nombre de Nadia resalta en letras grises en una de las paredes claras, rodeado de cuadros con frases tiernas e infantiles y un par de pestañas blancas con relieve que le dan al conjunto un toque encantador.

Nada de camas de adulto, ni escritorios aburridos, o baldas llenas de cosas serias y poco creativas. Solo un espacio por llenar de muñecos desperdigados por cualquier rincón, ropa diminuta, móviles con nanas y cuentos que no leeré a mi hija cada noche. Porque no estaré aquí.

—Jorge, que te has quedado alelado. Ayúdame.

La cabezota de Malena ha vuelto a poner de pie una pieza enorme de contrachapado reforzado

y trata de hacerse con otra para encajarlas en el aire.

—¡Estate quieta! Mal, que te vas a hacer daño, coño.

Le quito de las manos las dos placas de madera y las coloco donde estaban por turnos.

—Oye, que no soy una inválida. Soy perfectamente capaz de hacer las cosas por mí misma. Solo te he pedido ayuda, no que lo hagas tú.

—Ya lo sé, burrina. Pero hace dos días que has entrado en la semana veintiséis de embarazo y empiezas a no verte los pies. No te digo que no puedas hacerlo, digo que no tienes por qué hacerlo sola.

La veo coger aire con fuerza y cerrar los ojos, como dándose un minuto para reubicar sus ideas. Lo hace a veces, casi siempre después de molestarse por algo que malinterpreta de alguna frase mía. También me he percatado de que, después de tomarse ese momento de reflexión, suele darse cuenta de que no hay dobles intenciones ni maldad en mis palabras, así que nunca insisto en el tema.

Me quito la chaqueta que aún llevo puesta y le paso uno de los laterales de lo que será la estantería. Le pido que la sujete mientras encajo el fondo y lo atornillo con calma.

—¿Pongo música? —Casi no proceso su pregunta, concentrado en lo que hago y en el torbellino que me hierve dentro. Malena se toma el gruñido que emito como un sí y Antonio Flores le canta a Mal por mí, como lo ha hecho cientos de veces sin que ella lo sepa, porque nunca le he dicho que esa canción es más suya que de nadie.

He gastado seis vidas, puede que alguna más, pero quiero esta con Malena, esta última la quiero vivir a su lado.

Casi una hora después nos sentamos en el parquet oscuro y vamos terminando de montar la cuna como un equipo.

—Estás muy callado.

—No tengo mucho que contarte. Nos hemos visto ayer, no me ha pasado nada interesante desde entonces.

—Nunca te pasa nada interesante y siempre tienes alguna cosa que te apetece compartir conmigo.

Hago un gesto de indiferencia con los hombros. No es que esté enfadado ni nada de eso, pero tampoco me apetece mostrarme entusiasmado ahora mismo.

—Jorge, va. Cuéntamelo.

—No es nada.

—Sí que lo es. Es algo tuyo y eso es importante.

Dejo lo que tengo entre manos y me froto los ojos, cansado.

—Es solo que no me esperaba encontrarme con el cuarto de la enana a medio montar. Me ha... frustrado.

—¿Por qué?

—Porque me ha hecho darme cuenta de que voy a estar en su vida a medias.

—¡Eso no es verdad!

Ahora es Mal la que deja una de las barras de la cuna en el aire, apuntando en mi dirección. No sé si es pura casualidad, porque estaba intentando encajarla en la barra superior o porque quiere arrearme con ella por mi comentario.

—Sí que lo es. Claro que podré dormir aquí alguna noche, pero no será mi casa. No será aquí donde venga siempre al salir de trabajar. Ella podría dar sus primeros pasos mientras yo preparo la cena en mi piso o decir su primera palabra mientras yo paso canales aburrido tirado en mi sofá. Puedo no estar aquí para oírla decir «papá» por primera vez porque no vivo aquí, Malena.

—¿Es que quieres vivir aquí?

La pregunta se queda flotando en el aire, huérfana y asustada, porque la respuesta que debería acompañarla es una de las más importantes que daré jamás, y le cuesta encontrar el camino para llegar hasta nosotros.

—Sí.

Dos letras. Solo dos. Y tanto escondido tras ellas.

Ella entiende lo que le estoy pidiendo, lo veo en el miedo que asoma a sus ojos. Y en la ilusión que le brilla justo detrás.

No aparto la mirada de Malena, ni siquiera cuando ella se pone de pie y me da la espalda.

Pasea nerviosa por el cuarto a medio montar de Nadia, esquivando tuercas, instrucciones de uso y temores arraigados.

—No quiero que estemos juntos solo porque haya un bebé en medio.

—Mal yo te querré CUANDO haya bebé, no PORQUE haya bebé. Te querré porque ya te quiero. Te quise hace años cuando te tenía, te quise hace años cuando te perdí, te quise hace un año cuando te recuperé y te quiero ahora que me tienes tú a mí. Pero todo eso ya lo sabes, porque tú jamás pudiste ocultarme nada, y yo soy igual de transparente para ti.

—¿Así que quieres que probemos a ser una pareja? ¿Una de verdad?

—Lo dices con miedo.

—Es que es algo que me asusta.

—¿Y qué tal si probamos a ser un par de amigos que viven juntos, se escuchan, se respetan, se quieren, se acuestan y crían a una hija juntos?

—Estoy bastante segura de que esa es una definición muy acertada de lo que es una pareja.

—Pues yo estoy bastante seguro de que eso es lo que quiero contigo. Probablemente es lo que he querido siempre y lo que nunca me he permitido admitir. Y el nombre que tenga me da igual, Malena.

Aprieta los labios tanto que pierden su color. Distingo la lucha en sus ojos, entre lo que desea y lo que cree que no puede hacerla, lo que está segura de que la protege contra el dolor, o lo que nos protege a ambos. Pero se equivoca.

Me ha llevado varios años descubrirlo, aunque ahora sé que dejar algo fuera de tu vida no te asegura que no te destroce al tener que decirle adiós.

Hace mucho, perdí a Malena, y el vacío que dejó fue tan inmenso que nadie ni nada lo llenó por completo. No la dejaré fuera de nuevo, no cuando ya sé que ella es la única que consigue que sienta que todo está en su sitio, que todo es como debería ser.

—Sin promesas —exige—. Ni papeles, ni cadenas.

—De acuerdo. —Me muerdo el carrillo por dentro, tratando de ocultar la sonrisa victoriosa que pugna por asomarse a mi cara ante su forma de claudicar, regia y demandante. Fuerte, como ella.

—Lo digo en serio, Jorge.

—Y yo. Puedo hacer esto como tú quieras, Mal, como tú necesites hacerlo. Yo solo te necesito a ti.

Avanzo un paso hacia ella para alcanzar su mano y darle la vuelta para besarle el dorso.

Dios... Si pudiese verse en este momento con mis ojos. Tan bonita, tan salvaje, tan vulnerable.

Nunca tuve la más mínima oportunidad.

Debí saberlo.

Olvidarla nunca fue una opción, porque es imposible olvidar lo que es parte de ti.

—Mal, podemos ir a tu ritmo. Tú mandas, tú marcas los pasos. Y, cuando estés lista, seguiré

aquí.

La duda sobre si recordará aquellas palabras que me dieron oxígeno y alivio en el peor momento de mi vida, aquella tarde en la que vi desaparecer a mi hermano para siempre bajo tierra oscura y sombras aterradoras, se despejan cuando su boca se curva hacia arriba y deja salir una pregunta tímida, apenas susurrada.

—¿Después de todo?

Ni siquiera tengo que pensar la respuesta, porque es la mayor verdad que me he atrevido jamás a pronunciar en voz alta.

—Siempre.

Doce semanas después

# Amor para toda la vida

Jorge

El estruendo de cristal rompiéndose contra el suelo me despierta de golpe. Me cuesta ubicarme, aún a medio camino entre la inconsciencia y el inicio de la mañana.

Me fijo en la hora que marca el despertador y empiezo a entender mi poca lucidez al comprobar que solo son las ocho de la mañana de un domingo.

Malena no está en su lado de la cama, puede que haya tenido otra mala noche. Últimamente, es incapaz de dormir tres horas seguidas sin que el tamaño de la barriga la desvele; dice que así se va entrenando para lo que viene, pero mi pobre chica está siempre cansada, y aún le quedan tres semanas de espera.

Me estiro todo lo largo que soy, abriendo cuanto puedo piernas y brazos, para desperezarme a gusto aprovechando que la cama es toda mía. Y entonces noto algo húmedo a mi izquierda. Retiro la fina sábana que usamos para taparnos un mínimo en estas primeras y calurosas noches de junio y me doy cuenta de que hay un cerco mojado donde debería estar mi novia.

Me levanto ya despejado por completo y recorro el pasillo de la que ya siento como mi casa en busca de Malena. La encuentro en la cocina, agarrada con fuerza a la encimera, con una escoba en precario equilibrio sujeta contra su antebrazo.

—Amor, ¿estás bien?

—Sí. Solo... Dame un minuto.

Me responde sin soltar el granito, ni levantar la vista, ni abrir los ojos.

—¿Estás mareada? ¿Necesitas sentarte? ¿Te traigo algo?

Libera una mano de la presión que ejerce contra la encimera y levanta el índice, como pidiéndome tiempo de nuevo. La veo coger aire despacio y soltarlo con la misma lentitud, con cara de no estar pasándolo bien, y yo me desespero un poco porque quiero ayudarla y no sé cómo.

—Vale, ya está. Perdona. Buenos días.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Qué ha sido eso?

—Una contracción.

Lo dice como quien anuncia que ha empezado a llover, como algo que no tiene importancia. «Oh, vaya, parece que el bebé ya está en camino y que este año Bustamante va a ir a *Masterchef Celebrity*».

—Ay, Dios mío. Vale. ¡Mierda! No te habías hecho pis en la cama, ¡has roto aguas!

—¿En serio te pensabas que me había meado? —Estoy casi seguro de que Mal me está mirando como si fuese imbécil, pero ni lo proceso. Los nervios acaban de adueñarse de todo lo que tengo y todo lo que soy.

—¡Hay que llevarte al hospital! ¿Tienes preparada la bolsa de ingreso? ¿Dónde están las llaves del coche? ¿O vamos en taxi? Taxi, mejor, que aparcar allí es un caos. ¿Dejan los taxis montar a embarazadas de parto? Mi madre... Estás de parto. Voy a ser padre.

—Jorge, ¡Jorge! —Malena se va acercando a mí lo más deprisa que sus inexistentes tobillos le permiten y me agarra por los hombros. Creo que me zarandea un poco más fuerte de lo necesario, pero no digo nada, porque a lo mejor ella también está nerviosa y asustada aunque no lo deje ver y

necesita liberar un poco de estrés—. Tranquilízate. Ahora lo preparamos todo y nos vamos para allá.

—¿No teníamos la bolsa del hospital ya lista?

—Sí, pero tengo que revisarla y meter un par de cosas de última hora. Nada importante, tardo cinco minutos.

—¿Por qué no me has despertado, cariño?

—Solo hace tres horas que empezaron las contracciones. Tenía que ducharme y dejar las cosas listas. La otra vez me tiré catorce horas tumbada en una cama sin nada más que poder hacer que mirar el móvil. No me van a dar drogas ni a ponerme la epidural hasta que no vean claro que Nadia ya viene, así que puedo llegar allí con el trabajo adelantado y algunos centímetros dilatados. No pasa nada, ¿vale?

A veces se me olvida que ella ya ha pasado por todo esto.

Trato de calmarme y obligar a mis pulsaciones a volver a un ritmo normal. Quiero ser útil, quiero poder estar cuando me necesite.

Nos vestimos deprisa y llamo a un servicio de taxis para que haya uno esperando en la puerta cuando salgamos del portal. Aviso a Marc y a Hana mientras ella escribe a sus padres.

Justo antes de cerrar la puerta de casa, Malena se gira y me sonríe, con toda la boca, con la cara entera. Una sonrisa de auténtica felicidad, de las que siempre consiguen que el corazón se salte un par de latidos.

—Vamos a tener un bebé.

—Vamos a tener un bebé. Juntos.

Se pone de puntillas y me enlaza las manos detrás del cuello.

Siento a Nadia contra mi estómago y a su madre contra mis labios. Y creo que esta plenitud que me llena el pecho ahora mismo debe de ser eso que todo el mundo llama felicidad.

\*\*\*

Nunca le he contado esto a nadie. Lo viví queriendo ya olvidarlo, así que pensé que sería mejor guardármelo para mí, como si el no decirlo jamás en voz alta hiciese que olvidar resultase más fácil.

No terminó de funcionar.

El día que cumplí seis años, hubo una fiesta genial en casa. Vinieron un montón de amigos de mi clase, todos me cantaron canciones, desenvolví decenas de regalos y mamá hizo mi tarta favorita. Y papá no apareció.

Llegó cuando ya estaba metido en la cama, mirando uno de los cómics que Teo me había prestado ese día, como excepción, por ser ya un niño grande que podía cuidar de sus cosas. Olía fuerte y andaba raro. Se acercó hasta colocarse a mi lado y me desordenó el pelo en una caricia que pretendió ser suave y le salió forzada.

—Felicidades, hijo. Disfruta de esta edad y de esta inocencia. —Se agachó hasta dejar su cara a la altura de la mía y yo contuve la respiración, porque su aliento me revolvía la tripa y hacía que el pastel quisiese salir de nuevo al exterior—. Después todo se complica, ¿sabes? Te cazan. Llega alguna lista y te echa el lazo. Y cuando llegan los críos sabes que a la cadena le han salido grilletes.

—No te entiendo, papá.

—Ya lo entenderás.

Salió de allí sin decir ni una sola palabra más. No me gritó. No me puso un dedo encima. No

me insultó, ni me violentó, ni hizo nada más que mantener conmigo una charla breve y rara que mi mente de niño no fue capaz de procesar por completo. Pero la sensación que me nadó por el cuerpo cuando él cerró la puerta de mi dormitorio esa noche fue inquietante. Como si él me hubiese contado un secreto que debía recordar, que se activaría más adelante en mi cerebro cuando las chicas comenzaron a formar parte de las cosas que me interesaban.

Siempre recordé sus palabras, aunque hasta hoy dejé que permaneciesen en el cajón de las cosas que se podían ignorar. Hoy, mientras Nadia engancha la teta de su madre con soltura y Malena sonríe mirándola embobada, me permito acordarme de mi padre.

Y lo perdono.

No sabía que necesitaba hacerlo, pero parece ser que sí.

Lo perdono por no haber sabido querer a sus hijos.

Lo perdono por haberme hecho creer que el amor era una condena más que una bendición.

Lo perdono por no haber sido quien yo esperaba.

Porque hoy me doy cuenta de que mi padre solo fue un hombre triste, que vivió una vida que no quería por miedo a buscar la felicidad que él anhelaba, en la forma que hubiese sido.

Lo perdono porque hoy he encontrado yo esa plenitud en medio de dos nombres de mujer cuando ya no esperaba que la vida me sorprendiese con nada.

—¿En qué piensas? —Me regocijo un poco por dentro al darme cuenta de que la cara de tonta no se le borra a Mal cuando yo soy el objeto de su mirada.

—En que debo de ser realmente idiota para haberme pasado tres décadas pensando que el amor no dura. No creo que jamás sea capaz de dejar de querer con toda el alma a esta preciosidad. Ni a su madre tampoco.

—Yo también te quiero, Jorge.

—Lo sé.

Busco las palabras perfectas, las que le digan todo lo que siento ahora mismo, todo lo que ella despierta en mí, lo que le agradezco que me haya salvado de una existencia a medio ser; y solo me viene a la cabeza una cosa, una que de verdad quiero decirle, que me quemara en los labios, porque ella entendió mejor que yo que los dos nos enamoramos de la persona correcta, pero que nos encontramos en el momento equivocado.

—Gracias por haberme esperado.

Besar a Malena mientras sujeta en brazos a nuestra hija es éxtasis. Recuerdo las noches de fiesta, de desfase, de drogas y colocones que te hacían volar, y me río por dentro al pensar en lo minúsculo que me parece aquel estado de placidez comparado con este momento. Ellas dos podrían hacer girar mi mundo solo a base de risas.

Ellas dos son amor para toda la vida.

# Epílogo

# Cuatro años después

## Un día cualquiera

Raen

Mamá está nerviosa. Y es que hoy podría parecer un día cualquiera, pero no lo es.

Es la quinta vez que repasa con mi hermana lo que tiene que hacer cuando todos se marchen y la pobre enana solo quiere ir a disfrutar del rato que le queda jugando con su tío Gabi.

Siempre que los observo pienso que él es más niño que ella. Creo que el tío Marc también lo piensa, aunque por cómo sonrío mientras los mira, estoy casi seguro de que es algo que le encanta.

Me hubiese gustado conocerlos. Parecen tan diferentes... Y, sin embargo, encajan, como lo harían dos piezas con los bordes algo comidos y desgastados, ajustándose hasta formar una imagen más grande, permitiendo que se vean los huecos que dejó el tiempo.

El tío Teo suspira a mi lado cuando Marc empieza a botar a un ritmo rápido y constante en cuanto mi prima se despierta de golpe y rompe en llanto envuelta en los brazos de su padre. Le recoloca el chupete que ella ha escupido y le canta bajito al oído. A mí me resulta cómico ver a ese grandullón arrullar con semejante mimo a un bebé que no llega al año, pero mi tío solo alterna la vista entre esa escena y la caótica guerra de lanzamiento de bolas de papel que han iniciado Nadia y Gabi. Y me doy cuenta de que parece feliz. Muy feliz.

Jorge no tarda demasiado en apuntarse a la guerra iniciada por su hija. Me gusta Jorge. No hace llorar a mamá, y a mí me gusta que mamá no llore. Aún recuerdo los tiempos en que lo hacía a menudo, las noches en que me llamaba en sueños, en las que me hablaba a diario. Odié aquellos días. Pero Jorge la hace reír, y también abraza a Nadia, casi tanto como mi hermana lo abraza a él. Así que sí, me gusta Jorge. Y me gusta la sorpresa que quiere darle hoy mamá, a pesar de que le va a robar un poco de protagonismo a la enana en su cumpleaños.

Cuatro es una cifra importante, supongo.

Hana intenta por todos los medios que Nadia le preste atención, y solo lo consigue cuando Víctor entra en escena. Creo que mi hermana está un poco colada por él, si es que a su edad se puede estar colada por alguien. El caso es que cuando él entra en escena, no existe más mundo. A Jorge se lo comen los demonios cuando Gabi se lo menciona para hacerlo rabiar.

—¡Tío Víctor! —Me río bajito al oírla pronunciar la «c» central con una dicción absurdamente marcada. Ha aprendido a decir bien su nombre hace muy poco y está superorgullosa de sí misma, igual que yo.

Siempre se refiere a él como tío Víctor, de la misma manera que Hana siempre es para ella la tía Hana. En mi cabeza a veces también los llamo así, aunque no sé si tengo derecho. Yo no formé parte de quienes son ellos ahora, de la familia algo extraña pero increíble que han creado. Sé que no he visto a Hana llenar salas enteras en las firmas de sus libros, ni he celebrado con Víctor su ascenso en el trabajo de sus sueños, solo que... los siento un poco míos también. Puede que sea porque Nadia me habla de ellos a menudo.

No estoy seguro de si mi hermana me ve. A veces tengo la impresión de que sí, por cómo mira fijamente de vez en cuando en mi dirección, a pesar de estar siempre a un lado, procurando no

molestar, cuidando a mamá en la distancia; en instantes como esos, Nadia se queda muy quieta y abre los ojos cuando la saludo, sintiéndome tonto, casi convencido de que es imposible que me sienta. Pero, entonces, sonrío. Y yo me permito dudar, porque esa duda calienta mi corazón congelado para siempre en el tiempo. Así que no sé si mi hermana me ve, pero me gusta que, al menos, hable tanto conmigo.

Mamá y Jorge le revelaron quién soy yo hace ya un par de años. Al principio le costó entenderlo, pero después me normalizó, como normalizan los niños cualquier cosa que te moleste en explicarles, y, algunas noches, me cuenta su día mientras mira al techo ya metida en la cama, imaginando que ese hormigón se abre ante sus ojos y la permite ver el cielo estrellado donde está segura de que vivo.

Yo la escucho cada vez, porque nunca ando lejos. Me gusta verlos a todos, riendo, creciendo, queriéndose. Me fascina ver como las cicatrices que marcaron a cada uno se van cosiendo con los meses, con los años; con las caricias y los besos que se dedican entre sí.

Son más fuertes de lo que todos creen. Mamá la que más. Ella se rindió una vez, se cayó y pensó que era mejor quedarse tendida en el suelo, aunque solo fuese para no hundirse más profundo. Pero salió de aquello. Luchó por ser feliz. Marcó sus tiempos, estableció sus necesidades, y se rodeó de personas buenas que la ayudaron a dar un paso tras otro.

Todo su camino la ha llevado hoy aquí, a esta noche, a esa pequeña caja que Nadia lleva con la mayor de las ceremonias hasta el cuarto principal donde su padre lee medio recostado contra el cabecero.

—Toma, papi. —Extiende sus manitas, juntas, en una ofrenda que exuda un halo de seriedad que combina a la perfección con su ceño fruncido y su gesto de solemnidad—. Este es tu regalo.

—¡Pero bueno! Cielo, si la cumpleañera eres tú. —Jorge se reincorpora y se sienta más recto para dejar un hueco a Nadia, que tarda apenas segundos en meterse bajo las sábanas con él.

—Son unos deberes de mamá. Hemos estudiado mucho. Yo te doy la caja y ya ella te pregunta.

—¿Me pregunta?

Mamá entra medio riéndose en la habitación y se lanza a por su hija.

—Lo has hecho genial, mi vida. Ahora mejor sigo yo, como lo ensayamos, ¿vale?

—¡Sí! Vamos, mamá, vamos. Pregúntale para que pueda ponerme mi vestido bonito.

Jorge las mira alternativamente sin comprender nada, a pesar de que desde fuera es más que obvio de lo que están hablando las mujeres de su vida.

Las pulsaciones de mamá se aceleran, las siento en mi estómago, allí donde viven todos mis nervios acumulados, esos que no se irán hasta que sepa que esto va a salir bien, que mamá va a atreverse. Y que Jorge se va a atrever con ella.

—Hace cuatro años te pedí hacer las cosas a mi manera. Quise tiempo y tú me lo diste, como me das cualquier cosa de este mundo que crees que puede sacarme una sonrisa. —La voz le falla, se le rompe en la última sílaba, pero traga con fuerza la felicidad que se le acumula detrás de los ojos y sigue—. He pensado en esto desde hace meses. He escrito unos quince discursos diferentes. Uno gracioso, otro muy lacrimógeno, había uno bastante penoso, otro que no explicaba ni por asomo lo que siento por ti, y uno más en el que por poco te juraba sacrificios con sangre de unicornio si me decías que sí.

Los ojos de Jorge toman ese brillo de repente, el de la comprensión. El de la ilusión.

—Mal...

Mi madre levanta una mano para pedirle un minuto y se seca las primeras lágrimas que han rodado por sus mejillas, liberadoras y traidoras.

Nadia se pone de rodillas y gatea hasta mamá, con cara angustiada, sin entender aún que no

todas las lágrimas son de tristeza ni todos los nervios son malos.

—En todas esas páginas, que acabaron rotas entre mucha frustración por no saber explicarte lo que me has dado en este tiempo, solo había una verdad que se repetía una y otra y otra vez. Una tan simple como un «te quiero» dicho desde las entrañas. Eso no cambia, Jorge, nunca ha cambiado.

—Mal, sí. Sí. A lo que me preguntes hoy. A lo que me preguntes siempre. Sí.

La risa de mi madre consigue que algo muy parecido a un latido vuelva a retumbarme en el pecho. Solo ese sonido lo consigue siempre.

—Abre la caja, bobo.

El brillo del platino reluce a lo largo de la esfera encajada en la pequeña ranura centrada en la almohadilla color marfil. Sus destellos encuentran reflejo en los ríos que bañan las caras de mamá y de Jorge, dibujando arcoíris en sus miradas, como los que inundan el cielo después de las peores tormentas.

—Cásate conmigo.

## Nota aclarativa de la autora

Si has llegado hasta aquí entiendo que ya has leído todo lo anterior a esta página. Si no es así... ¡¡Para ahora mismo o te vas a *spoilear* todo el libro!!

Cuando comencé a imaginar el mundo de Malena, su historia y lo que le pasó a Raen, busqué mucha información en Internet para hacerme una idea de los años de cárcel que le habrían caído a Wallace por lo que yo consideraba un crimen atroz.

Te aseguro que mi sorpresa fue mayúscula cuando encontré hasta cinco casos, dos de ellos en la misma ciudad donde entonces vivían madre e hijo, en los que el padre que había dejado morir a su niño, solo, en la parte trasera de su coche mientras él trabajaba, hacía recados o se tomaba unas cañas, no había pisado ninguna prisión.

Decidí que tenían que ser casos raros, o incompletos, o cuya sentencia los medios de comunicación no hubiesen interpretado bien.

Pregunté a tres abogados diferentes. Uno de ellos ejerce en mi ciudad, Valladolid. Otra trabaja hoy por hoy en León. La tercera tiene su bufete en Sevilla. Los tres no se conocen, desarrollan su trabajo en dos comunidades autónomas diferentes y están especializados en diferentes ramas del derecho. Los tres me dijeron prácticamente lo mismo, con ejemplos casi idénticos.

La conclusión a la que llegaban todos es que Wallace no estaría en la cárcel. Nunca habría tenido que ingresar en una. No es probable, siquiera, que el Fiscal hubiese pedido el máximo de cuatro años a los que podría haberse llegado a enfrentar, sino que se hubiese solicitado para él entre uno y dos años de encierro, no llegando en ningún caso a una condena que implicase prisión.

La orden de alejamiento quedaría invalidada una vez celebrado el juicio por la muerte de Raen o, como mucho, se podría mantener como medida cautelar hasta que saliese el caso por violencia de género unos meses más tarde; aunque es probable que ese asunto se diese por sobreseído sin mayores consecuencias para Wallace que el tener antecedentes penales por tratarse de un empujón aislado sin existencia de denuncias por violencia anteriores o posteriores.

Raen habría muerto porque su padre lo abandonó en un coche a cuarenta grados de temperatura, durante horas, para emborracharse, y Wallace sería un hombre libre.

He querido explicaros esto aquí por si lo veis algo tan surrealista como yo, por si os habéis indignado tanto como yo, por si os habéis cabreado tanto como yo.

Solo eso.

## Agradecimientos

¿Sabéis esa sensación de estar perdida incluso cuando eres tú quien traza el camino que deberías seguir?

Ese sentimiento me inundó por completo a mitad de esta novela. Ha sido más de un año viviendo a través de todos los personajes de la serie Somos Agua y quería que el final fuese redondo. Lo deseaba tanto tanto que me perdí dando vueltas en círculo. Así que mi primer y enorme gracias esta vez va a ser para Altea Morgan y Neïra, por estar ahí y trazar líneas rectas que se convirtieron en camino a seguir para mí. Hablar con vosotras hizo que el final de Malena y Jorge sea el que es. Sin vosotras, nada sería igual.

Otro gracias enorme y tan bonito como ella para Ana Draghia, por ser así de linda, de dulce, de loca. Por quererlos como los quieres y por la paciencia explicándome todas las comas que sobraban en estas páginas.

No puedo olvidarme de May Boeken, que siempre está al otro lado de mis audios para darme ánimos, para retarme, para hacerme crecer.

*In extremis* llegaron todas las notas, los audios y lo bonito que ha traído consigo Abril Camino. Todos mis «los» hablan de ti.

Malena y Jorge tenían cara en mi cabeza cuando empecé a escribirlos, pero Lorena Pacheco se superó cuando le pedí, una vez más, que las plasmase en papel para vosotros. No me cansaré de decirte que eres arte, cariñet.

El gracias más grande va para todas y todos los que habéis estado ahí desde que apareció Hana, cuando Gabi siguió explicándoos qué fue de él, para quienes habéis querido llegar hasta aquí para saber qué le pasó a Malena y qué fue de todos ellos. No sabéis lo que me alegran los días vuestros mensajes. Sois enormes.

Y, por último, como ya es tradición, gracias una vez más a Miguel, por darme el espacio para seguir ofreciendo voz a la gente de mi cabecita loca; por añadir siempre plumas a mis alas; por estar, por ser, por quedarte.

## Sobre la autora

Me llamo Elsa García y soy una vallisoletana que se enamoró de los libros cuando descubrió, en la casa del pueblo de su abuela, un montón de novelas viejas y bastante usadas de *Los Cinco*, de Enid Blyton.

Devoré durante años todo lo que caía en mis manos y hace ya algo más de dos años me atreví a ponerle voz a una historia que llevaba dando vueltas por mi cabeza demasiado tiempo. Así nació Jota y su peculiar familia, mi primera bilogía formada por *Yyo a mí* y por *Yyo a nosotros*.

Soy licenciada en Periodismo y me apasionan las letras en general, y la romántica y los *thrillers* policiacos en particular.

Soy una fan confesa de Marvel y de Juego de Tronos (aunque seamos francos, la octava temporada no se encuentra entre mis favoritas), además de una adicta al café y a los tacones, aunque luego casi nunca me los pongo porque no me gusta nada que me duelan los pies.

Soy despistada, algo compulsiva, optimista por naturaleza y siempre considero que cualquiera es una buena hora para cantar, bailar o escuchar música.

Esta es mi quinta novela, y cierra una serie llamada *Somos Agua*. Malena ha sido la lluvia, pero en *Joder si te quise...* puedes descubrir a Hana y su mar; y en *Si no es contigo, no es* conocerás el hielo que a veces rodea a Marc. Estos tres libros han supuesto un auténtico reto para mí, porque con ellos he salido de mi zona de *confort* para tocar temas como los desórdenes alimenticios, las drogas o la depresión y el maltrato psicológico. He tratado de hacerlo con el mayor de los respetos, toda la información que he podido conseguir y la firme convicción de que tratar asuntos tan delicados en novelas de ficción es algo que se debería hacer más para normalizar determinadas enfermedades mentales que tienen un estigma encima que no merecen.

Si te apetece saber un poco más sobre mí y seguir mis siguientes historias, puedes buscarme en las redes sociales. Me encontrarás como [elsa.garci](#) en Twitter e Instagram, y como Elsa Garcia Garcia en Facebook.

Y si te gusta este libro y quieres dejar un comentario en Amazon o GoodReads, te lo agradeceré un montón.